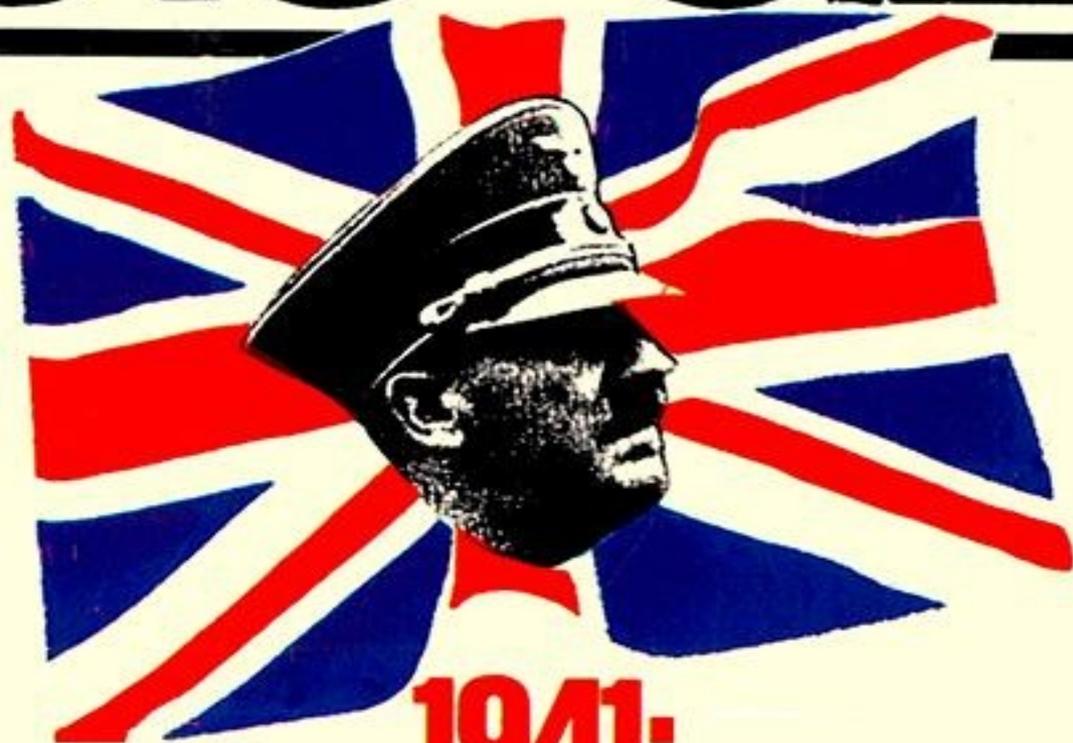


**LEN DEIGHTON**

**SS-GB**



**1941:**

**Los Nazis en Gran Bretaña**

Lectulandia

1941, Inglaterra ha perdido la guerra y ha sido ocupada por los alemanes. El rey está preso en la Torre de Londres. Churchill ha sido ejecutado. La temida SS, que ahora es SS-GB, se ha hecho cargo de Scotland Yard.

El detective inspector Douglas Archer se encuentra en una posición difícil. Debe trabajar bajo las órdenes de un jefe nazi y al mismo tiempo mantener el prestigio tradicional de la policía británica. Detrás de la investigación de un crimen sin importancia se mueven, sin embargo, los hilos de una gran intriga internacional.

Sobre la base de esta historia, imaginaria y aparentemente simple, Len Deighton ha logrado construir la vida de Inglaterra sojuzgada y dominada por los nazis, tal como pudo haber sido en la realidad de los hechos, descrita con tanta precisión y lujo de detalles que el lector llega a tener la impresión de encontrarse frente a sucesos realmente vividos.

**Lectulandia**

Len Deighton

**SS-GB**

**1941: Los nazis en Gran Bretaña**

ePub r1.0

Titivillus 12.04.2019

Título original: *SS-GB*  
Len Deighton, 1978  
Traducción: Lucrecia M. de Senz  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

En Inglaterra están llenos de curiosidad y preguntan sin cesar:  
«¿Por qué no viene?». Calma, calma. ¡Viene! ¡Viene!

*ADOLFO HITLER, 4 de setiembre de 1940, en un mitin de enfermeras y asistentes sociales celebrado en Berlín.*

## GEHEIME KOMMANDOSACHE

Berlín, den 18.2.41.  
Der Oberste Befehlshaber der Wehrmacht  
OKW/Wfst Nr 220 / 41 Chefs.

10 Ausfertigungen  
Ausfertigung  
Chef Sache. Nur durch Offizier

Instrumento de Rendición — Texto en inglés.

De todas las fuerzas armadas británicas en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, incluidas todas las islas.

1. El Comando Británico acepta la rendición de todas las fuerzas armadas británicas en el Reino Unido y en Irlanda del Norte, incluidas todas las islas e incluidos los elementos militares en ultramar. Esto se aplica asimismo a las unidades de la Real Armada en todas partes del mundo, en puerto, o bien en alta mar.
2. Todas las hostilidades en tierra, mar y aire por parte de las fuerzas británicas deberán cesar a las 08.00 horas, hora de Greenwich, el 19 de febrero de 1941.
3. El Comando Británico deberá cumplir inmediatamente sin discusión ni comentario, todas las ulteriores órdenes impartidas por el Comando Alemán sobre cualquier asunto.
4. La desobediencia de las órdenes, o falta de cumplimiento de las mismas, será considerada como ruptura de las condiciones de rendición aquí estipuladas y serán juzgados por el Comando Alemán conforme con las leyes y usos del estado de guerra.
5. Este instrumento de rendición es independiente de cualquier otro instrumento general de rendición impuesto por el Comando Alemán, o en su nombre que lo reemplace, y no lo invalida en cuanto a su aplicación al Reino Unido y a todas las Naciones Aliadas de la Commonwealth.
6. Este instrumento de rendición está redactado en alemán y en inglés. El texto redactado en alemán es el texto original.
7. La decisión del Comando Alemán será decisiva, en el caso de que surjan dudas o diferencias en cuanto al significado e interpretación de las condiciones de rendición.

(firmas)

C. 216-c

**Geheime Kommandosache**

Berlin, den 18.2.41  
Der Oberste Befehlshaber der Wehrmacht

*[Handwritten initials]*

ZAKK-Nr 220 141 1000

10 Ausfertigungen  
Ausfertigung

**Chef-Sache!**  
**Nur durch Offiziere!!**

Instrument of Surrender - English Text.  
Of all British armed forces in United Kingdom of Great Britain  
and Northern Ireland including all islands.

1. The British Command agrees to the surrender of all British armed forces in the United Kingdom and Northern Ireland including all islands and including military elements overseas. This also applies to units of the Royal Navy in all parts of the world, at port and on the high seas.
2. All hostilities on land, sea and in the air by British forces are to cease at 0600 hrs Greenwich Mean Time on 19 February 1941.
3. The British Command to carry out at once, without argument or comment, all further orders that will be issued by the German Command on any subject.
4. Disobedience of orders, or failure to comply with them, will be regarded as a breach of these surrender terms and will be dealt with by the German Command in accordance with the laws and usages of war.
5. This instrument of surrender is independent of, without prejudice to, and will be superseded by any general instrument of surrender imposed by or on behalf of the German Command and applicable to the United Kingdom and the Allied nations of the Commonwealth.
6. This instrument of surrender is written in German and English. The German version is the authentic text.
7. The decision of the German Command will be final if any doubt or dispute arises as to the meaning or interpretation of the surrender terms.

*[Handwritten signature]*  
*[Handwritten signature]*

*[Handwritten signature]*  
*[Handwritten signature]*  
*[Handwritten signature]*  
*[Handwritten signature]*

## Capítulo uno

—Himmler tiene encerrado al Rey en la Torre de Londres —dijo Harry Woods—. Y ahora los alemanes dicen que debería custodiarlo el ejército.

Archer se dedicó a ordenar los papeles sobre su escritorio, sin hacer comentarios. Apoyó con fuerza el sello de goma sobre el bloque de papel y luego sobre el legajo titulado «Scotland Yard, 14 de noviembre de 1941». Era increíble que la guerra hubiese comenzado sólo dos años atrás. Ahora todo había terminado, finalizada la lucha, perdida la causa. Los papeles eran tantos que se habían destinado dos cajas de zapatos a guardar el excedente de lo normal. Zapatos de la casa Dolci, tamaño seis, de charol liso, tacón mediano, horma angosta. El detective Douglas Archer conocía a una sola mujer que usase esos zapatos: su secretaria.

—Es lo que dice la gente —acotó Harry Woods, el sargento de policía, de edad madura, que representaba la otra mitad del «equipo de asesinatos».

Archer marcó con sus iniciales la carpeta y la dejó caer en la bandeja. Al mirar hacia el extremo del cuarto, hizo una mueca. Era una oficina tétrica, con paredes pintadas de verde y crema, pero oscurecidas por el tiempo, con ventanas muy reforzadas y sucias de lluvia cargada de hollín. Por eso era necesario mantener la luz encendida durante todo el día.

—Nunca lo haga en su propio zaguán —le aconsejó Harry, ahora que era ya tarde para dar consejos. Cualquier otro que no fuese Harry, cualquier otro menos osado, menos locuaz, con menos buena voluntad, se habría detenido ante esto, pero Harry no reparó en la sonrisa forzada en el rostro de su superior—. Hágalo con esa rubia, arriba en el Registro. O con esa rubia alemana de los pechos grandes en Enlace de las Waffen-SS... parece que lo hace bien, según dicen... pero con su propia secretaria... —Harry Woods hizo una mueca.

—Pierde bastante tiempo en escuchar los chismes ajenos —le dijo Douglas Archer con gran serenidad—. Es lo que pasa, Harry.

Harry no se arredró frente aquella mirada de desaprobación.

—Nunca es demasiado el tiempo que pase escuchando chismes un policía, inspector. Y si afrontase la realidad, sabría muy bien que es posible ser un estupendo detective y al mismo tiempo un pésimo conocedor del carácter. Y ésa es su dificultad.

No había muchos sargentos detectives capaces de hablar con Archer en estos términos, pero los dos hombres se conocían desde 1920, cuando Harry Woods era un apuesto agente de policía con una condecoración militar en el pecho y un recorrido cubierto de corazones destrozados de criadas y restos de pasteles de cocineras enamoradas. En aquel momento Douglas Archer era un niño de nueve años, orgulloso de que le viesen conversar con el policía.

Cuando Douglas Archer llegó a ser un novato inspector de subdivisión, recién llegado de la Escuela de Policía de Hendon, sin mayor experiencia en su trabajo que la obtenida en eludir a los bedeles de disciplina en los callejones apartados de Oxford, fue Harry Woods quien le protegió y era aquélla una época en que los privilegiados con formación universitaria eran bastante maltratados por el personal de las filas.

Harry sabía todo lo que debía saber un policía, pero sólo esto. Sabía a qué hora se preparaba el té cada uno de los serenos y nunca estaba lejos de una tetera llena cuando llovía. Sabía qué cubos de desperdicios podrían ocultar dinero debajo y jamás aceptaba más de un tercio de este botín, para que el comerciante no descubriese algún otro medio de sobornar a los basureros por el trabajo extra. Pero aquello había sucedido hacía mucho tiempo, mucho antes de que la generosidad de los taberneros del West End de Londres hubiese proporcionado a Harry su rostro rubicundo y su vientre abultado. Antes, en fin, de que merced a la insistencia de Archer se incorporase al Departamento de Investigación Criminal y posteriormente al Escuadrón de Homicidios de Scotland Yard.

—La División C tiene una bien suculenta —observó Harry Woods—. Todos los demás están ocupados. ¿Preparo la maleta de homicidios?

Douglas sabía que su sargento pretendía que mostrase sorpresa, y arqueó una ceja.

—¿Cómo diablos se enteró? —preguntó.

—Un departamento en Shepard Street, repleto de whisky, café, té y demás, con cupones para gasolina de la Luftwaffe desparramados sobre la mesa. La víctima es un hombre bien vestido, seguramente miembro del mercado negro.

—¿Usted cree?

Harry sonrió.

—Recuerde la banda del mercado negro que mató a ese gerente de depósitos de Fulham... estaba falsificando cupones para gasolina de la Luftwaffe. Podría tratarse de la misma.

—Harry. ¿Piensa decirme de dónde proviene toda esta información, o bien resolverá el crimen sin moverse de la silla?

—El sargento de la seccional de Savile Row es compañero del bar. Acaba de telefonarme. Un vecino encontró el cuerpo y llamó a la policía.

—No hay prisa —señaló Archer—. Iremos despacio.

Harry se mordió el labio, pues a su juicio el detective inspector Archer nunca se movía de otro modo. Él, en cambio, era de la vieja escuela, despectivo frente a los papeles, sistemas de fichado y microscopios. Le gustaba más hablar, beber, interrogar y arrestar.

Douglas Archer era un hombre alto y delgado, de treinta años, miembro de la nueva generación de detectives que había suprimido la chaqueta negra, los pantalones rayados, el sombrero de ala curva y el cuello duro que eran casi el uniforme del Escuadrón de Homicidios. Prefería los sombreros de ala ancha y las camisas de tonos oscuros copiados de los de George Raft en las películas de pistoleros de Hollywood. En armonía con esto, había adquirido el hábito de fumar cigarros negros cortos con tanta frecuencia como se lo permitía su ración de tabaco. Por tercera vez intentó encender el que tenía en ese momento, pero el tabaco era de mala calidad y no ardía bien. Al verle buscar más fósforos, Harry le arrojó una caja.

Era oriundo de Londres, con la agilidad mental y el sofisticado egocentrismo frecuente entre los londinenses, pero como muchos hombres criados en una familia sin padre, introspectivo y reservado. La voz suave y las inflexiones de Oxford habrían quedado mejor en el ambiente protegido de la profesión legal, pero nunca se había arrepentido de entrar en la policía. Se lo debía en gran parte a Harry y ahora caía en la cuenta de ello. Para el niño solitario y rico de la gran casa frente a la plaza, Harry Woods, sin saberlo, había sido el padre sustituto.

—Y supongamos que los cupones de gasolina de la Luftwaffe no son falsificados. Supongamos que son auténticos —dijo Douglas—. En tal caso, cabe apostar a que el personal alemán está implicado y el caso terminará en la Feldgericht de la Luftwaffe, en las salas de audiencia de Lincoln's Inn. Mezclarnos en esto es perder el tiempo.

—Se trata de un asesinato —señaló Harry—. Unos cuantos cupones para gasolina no cambian ese hecho.

—No trates de corregir las leyes, Harry. Bastante trabajo tenemos ya con hacer cumplir las que tenemos. Todos los crímenes que impliquen a personal de la Luftwaffe aun en grado mínimo, son juzgados por tribunales de ellos.

—No si nosotros llegamos allí de inmediato —dijo Harry, pasándose una mano por un pelo que se resistía a que lo alisasen—. No si arrancamos una confesión a uno de ellos, y mandamos copias a la Geheime Feldpolizei y Kommandantur y les entregamos las pruebas de culpabilidad en fuente de plata. De otro modo estos malditos alemanes cierran estos casos por falta de pruebas, o bien envían a los culpables a un lugarcito confortable en otro país.

Para Harry, la lucha no había de terminar nunca. Su propia generación, la que había luchado y triunfado en medio del barro de Flandes nunca se resignaría a la derrota. Douglas Archer, en cambio, nunca había sido soldado. Mientras los alemanes le permitiesen cumplir su tarea de atrapar asesinos como siempre, no cambiaría su manera de trabajar. Él, por su parte, habría deseado que Harry compartiese su punto de vista.

—Me gustaría, Harry, que no dejara que sus opiniones personales se hiciesen evidentes en medio de la terminología oficial —dijo, señalando el Resumen SIPO—. Además, estoy lejos de creer que sean indulgentes con el personal alemán. Cinco ejecuciones el mes pasado, una de ellas la de un mayor de la División Panzer, con Cruz de Caballero, que no hizo nada peor que llegar una hora tarde a inspeccionar un depósito de vehículos militares. — Al decir esto Archer pasó las hojas del informe al escritorio de su compañero.

—Usted lee todo eso, ¿no?

—Y si usted tuviese más sentido común, los leería también, Harry. Sabría entonces que el general Kellerman recibe ahora sus informes del Departamento de Investigación Criminal los martes a las once de la mañana, hora para la que faltan solamente diez minutos.

—Es porque ese viejo canalla bebe demasiado durante el almuerzo. Para cuando llega trastabillando desde el Club de Oficiales de las SS, por la tarde, no recuerda una palabra de su inglés, salvo: «¡Mañana, mañana!».

Harry Woods notó con satisfacción que Douglas Archer miraba hacia las sillas y escritorios vacíos, como con temor de que alguien hubiese oído.

—Cualquiera que sea la verdad —dijo con cautela—, el hecho es que querrá su informe. Y resolver un asesinato que aún no nos han invitado a investigar no se considerará como causa suficiente para que yo no esté a la hora indicada. —Después de levantarse, reunió todos los documentos que el general podría tener interés en ver.

—Yo lo mandaré al diablo —dijo Harry—. Le diré que primero es el trabajo.

Douglas Archer cortó cuidadosamente el extremo de su cigarro, para conservar la parte que no había fumado y guardó ésta en el cajón superior del escritorio, junto con una lupa, entradas para un concierto para la policía al cual no había ido y una estilográfica rota.

—Kellerman no es tan malo —dijo—. Mantuvo más o menos intacta la Policía Metropolitana. ¿Olvidó ya los rumores de que se nombrarían subjefes de Policía alemanes para el piso de arriba? Kellerman se opuso.

—Demasiada competencia —murmuró Harry—. Y a Kellerman no le agrada la competencia.

Douglas guardó el informe y el resto de los papeles en un portadocumentos y cerró éste con su correa.

—En el caso poco probable de que la central del West End nos llame, tenga la maleta de asesinatos lista y pida un coche. Dígales que tengan al fotógrafo allá hasta que yo le diga que se retire y que también esté disponible el médico forense, así como el patólogo.

—Al doctor no le gustará nada eso —dijo Harry.

—Gracias por decírmelo. Mande al doctor una cajita de pastillas tranquilizantes, con mis saludos y recuérdole que está llamándole desde Whitehall 1212, sede de Kriminalpolizei, Ordnungspolizei Sicherheitsdienst y Gestapo. Cualquier queja por haber debido esperarnos puede ser elevada directamente aquí, por escrito.

—No se irrite —dijo Harry, defendiéndose.

Sonó el teléfono. La voz tranquila e impersonal del edecán del general Kellerman preguntó:

—¿El inspector Archer? El general le envía sus saludos y quiere saber si le vendría bien presentarle ahora el informe del DIC.

—Ahora mismo, mayor —dijo Douglas y cortó la comunicación.

—Jawohl, Herr Mayor. Le beso el culo, Herr Mayor —se burló Harry.

—Vamos, Harry. Tengo que tratarme con esta gente cara a cara. Usted, no.

—Sigo llamándolo besarles el culo.

—¿Y cuánto de este cree que es necesario practicar para conseguir que no hayan deportado a su hermano? —Había decidido no revelar nunca a Harry los pormenores de este operativo y ahora se sentía descontento consigo mismo.

—Por el informe médico... —dijo Harry, pero tan pronto como lo dijo comprendió que seguramente la mayoría de los técnicos enviados a las industrias alemanas obtenían certificados como aquéllos de médicos comprensivos.

—Eso contribuyó —señaló Douglas, molesto.

—Nunca me había dado cuenta, Doug... —dijo Harry, pero para entonces, Douglas corría ya hacia el primer piso. Los alemanes tenían la manía de la puntualidad.

## Capítulo dos

El general, o con mayor exactitud, en el lenguaje de las SS, el Gruppenführer Fritz Kellerman era un hombre de aspecto cordial de cerca de sesenta años. Era de mediana talla pero su afición por la buena comida y bebida le habían dado una tez rubicunda y una redondez que, combinada con la costumbre de permanecer de pie con las manos metidas en los bolsillos, podría haber engañado al observador y llevarlo a suponer que era bajo y gordo. En verdad, así lo describían a menudo. El personal lo llamaba «Vater», pero si su actitud era paternal, no lo era tanto como para haberle merecido el apodo más común de «Vati» (papi). La espesa cabellera blanca había tentado a más de un oficial joven a aceptar su invitación a pasear una mañana bien temprano por el parque. Pero pocos de ellos lo hacían de nuevo. Y sólo el más ingenuo de los hombres habría aceptado jugar con él una partida amistosa de ajedrez: en otra época, Kellerman había sido campeón juvenil de Baviera. «La suerte parece estar conmigo hoy», solía decirles cuando los veía atrapados en la más humillante de las derrotas.

Antes de la victoria alemana, rara vez había visitado Douglas esta oficina en el primer piso. Estaba en el cuarto de la torre utilizado hasta entonces exclusivamente por el jefe de Policía. Ahora, en cambio, se encontraba en él con frecuencia, conversando con Kellerman, cuyas atribuciones en la policía se extendían a todo el país ocupado. Y Douglas, junto con algunos otros oficiales, tenía este privilegio especial de entrar en el despacho del jefe por una puerta privada, en lugar de tener que atravesar la sala de recepción. Antes del arribo de los alemanes, esto se permitía solamente a los subjefes. El general Kellerman decía que era parte del principio de la autoridad. Harry Woods, por su parte, lo consideraba una tontería.

El despacho del jefe no estaba muy cambiado desde las épocas normales. El macizo escritorio de caoba estaba en una esquina. La silla detrás de él estaba dentro de la pequeña torre circular que recibía luz de todas partes y

dominaba una vista magnífica del río. Había una gran chimenea de mármol y, sobre su repisa, un reloj ornamental que daba las horas y las medias horas. En el hogar de frente convexo ardía un gran fuego entre los atizadores y palas de bronce y el balde de carbón. El único cambio visible era el cardumen de peces que nadaban a lo largo de la pared más alejada, en su pecera de vidrio empotrada y con el nombre de Fritz Kellerman y un lugar y una fecha en letras doradas.

Había allí dos hombres con uniforme del ejército cuando entró Douglas. Al verlos, titubeó.

—Entre, inspector. ¡Entre! —le dijo Kellerman desde lejos.

Los dos desconocidos miraron a Douglas y luego cambiaron miradas significativas. Este inglés era ni más ni menos lo que necesitaban. No sólo tenía fama de ser uno de los mejores detectives del Escuadrón de Homicidios, sino que además era joven y con aspecto atlético, con el tipo de rostro pálido y angular que los alemanes consideraban aristocrático. Era «germánico», el perfecto ejemplar del «europeo nuevo». Y además, hablaba un excelente alemán.

Uno de los hombres levantó una libreta del escritorio de Kellerman.

—Una más, general Kellerman —dijo. El otro dio la impresión de sacar una Leica como un prestidigitador y se arrodilló antes de mirar por el objetivo—. Usted y el inspector, estudiando juntos unos datos, o un mapa... ya sabe qué quiero decir.

En los puños de sus uniformes de color gris militar los hombres llevaban brazaletes: «Propaganda-Kompanie».

—Hagamos lo que dicen, inspector —dijo Kellerman—. Estos hombres son de la revista *Signal*. Vinieron desde Berlín exclusivamente para hablar con nosotros.

Algo incómodo, Douglas pasó al otro lado del escritorio y posó con cierta rigidez, mientras hojeaba un número de la *Revista de los Pescadores*. Se sentía un tonto, pero Kellerman, en cambio, parecía habituado a estas cosas.

—Inspector Archer —le dijo el periodista de la PK con marcado acento extranjero—. ¿Es verdad que aquí en Scotland Yard los hombres llaman «Padre» al general Kellerman?

Douglas vaciló y fingió permanecer inmóvil para la fotografía con el fin de ganar tiempo.

—¿No ven que esa pregunta molesta al inspector? —preguntó Kellerman—. Y hablen en alemán. Lo habla tan bien como yo.

—¿Es verdad, entonces? —insistió el periodista, deseoso de obtener la respuesta de Douglas. La cámara se hizo oír. Después de controlar varios resortes, el fotógrafo tomó con rapidez dos fotografías más.

—*Claro* que es verdad —manifestó Kellerman—. ¿Creen que miento? ¿O bien que soy el tipo de jefe de policía que no sabe lo que ocurre en su propia jurisdicción?

El periodista se puso rígido y el fotógrafo bajó la cámara.

—Es la verdad —contestó Douglas.

—Y ahora, señores, tengo que trabajar —señaló Kellerman, y como una anciana que ahuyenta unas gallinas al encontrarlas en su dormitorio, les instó a retirarse.

—Perdone —dijo a Douglas cuando ambos quedaron a solas—. Dijeron que se quedarían unos minutos, pero luego no se iban nunca, como vio. Me imagino que es parte de su tarea aprovechar al máximo toda oportunidad. —Kellerman se acercó a su escritorio y se sentó detrás de él—. Dígame las novedades, muchacho.

Douglas leyó su informe, con comentarios y explicaciones sobre los puntos que convenía aclarar. El principal interés de Kellerman era justificar los fondos gastados y Douglas siempre redactaba sus informes de tal manera que presentaban un resumen de los recursos del departamento y señalaban el costo en marcos de la ocupación alemana.

Terminadas las formalidades, Kellerman abrió la cigarrera. Como los cigarrillos del mercado negro costaban cinco marcos cada uno, uno de los cigarrillos Montecristo N.º 2 de Kellerman se había convertido en señal de buena acogida. Con gran cuidado Kellerman eligió dos cigarrillos. Como a Douglas, le agradaban más los que mostraban manchitas verdes o amarillas en la envoltura. Cumplió luego la ceremonia de cortarles la punta y de retirarles las hebras de tabaco sueltas. Como siempre, llevaba uno de sus elegantes trajes de *tweed*, con chaleco y cadena de oro para su reloj de bolsillo. Era típico de él no haberse puesto su uniforme de las SS ni para esta visita del fotógrafo. Kellerman, por otra parte, como muchos hombres de las SS de su generación, prefería los títulos del ejército a esta complicada nomenclatura de los rangos de las SS.

—¿Sigues sin noticias de tu mujer? —le preguntó Kellerman. Al mismo tiempo se apartó del escritorio para ofrecerle un cigarrillo.

—Creo que debemos llegar a la conclusión de que la mataron —dijo Douglas—. Casi siempre iba a casa de los vecinos durante los ataques aéreos, aparte de que la lucha callejera le destruyó la casa totalmente.

—No pierda las esperanzas —le dijo Kellerman. ¿Era una alusión a sus relaciones con la secretaria?—. ¿Y su hijo, está bien?

—Estaba en el refugio antiaéreo ese día. Sí, muy bien.

Kellerman se inclinó para encender el cigarro. Todavía no estaba acostumbrado Douglas a la forma en que los alemanes se pasaban agua de colonia por la cara después de afeitarse y el perfume le sorprendió. Aspiró y el cigarro se encendió. Habría preferido llevárselo a casa, pero el general siempre se lo encendía. Quizá era una manera de impedir que quien lo recibía como regalo lo vendiese en lugar de fumarlo. O bien la causa era, sencillamente, que para Kellerman ningún caballero podía dar a un colega en Inglaterra la oportunidad de guardarse un cigarro sin fumar en el bolsillo.

—¿No hay otros problemas, inspector? —Kellerman pasó detrás de Douglas y tocó apenas la espalda del hombre sentado, como para tranquilizarle. Douglas se preguntó si acaso el general imaginaba que entre su correspondencia interna había aquella mañana una carta de su propia secretaria, donde le decía que estaba embarazada y pretendía que le entregase 20 000 marcos de la Ocupación. Señalaba, además, por si Douglas lo ignoraba, que la libra esterlina no era el tipo de moneda aceptado por los médicos que provocan abortos. Douglas recibía parte de su salario en marcos de la Ocupación, o marcos O, como los llamaban. Hasta aquel momento, no había podido descubrir cómo había llegado aquella carta a sus manos. ¿Se la envió a una de sus amigas en Mesa de Entradas, o vino, en realidad, al edificio?

—Ningún problema por el que deba molestarse, mi general —dijo.

Kellerman sonrió. La ansiedad de su subordinado le había llevado a dirigirse al general como lo hacían algunos de los alemanes más obsecuentes.

—¿Venía a este despacho en épocas pasadas? —le preguntó Kellerman.

Antes de la guerra, el jefe de Policía tenía el hábito de dejar la puerta abierta de par en par cuando el despacho estaba vacío, para que sus empleados pudiesen entrar y salir con sus comunicaciones. Poco después de su nombramiento en Scotland Yard, Douglas halló un pretexto para entrar en este despacho vacío y estudiarlo con el tipo de respeto que surge de una experiencia de muchas novelas policiales leídas durante la adolescencia.

—Rara vez venía cuando estaba el jefe —repuso.

—Son tiempos difíciles —dijo Kellerman, como si quisiera disculparse porque las visitas de Douglas eran ahora más frecuentes. Inclinado, sacudió un centímetro de ceniza de su cigarro dentro de un modelo de porcelana del Puente de Londres que algún fabricante emprendedor había vuelto a diseñar

para incluir en él banderas con la cruz gamada y la leyenda «Waffenstillstand. London 1941» en letras góticas rojas con perfiles dorados—. Hasta ahora —comentó Kellerman eligiendo las palabras con cuidado— no se ha exigido a las fuerzas policiales que lleven a cabo misiones políticas.

—Siempre hemos sido completamente apolíticos.

—Vamos, eso no es del todo verdad —dijo Kellerman con suavidad—. En Alemania llamamos las cosas por su nombre y la policía política se llama policía política. Aquí ustedes llaman a su policía política la Rama Especial, porque ustedes los ingleses, nunca se muestran tan directos en estas cuestiones.

—Sí, señor.

—Pero llegará el momento en que no podré resistir ya la presión de Berlín en el sentido de que incorporemos nuestras prácticas al sistema de la policía alemana.

—Le diré, señor, que los ingleses tardamos bastante en adoptar ideas nuevas.

—No hable con rodeos conmigo, inspector —dijo Kellerman. Hablaba con el mismo tono de voz, con la misma sonrisa afable—. Usted sabe muy bien a qué me refiero.

—No estoy muy seguro, señor.

—Ni usted ni yo queremos asesores políticos dentro de este edificio, inspector. Sería inevitable que su policía fuese utilizada contra los grupos de resistencia británicos, los soldados no capturados, los fugitivos políticos, los judíos, los gitanos y otros elementos indeseables. —La manera de decir esto daba la impresión de que Kellerman no consideraba a estos elementos tan indeseables como sus superiores en Berlín.

—Los servicios de nuestra policía quedarían partidos en dos —dijo Douglas.

Kellerman no repuso. Hizo el ademán de tomar un mensaje impreso de su escritorio y lo leyó, como para recordar su contenido.

—Un alto funcionario de Sicherheitsdienst está en viaje hacia aquí en este momento —dijo—. Le he nombrado a usted para trabajar con él.

—¿Tendrá una misión política? —preguntó Douglas. La SD era el servicio de inteligencia de las SS. No le gustaba nada este anuncio siniestro.

—No sé por qué motivo viene —dijo Kellerman con tono despreocupado—. Está en la custodia personal de las SS del Reichsführer y será directamente responsable ante Berlín por cualquier misión que deba cumplir. —Kellerman aspiró su cigarro y luego dejó escapar el humo por la nariz. Dejó

que el inspector digiriera bien la noticia, para que comprendiera que el hombre que venía representaba una amenaza para el prestigio de ambos—. Standartenführer Huth —dijo por fin—. Así se llama al hombre. —El uso de la palabra que describía su rango dentro de las SS era suficiente para destacar el hecho de que Huth era alguien de fuera. Kellerman levantó una mano—. Bajo las órdenes directas de Berlín, tiene especial... —Luego de un titubeo, dejó caer la mano—... influencia.

—Comprendo, señor —dijo Douglas.

—Entonces, muchacho, estoy seguro de que hará todo lo posible por evitar las indiscreciones, en especial las verbales, con que su compinche de abajo puede causarnos malos momentos a todos.

—¿El sargento detective Woods?

—Ah, qué ágil es, inspector —dijo Kellerman.

## Capítulo tres

Algunos afirmaban que no había habido una sola semana de tiempo despejado desde el cese del fuego. Resultaba fácil creerlo. El día era húmedo y el sol desteñido apenas se veía entre las nubes grises, como un plato sucio sobre un mantel igualmente sucio.

Sin embargo, para un londinense nativo como Douglas Archer era posible aún caminar por Curzon Street y con los ojos cerrados imaginar que nada había cambiado desde el año anterior. El cartel que rezaba Soldatenkino fuera del cine de Curzon era pequeño y discreto y sólo si uno intentaba entrar en el restaurante Mirabelle el portero con sombrero de copa susurraba que era ahora para uso exclusivo de los oficiales de Estado Mayor de la Octava Flota Aérea, instalada enfrente, en el antiguo Ministerio de Educación. Y si uno seguía con los ojos entrecerrados, no veía los carteles que decían «Empresa Judía», con los cuales se lograba que casi nadie, salvo los más osados, frecuentasen esos comercios. Y en noviembre de 1941 Douglas Archer, junto con la mayoría de sus compatriotas, mantenía los ojos entrecerrados.

La escena del crimen que les llamaron a investigar, tal como había predicho el sargento detective Harry Woods, era Shepherd Market. Este pequeño laberinto de callejuelas y pasajes albergaba una mezcla de londinenses de clase obrera, comerciantes italianos y turistas acomodados, quienes hallaban en sus tortuosas calles y en sus edificios antiguos y derruidos alguna muestra del Londres sobre el cual habían leído en Dickens, al mismo tiempo de que estaba a conveniente distancia de los comercios y restaurantes de lujo.

La casa era típica entre las del barrio. Ya estaba allí la policía uniformada la que estaba discutiendo con los periodistas. La planta baja estaba ocupada por un comercio de antigüedades tan angosto que cualquiera podría haber alcanzado ambas medianeras con los brazos extendidos. Arriba había cuartos con dimensiones de casa de muñecas y una escalera en espiral tan estrecha

que presentaba el riesgo permanente de rozar y hacer los grabados de caza que adornaban sus paredes. Con gran dificultad pudo subir su pesada «maleta de asesinatos» hasta el piso más alto, donde se encontraba el cadáver.

El médico forense le esperaba allí, sentado en un sofá tapizado en zaraza, con un capote del ejército británico abotonado hasta el mentón y las manos metidas en los bolsillos. Era un hombre joven, de unos veinticinco años, pero Douglas advirtió ya en sus ojos la terrible resignación con que tantos británicos parecían haber aceptado la derrota final.

En el suelo, delante de él, estaba el muerto. Era de unos treinta y cinco años, un hombre pálido, con calvicie incipiente. Al pasar junto a él por la calle se habría imaginado que era alguien que ejercía actividades académicas con cierto éxito, el profesor distraído que suele pintarse en las comedias cinematográficas.

Aparte de la sangre, había una gran mancha de polvo marrón sobre su chaleco. Douglas la tocó con la punta de los dedos y al levantar uno de éstos hasta la nariz, reconoció su intenso aroma: era rapé. Había rastros de la misma sustancia bajo las uñas del cadáver. El rapé crecía en popularidad a medida que subían los precios de los cigarrillos, y todavía estaba libre de racionamiento.

Encontró la caja de rapé dentro de uno de los bolsillos del chaleco. La fuerza del impacto de bala le había arrancado la tapa. También había un cigarro fumado a medias, con su banda de papel aún, un Romeo y Julieta que en ese momento costaba una pequeña fortuna. Con razón había conservado la mitad sin fumar.

Estudió las finas prendas que llevaba la víctima y la terminación esmerada del traje. Para tratarse de ropa tan cara, hecha a medida, le quedaba bastante floja, como si el hombre, sometido de pronto a una dieta rigurosa, hubiese perdido muchos kilos de peso. También sugería esta súbita pérdida de peso el rostro desencajado y arrugado. Douglas palpó las partes calvas de la cabeza.

—*Alopecia areata* —comentó el médico—. Es bastante común.

Le examinó el interior de la boca. El hombre había tenido medios suficientes para recibir buena asistencia dental. El oro brillaba allí, pero también había sangre.

—Tiene sangre en la boca.

—Seguramente se golpeó la cara al caer.

Douglas no estaba de acuerdo, pero calló. Reparó en las diminutas úlceras de la cara y en los vasos rotos bajo la piel. Al subirle la manga de la camisa vio bastante de la piel del brazo, roja e inflamada.

—¿Dónde será posible encontrar tanto sol en esta época del año? — preguntó el doctor.

Douglas no repuso. Dibujó un pequeño croquis de la forma en que había caído de espaldas el cuerpo, en dirección al diminuto dormitorio, y decidió que el hombre había estado junto a la puerta cuando recibió los disparos. Tocó la sangre en el cuerpo para ver si estaba pegajosa y luego apoyó una palma en el tórax. No sintió calor alguno. La experiencia le decía que hacía seis horas o más que se había producido la muerte. El médico observaba a Douglas, pero no hizo comentarios. Después de ponerse de pie, Douglas miró todo el cuarto. Era un recinto sumamente pequeño, excesivamente decorado con empapelado lleno de dibujos, reproducciones de Picasso y lámparas de mesa hechas con botellas de chianti.

Había un escritorio *secretaire* de nogal con la tapa alzada, como si lo hubiesen revisado. Habían acercado una lámpara de bronce de modelo antiguo para enfocar con la luz la superficie de escribir cubierta de cuero verde, pero le habían quitado la bombilla, y ésta estaba dentro de uno de los nichos del escritorio, junto con papel de escribir ordinario y sobres.

No había libros, fotografías u objetos personales de ningún tipo. Era como un cuarto de hotel de primera clase. En la diminuta chimenea abierta había una canasta llena de troncos. La rejilla estaba llena de cenizas de papel chamuscado.

—¿Vino ya el patólogo? —preguntó Douglas. Después de colocar la bombilla en la lámpara de bronce, encendió ésta el tiempo suficiente para comprobar que la bombilla no estaba quemada. Luego la apagó. Junto a la chimenea, metió las manos entre las cenizas. Estaban frías, pero quedaba un resto de papel, que probaba que habían quemado este material. Llevaba mucho tiempo quemar tanto papel. Douglas se limpió las manos en su pañuelo.

—Todavía no —dijo el doctor con voz opaca. Douglas dedujo que le irritaba tener orden de aguardar al patólogo.

—¿Qué opina, doctor?

—Usted que trabaja con la SIPO, ¿no tiene cigarrillos que le sobren?

Douglas sacó una pitillera de oro, su único y máspreciado bien. El doctor tomó un cigarrillo y le dio las gracias con un gesto mientras estudiaba detenidamente el cigarrillo. El papel de la envoltura llevaba las dos bandas rojas que lo identificaban como raciones de la Wehrmacht. El doctor se lo llevó a la boca y lo encendió con un encendedor que sacó de un bolsillo, todo

ello sin cambiar de expresión ni de posturas, sentado de cualquier manera en el sofá, con las piernas extendidas.

Un agente de policía uniformado había observado todo mientras estaba apostado en el pequeñísimo rellano junto a la puerta abierta. En aquel instante se asomó para decir:

—Perdone, señor. Mensaje del patólogo. No llegará hasta esta tarde.

Harry Woods estaba retirando el contenido de la maleta de asesinatos. Douglas no pudo resistir la tentación de mirarle. Harry hizo un gesto afirmativo. Veía ahora que había sido una buena idea dejar de guardia al médico de la policía. Siempre llegaban tarde los patólogos.

—Bien. ¿Qué opina doctor? —volvió a preguntar Douglas.

Ambos se inclinaron para mirar el cuerpo. Douglas tocó los zapatos del muerto. Los pies eran siempre los últimos en ponerse rígidos.

—Los fotógrafos habrán terminado cuando llegue el patólogo —afirmó Harry. Douglas desabotonó la camisa del muerto. Aparecieron dos enormes hematomas negruzcos alrededor de dos orificios cubiertos por una costra de sangre seca.

—¿Qué opino? —respondió el doctor—. Herida de bala en el pecho que causó la muerte. Primera bala entró en el corazón, segunda bala en el vértice superior del pulmón. Muerte más o menos instantánea. ¿Puedo irme ya?

—No le retendré más tiempo del absolutamente necesario —dijo Douglas, pero sin el menor deje de disculpas en el tono. Desde su posición en cuclillas junto al cuerpo, miró hacia atrás, al punto donde debió haber estado el asesino. En la pared, alejado y debajo de la silla, vio un brillo de metal. Se levantó y tomó el objeto. Era algo hecho de una aleación con borde de cuero. Se lo guardó en el bolsillo del chaleco y luego preguntó—: ¿De modo que fue la primera bala la que entró en el corazón, doctor, y no la segunda?

El doctor seguía sin moverse, sentado en el sofá, pero ahora hizo girar ambos pies hasta que las puntas se tocaron.

—Si la bala hubiese dado primero en el pulmón, mientras el corazón seguía bombeando, habría mayor cantidad de sangre mezclada con aire.

—¿Sí? —comentó Douglas.

—Pudo estar cayendo ya cuando recibió el segundo impacto. Esto explicaría que se haya apartado.

—Comprendo.

—El año pasado vi bastantes heridas de bala como para convertirme en algo así como un experto —dijo el médico; muy serio—. Pistola de nueve milímetros. Es el tipo de balas que encontrarán cuando revisen la pared detrás

de ese horroroso empapelado con rayas de estilo Regencia. Lo hizo alguien que le conocía. Yo buscaría un exsoldado zurdo que solía venir a menudo y tenía su propia llave para entrar.

—Buen trabajo, doctor —Harry Woods levantó los ojos, que había tenido fijos en los bolsillos del muerto mientras los revisaba. Reconocía la nota sarcástica.

—Usted conoce mis métodos, Watson —dijo el doctor.

—Muerto con abrigo. Usted deduce que entró por la puerta para encontrar al asesino aguardándole. Usted adivina que los dos se vieron frente a frente, el asesino en la silla junto a la chimenea y por la trayectoria de la bala, supone que el arma estaba en la mano izquierda del asesino.

—Qué buenos cigarrillos le regalan esos alemanes —comentó el doctor levantándolo en alto para contemplar el humo.

—Y exsoldado, porque con el primer disparo le perforó el corazón. —El doctor inhaló y luego hizo un gesto afirmativo—. ¿Observó que nosotros tenemos aún el abrigo puesto? —le preguntó Douglas—. Hace muchísimo frío aquí y el depósito de gas está vacío, con la cañería desconectada. Y no muchos soldados son tiradores infalibles, doctor, y ni uno en un millón es experto en el uso de una pistola y, según su testimonio, una pistola alemana. Y usted cree que el asesino tenía una llave porque no ve señales de que la puerta haya sido forzada. Sin embargo, mi sargento podría meterse por esa puerta mediante una tira de celuloide con mayor rapidez de la que necesitaría usted para abrirla con una llave y, además, con menos ruido.

—Ah —dijo el doctor.

—Bien. ¿Qué hay de la hora de la muerte?

Todos los médicos detestan fijar la hora de una muerte, y éste se cuidó bien de lograr que la policía lo supiese. Con un encogimiento de hombros, repuso:

—Podría dar una cifra y doblarla en seguida.

—Piense en una cifra, doctor —le dijo Douglas—, pero no la doble.

Sentado siempre en el sofá, el médico apretó el cigarrillo para apagarlo, guardando luego la colilla en una abollada lata de tabaco.

—Le tomé la temperatura cuando llegué —dijo—. El cálculo normal es que un cuerpo se enfría a razón de menos de un grado por hora.

—Oí un rumor en ese sentido —señaló Douglas.

El doctor le dirigió una sonrisa melancólica, mientras se guardaba la lata de tabaco en un bolsillo del abrigo, y se contempló las puntas de los pies, otra vez juntos.

—Pudo haber ocurrido entre las seis y las siete de esta mañana.

Douglas miró al sargento uniformado.

—¿Quién hizo la denuncia? —preguntó.

—El vecino de abajo sube una botella de leche hasta aquí todas las mañanas. Encontró la puerta abierta. No había olor a cordita ni nada —añadió el sargento.

El doctor rió, pero cuando la risa se convirtió en tos, calló y se golpeó el pecho.

—No había olor a cordita —repitió—. Recordaré eso. Es bien cómico.

—No sabe mucho de la gente de la policía, doctor —le dijo Douglas—. Especialmente si tomamos en cuenta que es médico forense. Este sargento uniformado, un agente a quien nunca he visto antes, no hace más que insinuar cortésmente que cree que la muerte se produjo más temprano. Mucho más temprano, doctor.

Douglas se acercó a la rinconera primorosamente pintada y la abrió. El despliegue de bebidas era impresionante. Al levantar una botella de whisky, comprobó sin sorpresa alguna que la mayoría de las etiquetas rezaban: «Embotellado especialmente para la Wehrmacht». Volvió a colocar las botellas en su lugar y cerró el armario esquinero antes de preguntar:

—¿Oyó hablar alguna vez de lividez postmortem, doctor?

—La muerte pudo producirse más temprano —admitió el doctor. Ahora estaba muy erguido en el sillón y su tono era suave. También él había reparado en la coloración a que da lugar la inmovilización de la sangre.

—Pero no antes de medianoche.

—No, no antes de media noche —convino el doctor.

—En otras palabras, ¿la muerte tuvo lugar durante el toque de queda?

—Muy probable.

—¿Muy probable? —repitió Douglas con ironía.

—Decididamente durante las horas de queda —volvió a admitir el doctor.

—¿A qué está jugando, doctor? —le preguntó Douglas, sin mirarle. Se aproximó a la chimenea y estudió la enorme pila de papel chamuscado que llenaba la diminuta rejilla. El atizador de bronce, muy lustrado, estaba parduzco de rastros de humo. Alguien lo había usado para asegurarse de que hasta el último pedazo de papel quedase consumido por las llamas. Una vez más Douglas hundió la mano entre las volátiles capas de ceniza. Debió haber sido una gran cantidad de papel de oficio y estaba completamente frío.

—¿Contenido de los bolsillos, Harry?

—Tarjetas de identidad, ocho libras, tres chelines y diez peniques, un manojo de llaves, cortaplumas, estilográfica de precio, pañuelo sin marcas de lavandería y una mitad de billete de ferrocarril para el regreso: Londres a Bringle Sands.

—¿Es todo?

Harry sabía que su compañero le pediría la tarjeta de identidad, de modo que se la pasó antes de que hablase. Añadió un comentario:

—Viajaba con poco equipaje, éste.

—O bien le vaciaron los bolsillos —comentó el doctor, sin moverse de su posición en el sofá.

Las miradas de Harry y de Douglas se cruzaron y ambos esbozaron apenas una sonrisa.

—O bien le vaciaron los bolsillos —dijo Douglas a Harry.

—Exactamente —asintió Harry.

Douglas abrió la tarjeta de identidad. Según lo escrito en ella, el titular era un contable de treinta y dos años con domicilio en Kingston, Surrey.

—Kingston —murmuró Douglas.

—Sí —dijo Harry. Los dos sabían que desde la destrucción de la Oficina de Archivos de Kingston durante la contienda, aquélla era la dirección predilecta de los falsificadores de documentos de identidad. Douglas se guardó la tarjeta en el bolsillo y repitió la pregunta:

—¿A qué está jugando, doctor? —Con la mirada fija en el médico, esperó la respuesta—. ¿Por qué trata de confundirme en cuanto a la hora de la muerte?

—La verdad es que fue una tontería de mi parte. Pero si la gente va y viene después de medianoche, se supone que los vecinos deben denunciarlos a la Feldgendarmerie.

—¿Y cómo sabe que no le denunciaron?

El doctor levantó las manos y sonrió.

—Fue una suposición —dijo.

—Una suposición —repitió Douglas—. ¿Se debe a que todos sus vecinos tienen el hábito de ignorar el toque de queda? ¿Qué otras reglas desafían habitualmente?

—¡Jesús! —exclamó el doctor—. Ustedes son peores que los malditos alemanes. Prefiero hablar con la Gestapo a hacerlo con canallas como ustedes... por lo menos ellos no deforman todo lo que digo.

—No está en mis manos darle la oportunidad de conversar con la Gestapo —dijo Douglas—, pero solamente para satisfacer mi propia curiosidad

malsana, doctor, ¿se basa su opinión sobre los hábiles interrogatorios llevados a cabo en ese Departamento, en la experiencia directa, o bien en rumores?

—Muy bien, muy bien —concedió el doctor—. Digamos... ¿A las tres de la madrugada?

—Eso me gusta más —repuso Douglas—. Ahora le pido que revise el cadáver como es debido para que no tenga que quedarme esperando al patólogo antes de poder empezar. Por mi parte, olvidaré todas esas tonterías... pero omita algo, doctor, y le haré comparecer ante Scotland Yard y pasar por la prensa. ¿Comprendido?

—Muy bien.

—Hay una señora abajo —anunció el sargento uniformado—. Vino a buscar algo del comercio del anticuario. He ordenado al agente que le diga que espere, señor Douglas.

—Muy bien —dijo Douglas. Dejó al médico examinando el cadáver, mientras Harry Woods revisaba los cajones del escritorio francés.

La tienda de antigüedades era una entre centenares surgidas después de los bombardeos y de la huida de refugiados desde Kent y Surrey durante las semanas de cruenta lucha en ese sector. Con el marco alemán cotizado a precios inusitadamente altos, las fuerzas de ocupación estaban enviando antigüedades a Alemania en vagones de ferrocarril repletos. Los comerciantes prosperaban con este negocio, pero no era necesario tomar lecciones de economía para ver de qué manera se drenaba del país toda su riqueza.

Había algunas piezas de moblaje de gran valor en la tienda. Douglas se preguntó cuántas habrían sido legalmente adquiridas y cuántas saqueadas de las casas abandonadas. Era obvio que el dueño conservaba sus antigüedades guardándolas en los departamentitos de los pisos altos y a la vez el hecho de tenerlas allí le permitía justificar los altos alquileres.

La visitante ocupaba una elegante silla de estilo Windsor. Era muy bonita: frente ancha, pómulos altos y un rostro redondeado con una boca perfecta que sonreía con facilidad. Era alta, de piernas largas y brazos esbeltos.

—Ahora puede ser que llegue alguien y me responda sin rodeos. —La voz era norteamericana y mientras hablaba metió la mano en una amplia bolsa de cuero y sacó de ella un pasaporte de los Estados Unidos, que agitó delante de Douglas.

Douglas hizo un gesto comprensivo. Por un instante había quedado hechizado. Era la mujer más apetecible que había visto nunca.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó.

—Señorita —le corrigió ella—. En mi país no nos agrada que nos confundan con señoras. Hay muchas clases de señoras —dijo, aparentemente divertida por haberle puesto incómodo. Sonreía de ese modo característico en las mujeres muy ricas y muy hermosas.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

Vestía un traje sastre de lana rosa. Su corte severo y práctico le daba un sello indudablemente norteamericano. En cualquier parte habría llamado la atención, pero en aquella ciudad sucia de güera, entre tanta gente con uniformes que no quedaban bien o con ropas adaptadas de viejos uniformes, la ponía en evidencia como una visitante sumamente próspera. Tenía colgada del hombro una flamante cámara Rolleiflex. Los alemanes las vendían libres de impuestos a los miembros de las fuerzas armadas y a cualquiera dispuesto a pagarlas en dólares estadounidenses.

—Me llamo Bárbara Barga. Escribo una columna que aparece en cuarenta y dos diarios y revistas de mi país. El agregado de la Embajada de Alemania en Washington me ofreció un pasaje para el vuelo inaugural de la Lufthansa desde Nueva York hasta Londres el mes pasado. Dije que sí, y aquí estoy.

—Bienvenida a Londres —dijo Douglas, lacónico. Era una agudeza de parte de ella mencionar el vuelo inaugural en el gran avión Fockewulf. Göring y Goebbels habían viajado en dicho vuelo y era uno de los acontecimientos de mayor publicidad ese año. Un periodista tenía que haber sido realmente importante para obtener un lugar en él.

—Ahora, dígame qué pasa aquí —dijo ella con una sonrisa. Douglas Archer no había conocido a muchos norteamericanos y, en verdad, nunca a nadie comparable con esta muchacha. Cuando sonreía, se le formaban leves surcos en la cara que Douglas hallaba muy atrayentes. A pesar de sí mismo le devolvió la sonrisa—. No me interprete mal —señaló ella—. Me llevo bien con la policía, pero nunca pensé encontrar a tantos hoy aquí, en la tienda de Peter.

—¿Peter?

—Sí, Peter Thomas. Vamos, vamos, señor detective, dice Peter Thomas en la puerta... Peter Thomas... Antigüedades. ¿Sí o no?

—¿Conoce al señor Thomas?

—¿Está en dificultades?

—Esto marchará más rápido si usted responde a mis preguntas.

—Quién dijo que yo quería que marchase rápido... —afirmó sonriendo—. Bien Sí, le conozco...

—¿Podría hacerme una breve descripción?

—Treinta y ocho años, quizá menos, pálido, un poquito calvo, de huesos grandes, un metro ochenta, bigotito a lo Ronald Colman, voz profunda, buena ropa.

Douglas hizo un gesto afirmativo. Bastaba para identificar al muerto.

—¿Podría hablarme de su relación con Thomas?

—Negocios, simplemente... Y ahora, ¿por qué no me cuenta quién es, compañero?

—Sí, perdone —dijo Douglas. Tenía la sensación de estar llevando mal esta entrevista. La muchacha volvió a sonreír al ver su malestar—. Soy inspector mayor de Policía y el detective a cargo de la investigación. El señor Thomas fue encontrado aquí esta mañana: muerto.

—¡No se suicidó! No era el tipo que se suicida.

—Lo mataron de un tiro.

—Crimen —comentó la muchacha—. Juego sucio, como lo llaman ustedes, los británicos.

—¿Cuáles eran sus negocios con él?

—Estaba ayudándome en algo que estoy escribiendo sobre los norteamericanos que permanecieron en este país durante toda la lucha. Le conocí cuando entré a preguntar el precio de unos muebles. Conocía a todo el mundo, incluidos gran cantidad de extranjeros residentes en Londres.

—¿Sí?

—Peter era un hombre inteligente. Era capaz de desenterrar cualquier dato que uno le pidiese, siempre que tuviese algo que ganar para sí. —La muchacha contempló la colección de objetos de plata y de marfil en el estante colocado encima de la caja—. Esta mañana le llamé por teléfono para recoger una película. Se me acabó la mía ayer, y Peter me dijo que me conseguiría un rollo. Probablemente lo tenía en el bolsillo.

—No encontramos ningún rollo en el bolsillo.

—Bien, no importa. Lo conseguiré en alguna parte.

Estaba de pie junto a él ahora. Le olía el perfume que usaba. Fantaseó un instante con la idea de abrazarla y, como si ella adivinase sus pensamientos, le sonrió.

—¿Dónde puedo comunicarme con usted, señorita Barga?

—En el Dorchester, hasta el fin de esta semana. Después me iré al departamento de una amiga.

—¿De modo que el Dorchester está otra vez habilitado?

—Unos pocos cuartos en los fondos. Llevará mucho tiempo reconstruir el lado sobre el parque.

—Recuerde dejar una dirección —le dijo Douglas, aunque sabía que estaba registrada como extranjera y, además, en la Oficina de Prensa de la Kommandantur.

No parecía tener prisa por partir.

—Peter era capaz de conseguir cualquier cosa: desde un trozo de los relieves de Elgin, con un certificado del hombre que los excavó de las ruinas del Museo Británico, hasta una orden de baja del Ejército, categoría 1.<sup>a</sup>, ario, trabajador cualificado, exceptuado del toque de queda y sin restricciones para viajar. Peter era un aventurero, inspector. Los individuos como él terminan siempre en dificultades. Y no espere que nadie le llore.

—Me ha resultado muy útil, señorita Barga. —Ella salía ya por la puerta cuando Douglas volvió a hablar—: A propósito —dijo—, ¿sabe si Thomas ha estado recientemente en un clima caluroso?

Ella se volvió.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Brazos tostados —contestó Douglas—. Como si se hubiera quedado dormido al sol.

—Hace sólo unas pocas semanas que lo conocí —dijo Bárbara Barga—. Pero es posible que utilizase una lámpara de rayos ultravioleta.

—Podría ser la explicación —replicó Douglas con tono de duda.

Arriba, Harry Woods había estado conversando con el único vecino de Thomas. El hombre había identificado el cadáver e informado además que Thomas distaba mucho de ser el vecino ideal.

—Había un «Feldwebel» de la Luftwaffe... hombre grande, con anteojos no estoy seguro de los rangos..., pero pertenecía al depósito de Marylebone Road. Solía traer toda clase de cosas: comida, tabaco y también medicamentos. Creo que vendían drogas... Siempre daban fiestas, y debería haber visto a algunas de las mujeres que venían: pintarrajeadas y apestando a bebida. A veces me golpeaban la puerta por error... gente horrorosa. No me gusta hablar mal de los vecinos, le diré, pero andaba con gente horrorosa.

—¿Sabe si Thomas tenía una lámpara de sol artificial? —le preguntó Douglas.

—No sé qué no tenía, inspector... Aquí hallará una verdadera cueva de Aladino, si empieza a excavar dentro de los armarios. Y no olvide el desván.

—No. Muchas gracias.

Cuando se fue el hombre, Douglas sacó del bolsillo el objeto de metal hallado debajo de la silla. Estaba hecho de piezas curvas de una aleación de metales livianos y, con todo, era macizo y pesado para su tamaño. No estaba pintado y el borde tenía una tira de cuero de color tostado. Estaba perforado por un orificio de medio centímetro, alineado con un bulón con tuerca de rosca, todo ello reforzado con un tubo de goma. Por la forma, tamaño y manufactura apresurada, Douglas dedujo que era parte de uno de los centenares de miembros artificiales suministrados a los lisiados de la reciente lucha. De haber sido parte de un brazo derecho, el doctor habría hecho una hipótesis de notable precisión y Douglas podría comenzar desde ese momento a buscar a un veterano zurdo y con excelente puntería.

Estaba guardándose la pieza en el bolsillo cuando entró Harry.

—¿Dejó partir al doctor? —le preguntó Douglas.

—Usted le persiguió un poco, Douglas.

—¿Qué más dijo?

—Tres de la madrugada. Creo que deberíamos intentar descubrir a este Feldwebel de la Luftwaffe.

—¿Dijo algo sobre las quemaduras de sol en los brazos?

—Lámpara solar —comentó Harry.

—¿Dijo eso el doctor?

—No, lo digo yo. El doctor titubeó y se expresó con esos ruidos que usted conoce.

—El vecino asegura que pertenecía al mercado negro. Y la norteamericana dice lo mismo.

—Concuerda con el resto, ¿no?

—Tanto, que huele mal.

Harry calló.

—¿Encontró la lámpara?

—No, pero falta aún el desván.

—Muy bien, a buscar en el desván. Y después, vaya a la Feldgendarmerie y pida permiso para hablar con el Feldwebel.

—El vecino de abajo me cuenta todo sobre este maldito Feldwebel, salvo su nombre y número. Luego aparece esta norteamericana y me pregunta si encontré un rollo de película en el cuerpo. Según ella, este Peter Thomas iba a conseguírsela anoche... ¡No! Una mujer como ésa suele viajar con una cantidad de rollos. Y si quisiera más, los obtendría de una agencia periodística, o de la Embajada de los Estados Unidos. Si no los obtuviese allí, la Oficina de Prensa Alemana le daría toda la película que quisiera. No tiene

por qué mezclarse con el mercado negro. Sabe muy bien cuánto están dispuestos a hacer los muchachos de la Prensa en favor de los periodistas norteamericanos.

—Tal vez quería mezclarse con el mercado negro. Tal vez esté tratando de establecer contacto con la Resistencia para escribir un artículo.

—Es, ni más ni menos, lo que estaba pensando, Harry.

—¿Qué otra cosa huele mal?

—Tomé las llaves del hombre abajo. Ninguna de ellas sirve para los cerrojos, ni la de la calle, ni la de la puerta del departamento La pequeña parece ser de unos ficheros y la de bronce es probablemente, la de una caja fuerte. Aquí no hay ficheros y, si hay caja de seguridad, tiene que estar muy bien escondida.

—¿Qué más?

—Si vive aquí, ¿por qué compró pasaje de vuelta cuando salió de Bringle Sands ayer por la mañana? Y si vive aquí, ¿dónde están las camisas, la ropa interior, la lámpara solar, los trajes?

—¿Y tuvo la intención de acostarse aquí y levantarse con la misma camisa y ropa interior? Mire ese cuerpo, Harry. Este hombre era muy exigente en materia de ropa limpia.

—¿No cree que viviera aquí?

—No creo que nadie viviera aquí. Usaba este departamento sólo como lugar de cita.

—¿Negocios, quiere decir, o... amantes?

—Olvida lo que la gente de la Resistencia llama «casas seguras», Harry. Podría ser un lugar donde se encontraban, ocultaban o escondían cosas. Y no debemos olvidar que tenía puesto el abrigo.

—Usted dijo al doctor que hacía frío.

—El doctor quería exasperarme y lo logró. Eso no quiere decir que se equivocase en cuanto a que alguien hubiera aguardado, sentado aquí, la llegada de Thomas. Tampoco explica que haya permanecido con el abrigo puesto.

—Nunca sé lo que piensa, en realidad —observó Harry.

—Cuide la lengua cuando vaya a la Feldgendarmerie, Harry.

—¿Qué imagina que soy? ¿Un tonto?

—No, un romántico Tonto, no. Romántico.

—¿Cree que esas quemaduras fueron causadas por la lámpara?

—Nunca oí contar de nadie que se durmiese bajo los rayos de una lámpara solar, pero siempre hay una primera vez para todo. Y trate de imaginar por

qué alguien retiró la bombillita de esa lámpara graduable de escritorio. No estaba quemada.

## Capítulo cuatro

Día tras día la cerveza se volvía más aguada y quien creyese esas patrañas de que la lucha destruyó los campos de lúpulo, nunca había probado la marca de exportación que vendían en los casinos de las tropas alemanas. A pesar de sus defectos, Douglas pidió otro medio litro y bañó con mostaza el insulso sándwich de queso antes de comerlo. Había otros miembros del Escuadrón de Homicidios en la taberna del «León Rojo» de Derby Gate. Y más crímenes se habían aclarado en este bar que en todas las oficinas, laboratorios de patología y depósitos de legajos combinados. Por lo menos, así lo afirmaban los parroquianos habituales, después de unos cuantos tragos. Cuando entró un vendedor de diarios pregonando el *Evening Standard*, Douglas lo compró y buscó «Último Momento», en la última página.

### HOMBRE HALLADO MUERTO EN LUJOSO PISO DEL WEST END

Shepherd Market en Mayfair recibió hoy la visita de Scotland Yard, cuando un vecino descubrió el cadáver de un hombre cuando le llevó su medio litro de leche por la mañana. La policía no ha dado aún el nombre de la víctima. Se cree que era un anticuario y conocido experto en perlas. Scotland Yard considera la muerte como homicidio y la investigación está a cargo de «Archer del Yard», quien aclaró el verano pasado las macabras «muertes del perverso sexual».

Aquello le sonaba a Harry Woods. Sabía que Douglas detestaba que le llamasen «Archer del Yard» y seguramente Harry había hablado por teléfono y dicho que el muerto era un «experto en chicas», no en «perlas», antes de negarlo, indignado, al serle leída la declaración<sup>[1]</sup>.

Cuando Douglas salió del «León Rojo», al mirar hacia la acera opuesta y el tránsito que se aproximaba, vio a Sylvia, su secretaria. Era obvio que estaba

esperándole. Douglas dejó pasar un autobús y cruzó de prisa la calle. Esperó otra vez el pase de dos coches militares con banderines del Comando en Jefe, que al atravesar las hondas zanjas dejadas por las bombas le salpicaron agua. Douglas maldijo en voz baja, pero sólo logró recibir otro chubasco.

—Querido —le saludó Sylvia. La palabra no expresaba gran pasión, pero nunca la hubo, en el caso de Sylvia. Douglas la abrazó y retuvo el rostro helado para besarla.

—Toda la mañana estuve preocupado. La carta decía que te ibas —le dijo.

—Perdona, querido —repuso ella—. Desde que mandé esa maldita carta no he hecho más que despreciarme. Dime que me perdonas...

—¿Estás embarazada?

—No estoy segura.

—Vamos, Sylvia. Me mandaste la carta y me decías que...

—No grites en la calle querido —Sylvia le cubrió la boca con la mano derecha—. Quizá no debí venir...

—Después de tres días, tuve que denunciar tu ausencia. La señora del té preguntó dónde estabas. Era imposible cubrirte.

—No quería que te arriesgaras.

—Llamé por teléfono a tu tía en Streatham y me dijo que hace meses que no te ve.

—Sí. Tengo que ir a verla.

—¿Quieres escuchar lo que digo, Sylvia?

—Suéltame el brazo. Me haces mal. Te escucho.

—No como es debido.

—Te escucho como te escucho siempre.

—Todavía tienes tu pase SIPO.

—¿Qué pase?

—El de Scotland Yard... Dime, ¿estuviste bebiendo, o algo por el estilo?

—Por supuesto que no... Bien. ¿Qué hice de malo? ¿Crees que iré a Petticoat Lane a vender el maldito pase al mejor postor allí, entre los que venden ropa vieja? ¿Quién diablos entraría nunca a ese edificio si no le pagaran?

—Caminemos —le propuso Douglas—. ¿No sabes que Whitehall tiene patrullas regulares de la «Gendarmerie»?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Sylvia, sonriendo—. Bésame como se debe. ¿No te alegras de verme?

Douglas le dio un beso rápido antes de responder.

—Claro que sí. Caminemos hasta Trafalgar Square. ¿Quieres?

—Vamos.

Caminaron hacia Whitehall, pasando delante de los centinelas armados, inmóviles junto a las oficinas recientemente ocupadas. Estaban casi frente al teatro de Whitehall cuando vieron a los soldados en plena inspección relámpago. Los tres camiones Bedford estaban estacionados junto a la acera opuesta. Acababan de pintarlos con las señas de la Jefatura: «Grupo L del Ejército Alemán, Distrito de Londres», todo ello representado por un puente de Londres esquematizado sobre una «L» gótica. Los soldados vestían ropa de combate y llevaban metralletas colgadas del hombro. Actuaban con rapidez, extendiendo la valla de clavos —destinados a pinchar neumáticos— para permitir pasar una sola columna de vehículos en cada dirección. El patrullero en el punto de control estaba detenido al pie del monumento a Carlos I ¡Con qué rapidez aprendían los alemanes! Douglas recordó que aquél era el lugar usado por la policía metropolitana para los operativos de control de multitudes en el centro de Londres. Detrás de ellos, otros soldados formaban una valla.

Sylvia no evidenció señales de aprensión, pero sugirió, de todos modos, que convendría doblar por Whitehall Place para dirigirse al Embankment.

—No —dijo Douglas—. ¡Siempre bloquean en primer término las calles laterales!

—Les mostraré mi pase.

—¿Estás completamente loca? El edificio de Scotland Yard alberga a la SD, a la Gestapo y al resto. Puede que tú los desprecies pero los alemanes consideran ese pase casi el más valioso de los documentos que pueda confiarse a un extranjero. Te fuiste sin dar parte de enfermedad y te guardaste el pase. Si leyeras ese reglamento alemán que firmaste, verías que ese acto equivale a un robo, Sylvia. Para esta fecha tu nombre y tu número deben figurar en la nómina de personas buscadas por la Gestapo. Todas las patrullas entre Land's End y John O'Groats deben de estar buscándote.

—¿Qué haré, entonces? —Ni aun ahora la faz de Sylvia denotaba ansiedad.

—Mantener la calma. Los policías de paisano observan a quienes actúan en forma sospechosa.

Detenían a todos, vehículos y personas: automóviles oficiales, autobuses de dos pisos y aun una ambulancia, todos debieron detenerse mientras el comandante de patrulla estudiaba los documentos del conductor y del vehículo. Los soldados no reparaban en la lluvia que hacía relucir sus cascos y les oscurecía la ropa, pero los civiles se amontonaban al abrigo de la entrada

del teatro de Whitehall. Se anunciaba allí una revista, «Viena en Londres», con chicas desnudas ocultas detrás de violines blancos.

Douglas retenía del brazo a Sylvia y antes de que pudiese resistírsele, sacó un par de esposas y se las puso en las muñecas con bastante brusquedad.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le gritó Sylvia, pero él la arrastraba ya delante de la gente que esperaba. Se oyeron murmullos de protesta cuando Douglas se abrió paso con ayuda de los codos.

—¡Comandante de Patrulla! —llamó con tono imperioso—. ¡Comandante!

—¿Qué desea? —preguntó un Feldwebel joven y con acné, cuya chapa de metal sobre el pecho le identificaba como policía militar de servicio. No vestía la chaquetilla de combate y Douglas adivinó que era jefe de pelotón. Agitando su pase de la SIPO, Douglas habló en un rápido alemán.

—¡Oficial de guardia! Me llevo a esta mujer para interrogarla. Mi pase.

—¿Y los documentos de ella? —preguntó el hombre, impasible.

—Dice que los perdió.

El alemán no reaccionó, salvo para estudiar con detenimiento el pase de Douglas y comparar el rostro de éste con el de la fotografía.

—Vamos, vamos —dijo Douglas, siguiendo el principio de que ningún policía militar es capaz de distinguir entre la cortesía y culpa—. No cuento con todo el día.

—Me lastimaste la muñeca —le dijo Sylvia—. Mira lo que me hiciste, canalla.

El Feldwebel le miró fijamente y luego miró a Sylvia.

—¡El siguiente! —ladró.

—Vamos —dijo Douglas, y salvó a toda prisa la barrera, arrastrando a Sylvia. Debieron abrirse camino entre el tránsito que esperaba en el punto de control. Estaban empapados, y no dijeron nada cuando apareció un ómnibus de lujo por Admiralty Street y entró en Trafalgar Square. Por las ventanillas se veían caras de soldados jóvenes. Desde el interior se oía el murmullo de una voz, la del guía, ahuecada por el amplificador, con su alemán de escolar. Los muchachos se reían de su pronunciación. Uno de ellos saludó a Sylvia.

A su paso se apartaron unas cuantas palomas mojadas, por la plaza anegada de lluvia.

—¿Te das cuenta de lo que dijiste? —le preguntó Sylvia. Estaba frotándose la piel lastimada de la muñeca.

Típico de las mujeres, reiniciar en forma oblicua un tema de conversación ya olvidado.

—Uno de los documentos más importantes dado a los *extranjeros*. Acabas de decirlo.

—Basta, Sylvia —le dijo Douglas. Después de mirar por encima del hombro para cerciorarse de que no les veía la patrulla, le quitó las esposas y le soltó el brazo.

—Es lo que somos, por lo que a ti se refiere. ¡*Extranjeros*! Son los alemanes quienes tienen derecho a estar aquí. Nosotros somos los intrusos que debemos prosternarnos y lamer el suelo.

—¡Basta, Sylvia! —Douglas detestaba ese lenguaje en una mujer, no obstante estar habituado desde hacía largo tiempo a él, en su calidad de policía.

—Y no me toques canalla, maldito espía de la Gestapo. —Sylvia le rechazó con la palma de la mano abierta—. Yo tengo amigos que no se mueren de miedo cada vez que ven a esos nazis. Claro. ¿Qué puedes saber de esto tú? ¡Qué va! Estás ocupado haciendo tus porquerías.

—Debes haber estado hablando con Harry —dijo Douglas, tratando en vano de tomar como un chiste la discusión.

—¡Eres patético! ¿Lo sabías? ¡Patético!

¡Qué bonita era, con el pelo pegoteado en mechones, la pintura de labios corrida y ese impermeable mal cortado que siempre le había quedado corto! Douglas la vio, de pronto, como nunca la había visto antes, y también como sería diez años más tarde: una bruja con la boca apretada de amargura, la voz estridente, el genio violento. Nunca sería feliz con ella. Pero cuando una bomba mató a los padres de Sylvia, poco antes de perder Douglas a su mujer fue natural que buscasen mutuamente un consuelo desesperado, bajo el disfraz del amor.

Lo que había visto alguna vez como la confianza excesiva de los jóvenes era ahora más parecido a un inflexible egoísmo. Se preguntó si acaso había otro hombre en la vida de Sylvia, alguien mucho más joven que él, quizá, pero decidió no preguntárselo, ya que le contestaría en afirmativa sólo para irritarle.

—Los dos somos patéticos, Sylvia —dijo—. Esa es la verdad.

Estaban cerca de uno de los leones de Landseer, brillante y negro como el ébano, lustrado bajo la lluvia torrencial. Estaban virtualmente solos, pues hasta los soldados alemanes se habían guardado las cámaras fotográficas, adquiridas libres de impuestos, buscando refugio. Sylvia tenía una mano en el bolsillo y con la otra se apartó el pelo de la frente. Le sonrió, pero sin el menor asomo de alegría ni aun de ternura, o de lástima.

—No seas sarcástico al referirte a Harry —dijo con amargura—. Es el único amigo que te queda. ¿Lo notaste?

—No hablemos de Harry.

—¡Sabes que es uno de nosotros!

—¿Qué?

—De la Resistencia, idiota. —La expresión de Douglas le dio ganas de reír. Una mujer con un cochecito de niño cargado con una bolsa de carbón se volvió para mirarlos antes de alejarse de prisa.

—¿Harry?

—¡Harry Woods, asistente de Archer del Yard, el protegido de la Gestapo, azote de quienes se atreven a hacer ruidos feos al conquistador! Sí, os aseguro, hermano, como dice la Biblia, que este hombre osa luchar contra esos nazis de mierda. —Sylvia se acercó a la fuente y contempló su imagen reflejada en el agua poco profunda.

—Sí que has bebido.

—Sólo la porción embriagadora de la libertad.

—No bebas demasiado —le recomendó Douglas. Era casi cómico verla en este estado de ánimo. Tal vez fuese la reacción consecutiva al temor inspirado por el control.

—Y tú cuida a nuestro amigo Harry —le dijo ella con voz estridente—. Y dale esto, con todo mi amor.

La mano reapareció fuera del bolsillo con el pase de SIPO. Antes de que Douglas pudiese impedirselo, Sylvia levantó el brazo y arrojó el pase tan lejos como pudo, al agua de la fuente. La lluvia golpeaba el pavimento con tanta fuerza que el agua rebotaba y formaba un campo grisáceo de gotas. Sylvia pasó bajo ella con un paso rápido en dirección a la escalera de la National Gallery.

Bajo el agua punteada de lluvia, apenas se veía el pase con su borde rojo que se hundía para unirse con las monedas de los turistas, las cajitas de película Agfa y las envolturas de helados. Si lo dejaba allí, algún oficial de alto rango podría verlo. La vida en el Departamento de policía sería, a partir de ese momento, un infierno para todos. Douglas se quedó contemplando el pase un instante. Estaba tan mojado ya, que no le importó mucho meterse en el agua hasta las rodillas.

## Capítulo cinco

Cuando volvió a la oficina esa tarde, apenas tuvo tiempo para lavarse y cambiarse los zapatos, antes de que llegase un mensaje desde el primer piso. El general Kellerman quería hablar unas palabras con Douglas, si éste no tenía inconveniente. No, no lo tenía, de modo que de inmediato fue arriba.

—Ah, inspector Archer, qué amable es al haber venido —le dijo Kellerman, como si recibiese a un alto funcionario—. ¡Hoy estoy muy ocupado! —El oficial de Estado Mayor de Kellerman entregó a su jefe una hoja impresa de télex. Después de mirarla unos instantes, Kellerman dijo:

—Este hombre de Berlín, el «Standartenführer» Huth... ¿Recuerda?

—Recuerdo todo lo que dijo, señor.

—Muy bien. El Standartenführer tiene un lugar especial en el vuelo de la tarde entre Berlín y Croydon. Creo que llegará a las cinco, aproximadamente. Me pregunto si usted podría ir a recibirlo.

—Sí, señor, pero dudo que... —Douglas no hallaba la forma de sugerir que un Standartenführer de las SS y de la Oficina Central de Seguridad de Himmler podría considerar su recepción por un detective inglés como algo muy inferior a lo que merecían su rango y posición.

—El Standartenführer... solicita que le reciba usted —dijo Kellerman.

—¿Yo, personalmente?

—Viene a hacer una investigación. Me pareció indicado asignarle el mejor de mis detectives —dijo Kellerman con una sonrisa. La verdad era que Huth había mencionado especialmente a Archer. Kellerman se opuso con energía a esa orden que colocaba a Douglas fuera de su jurisdicción y bajo el mando de otro, pero la intervención personal de Himmler puso fin a la cuestión.

—Muy amable, señor —comentó Douglas.

Kellerman metió una mano en el bolsillo de su chaqueta de *tweed* y consultó su reloj de oro.

—Iré ahora mismo —dijo Douglas, al reconocer el gesto.

—¿Sería tan amable? —le preguntó Kellerman—. Bien, vea a mi secretario personal para informarse sobre las disposiciones adoptadas para recibir al Standartenführer.

Lufthansa realizaba tres vuelos diarios entre Berlín y Londres, vuelos adicionales a los menos confortables y con menor prestigio de las fuerzas armadas. Se había dado al Standartenführer, el doctor Oskar Huth, uno de los quince asientos disponibles para el vuelo que partía de Berlín a la hora del almuerzo.

Douglas estaba aguardando en el aeropuerto sin calefacción y contemplaba a la Luftwaffe que se preparaba para la llegada del vuelo desde Nueva York. Los alemanes contaban con los únicos aviones para vuelos de larga distancia y sin escalas, y el Ministerio de Propaganda aprovechaba al máximo la circunstancia.

Había llovido hasta media tarde, pero ahora se veían en el horizonte signos de aclarar entre las nubes bajas. El avión de Berlín describió círculos mientras el piloto se decidía a aterrizar. Después del tercero, el gran trimotor Junkers rugió a baja altura sobre el edificio del aeropuerto y luego se aproximó hasta realizar un aterrizaje perfecto sobre la pista mojada. Su metal pulido a mano relucía al avanzar el aparato otra vez hacia el edificio de la terminal.

Había supuesto Douglas que un hombre con un doctorado entre los antecedentes incluidos en su rango en el télex podría haber conservado algún rastro de modales de médico de cabecera, pero Huth era doctor en leyes y oficial de las SS, con tantas convicciones en cuanto a su vocación como cualquiera que hubiese conocido Douglas hasta entonces. En verdad había conocido a muchos de ellos.

En contraste con Kellerman, este hombre vestía uniforme y no mostraba ningún indicio de preferir ropas civiles. No llevaba el típico uniforme de las SS, usado ahora tan sólo por la Allgemeine SS, en su mayoría palurdos de edad madura que vestían el uniforme exclusivamente para sus borracheras en la aldea los fines de semana. El uniforme del doctor Huth era gris plateado, con botas altas y pantalones de montar. El puño ostentaba el RFSS usado solamente por la guardia personal de Himmler.

Douglas lo miró de arriba a abajo. Había algo de maniquí en aquel hombre alto y delgado, a pesar del estado de su uniforme, planchado con

esmero y muy limpio, pero decididamente raído. Tenía unos treinta y cinco años y una contextura vigorosa y musculada, con una energía en el paso y en el porte que contradecía la expresión de los ojos entrecerrados, como si estuviese medio dormido. Llevaba bajo el brazo el bastoncito con mango de plata y en la mano un gran portadocumentos. No se dirigió a la puerta que indicaba la aduana y las autoridades de inmigración, sino que golpeó el mostrador con el bastón, hasta que un empleado de Lufthansa le abrió la puerta y le hizo pasar a la sala de espera.

—¿Archer?

—Sí, señor.

El oficial le estrechó la mano sin mayor entusiasmo, como si le hubieran advertido que los ingleses siempre esperan este saludo.

—¿Qué esperamos? —preguntó a Douglas.

—Su personal... su equipaje...

—¿Escopetas, palo de golf, cañas de pescar? No tengo tiempo para esas tonterías —le dijo Huth—. ¿Trajo un coche?

—El Rolls-Royce —repuso Douglas, señalando el punto donde, detrás de las puertas de la terminal, aguardaba el automóvil reluciente con su conductor uniformado de las SS y el banderín oficial de Kellerman.

—¿Así que Kellerman le prestó el Rolls-Royce? —preguntó Huth cuando subieron en él—. ¿Y qué usa él esta tarde? ¿La carroza de la coronación? —El inglés de Huth era perfecto, con el refinamiento que es dado observar sólo cuando los padres, o bien una amante, hablan varios idiomas. A pesar de ello y con toda la urbanidad de Huth no era posible dejar de advertir la inflexible ambición que había debajo.

El padre de Huth era profesor de lenguas modernas. La familia vivió en Schleswig-Holstein hasta que, después de la Primera Guerra Mundial, la nueva frontera hizo que su hogar quedase en Dinamarca. Más tarde la familia se trasladó a Berlín, donde Oskar Huth estudió derecho antes de pasar a completar sus estudios en Oxford, adonde concurrió Archer años después. A pesar de la diferencia de edades, Douglas Archer y Huth lograron identificar recuerdos y amistades comunes. Además, la madre de Douglas había sido institutriz en Berlín durante su juventud. Douglas lo sabía, por las anécdotas que contaba ella de esa época.

—¿En qué está trabajando? —le preguntó Huth, con tono displicente. Miraba por la ventanilla del automóvil, el cual debió detenerse a causa del tránsito en Norwood. Una larga cola de gente aguardaba bajo la lluvia la llegada de las raciones de pan. Douglas pensó que Huth haría algún

comentario, pero éste se inclinó con el puño cerrado y con su anillo de sello golpeó la ventanilla para indicar al conductor:

—¡Use la sirena, tonto! ¿Cree que tengo todo el día?

—¿Y bien?

—Doble muerte en Kentish Town el martes. Cayeron en la vía electrificada del subterráneo. Primero creí que era un asesinato, pero luego decidí que era un doble suicidio. El hombre había escapado del campamento para prisioneros de guerra británicos en Brighton —Douglas se rascó la mejilla—. Tiroteo en un cabaret de Leicester Square el sábado por la noche. Se utilizó una metralleta, unos ciento cincuenta disparos. No parece que les falten balas. Todos los signos de un crimen de pistoleros. El propietario habla de un botín de más de seis mil libras, y si contamos lo que oculta por razones de evasión impositiva, debe ser el doble en billetes viejos, marcos-0 en su mayor parte. Gerente y cajero muertos, tres clientes heridos y uno internado hasta ahora.

—¿Y la muerte de Peter Thomas? —preguntó Huth, siempre absorto en observar por la ventanilla las calles melancólicas y mojadas.

—Eso ocurrió esta mañana —dijo Douglas, sorprendido de que Huth estuviese tan al corriente de los hechos. Huth hizo un gesto afirmativo—. Hasta ahora no encontramos a nadie que hubiese oído el disparo de pistola —prosiguió Douglas—, pero el médico cree que la muerte se produjo a las tres de la madrugada. Los documentos del hombre decían que era Peter Thomas, pero seguramente eran falsos. Documentación Criminal no tiene nada bajo ese nombre. Dactiloscopia está trabajando, pero pasará algún tiempo antes de que terminen. Tenía un pasaje de ferrocarril para Bringle Sands, una playita de verano en Devon.

Douglas miró a Huth. Seguía mirando por la ventanilla.

—Sé exactamente dónde está Bringle Sands —declaró éste.

Douglas se sorprendió, pues él mismo lo había ignorado hasta que consultó un mapa.

—Continúe —le dijo Huth, sin mirarle.

—En el departamento había artículos de las proveedurías militares. No muchos, pero los artículos eran los habituales del mercado negro: cigarrillos, bebida, cupones de gasolina. Tenemos una declaración escrita del vecino, en la cual afirma que le visitaba a menudo un Feldwebel de la Luftwaffe. Proporcionó una descripción a mi sargento, quien fue a la Feldgendarmerie esta tarde. Ahora esperaré hasta ver si quieren ocuparse de la investigación, o bien debo proseguirla yo.

—¿Y el asesino?

—Tiene todos los signos de un asesino que entró por sus propios medios, esperó hasta que llegase la víctima y...

—Pero ¿usted no lo cree?

Douglas se encogió de hombros. No había manera de informar a este oficial de las SS sobre los problemas que involucra una investigación como aquella. Las penas para las menores infracciones al reglamento eran ahora tan severas que el ciudadano común obediente de la ley estaba dispuesto a dar falso testimonio. Douglas lo comprendía bien y, con el resto de la policía de Gran Bretaña, hacía oídos sordos a muchos delitos menores.

—Posiblemente fue una muerte relacionada con asuntos de mercado negro —dijo por fin. El instinto le decía, no obstante, que había allí más que esto.

Huth se volvió y le sonrió.

—Creo que empiezo a comprender cómo trabaja, inspector —dijo—. Probablemente una muerte relacionada con asuntos de mercado negro, dice usted. Y el del sábado, una riña entre pistoleros. El del martes, un doble suicidio. ¿Es así como trabajan en Scotland Yard? ¿Tienen esas convenientes casillas como medio expeditivo de clasificar los casos que de otro modo irían dentro de un archivo enorme bajo el título «No resueltos»? Contésteme.

—No, no usé tal palabra, Standartenführer. Usted la usó. Personalmente, creo que los casos son sencillos, salvo en cuanto a la implicación de la Wehrmacht en ellos. Esto me ata las manos.

—Plausible —comentó Huth.

Douglas esperó y como Huth no proseguía, dijo:

—¿Podría aclarar el comentario?

—Usted no supone ni por un instante que haya sido una muerte por cuestiones de mercado negro —dijo Huth con desdén—, pues un hombre como usted conoce a cuanto delincuente hay en Londres. Si creyera que ésta tiene que ver con el mercado negro, habría localizado a cuanto malviviente se ocupa de esto en Londres. Le habría ordenado luego entregar de inmediato al culpable, bajo pena de encontrarse cumpliendo diez años de prisión preventiva. ¿Puede decirme por qué no lo hizo?

—No.

—¿Qué quiere decir, «no»?

—Que no puedo decírselo, porque ignoro por qué no lo hice. La evidencia es la que le di... pero creo que hay algo más detrás.

Huth miró a Douglas con fijeza y se echó la gorra hacia atrás con la punta del pulgar. Era bien parecido, pero el rostro pálido y el uniforme gris de

trabajo, con sus insignias negras y plateadas de las SS en el cuello no era diferente de aquellos cuya palidez proviene de haber pasado la vida en oficinas mal iluminadas. Douglas no acertaba a descubrir qué pensaba, pero al mismo tiempo tenía la sensación incómoda de ser él mismo transparente. Con todo, no apartó la mirada. Al cabo de un instante que se le hizo interminable, Huth le preguntó:

—Bien. ¿Qué acción ha iniciado?

—Si la Feldgendarmerie identifica al Feldwebel mencionado en la declaración escrita del vecino, corresponderá a la Feldgericht de la Luftwaffe decidir si...

Huth hizo un gesto desdeñoso.

—El mensaje en télex llegado de Berlín disponía que la Luftwaffe debía devolverle *a usted* toda la documentación.

Era realmente asombroso. La Wehrmacht protegía celosamente el derecho de ocuparse de sus propias investigaciones. La SD servicio de informaciones de las SS, había logrado algo en apariencia imposible, al extender sus poderes de investigación hasta incluir no sólo a las SS, sino también la SI y el partido nazi. Pero ni ellos siquiera osaban jamás formular cargos contra un miembro de las fuerzas armadas. Había un solo nivel en el cual era posible ordenar a la Luftwaffe la transferencia de una investigación a la SIPO: el del jefe supremo de las fuerzas armadas, Adolfo Hitler.

La imaginación de Douglas volaba desenfundada, llevándole a preguntarse si el crimen sería acaso obra de un nazi de alto rango o de uno de los familiares, asociados o amantes de él.

—¿Hay alguna hipótesis sobre la identidad del asesino?

—Encuéntrelo, eso es todo.

—Pero ¿por qué *este* crimen?

—Porque tuvo lugar —repuso Huth con aire fatigado—. Para un inglés tal motivo debería ser suficiente.

La mente de Douglas estaba llena de aprensión y objeciones. No quería saber nada de esta investigación tan importante y con este oficial de las SS vigilando todo el tiempo su propia actuación. Como era obvio, no era el momento de expresarse abiertamente. Un sol diluido se filtraba entre las nubes y brillaba apenas sobre las calles mojadas. El conductor utilizó la sirena y pasó a toda velocidad frente a los altos muros de la cancha de *cricket* del Oval. Douglas dijo entonces:

—Le recogeré a las siete y media para llevarle a la recepción en su honor en el hotel Savoy. En el camino a su hotel en Brook Street de Mayfair, el

general Kellerman pensó que le gustaría ver Buckingham Palace y el Parlamento.

—El general Kellerman es un campesino —dijo Huth en alemán y con un tono exageradamente amable.

—¿Quiere decir esto que *le gustaría* a usted pasar por Buckingham Palace?

—Quiere decir, estimado inspector, que no tengo la menor intención de pasar la velada en un salón repleto de oficiales del ejército con sus mujeres emperifolladas, tragando champaña, mientras me dicen, entre bocados de salmón ahumado, cuál es el mejor lugar donde comprar porcelana de Staffordshire.

Seguía hablando en alemán y la palabra que usó, *feste*, era la usada normalmente para describir los hábitos de comer del ganado.

—Lléveme a mi oficina —dijo a Douglas—. Y consiga el mejor patólogo de Londres para que examine a Peter Thomas esta noche. Quiero presenciar la autopsia. —Al ver la sorpresa en el rostro de Douglas, añadió—: Ya se acostumbrará a mi modo de trabajar.

«Muchos se acostumbran a la fiebre amarilla, pero muchos morían en este proceso», pensó Douglas.

—¿De modo que debo cancelar la recepción? —preguntó.

—¿Y privar a Kellerman y a sus amigos de una fiesta? ¿Qué clase de hombre es usted, inspector? ¿Un aguafiestas?

Después de reír con suavidad, golpeó otra vez el vidrio y ordenó con voz perentoria:

—¡A Scotland Yard!

## Capítulo seis

Así, en el mismo momento en que el general Kellerman, HSSOF (jefe de la Policía y de las SS) de Gran Bretaña actuaba como anfitrión de los altos funcionarios destacados en Londres, su invitado de honor estaba en la morgue, detrás de Baker Street, y cubierto con un delantal blanco de carnicero, presenciaba la dirección del cadáver de Peter Thomas, a cargo de sir John Shields, patólogo.

Era un edificio mezquino y lóbrego, retirado lo suficiente de Paddington Street para permitir la entrada inadvertida por parte de los transeúntes de los furgones fúnebres y las ambulancias que descargaban detrás de las puertas de roble. El interior había recibido tantas manos de pintura de color verde oscuro y marrón, que los ladrillos eran ahora lisos y lustrosos, lo mismo que las escaleras de piedra y el suelo de madera lustrada. Las lamparillas de escaso poder proveían tan sólo unos charcos aislados de luz débil y amarilla, salvo en el punto donde una lámpara de bronce con pantalla verde estaba bien baja para iluminar el vientre pálido de Peter Thomas.

Había nueve personas presentes: Huth, sir John Shields y su ayudante, Douglas Archer, un representante de la autoridad forense, un escribiente, dos empleados de la morgue con delantales y botas de goma y un inquieto alemán de poca talla, mayor de policía, que había volado desde Hamburgo ese día. Tomaba notas y pedía sin cesar la traducción de partes del impasible comentario de Shields. Había demasiada gente alrededor de la mesa y Douglas accedió de buena gana a ceder su lugar en primera fila. No le agradaban estas sangrientas experiencias y aun apartando los ojos, los ruidos del bisturí y del serrucho y el de los gorgojeos de líquido le provocaban ganas de vomitar.

—¡Hemorragia, hemorragia, hemorragia! —recitaba Shields, señalando con el bisturí. Todos miraron con atención las entrañas del muerto—. No me gusta el aspecto del hígado —comentó Shields, y tomándolo, lo extrajo y lo

levantó más cerca de la luz—. ¿Qué opina, doctor? —preguntó. La voz resonó en la hueca penumbra del recinto.

El ayudante de Shields palpó la víscera y la estudió un buen rato bajo la lupa. Shields se inclinó para oler el cadáver.

—Quiero explicaciones —exigió Huth, impaciente.

—Enfermo —dijo el doctor—. Muy interesante. Nunca vi un hígado exactamente igual a éste. Me pregunto cómo estaba vivo aún este hombre.

El mayor de la policía alemana escribió algo en su libreta. A su vez quiso mirar el hígado con la lupa.

—¿Cuánto habría tardado en morir por insuficiencia hepática? —preguntó en alemán y luego aguardó la traducción de Huth.

—No quisiera responder —dijo sir John—. Muchos pueden vivir años con un hígado arruinado. ¡Vaya a mi club y verá unos cuantos ejemplos! —añadió, riendo por un instante.

—Esto no es un chiste —señaló Huth—. ¿Estaba enfermo?

—Sin duda —repuso sir John.

—¿Mortalmente enfermo?

—Yo no le habría dado más de dos meses de vida. ¿Y usted, doctor?

El ayudante expresó su acuerdo con el pronóstico resoplando con ruido y agitando la cabeza.

Huth rodeó con un brazo el hombro del mayor y llevó a éste aparte, a donde no fuera posible oírlos. Allí se detuvieron y hablaron en murmullos. Para sir John, esto era de pésima educación, y no trató de disimular su fastidio.

Cuando Huth volvió junto a la mesa, dijo a sir John que hiciera embalar todas las vísceras y las tuviera listas para su envío a Berlín en el vuelo del día siguiente desde Croydon.

—Entonces, no me queda ya nada que hacer aquí —dijo Shields.

—No se ofenda, sir John —le dijo Huth, desplegando una simpatía que Douglas no le había observado hasta entonces—. No tenemos a nadie en Berlín con sus conocimientos y experiencia. Tengo la gran esperanza de que usted y sus colegas continúen la autopsia para que contemos con su informe mañana a primera hora.

Sir John respiró hondo, se irguió hasta desplegar toda su estatura, tal como lo había visto hacer Douglas tantas veces en los tribunales minutos antes de aplastar a algún abogado excesivamente seguro de sí mismo.

—No es posible que yo intente mayores investigaciones en este cadáver sin contar con las facilidades de un laboratorio de hospital dotado de equipo y

personal adecuados.

Huth hizo un gesto pero no dijo nada.

—Aun en este caso, el trabajo sería largo. Todos los hospitales de Londres están sobrecargados de trabajo, hasta un punto casi límite, y por este motivo no quiero molestar a usted ni a su colega explayándose sobre el tema.

Huth asintió, muy serio.

—Desde luego —repuso—. Por ello dispuse que el hospital SS de Hyde Park Corner tenga su laboratorio a su entera disposición. Tengo aquí dos automóviles y una ambulancia, una línea telefónica para su uso exclusivo y no tiene más que pedir personal o material extra.

Sir John miró largamente a Hugh antes de responder.

—Me gustaría creer, brigadier, que este extraordinario despliegue de recursos militares de Alemania implica un elogio para mí. Creo, no obstante, que es más bien la expresión de su propia preocupación por esta muerte. Le agradecería, pues, que me hablase algo más de las circunstancias, además de los datos que tengo ya.

—Standartenführer —le corrigió Huth—. Standartenführer, no brigadier. Sólo puedo decirle, sir John, que los misterios me desagradan más aún que a usted y que esto se aplica en particular a las muertes misteriosas.

—¿Epidemia? —preguntó sir John—. ¿Enfermedad contagiosa? ¿Peste? —Su tono se elevó apenas—. ¿Quiere decirme que ha visto ya algo como esto?

—Algunos miembros de mi personal han visto antes algo como esto —admitió Huth—. En cuanto a peste, estamos frente a algo posiblemente tan mortal, que ni la «muerte negra» sería comparable en sus consecuencias... Por lo menos es lo que afirman mis expertos.

## Capítulo siete

Era pasada la medianoche cuando Huth y Douglas Archer volvieron a Scotland Yard. Por primera vez se persuadió a Huth de que fuese al despacho preparado para él en el entresuelo. Era un magnífico salón con vistas al County Hall, en la margen opuesta del Támesis. Se había desplegado infinito esmero en decorarlo tal como se deseaba y el general Kellerman lo visitó dos veces esa tarde y expresó gran preocupación por el lustre del escritorio de palo de rosa, el brillo del artefacto eléctrico de cristal tallado y el estado de limpieza de la alfombra. Había un televisor Telefunken listo para reanudar las audiciones de la BBC programadas para Navidad. Debajo del aparato un bar portátil con paneles enchapados contenía cristalería de Waterford y bebidas seleccionadas.

—Le gustará, ¿no? —preguntó Kellerman con el susurro ronco que Harry Woods imitaba a la perfección.

—A cualquiera le encantaría, señor —dijo el jefe de despacho de Kellerman, el oficial a quien éste siempre llamaba «jefe de estado mayor».

—Muy bonito —comentó Huth con sarcasmo—. Bonito lugar para enterrarme e impedirme ver cómo funciona el Departamento. Y veo que hasta el teléfono está conectado con el tablero de Kellerman.

—¿No le agrada su aspecto? —le preguntó Douglas.

—Retire todos estos muebles y trastos —dijo Huth—. Esto parece un prostíbulo Victoriano, más que una oficina. ¿Piensa Kellerman que me quedaré aquí emborrachándome hasta que empiece la televisión?

—Hay un cable conectado con la televisión —le dijo Douglas—. Se puede usar para transmitir información policial, como fotografías de personas buscadas y demás.

—Le conseguiré un puesto en el Ministerio de Propaganda. ¿Le gustaría?

—Quizá necesitaría tiempo para pensarlo —repuso Douglas, fingiendo tomar la pregunta en serio.

—Retíreme estos muebles de aquí. Quiero archivos de metal con buenos cerrojos y un escritorio de metal con candados en los cajones y, por último, una lámpara de escritorio como es debido, en lugar de ese mamarracho con caireles. Usted ocupará la oficina de al lado, de modo que convendría que la haga instalar como le guste. Consiga teléfonos: cuatro líneas directas y haga cambiar sus extensiones hasta aquí. En el corredor quiero una mesa y una silla para que mi hombre de guardia no tenga que estar de pie todo el tiempo. Pero... ¿Dónde diablos está ese centinela?

—¿Centinela, señor?

—No se quede ahí repitiendo todo lo que digo. La investigación de la muerte de Peter Thomas es parte de un operativo cuyo código es «Apocalipsis». Ni un dato de ningún género, nada en realidad, podrá salir de este despacho sin mi autorización escrita o la del Reichsführer Heinrich Himmler. ¿Me explico?

—Como para no olvidarlo —repuso Douglas. Buscaba de forma desesperada desentrañar lo que había detrás.

Huth sonrió.

—En caso de que disminuya esta cualidad de inolvidable, tendremos fuera un centinela armado de las SS durante las veinticuatro horas del día —dijo Huth y miró su reloj de pulsera—. Maldito, tendría que estar ya aquí. Llame por teléfono al comandante de la guardia de las SS en Cannon Row. Dígale que envíe al centinela y seis o siete hombres para que retiren estos muebles.

—Dudo que haya trabajadores disponibles a esta hora de la noche.

Huth echó la cabeza hacia atrás y miró a Douglas con los párpados entrecerrados. Por su parte, Douglas no tardaría en descubrir que esto indicaba peligro.

—¿Vuelve a hablar en broma? ¿O bien pretende provocarme?

Douglas esbozó un gesto con los hombros.

—Llamaré por teléfono —dijo.

—Estaré en el salón de conferencias número tres con el mayor Steiger. Dígale al oficial de las SS que haga retirar todos estos muebles antes de que yo vuelva. Además, quiero que me instalen los otros.

—¿De dónde sacaremos escritorios de metal?

Huth se volvió a medias, como si la pregunta no mereciera respuesta.

—Use su iniciativa, inspector. Vaya por el pasillo y cuando vea lo que necesita, tómelo.

—Pero habrá un escándalo por la mañana —objetó Douglas—. Se lo llevarán otra vez.

—Y encontrarán un hombre armado de las SS, que les impedirá sacar nada, por orden del Reichsführer de las SS. E incluyo en esto los muebles de metal.

—Bien, señor.

—En mi portadocumentos hallará un tubo de cartón con un cuadro de Piero della Francesca. Hágalo enmarcar y cuélguelo en la pared. Haga esto inmediatamente y póngalo rápido para disimular un poco ese empapelado horroroso.

—¿Un Piero della Francesca auténtico?

Douglas había oído anécdotas increíbles sobre los objetos saqueados durante la guerra en Polonia, Francia y los Países Bajos.

—¿En la oficina de un policía, Archer? Sería una falta de ética, ¿no? — Sin esperar respuesta, Huth salió.

Douglas llamó por teléfono al comandante de las SS y pasó el mensaje, con un comentario amistoso en el sentido de que el Standartenführer tenía gran prisa.

La respuesta expresó gran consternación. Era obvio que las instrucciones de Kellerman sobre la llegada del hombre eran tomadas muy en serio por las fuerzas de seguridad.

Junto a la ventana, se puso a contemplar el Embankment. El toque de queda garantizaba el número reducido de transeúntes civiles, miembros del Parlamento, obreros del turno de la noche en industrias y servicios esenciales, todos ellos, casos de excepción, y las calles y puentes estaban desiertos, salvo por las hileras de vehículos oficiales estacionados y una patrulla armada que recorría los perímetros iluminados por focos de todos los edificios públicos.

Una motocicleta con sidecar se detuvo en el puesto de control en la intersección del Embankment de Victoria con el puente de Westminster. Se hizo una rápida inspección de documentos y luego el vehículo se perdió de vista en la oscuridad de la noche, en el sector más distante del río, con un rugido de tubo de escape. De la acera de enfrente le llegaron las sonoras campanadas del Big Ben. Douglas bostezó. No se explicaba cómo se las arreglaba la gente como Huth para no dormir.

Abrió el portadocumentos, para sacar la reproducción de della Francesca, pero antes de llegar a desenrollarla vio, dentro de un bolsillo, un sobre de papel grueso, sellado con lacre rojo y con el inconfundible emblema heráldico de la RSHA, Departamento Central de Seguridad del Reich y santuario máximo de Heinrich Himmler y sus subordinados. Habían abierto ya el sobre por un costado y por él asomaba un papel doblado.

Douglas no pudo reprimir la curiosidad. Al sacar un gran pliego de papel y desdoblarlo, halló un complicado diagrama del tamaño del papel secante que cubría el escritorio. Estaba dibujado con tinta negra indeleble en papel fabricado a mano, grueso como el pergamino. Comprobó que ni aun su buen alemán le permitía comprender del todo el contenido manuscrito, pero reconoció algunos de los símbolos.

Había un triángulo equilátero invertido dentro de un doble círculo. El triángulo contenía dos palabras dispuestas en cruz: Elohim y Tzabaoth. En 1930, la eficaz solución de dos asesinatos relacionados con magia negra le permitieron reconocer ahora esto como una figura geométrica, representación del «dios de los ejércitos, el equilibrio de las fuerzas naturales y la armonía de los números».

La segunda figura era una cabeza humana con tres caras, coronada por una tiara y surgida de un recipiente lleno de agua. Había asimismo otros signos de agua. Junto a ellos figuraba escrito a mano «Laboratorio Joliot-Curie, College de France, París». Casi junto a otro signo de agua estaba escrito «Norsk Hydro Company, Rjukan, Noruega central».

Tierra apilada, palas y un rombo atravesado por una espada mágica, «Deo Duce, comité ferro», era el emblema del Gran Arcano que representaba, según la carta, «la omnipotencia de los adeptos» y aquí se había incluido el doble rayo de las SS con la leyenda «RSHA Berlín».

El tercer símbolo era la espiral marcada como «Transformación» que se transformaba en un trompo de juguete en movimiento con la correspondiente leyenda de «Laboratorio Clarendon Oxford, Inglaterra» y las palabras «Formatio» y «Reformatio» dispuestas sobre «Transformado» para formar un triángulo. Más abajo aparecía «reactor del ejército alemán en Inglaterra», con lápiz y como si hubiese sido añadido en forma apresurada y en el último momento.

Douglas se irguió al oír el rumor de botas alemanas por el pasillo embaldosado. Dobló el diagrama con demasiada prisa para cerciorarse de que no mostrase señales de haber sido tocado. De inmediato volvió a guardar el sobre en el bolsillo forrado de rojo del portadocumentos y cerró éste.

Golpearon la puerta.

—Entre —dijo Douglas mientras desenrollaba la reproducción de Piero della Francesca.

—Un centinela y seis hombres para cumplir servicios —dijo el oficial de las SS.

—El Standartenführer Huth desea que se retiren estos muebles —le explicó Douglas—. Reemplácelos por muebles de metal de las oficinas de este pasillo.

El oficial de las SS no mostró sorpresa ante la orden. Se le ocurrió a Douglas que aquel hijo de campesinos de Hesse, como él había adivinado correctamente, habría sido capaz de obedecer la orden de saltar por la ventana. El hombre se quitó la chaquetilla para trabajar con sus seis musculosos muchachos mientras el camarada armado permanecía de guardia en el corredor.

Para cuando llegó Harry Woods a las dos de la madrugada, la tarea casi había terminado. Había estado en la recepción del Savoy. Con cierta aprensión Douglas advirtió que estaba algo ebrio.

—Dicen que «escoba nueva barre bien» —comentó al ver el traslado de los muebles—. No veía tanta actividad desde que comenzó la invasión.

—¿Sabe dónde podemos hacer enmarcar esta lámina? —le preguntó Douglas.

Harry Woods tomó la reproducción por los bordes para mirarla. Era «La flagelación». Douglas conocía bien la obra, con una plazoleta con columnas iluminada por el sol que brillaba en un cielo muy azul. En el fondo flagelaban a Cristo Tres hombres magníficamente ataviados, el duque de Urbino y sus dos consejeros aparecían dando la espalda a la escena, conversando con gran calma. En la vida real, se sospechaba que los consejeros que figuraban en el cuadro habían sido cómplices en el asesinato del duque. Durante siglos los expertos en arte han discutido el significado oculto de la obra. Douglas la hallaba una decoración apropiada para el despacho de aquel emisario de mirada dura de la corte bizantina del Reichsführer de las SS.

—Tipo raro, ¿no? —dijo Harry, contemplando la lámina.

—Es mejor que aprendamos a convivir con él.

—Está en el salón de conferencias número tres —le informó Harry—, conversando con el hombrecito policía de la voz chillona, el mayor que llevó a la morgue. ¿Quién es?

—No tengo la menor idea —dijo Douglas.

—Están hablando muy juntos, como si fuera a acabarse el mundo. —Harry sacó sus cigarrillos y ofreció el paquete a Douglas, quien hizo un gesto negativo. En esos momentos no era bien visto aprovechar la ración de tabaco de un amigo—. ¿Qué significa todo esto, jefe? —preguntó Harry.

—Pensé que usted quizá podría decírmelo, Harry. Vi a Sylvia hoy. Me dijo que usted tiene la mano metida en todo lo que sucede en esta ciudad.

Si Harry imaginó lo que Sylvia había dicho, no dio señales de ello. Por otra parte, tampoco se mostró sorprendido de que Sylvia hubiese aparecido en Scotland Yard. Douglas se preguntó si no habría visto también a Harry.

—Le diré una cosa —dijo Harry—, y es que ese mayorcito no tiene nada que ver con patología, medicina, ni nada que se le parezca. Me gustaría saber por qué estaba en la morgue. ¿Cree usted que este Huth le permitiría acompañarle solamente para divertirse?

—No tardará en descubrir, Harry, que nuestro nuevo Standartenführer no siente tanta inclinación por las diversiones.

—Hay una gente rarísima en circulación, ¿sabe? Quiero decir que haber permitido venir a ese mecánico de radio estuvo mal. Y se lo diré a la cara a Huth. Le diré que estuvo muy mal. Usted cree que no lo haré, pero yo se lo diré. —Harry vaciló un poco sobre las piernas y debió afirmarse en el borde del escritorio.

—¿Mecánico de radio?

—¡Claro! —dijo Harry con la complacencia de quien está ligeramente ebrio—. Vi su prontuario. Lleva uniforme de policía, pero es un disfraz. Llamé por teléfono a Lufthansa y obtuve su nombre de la planilla de vuelo. Después fui arriba y le revisé el prontuario.

—¿Obtuvo el prontuario?

No, la ficha solamente. Si uno dice que trabaja para la Gestapo consigue cualquier cosa. ¿Sabía esto, Douglas?

—Usted *no* trabaja para la Gestapo —señaló Douglas.

Harry agitó una mano delante de su rostro como si quisiera apartar una mota de un parabrisas sucio.

—Mecánico de radio, decía, doctor en teoría radial. Todos estos alemanes son doctores. ¿Lo notó, Douglas...? Estudió en Tubinga. Se incorporó al servicio de policía hace sólo un año, directamente desde una cátedra de Múnich.

—Los mecánicos de radio no estudian en Tubinga ni enseñan en Múnich —insistió Douglas.

—Muy bien, muy bien —dijo Harry—. Yo no tengo su dominio del idioma alemán, pero sé descifrar una ficha personal. —Dicho esto Harry dirigió una sonrisa astuta a Douglas, y como quien saca un conejo de un sombrero de copa, extrajo la ficha personal del bolsillo interior de la chaqueta—. Mire, muchacho, aquí está. Léala con sus propios ojos.

Douglas la tomó y la leyó en silencio.

—Vamos, jefe, una sonrisa, por favor. Se equivocó y lo sabe.

—El mayor —dijo Douglas hablando lentamente para pensar un poco— es físico, experto en sustancias radiactivas. Era profesor de física nuclear.

—Ahora sí que no le sigo —señaló Harry, frotándose la nariz.

—Esas quemaduras en el brazo del hombre —observó Douglas—. Sir John no las mencionó anoche. Tal vez el mayorcito haya ido allá a examinarlas.

—¿Causadas por la lámpara solar?

—Por la lámpara solar, no, Harry. Esas quemaduras eran profundas, el tipo de lesiones cutáneas que podría sufrir alguien expuesto a las radiaciones del radio, o bien una sustancia semejante.

Golpearon la puerta nuevamente. El comandante de la guardia de las SS llegó a informar que los de transmisiones de las SS habían conectado y probado las cuatro nuevas líneas telefónicas. Apenas terminó de hablar, cuando sonó la línea directa de Huth. Douglas levantó el aparato de su escritorio y dijo:

—Oficina del Standartenführer Huth. Habla el detective inspector Archer.

—Archer... Ah, magnífico. Habla el general Kellerman. ¿Está el Standartenführer con usted? —Douglas miró su reloj. Era sorprendente que Kellerman llamase a esa hora. No se destacaba por dedicar largas horas al trabajo.

—Está en el salón de conferencias número tres, general —repuso.

—Sí, entiendo que sí. —Luego de una larga pausa, Kellerman prosiguió —: Desgraciadamente dio orden de que no se le pasaran llamadas allá. Esto no se aplica a mi persona, desde luego, pero no quiero crearle demasiadas dificultades a la operadora y parecería que el teléfono del salón de conferencias no funcionase bien.

Era obvio que Huth había dado a la operadora el consabido «órdenes del Reichsführer» y luego dejado el teléfono descolgado. Con todo, convenía ayudar como fuera al general a no sentirse humillado.

—Seguramente no funciona porque el personal de transmisiones estuvo cambiando las líneas —dijo el general.

—¿Qué? —dijo Kellerman. Su voz fue un chillido lleno de alarma—. ¿A esta hora de la noche? ¿Qué quiere decir? —De inmediato pasó a hablar en alemán con un tono más autoritario—. Dígame. ¿Qué significa esto de cambiar líneas en mi despacho? Explíqueme lo que sucede. ¡Inmediatamente!

—Simples cambios de rutina, general —contestó Douglas—. El Standartenführer quiso que nos instalaran a Woods y a mí en la oficina administrativa contigua a su despacho. Esto significa la instalación de líneas

adicionales para nosotros y traer nuestra línea externa hasta aquí... Es habitual conservar el mismo número externo durante el curso de una investigación... a causa de los informantes y otros.

De algún punto junto al codo del general se oyó un murmullo petulante y quejumbroso. Era una voz joven y femenina, que no se asemejaba en nada, según pudo apreciar Douglas, a la de la mujer del general, quien había volado, además desde Croydon hasta Breslau a visitar a su madre la semana anterior.

—Ah, dice que es algo de rutina —dijo Kellerman muy apresurado—. En tal caso, todo está en orden. —Con el teléfono tapado con una mano, esperó un instante antes de proseguir—. ¿Estuvo con el Standartenführer esta noche?

—Sí, señor.

—¿Cuál es el problema, exactamente, inspector? No llegó al Savoy, ¿sabe?

—El Standartenführer tiene muchísimo trabajo urgente que realizar, general.

En aquel momento entró Huth en el cuarto. Fijó la mirada en Harry, quien estaba apoyado en el escritorio con los ojos cerrados. Luego miró a Douglas y levantó las cejas con un gesto de malicia.

Por el teléfono, Kellerman preguntó:

—¿Cree que debería ir allá, inspector? Puedo contar con un funcionario leal y concienzudo como usted para juzgar la situación.

Huth se había acercado a su escritorio y estaba ahora con la cabeza muy inclinada, junto al auricular del teléfono.

—Estoy seguro de que el general... —Huth intentó apoderarse del aparato, pero Douglas se aferró a él lo suficiente para decir:

—El Standartenführer acaba de entrar, señor.

Huth tomó el teléfono, se aclaró la garganta y dijo:

—Habla Huth, general Kellerman. ¿Qué desea?

—Estoy encantado de localizarle por fin, estimado Huth. Quería decirle que...

Huth interrumpió las efusivas palabras de Kellerman.

—Usted está en una casa agradable y cálida, general, con una cama grande y cálida, con una mujer bonita y cálida. Quédese con todo eso y déjeme proseguir mi trabajo sin interrupciones.

—Ocurrió que mi operadora no podía conseguir... —El teléfono hizo un ruido seco al depositarlo Huth en su soporte.

Huth miró a Douglas.

—¿Quién le dio permiso para discutir los asuntos de esta oficina con un extraño?

—Pero era el general Kellerman...

—¿Cómo sabe quién era? Era sólo una voz en el teléfono. Tengo información fidedigna de que sus amigos borrachos como éste... —dijo, señalando con el pulgar el punto donde estaba Harry Woods, parpadeando— son capaces de hacer una imitación bastante aceptable del inglés del general Kellerman.

Nadie dijo nada. La intención expresada por Harry Woods de reconvenir a Huth por la falta de decoro que implicaba haber llevado al mayorcito a la morgue quedó postergada para mejor oportunidad.

Huth arrojó la gorra a la percha detrás de la puerta y se sentó.

—Se lo dije ya, y vuelvo a repetírselo por última vez. No debe discutir las actividades de esta oficina con absolutamente nadie. Desde el punto de vista teórico, puede hablar con toda libertad con el Reichsführer-SS Heinrich Himmler. —Huth se inclinó hacia delante y con el bastoncito tocó a Douglas con un gesto juguetón—. ¿Sabe quién es, sargento? ¿Heinrich Himmler?

—Sí —gruñó Harry.

—Pero es sólo en teoría. En la práctica no le diré nada, a menos que yo esté presente. O que yo me muera y ustedes se hayan convencido a su entera satisfacción de que estoy muerto. ¿Comprendido?

—Sí —se apresuró a decir Douglas, temeroso de que la reacción de Harry Woods le llevase a atacar físicamente a Huth, quien en aquel momento batía el aire con su bastoncito.

—Toda infracción a estas disposiciones —dijo Huth— es no solamente un delito grave, bajo la sección 134 del Orden del Día del Comandante en Jefe de Gran Bretaña, cuya pena es el pelotón de fusilamiento, sino además un delito capital bajo la Sección 11 de las propias Autoridades de Emergencia de ustedes (Ocupación Alemana), Ley de 1941, por el cual se cuelga a los culpables en la prisión de Wandsworth.

—¿Cuál de los dos tendría prioridad? ¿El fusilamiento o la horca? —preguntó Douglas.

—Siempre debemos dejar algo en manos de la decisión del jurado —repuso Huth.

## Capítulo ocho

Mucho tiempo atrás Seven Dials había sido un barrio famoso por el vicio, el crimen y la violencia. Ahora no era más que un sórdido rincón del sector de los teatros de Londres. Douglas Archer llegó a conocerlo muy bien cuando actuaba como inspector de policía uniformado, pero nunca pensó que algún día habría de vivir allí.

Cuando demolieron la casa suburbana de Archer, por haber quedado atrapada entre los dos brazos del ataque Panzer de los alemanes contra Londres, la señora Sheenan les ofreció a él y a su hijo cama y pensión. El marido de la señora Sheenan, agente de policía antes de la guerra, pertenecía a la reserva del ejército y estaba ahora en un campo de prisioneros de guerra cerca de Bremen, después de su captura en Calais. No se sabía en qué fecha le pondrían en libertad.

La mesa estaba puesta para el desayuno cuando Douglas Archer volvió a Monmouth Street y a la casita situada sobre el comercio de aceites. El hijo de la señora Sheenan, Bob, y Douglas hijo se vestían ayudados por la mujer delante de un fuego que ardía vivamente, en un cuarto adornado con guirnaldas de ropa tendida. Douglas reconoció la toalla rayada que envolvía a su hijo. Era uno de los pocos artículos que logró salvar de las ruinas de su casa en Cheam. Los recuerdos que le trajo eran de los que habría preferido olvidar.

—¡Hola, papá! ¿Trabajaste esta noche? ¿Es un asesinato?

—Es un asesinato en casa de un anticuario, ¿no, señor Archer?

—Así es.

—Ya ves, te lo dije, Douggie —dijo el joven Sheenan—. Lo decían los diarios.

—Quédate quieto —le advirtió su madre, que estaba terminando de abotonarle el chaleco de lana. Douglas ayudó a vestir a Douggie. Terminada la tarea, la señora Sheenan buscó una cacerola en la alacena.

—Los prefiere pasados por agua, ¿no, señor Archer? —Siempre mantenía la distancia entre ellos.

—Comí los huevos que me correspondían esta semana, señora —le dijo Douglas—. Dos huevos fritos, el domingo por la mañana... ¿Recuerda?

La mujer recogió los huevos pasados por agua con una cuchara curva y los puso en las hueveras.

—Mi vecina consiguió éstos de sus parientes en el campo —afirmó—. Me dio seis porque yo le di su suéter gris viejo para que lo destejiera y aprovechara la lana. Todos los huevos deberían ser para usted, en realidad.

Sospechaba Douglas que era una forma de lograr que él recibiese una cantidad indebida de las raciones de ella, pero a pesar de ello, comenzó a comer el huevo. Había, además, un plato con pan y un cubito de margarina cuya envoltura decía que era una muestra de amistad de los trabajadores alemanes. Los chismosos que habrían preferido manteca sugerían que mejor sería recibir una muestra de amistad de los granjeros alemanes.

—Supongamos que hubiese una muerte en un avión francés que vuela sobre Alemania y el asesino fuese un italiano y el hombre asesinado fuese... —Bob reflexionó un instante— brasileño.

—No hables con la boca llena —le reprendió su madre. Por la radio el locutor anunció un vals de Strauss, solicitado por un soldado alemán destacado en Cardiff. La señora Sheenan bajó el volumen.

—¡O chino! —dijo Bob.

—No molestes al inspector. Ya ves que está tratando de comer en paz su desayuno.

—Esto tendría que ser decidido por los abogados —dijo Douglas a Bob—. No soy más que un policía. Sólo me toca averiguar quién lo hizo.

—La señora Sheenan nos llevará al Museo de Ciencias el sábado —anunció Douggie.

—Muy amable de su parte —dijo Douglas—. Pórtate bien y obedécela.

—Siempre me obedece —observó la mujer—. Los chicos son obedientes. Son muy buenos. —Al mirar a Douglas, comentó—: Tiene aspecto fatigado.

—Empiezo a reponerme un poco.

—¿Acaso piensa volver allá sin haber descansado?

—Se trata de una investigación de asesinato —repuso Douglas—. Debo irme.

—¡Te lo dije, te lo dije, te lo dije! —exclamó Bob—. ¡Es un asesinato! ¡Te lo dije!

—Cállense, chicos —ordenó la señora Sheenan.

—Tengo un automóvil en la puerta —dijo Douglas—. Pasaré por la escuela dentro de... una media hora. ¿Le viene bien?

—Un coche. ¿Le han ascendido?

—No, tengo un jefe nuevo —dijo Douglas—. Dice que le gusta que sus hombres tengan lo mejor siempre. Su propio automóvil tiene radio. Puede enviar mensajes hasta Escocia mientras el auto está en marcha.

—¿Oyeron eso? —preguntó Bob, fingiendo utilizar el teléfono—. Aquí, Scotland Yard. Habla Bob Sheenan, llamando a Scotland Yard. ¿Así, inspector? ¿Así lo usan?

—Es un código en morse —le explicó Douglas—. El operador de radio tiene que saber utilizar un código en morse, pero puede recibir mensajes convencionales.

—¿Qué irá a ocurrírseles ahora? —quiso saber la señora Sheenan.

—¿Nos deja ver su coche? —preguntó Bob—. ¿Es un Flyng Standard?

—La policía tiene toda clase de automóviles, ¿verdad, papá?

—Toda clase.

—¿Podemos ir a mirarlo por la ventana?

—Termina tu pan y luego ve.

Con gritos de entusiasmo, los dos chicos corrieron al cuarto que daba a la calle y levantaron la ventana de guillotina para mirar el automóvil.

—El agua de la bañera está tibia aún —le dijo la señora Sheenan—. La usaron solamente los chicos. —Al hablar apartó la mirada, algo confusa. Como a mucha gente, le costaba más trabajo soportar la degradación social involucrada en esta nueva clase de pobreza que las privaciones que acarrearaba.

—Creo que un baño me pondría como nuevo —dijo Douglas, si bien contaba en realidad con agua caliente en abundancia en los nuevos vestuarios de Scotland Yard.

—La puerta de la antecocina tiene cerrojo —dijo ella—. ¿Está seguro de que no le causará dificultades llevamos a la escuela?

—No se preocupe.

—Las disposiciones en cuanto al mal uso de combustible son horripilantes. A ese gerente de la oficina de suministro de carbón de Neal Street le sentenciaron a muerte. Lo leí anoche en el *Evening News*.

—No hay ningún riesgo —le aseguró Douglas.

Satisfecha, la señora Sheenan sonrió.

—Creo que hace años que no viajo en automóvil —dijo—. Desde el entierro de mi tío Tom. Y eso fue antes de la güera... Se diría que fue hace un siglo, ¿no?

Cuando se sentó junto al fuego, se quedó contemplándole.

—La leña se acabó casi —señaló—, pero el hombre de la tienda de aceites me prestará unos leños más hasta que comience el próximo período de racionamiento la semana que viene.

Al oír la voz de la señora Sheenan, Douglas se sobresaltó, pues el té caliente y el calor del fuego le habían llevado a cerrar los ojos y dormir.

—Debo molestarle a propósito de algo —le dijo ella.

Douglas se llevó la mano al bolsillo.

—No se trata de dinero —afirmó la señora Sheenan—. Me arreglo bien con lo que me da y la tarjeta de racionamiento suplementaria hace una enorme diferencia. —Con un gesto maquinal verificó el calor de la tetera cubierta por un forro tejido—. Los chicos pueden recibir una hora más de música los martes y los jueves. Cuesta sólo un chelín por semana y parece gustarles mucho.

Douglas sabía que la señora Sheenan había estado a punto de decir otra cosa, pero no quiso presionarla. Volvió a cerrar los ojos.

—¿Más té?

—No, gracias.

—Es el *ersatz* (equivalente) alemán. Dicen que lo preparan para que ellos lo tomen con limón. Con leche es bastante feo, ¿no?

La señora Sheenan desapareció detrás de los jardines colgantes de prendas húmedas, no sin tocar algunas de ellas para ver si estaban secas y cambiar de ubicación otras.

—La mujer que vive más abajo vio en esta calle un tren ambulancia que pasaba por la estación de Clapham el lunes último. Vagones llenos de soldados heridos, sucios y con uniformes destrozados, y los últimos eran dos vagones de la Cruz Roja, de los que reservan para transportar camillas. —Mientras volvía a colgar una chaquetita de pijama sostuvo la pinza de madera en la boca—. ¿Hay lucha todavía?

—Yo me cuidaría muy bien de contarle eso a cualquiera, señora Sheenan.

—Ella no inventaría cosas. Es una mujer de mucho sentido común.

—Lo sé —dijo Douglas.

—No se lo contaría a extraños, señor Archer... pero siempre pienso que a usted puedo decirle cualquier cosa.

—En las ciudades se reduce a bombas y matanzas de soldados alemanes. En los distritos rurales hay grupos de resistencia más grandes, que tienden celadas a las patrullas motorizadas alemanas. Pero dudo que logren sobrevivir más allá de este invierno.

—¿Por el frío?

—No es posible encender fuego, a causa del humo. Los árboles se deshojan y no hay protección, ni manera de ocultarse. Y en invierno los aviones de reconocimiento alcanzan a distinguir mejor las huellas en el suelo... y si nieva... —Douglas levantó las manos.

—Esos pobres muchachos —dijo la señora Sheenan—. Dicen que la situación es ya terrible en la zona no ocupada, a pesar de no haber comenzado aún el invierno. Hay escasez de todo. —Como siguiese moviéndose cerca de Douglas, éste comprendió que tenía algo que decirle.

Como buen policía que era, dejó que se tomase el tiempo necesario.

—Este maestro de música que les da lecciones... es muy joven, herido de guerra y demás, de modo que no quisiera quejarme de él —dijo ella por fin, y luego de una pausa, añadió—: El caso es que hizo muchas preguntas a los chicos y yo sabía que a usted no le agradaría.

De pronto, Douglas se sintió enteramente despierto.

—¿Preguntas? ¿Qué clase de preguntas?

—Ayer por la tarde, en la lección de música. Tienen un tocadiscos bueno y unos amplificadores, además de todo lo necesario para ejecutar música... en realidad es una clase de apreciación... y él tiene a alguien que hace funcionar todo. Por eso cuesta un chelín más.

Douglas hizo un gesto afirmativo.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—No lo sé, señor Archer. Douggie me dijo después que el maestro le había hecho preguntas sobre usted... a qué hora llegaba a casa y otras cosas. No quise interrogar demasiado a Douggie. Usted sabe lo sensible que es, por haber perdido a su madre y... a veces le miro y siento ganas de llorar. —Inesperadamente la señora Sheenan agitó la cabeza y sonrió—. Es probable que sea una vieja tonta. No debí preocuparle con esto.

—Hizo muy bien —dijo Douglas—. ¿Preguntas, dijo?

—No, nada de eso. Quédese tranquilo. No es esa clase de hombre, ni mucho menos. Sé reconocer a esa clase de hombres desde muy lejos.

—Y, entonces, ¿qué?

—Creo que quería saber si a usted le gustaban los alemanes.

La señora Sheenan se levantó y se alisó el pelo delante del espejo.

—No quiero que ninguno de los dos caiga en dificultades. Y sé que tampoco usted lo desearía. Pero si le sucediese algo a usted, o a Douggie, ¿cómo podría seguir viviendo con mi conciencia si no se lo hubiese dicho?

—Es una mujer sensata, señora Sheenan. Me gustaría tener mayor número de empleados en la policía con tanta sensatez como la suya. Ahora, cuénteme algo más acerca de estos maestros.

—Sólo uno de ellos es maestro. El otro le ayuda a poner en marcha la música. Son veteranos, creo... diría que oficiales, los dos heridos de guerra. Uno de ellos es manco.

—¿De qué brazo?

—El derecho. Y antes de la guerra era pianista. Qué terrible. Y no puede tener más de veinticinco años, si llega a tenerlos.

—Iré a bañarme ya señora Sheenan. Usted tenga listos a los niños y yo los llevaré a la escuela a los tres dentro de unos quince minutos.

La señora Sheenan sacó los impermeables de los niños del armario empotrado. Uno de ellos estaba muy raído.

—La semana pasada le robaron a Bob su impermeable del guardarropas de la escuela. Debe usar el viejo otra vez. He dicho a los dos chicos que en el futuro lleven sus impermeables al aula. Cuánta gente mala hay, señor Archer... aunque usted debe saber esto mejor que cualquiera.

—¿Dijo que el hombre tiene un brazo artificial?

—No, le falta el brazo, pobre muchacho.

## Capítulo nueve

Cuando Douglas volvió a Scotland Yard, después de dejar a todos en la escuela, fue a ver a un agente de policía muy joven, llamado Jimmy Dunn, y obtuvo permiso para que hiciese un trabajo vestido de paisano. El agente Dunn estaba deseoso de incorporarse al Departamento de Investigaciones Criminales. En casos anteriores había sido un buen detective.

—Averigüe lo que pueda de este muchacho maestro —le dijo Douglas—. Político, sexual, resentimientos personales contra la policía... No quiero ocuparme personalmente porque sospecho que podría reconocerme.

—Déjelo por mi cuenta, señor —replicó Dunn, impaciente por emprender la tarea.

—Puede que sea un loco —comentó Douglas—. O que no haya nada contra él.

Con aire feliz, Dunn comenzó a ordenar su escritorio. Soportaba su cargo junto al subcomisionado administrativo por el hecho de que su oficina en el entresuelo estaba tan cerca de la gente del Escuadrón de Homicidios y del Escuadrón Volante.

—Ah, Jimmy... —le dijo Douglas, cuando iba a retirarse—. Hay una probabilidad de una en un millón de que este manco esté implicado de alguna manera en el asesinato de Peter Thomas. Será mejor que obtenga una pistola de nuestros amigos, abajo. Le daré una orden.

—¿Pistola?

Douglas no pudo menos que sonreír.

—Hay que llevar algo pequeño, Jimmy, algo que pueda ocultar. Y no deje que se lo vean, a menos que deba defenderse. Hoy en día nunca se es demasiado cuidadoso. En este momento circulan demasiadas armas por la ciudad, y si alguien llegase a perder una, habría un gran escándalo.

En la nueva oficina del sector opuesto del edificio, Douglas encontró a Harry Woods diciendo mentiras con gran osadía a todo el mundo para

disimular la ausencia de su jefe. La oficina del general Kellerman estaba preguntando por Archer desde las nueve de la mañana.

Desde Whitehall llegaba el ruido incesante de obreros que martilleaban. Berlín había anunciado que para celebrar la amistad entre Alemania Nazi y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se festejaría durante una semana esta Kamradenschaft en todos los rincones de estos dos vastos imperios. Debían comenzar el domingo siguiente, cuando en Londres, unidades del Ejército Rojo y de la Armada Soviética, completas con banda y coros, debían reunirse con la Wehrmacht para realizar un desfile por la ciudad.

Todo el trayecto estaba siendo decorado, pero Whitehall y Parliament Square eran objeto de un tratamiento especial. Además de centenares de banderas, había escudos heráldicos en los que figuraban el martillo y la hoz entrelazados con la cruz gamada, ambos símbolos sobre una pequeña Cruz de San Jorge, que ahora reemplazaba la enseña británica para todo fin oficial en la zona ocupada.

Hitler había permitido que la Escuadra Roja atracase tanto en Rosyth como en Scapa Flow, así como en Invergordon. El Ministerio de Propaganda de Goebbels afirmaba que esto era la consecuencia natural de los lazos de amistad que unían a estos dos grandes pueblos. Los cínicos afirmaban, en cambio, que era la manera en que Hitler interponía a los rusos entre él mismo y los norteamericanos.

A pesar de todo el trabajo extra que significaría para Scotland Yard esta Semana de Amistad Germano-Soviética, el general Kellerman mantenía su calma habitual y su buen humor. Aun cuando volvió de una conferencia en la Feld Kommandantur con un portadocumentos cargado de FK-Befehle, tuvo humor como para reír ante el hecho de que estas pilas de directivas impresas sobre la Semana de Amistad exigían la dedicación total de una oficina entera de empleados.

La proliferación de órdenes emanadas del comandante militar de Gran Bretaña (y del jefe de Administración Militar de Gran Bretaña que supervisaba al gobierno títere británico y a los funcionarios alemanes) era indicio del temor creciente de que la Semana de Amistad fuese ocasión de demostraciones de violencia. Sin embargo, la intensa rivalidad —para no hablar ya de odio— que sentían los generales del ejército alemán frente a la organización SS de Himmler con sus afiliados policiales había llevado al ejército a limitarse a pedir al general Kellerman solamente los efectivos policiales normales.

—¿Qué opina usted? —preguntó el general Kellerman a Douglas—. Sabe muy bien que puede hablarme con toda franqueza, detective inspector.

Kellerman desplegó sobre su escritorio los diarios de esa mañana. Todos presentaban con grandes títulos la Semana de Amistad anunciada desde Berlín. Había cierta ironía en la forma en que el diario oficial nazi de Londres, *Die Englische Zeitung*, hacía poco más que presentar el anuncio oficial en términos textuales, dentro de un recuadro decorativo en la primera página. El *Daily Worker*, en cambio, le dedicaba cuatro páginas: «Los trabajadores británicos dicen “¡Adelante!”», con fotografías de los funcionarios rusos y británicos que estarían presentes en la plataforma de dignatarios. Stalin había redactado ya un mensaje apropiado. Quienes recordaban las felicitaciones enviadas por Stalin a Hitler después de la caída de Francia hallaban esta misiva más reciente muchísimo más jugosa aún.

—¿Habrá dificultades? —le preguntó Kellerman.

—¿De qué sector? —preguntó Douglas a su vez.

Kellerman rió.

—El régimen tiene enemigos, inspector —dijo. Al decir esto se rascó la cabeza, como si tratase de recordar quiénes eran—. Y no todos ellos están en el Estado Mayor —Kellerman sonreía, disfrutando del propio chiste. Douglas no estaba seguro de si pretendía que él participase en aquella grosera difamación del alto mando alemán. Hizo un gesto, como si no comprendiese del todo—. Habrá bastante trabajo adicional para nosotros —continuó Kellerman—. Berlín insiste en que el ejército despliegue soldados en toda la extensión de la ruta. Diría yo que quedarán bastante pocos para marchar en el desfile. —Nuevamente rió. Según parecía, no había nada comparable a un ejército alemán en dificultades para poner de buen humor al general Kellerman—. Además, piensan destacar unidades de la Gendarmerie cada trescientos metros. ¿Cómo lo lograrán?

—¿Y la Policía Metropolitana?

—Cumplirán servicios policiales normales, salvo para la distribución de pases relativos a movimientos.

—¿Cómo se organizará esto, señor?

—Los residentes del gran Londres podrán llegar al centro de la ciudad todos los días durante esa semana solamente. Me temo que la policía local será la que entregue los pases. Pases diarios.

Douglas hizo un gesto afirmativo. Era fácil imaginar el caos que reinaría en las delegaciones policiales suburbanas. La mitad de Londres tenía

parientes cercanos que no podría visitar a causa de las restricciones a los traslados.

—Las comisarías tendrían la mitad del trabajo si les fuera posible entregar pases válidos por una semana entera —Kellerman levantó los ojos para mirarle con sorpresa—. Se entregarían sólo en caso de necesidad probada e ineludible —añadió Douglas.

Kellerman le miró largo tiempo antes de que su rostro adquiriese una expresión sonriente, pero a la vez inescrutable.

—Sin duda, inspector —dijo—. Sólo en caso de... como dijo... necesidad probada e ineludible. No veo por qué no podría incorporar esta disposición a las directivas generales. —Dirigió una sonrisa a Douglas, entonces. Ambos sabían que esto proporcionaría una vía de escape que permitiría disminuir radicalmente la carga de las comisarías de policía locales—. Y los pases serían unos recuerdos hermosos —siguió Kellerman—. Pediré a un dibujante del Departamento de Propaganda que realice el diseño. Muchos adornos y un mínimo de material impreso en la contratapa.

—Sí, señor —dijo Douglas—. Sería una manera de evitar que la Wehrmacht llevase a cabo un análisis detenido de dichas contratapas.

—Nada de esto tiene mucho que ver con usted personalmente, desde luego, pero siempre aprecio mucho su punto de vista en estas cuestiones.

—Muy amable, señor.

—Sé que su trabajo con el Standartenführer es de especial interés para el Reichsführer-SS. En vista de ello, he asumido la responsabilidad de liberarle de todas sus demás obligaciones.

—Es una gran consideración de su parte, general.

—Tiene aspecto de cansado, inspector. Me imagino que se levantó un poco tarde, ¿no?

—No me acosté, señor.

—¡Qué barbaridad! No puedo permitir eso. Ni un oficial joven y brillante como el Standartenführer Huth puede permitirse dejar tan extenuados a mis colaboradores. Especialmente cuando se trata de uno de los funcionarios más competentes bajo mis órdenes.

—Es usted sumamente generoso y bondadoso, general.

Kellerman se acercó al sector del cuarto que formaba una torrecilla.

—¿Vio esto? —preguntó.

Douglas le siguió y ambos contemplaron Westminster Bridge. Una cuadrilla de pintores estaban pintando el puente de color dorado. Estaban fijando banderines y cruces gamadas sobre unos soportes de unos tres metros

de alto. Supuso Douglas que era una forma de disimular el puente, el río y la calle, seguramente porque la intención era concentrar unidades móviles de la Gendarmerie tanto en la calle como en el río, preparadas para desplazarse hacia cualquier punto donde brotasen desórdenes.

—¿Le gusta? —le preguntó Kellerman. Douglas recordó una cita de los clásicos sobre la construcción de un puente de oro para los enemigos, pero decidió abstenerse de comentárselo a Kellerman.

—Nací en Londres —dijo—. Me gusta que las cosas permanezcan como fueron siempre.

—Me gusta un funcionario que dice lo que piensa —dijo Kellerman—. Quiero que recuerde, inspector Archer, que usted es un hombre importante aquí, en Scotland Yard. Toda sugerencia, toda queja que usted formule tendría mucho peso para las autoridades máximas.

Kellerman abrió su recipiente para cigarrillos. Esta vez no cumplió el ritual de encenderle el cigarrillo. Según sospechaba Douglas, Kellerman estaba tratándole de forma muy diferente a como lo había hecho en reuniones previas.

Esperó mientras Douglas elegía, cortaba y encendía su propio cigarrillo. Luego, cuando el cigarrillo estuvo bien encendido, volvió a hablar.

—Más peso del que usted imagina, inspector Archer. Berlín nos ha felicitado por las cifras sobre el crimen. Usted jugó un papel importantísimo en estas cifras.

—Sólo en cuanto a homicidios —señaló Douglas.

—¿Y quién cree usted que es capaz de leer algo detrás de los homicidios? Las fuerzas policiales y sus jefes... —Con otra ancha sonrisa, se rascó la mejilla sonrosada—... son juzgados de acuerdo con la proporción de homicidios aclarados. Nadie se preocupa por los crímenes realmente importantes, como el fraude, el sabotaje, el incendio intencional, el robo a mano armada, el chantaje y demás. No, se preocupan por el homicidio, el único crimen que rara vez es cometido por criminales. Por esta razón ustedes, la gente del Escuadrón de Homicidios, son sumamente importantes y por la misma razón los viejos zorros astutos como yo, cuidamos mucho encomendar a nuestros mejores detectives los casos de homicidio.

—Sí, señor —dijo Douglas, no muy convencido.

—Lo que quiero decir, inspector, es que yo le apoyaré contra viento y marea. No lo olvide. Si está contento de trabajar con este hombre nuevo, Huth, bien. Pero si surgiesen dificultades, venga a verme y le haré reemplazar.

—Gracias, general. No tengo queja.

—Usted no es hombre de quejarse, inspector. Lo sé demasiado bien. Pero mi puerta siempre estará abierta... abierta para usted, quiero decir.

—Gracias, señor.

Douglas salió con paso inseguro del despacho de Kellerman, mareado por la falta de sueño, el aroma dulce del cigarro y la dieta pesada de la lisonja.

Harry Woods estaba abrumado de trabajo administrativo cuando Douglas volvió a la oficina. La Gendarmerie no había tenido idea alguna de que el asesinato de Peter Thomas pudiese caer dentro de la jurisdicción de la Wehrmacht hasta que llegó Harry Woods con cierta cantidad de cupones de gasolina de la Luftwaffe y una declaración escrita que mencionaba al Feldwebel y sus maniobras en el mercado negro.

Sin embargo, cuando llegó el mensaje en télex con prioridad «Uno» del Oberkommando der Wehrmacht en Berlín, se informaba con abundancia de Streng Geheim, Chef Sache y demás, que todos los legajos, documentos y memorándums debían pasar por las manos del SS-Standartenführer Huth en Scotland Yard.

Todos quienes tomaron conocimiento de la nueva disposición sabían que negar que tuviesen legajos, documentos o aun memorándums sería interpretado, en el mejor de los casos, como prueba de holgazanería e ineptitud y en el peor, como negativa deliberada a obedecer esta orden originada en los niveles máximos de mando.

En estas circunstancias Harry Woods se mostraba irrazonable al maldecir a los hombres que le pasaban archivos virtualmente vacíos, fichas casi en blanco y legajos sin significado alguno, todos los cuales figuraban con el calificativo de «extremadamente secreto» y por lo tanto exigían un tratamiento burocrático minucioso, que la oficina de origen pudiese presentar en caso de surgir el asunto involucrado en dicho documento.

Douglas ayudó a Harry Woods a clasificar algunos de los papeles más complicados. Muchos de los formularios, impresos en alemán, eran una novedad para ambos. Douglas envió a uno de los ordenanzas a traer té y sándwiches y permanecieron los dos trabajando durante toda la hora del almuerzo. Siempre se entendían bien cuando trabajaban juntos y por algún tiempo Harry se mostró como la persona que había sido antes. No había rastros de Huth. Un mensaje les informó que estaba en conferencia, pero Harry comentó que seguramente estaba en cama y durmiendo.

Eran las dos y media de la tarde cuando llegó la llamada telefónica del agente de policía Jimmy Dunn.

—Vi al hombre, señor —dijo a Douglas—. Desde luego, no hablé con él, pero vió a su amigo, el maestro de música, durante el almuerzo hoy en la escuela. Según dijo el director estará presente hoy en su clase de música de esta tarde. Se llama John Spode.

—Buen trabajo, Jimmy —señaló Douglas.

—No es maestro, sino que obtuvo un empleo temporal allí, sobre una base de clases diarias. La escuela me dio su dirección. Les dije que pertenecía al Ministerio de Educación, pero no estoy seguro de que me creyesen. Después fui a revisar su cuarto. Vive en una casa vieja y derruida en Mafeking Street, Marylebone, no lejos de la escuela. No había buenos cerrojos en las puertas y la patrona no estaba, así que me metí en el cuarto y miré un poco.

—¿Y?

—Dos cuartos y un baño compartido. No está mal, en realidad, considerando cómo están las cosas. Está un poco sucio, pero hay un hermoso escritorio con incrustaciones y unos cuadros en la pared que deben valer bastante. Quiero decir que aunque el arte y las antigüedades no son mi oficio, señor, estas cosas, aunque viejas, parecen estar en muy buenas condiciones. Y yo creo que esto suele ser señal de que las cosas valen algo.

—Pero él... ¿está limpio?

—No lo revisé tanto, señor, pero diría que está limpio, aunque no en el sentido «kosher»<sup>[2]</sup> de la palabra.

Este término era ahora el empleado por la policía inglesa para describir delitos que estaba dispuesta a ignorar.

—Quédese allá, Jimmy —le dijo Douglas—. Iré a mirar las cosas yo mismo.

## Capítulo diez

El último piso de la casa había sido destruido por bombas incendiarias y Douglas veía a través de los espacios que en una época fueron ventanas la red de vigas chamuscadas que se entrecruzaban contra el cielo. Las ventanas del piso bajo estaban tapiadas con tablones. Era un hecho frecuente en aquel barrio, resultado del precio elevado de los vidrios. Los cuartos ocupados por el sospechoso estaban en el segundo piso y Jimmy Dunn mostró el camino a Douglas.

Tenía razón al haber descrito el moblaje como de valor. Había lo suficiente en aquel cuarto como para permitir subsistir a un hombre durante diez años, una selección muchísimo mejor que las piezas en venta en el negocio de antigüedades de Shepherd Street.

—¿No ha aparecido aún la patrona? —preguntó Douglas.

—Hay una botella de leche junto a la puerta. Se diría que estuvo ausente toda la noche... que le llegó la hora de queda y durmió en otra parte, quizá.

Douglas hizo un gesto con la cabeza. Desobedecer las disposiciones alemanas, para lo cual se requería un permiso especial en todos los casos, para permanecer en casa ajena durante la noche, era un hecho común.

—¿Encuentra algo extraño en este lugar, Jimmy? Puede que esté volviéndome viejo.

—¿En qué sentido, señor?

—Antigüedades de gran valor en este cuarto y una jabonera rota en el cuarto de baño. Alfombras de valor incalculable en el piso y sábanas sucias en la cama.

—Puede que sea un avaro, señor.

—Los avaros nunca compran jabón —señaló Douglas. Era una respuesta sin sentido, pero él sabía muy bien que no estaba aquí en presencia de la suciedad del avaro—. ¿Olió la gasolina? —preguntó y seguidamente se puso de rodillas en el suelo y olió la alfombra, pero no había estado embalada con

naftalina—. Estuvo en un depósito —dijo levantándose y frotándose las manos para quitarles el polvo—. Es lo que diría yo. —Comenzó a palpar una cómoda con cajones y luego hurgó entre las pocas camisas y ropa interior, en su mayor parte, del tipo distribuido por el ejército británico—. *Tiene* que haber algo personal aquí —comentó mientras seguía revisando—. Talonarios de racionamiento, certificado de baja, libreta de pensión o algo.

—Mucha gente lleva todo eso encima —dijo Dunn—. Hay tantos rateros en las casas... Aparte del tiempo que lleva reemplazar todos esos papeles.

—¿Y a pesar de ello deja todos estos objetos de valor, sin que haya siquiera un cerrojo como es debido en la puerta? —Douglas abrió el cajón siguiente y lo revisó con detenimiento—. ¡Ah! ¿Qué es esto?

Bajo el papel de diario que forraba el fondo del cajón, sus dedos tropezaron con un sobre. Contenía media docena de fotografías: los padres de Spode de pie en un jardín de casa suburbana en alguna parte, con dos niños. Un niño en un triciclo.

—Cuánto le cuesta a un hombre desprenderse de esta clase de recuerdos, Jimmy —dijo el agente Dunn—. Aun con riesgo de su vida, le cuesta arrojar a su familia a la basura. —La fotografía siguiente mostraba una pareja de novios. Era una instantánea y estaba algo desenfocada.

Douglas miró bien todas las fotografías. La más grande era una tomada por un diario, nítida, con contrastes marcados, bien impresa en papel brillante. Mostraba un grupo de trabajadores de laboratorio, todos con guardapolvos blancos, junto a un hombre de edad madura. Al volverla para ver si decía algo, vio un sello que daba el número de referencia relativo a la fecha y advertía que la copia era propiedad de una agencia fotográfica. La leyenda en un papelito escrito a máquina muy deteriorado decía: «Hoy el profesor Frick festejó su septuagésimo aniversario. En su laboratorio es posible ver el equipo que trabajaba con él cuando el año pasado sus experimentos le hicieron acreedor del aplauso mundial al bombardear el uranio con neutrones para formar bario y gas criptón; logró probar teorías anteriores relacionadas con la desintegración del núcleo del uranio».

No era el género de noticias que mereciese grandes títulos en primera plana. Se daba a continuación la nómina de los investigadores todos ellos, sin mayor significado, salvo dos: «doctor John Spode y doctor William Spode». Douglas volvió otra vez la fotografía para estudiar los rostros de los hombres que trataban de mirar de cara al sol aquel día apacible, tanto tiempo atrás.

—¿Es éste? —preguntó a Dunn.

—Sí, señor. Es el mismo.

—¡Jesús! ¡El que está junto a él es el hombre asesinado en Shepherd Street!

—¿Quiere que pregunte a la agencia fotográfica si tienen registrado a alguien como comprador de una copia extra de esta foto? —preguntó Dunn—. La enviaron aquí, a esta dirección.

—Valdría la pena —repuso Douglas. Volvió a recorrer el cuarto, inspeccionando todo: paredes, armarios, tablones del piso. Nada mostraba indicios de haber sido tocado recientemente. No había nada escondido en el depósito del inodoro. Sobre los armarios y debajo de la alfombra había sólo suciedad acumulada.

Revisó luego la mesa de cocina que habían empujado a un rincón para hacer más lugar. La palpó por debajo para cerciorarse de que no habían pegado nada allí por medio de cinta adhesiva. Por último se arrodilló y miró debajo.

—Mire esto, Jimmy —dijo.

Como la mayoría de las mesas de cocina, tenía un cajón para cubiertos, pero éste estaba disimulado por el hecho de hallarse la mesa contra la pared. Juntos tiraron de la pesada mesa hasta que hubo lugar suficiente para abrir el cajón.

Era grande. Había en él unos cuantos tenedores y cucharas y un batidor roto, pero lo que ocupaba casi todo el lugar era un brazo artificial. Era un brazo derecho de metal de aleación, sin pintar, se había roto al haberse aflojado un tornillo con su correspondiente tuerca. Douglas sabía exactamente qué parte le faltaba y con el gesto teatral de un prestidigitador extrajo esta pieza de un bolsillo y la apoyó en el punto donde faltaba. Dunn acogió el gesto con el silbido apreciativo que como era obvio se esperaba de él.

—Con esto me basta —dijo Douglas—. Esto apareció en el lugar del crimen. Me pregunto si se habrá aflojado durante una lucha...

—¿El crimen de Peter Thomas?

—Desde ahora, podemos comenzar a llamarlo el crimen de William Spode, Jimmy —Douglas volvió a guardarse la pieza en el bolsillo y puso otra vez el brazo artificial en el cajón. Había allí, además, una bolsa de papel. En el interior encontró una cámara fotográfica Leica algo gastada, pero en buen estado de conservación. Estaban también los accesorios: aros de extensión, filtros, capuchas para lentes y un soporte de cuatro patas, atadas juntas con una cuerda a la que también estaba atado un sostén de gran tamaño en forma de aro.

—Vale unas cuantas moneditas, todo esto —comentó Douglas. Después de guardar todo en la bolsa y en el cajón, empujaron la mesa contra la pared.

—Las cámaras Leica se han convertido en una especie de unidad monetaria auxiliar —dijo Dunn—. Conozco a un hombre que invirtió los ahorros de toda su vida en unas dos docenas de ellas.

—Diría que es una inversión bastante peligrosa.

—También lo es el dinero en billetes —replicó Dunn—. ¿De manera que cree que no identificaron bien al muerto?

—Nunca probaremos que haya sido intencional. Todos insistirán en que lo hicieron de buena fe, pero apuesto mi ración de tabaco de un mes a que mienten.

—¿Por qué, señor?

—Hay demasiados testigos que afirman la misma cosa.

—Tal vez fuese la verdad, señor.

—La verdad nunca es exactamente la misma cosa. ¿Dijo que este hombre, Spode, está en la escuela esta tarde?

—Tendría que estar allí. ¿Iremos allá?

—Llamaré primero a la Central —dijo Douglas—. Creo que mi nuevo jefe querrá intervenir en este acto.

La predicción de Archer resultó ser correcta. El Standartenführer, Huth, según palabras de Harry Woods, dio un ejemplo típico de «los disparates de las SS».

## Capítulo once

La escuela de Beech Road era el mismo tipo de fortaleza victoriana tétrica donde tantos niños londinenses pasaban sus días. En un costado había una iglesia casi abandonada, cuyo patio cubierto de losas era destinado a recreo de los niños. Qué lugar al cual destinar a un niño para que malgaste su preciosa infancia. «Pobre Duggie», pensó Douglas.

Enfrente había un salón de té. En otra época había sido *un* rinconcito acogedor con aroma de cigarrillos «Woodbine», tostadas con manteca y leche condensada. Douglas lo recordaba de los tiempos en que era un joven detective, con aquel mostrador cubierto de tajadas de budín de pan, pesado como el plomo y oscuro como la noche. Ahora la gran tetera cuyo plateado dejaba ver en partes el cobre debajo proporcionaba solamente té *ersatz*, y hacía calor suficiente en el recinto para condensar el vapor contra los vidrios.

—Tenemos cuatro pelotones de infantería de reserva —dijo Huth a Douglas—. Los tengo fuera de la vista de todos. El resto de los hombres rodea el bloque de edificios. —Douglas se acercó a la puerta del café y miró. Los hombres estaban en orden de combate, con uniformes de fajina y granadas cilíndricas en el cinturón. Había camiones en Lisson Grove y junto a ellos estaban los equipos para llevar a cabo arrestos en masa, incluidas las mesas plegables, las máquinas de escribir y las cajas llenas de esposas.

Douglas sabía que era política oficial de los alemanes hacer del «cumplimiento de la ley y la preservación del orden» una demostración de los recursos con que contaban las fuerzas de ocupación, pero no esperaba este despliegue.

—Debió haberme dejado hacer esto solo —dijo a Huth.

—Quiero que la gente sepa que no estamos jugando —repuso él—. Vamos a buscarlo, ¿quiere?

Cruzaron la calle. Un soldado rió. Douglas miró hacia atrás, en dirección al punto donde estaban congregadas las tropas de asalto en las posturas flojas

que adoptan los soldados cada vez que tienen oportunidad de hacerlo. Se preguntó si los hombres de las SS obedecerían la orden de abrir fuego contra una escuela. Según lo que conocía de los niños, seguramente estarían todos con la nariz apretada contra las ventanas, o bien insistiendo en que les permitieran acercarse a ver todo. Preocupado, buscó el rostro de su hijo, pero no lo vio.

Cuando entraron en el vestíbulo, un portero haciendo aspavientos acudió a recibirlos. Había una falsa calma en el ambiente, como si se hubiese dado orden a la escuela de no prestar atención a la actividad militar de la calle.

—¿En qué puedo servirles, señores? —preguntó el portero.

—¡Apártese de mi camino! —le dijo Huth—. ¿Dónde está el director? ¿Escondido debajo de su escritorio?

Douglas señaló a Huth:

—Standartenführer, ese hombre es el objeto de mi investigación. Debo insistir en que no se violen sus derechos civiles. Seré yo quien lo detenga.

—No pensamos ejecutarlo —dijo Huth sonriendo— «mientras trata de huir», si acaso se refiere a eso. —Se adelantó entonces un paso, abrió las puertas de vaivén por donde había desaparecido el portero y gritó—: ¡Rápido, director, no tarde! —Hacia el interior de los sombríos pasillos. Luego volvió junto a Douglas Archer y agregó—: Hay demasiados interrogantes sin resolver para que esté en peligro a esta altura del partido.

El director llegó al trote, y a una velocidad que habría hecho honor a un atleta.

—¡Vamos! ¿Qué significa esta interrupción? —preguntó con un tono de voz que Douglas no había vuelto a oír desde su época de escolar.

Huth se volvió para mirar al director. Seguidamente, con su bastoncito con mango de plata rozó el pecho del hombre.

—No... vuelva a... hablarme... —dijo, deteniéndose largo tiempo entre cada palabra, de tal manera que el silencio era cortado tan sólo por la respiración afanosa del director— a mí... —hablaba muy despacio, para destacar las palabras más importantes— ni a mis oficiales de policía con ese tono. Es un mal ejemplo para sus alumnos.

Los ojos del director parecieron saltársele de las órbitas y su tono mesurado y digno fue reemplazado por una serie de frases entrecortadas.

—¿Vienen por ese hombre, Spode? Ojalá no le hubiese empleado. No ha hecho más que dar trabajo y no estoy seguro de que me haya sido leal...

—¿Dónde está? —preguntó Huth. Hablaba como quien se dirige a un niño.

—¿Spode?

—¿Quién otro? ¿Imagina que vendría aquí a preguntarle acerca del paradero del Reichsmarschall Göring...? —al cabo de una larga pausa, prosiguió—: ¿O del rey de Inglaterra, o de la reina y las dos princesas?

—La verdad es que no. Muy cómico, señor coronel. El rey... pues... ¡Ja, ja! Sé que está en Windsor con la familia real y que todos gozan de buena salud. Leí el boletín y siempre me esmero porque todo mi personal esté enterado de que no toleraré rumores vergonzosos, como el de que Su Majestad está prisionero en la Torre de Londres.

—¿Dónde está Spode? —insistió Huth, echándose apenas hacia atrás la gorra, como si le apretase un poco.

—¿Spode? —Sonrisa aprensiva—. ¿Spode? Usted sabe muy bien dónde está. Está en la comisaría de policía. —La sonrisa, al contemplar el rostro de Huth, pasó a dar lugar a un ceño fruncido—. ¿O bien no está allí? Esta mañana vino un funcionario y pidió la dirección particular de Spode —Huth arqueó una ceja y Douglas hizo un gesto afirmativo. El director miró con ansiedad este cambio de gestos mudos y prosiguió—: Naturalmente colaboré en toda forma posible y no debe suponer que yo cuestiono su manera de hacer las cosas. No. Antes de la guerra pasé vacaciones en Alemania. Admiraba el régimen... Todavía lo admiro, sin duda, especialmente en Alemania... mejor dicho, esto no quiere decir que no admire el régimen en Inglaterra...

—Será mejor que vaya a traer ese brazo artificial, Jimmy, y también las fotos y demás material.

—Cálmese, idiota —dijo Huth—. ¿Dónde está ese hombre, Spode?

—Se lo dije ya, Herr Überst. Hablaron de la comisaría de policía y dijeron que querían verle. Desde luego, le autoricé para salir de su clase.

—¿Quién recibió la llamada telefónica, director?

—Mi secretaria. Mandé llamar de inmediato a Spode para que hablara con la policía. No hay más que ese único teléfono, ¿sabe?

—¿Cuánto tiempo hace?

El director miró su reloj, lo sacudió y se lo acercó a la oreja.

—Más o menos una hora.

Huth se dirigió a la puerta principal, se detuvo fuera de ella y sopló un silbato dos veces. Las tropas de infantería entraron al trote en el patio de recreo con un fuerte repiqueteo de botas con puntas de metal. Formaron delante de Huth como para ser revistadas, el oficial al frente y con el brazo levantado en lo que los ingleses aprendían ya a reconocer como el saludo alemán.

—Ponga a este idiota bajo custodia especial y manténgalo aislado.

—Quiere usted decir que la llamada telefónica fue de uno de sus cómplices... ¡Dios mío! —dijo el director, y tomando a Douglas Archer de un brazo, se aferró a él—. Ese hombre, Spode, me engañó —aseguró—. Dígaselo. Usted es inglés, sé que es inglés... Dígale que soy inocente.

Douglas sintió que se ponía rígido de vergüenza. Un soldado apartó los dedos del director.

—Que por lo menos avisen a mi mujer —suplicaba el hombre. Los soldados se lo llevaban ya por la puerta principal.

—Tome a todos los maestros —dijo Huth al oficial de las SS— y también a los niños mayores. No podemos estar seguros de que los alumnos no están también implicados. En los últimos seis meses ha habido chicos de quince años que matan a nuestros soldados.

—Iré a buscar alguna pista del paradero de Spode —dijo Douglas.

—Está bien lejos en este momento —repuso Huth—. Esta gente es de una eficiencia infernal.

—¿Quién es «esta gente»? —preguntó Douglas.

—Me refiero a los terroristas —dijo Huth, utilizando el nombre alemán oficial para la Resistencia, fuese armada o no—. No. Vaya a ver a su hijo... Está aquí hoy, ¿no? Llévelo a casa. Explíquelo todo.

—¡Explicarle! —exclamó Douglas. No sabía cómo explicar la locura del mundo a su hijo.

—Los chicos son seres flexibles —dijo Huth—. No trate de cargar con toda la culpa de que su hijo no tenga madre.

Douglas no respondió. Ambos se quedaron observando a los soldados que llevaban a un grupo de maestros hacia el patio. Junto a los estrechos portones se detenían los camiones con la parte posterior abierta.

—No necesitamos hacer nada de esto —le dijo Douglas—. Estos maestros son inocentes. No saben nada.

—Demasiado tarde para impedirlo ahora. Aun cuando estuviera de acuerdo con usted.

Se oyó un crujido al caer hacia abajo la tapa de atrás de un camión. Seguidamente trepó en éste el primero de los maestros. Era viejo y necesitó de la ayuda de un soldado. Uno de sus colegas expresó un «hurra» en voz baja y el viejo sonrió con timidez. Siempre ocurría lo mismo con los arrestos en masa. Los prisioneros se sentían con mayor valor al verse junto a gente conocida. Hallaban que nada malo podría sucederles y les reconfortaba siempre la idea de no haber cometido crimen alguno. El procedimiento

policial se transformaba en una excursión, un picnic, un paréntesis en la monotonía de la vida cotidiana. Los soldados lo sabían y animaban a sus arrestados a adoptar tal actitud, pues la tarea resultaba más fácil, menos deprimente, cuando todos los prisioneros sonreían durante el trayecto hasta el centro de detención.

—¿Oyó algo más acerca de la muchacha? —preguntó Huth.

Douglas se desconcertó tanto, que no repuso.

—Estoy enterado del asunto de Trafalgar Square, tonto —dijo Huth—. ¿Volvió a ponerse en contacto con usted?

—Usted me hace seguir, pero... ¿no la hace seguir a ella?

Huth fingió sentirse dolido.

—Me tocó un nervio sensible, amigo. Fue rápida y lista... más lista que el hombre que la seguía.

—¿Uno sólo?

—¡La voz del profesional! Sí, mi gente tiene mucho que aprender. No se dieron cuenta de que estaban tratando con una persona con mucha experiencia.

—¿Sylvia?

—No se dio cuenta de eso, ¿no? Sí, una chica muy importante. Debimos haberla atrapado mientras tuvimos la oportunidad de hacerlo, pues las mujeres como ella huelen el peligro desde lejos.

—¿Ella olió el peligro?

—O bien alguien la alertó. Siempre hay alguien que alerta a los otros. Alguien telefoneó a Spode y le dijo que se marchase, ¿no? —Huth resopló—. Bien, volverán a hacer un intento, porque necesitan de forma desesperada comunicarse con usted, inspector.

—¿En serio?

—Ya lo creo... piense en los riesgos que corren... probablemente la próxima vez no será la muchacha. Podría ser cualquiera. Acceda a cualquier cosa que quieran. Obtenga su propuesta.

—¿Propuesta?

—Es probable que hagan otra intentona de rescatar al rey.

—¿En la Torre de Londres?

—No es imposible. Si lo intentaron el mes pasado, desde el río, y no lo lograron por poco.

—¡Dios! —Aquello explicaba muchas cosas para Douglas. La custodia del rey era la mayor responsabilidad del general Kellerman. Ahora Douglas recordaba el gran escándalo registrado entre las unidades de seguridad de las

SS y la remoción posterior por parte de Kellerman de muchos miembros del personal superior.

—Les iría mejor mediante la negociación que mediante ataques terroristas —dijo Huth.

—¿Usted cree?

—No es una opinión —repuso éste—. Es el mensaje que yo quiero que usted transmita.

—Allá está mi hijo —dijo Douglas.

—Tome mi Mercedes. Al chico le encantará el motor.

—No queda lejos, y caminar me permitirá tomar un poco de aire fresco. —No se alejó, sin embargo. Se quedó, temeroso de que maltratasen a los niños, o de que todo el episodio degenerase en violencia.

Estaba aún allí cuando se acercó corriendo el agente de policía Dunn por el patio abierto, con el rostro congestionado y bañado en sudor.

—No está, señor. No está el brazo. Ni la bolsa de papel con los accesorios de la cámara.

—¿Está seguro?

—Ni siquiera se tomó el trabajo de volver a empujar la mesa después de sacar las cosas. Seguramente fue a casa mientras nosotros llamábamos por teléfono a Scotland Yard.

—Qué coincidencia —dijo Douglas con amargura.

El agente Dunn le miró un instante, sin comprender. Seguidamente, dijo:

—¿No cree que alguien en el Yard le haya telefoneado?

—Me encantaría saberlo —repuso Douglas—. Bien, por lo menos le falta hasta ahora una parte del cuerpo. —Al decir esto, metió un dedo en el bolsillo del chaleco, para asegurarse de que aún tenía la parte que faltaba—. Ese miembro artificial era del tipo común que suele distribuir el Ministerio a los lisiados de guerra, ¿no?

—Tenía aspecto de serlo.

—Para conseguirlo, es necesario dar el nombre auténtico, Dunn. El Ministerio controlaría entonces sus nóminas y el solicitante tendría que presentar pruebas de haber servido en el ejército, nombre, grado, número, o bien mostrar su carta de «panel» en caso de ser civil. Vaya al Ministerio y vea qué logra averiguar. Si el hombre se dirige a ellos para obtener la pieza que falta, quiero que me avisen antes de responderle.

—Puede que piense que es demasiado peligroso —comentó Dunn.

—Es demasiado peligroso y también es peligroso volver a la propia casa cuando hay un inspector que le pisa los talones a uno. No, este hombre

necesita su brazo y creo que se tomará bastante trabajo para hacerlo funcionar otra vez. —Douglas vio a su hijo y fue hacia él.

En aquel momento los equipos de los arrestos en masa habían instalado ya sus mesas y sillas plegables y, después de escribir sus cuartillas a máquina, estaban haciéndolas rubricar por el oficial de turno. No sólo se confeccionaban documentos sobre los detenidos, sino que con igual diligencia se realizaba todo el trabajo burocrático, como la inspección de libros y archivos que sacaban del edificio. El aburrimiento se reflejaba en el rostro de los soldados, pues sabían que este operativo y las docenas de otros idénticos que tenían lugar a diario casi nunca revelaban nada importante. Se efectuaban simplemente para destacar el hecho de que cualquier género de oposición a los invasores nazis causaba inconvenientes tanto a los inocentes como a los culpables.

Los maestros metidos dentro de los camiones tenían ahora una expresión solemne. Algunos trataban de ver si veían en las cercanías a algún pariente o amigo, pero los soldados actuaban con rudeza frente a estos curiosos. Uno de los niños mayores, en el camión más próximo, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Junto a él, un maestro le hablaba, tratando de consolarle. Un hombre de pelo gris con unos anteojos torcidos le sonrió y con una voz débil y aguda comenzó a cantar:

*Si eres feliz y lo sabes, aplaude, aplaude.*

Al mismo tiempo comenzó a aplaudir. En el silencio sepulcral del patio de la escuela se alcanzaba a oír la voz temblorosa y desafinada, así como el ruido de las manos del anciano que aplaudía. Una segunda voz se unió a la primera en el antiguo canto de los *Boy Scouts*:

*Si eres feliz y lo sabes, aplaude, aplaude.*

Se oyó entonces el ruido de mayor número de palmas que batían y en ese punto el niño se unió al coro, llorando aún. Los alemanes miraron a su alrededor, como esperando la orden de hacer cesar el canto, pero como nadie la diera, permanecieron quietos.

*Si eres feliz y lo sabes, muéstralo de un solo modo.  
Si eres feliz y lo sabes, aplaude, aplaude.*

Todos los prisioneros batían palmas y cantaban en coro ahora.

—¡En marcha! —gritó Huth. Los camiones se pusieron en marcha y avanzó el primero de ellos. Ahora todo el grupo de prisioneros cantaba. No tenían voces vigorosas, sino que se trataba del coro de un grupo de hombres asustados, pero no cabía dejar de notar la nota de desafío en aquellas voces discordantes y todo inglés que las oyese no podía menos que sentirse animado.

*Si eres feliz y lo sabes, patalea, patalea,  
Si eres feliz y lo sabes, patalea, patalea,  
Si eres feliz y lo sabes, muéstralo de un solo modo.  
Si eres feliz y lo sabes, patalea, patalea.*

Douglas oía el ruido de los pies contra el piso de los camiones, mientras la caravana se alejaba con gran estrépito en dirección a Edware Road. Tomó a su hijo de la mano y se la apretó como si el niño fuese lo único que tenía en el mundo. Hasta entonces, había podido trabajar con los alemanes. Después de todo, se dedicaba a la caza de asesinos y no había sufrido resquemores de conciencia. Cada vez más, no obstante, advertía que le arrastraban lentamente por un gran precipicio hondo y sombrío, a una velocidad de caracol, como suele ocurrir en las pesadillas. A pesar de ello, no veía manera de escapar. Según la nueva reglamentación, no se le habría permitido renunciar a su empleo en la Policía y quienes intentaban alejarse se veían de pronto privados de libretas de racionamiento y de permisos de trabajo, para convertirse en poco más que mendigos. Douglas volvió a apretar la mano de su hijito.

—Me duele —dijo Duggie.

—Perdona —le dijo su padre. Se preguntó si acaso su hijo le juzgaba con esa implacable imparcialidad con que todos acostumbramos a juzgar a nuestro propio padre.

En Marylebone pasaron delante de un hombre que vendía rebanadas de nabo fritas. Duggie se acercó al puesto ambulante a mirar la olla con fritura, seguido por su padre. El nabo frito llenaba mucho el estómago, proporcionaba calor y no estaba racionado. Su precio era de sólo dos peniques por una bolsita llena. El viejo que la vendía dio una rebanada extra a Duggie.

—Da las gracias, Duggie —dijo su padre maquinalmente.

—No se preocupe, señor Archer. Cuánto me alegra ver al chico con tan buen aspecto.

Douglas le miró, intrigado.

—Es el señor Samuels, papá —le explicó Duggie.

Con una sensación de sorpresa, Douglas vio entonces que era el propietario del Restaurante y Salón de Té Samuels, conocido lugar de cita de todo el West End, famoso por su excelente pan y por sus tortitas de crema antes de la guerra. Sabía que el restaurante había sido transformado hacía poco tiempo en un Soldatenheim, o Centro Recreativo para los soldados alemanes. Veía ahora que Samuels, despojado de todos sus bienes, era un anciano de piel apergaminada y ojos hundidos.

—Me he vuelto muy distraído —se disculpó, tratando de explicar por qué no había reconocido a Samuels. Antes de la guerra, solía llevar a menudo a su mujer y a Douggie a tomar té con golosinas allí—. ¿Quiere darme una bolsita? —preguntó—. Parecen deliciosas.

El señor Samuels metió los trozos de nabo en un cucurucho de papel de diario y le cerró la parte superior. Douglas le entregó una libra.

—No puedo cambiársela, señor Archer. Lo siento.

—Deme el cambio la próxima vez que nos veamos.

—No —dijo Samuels, pero luego cambió de idea y se guardó el billete con aire agradecido.

Mientras el hombre buscaba cambio entre los jerséis que llevaba debajo del abrigo, Douglas notó que llevaba la estrella de tela amarilla en un lugar visible.

—Su hijo siempre me saluda —dijo Samuels, como si otros niños no lo hicieran.

—Todo se solucionará, señor Samuels —le aseguró Douglas—. Se lo aseguro.

Samuels sonrió, pero no dijo nada.

Douglas se alejó de prisa para alcanzar a su hijo, quien tenía la nariz apretada contra el escaparate de Benson, el sastre. El precio de las telas había arruinado a muchos sastres en Londres, pero Benson, con una hija que hablaba un poco de alemán, estaba floreciente, con el escaparate lleno de uniformes alemanes, botones e insignias. Douggie tomó la mano de su padre y continuaron caminando juntos por High Street.

—¿Trabajas para la Gestapo, papá? —le preguntó su hijo de pronto.

—No, trabajo en Scotland Yard. Soy detective de la Policía Metropolitana, como lo fui siempre... tú lo sabes, Douggie.

—La Gestapo está en Scotland Yard —señaló Douggie.

—Está en la oficina de al lado, Norman Shaw North, y casi todos son alemanes.

—Pero trabajas *al lado* de la Gestapo... —insistió Douggie.

—Te diré, yo...

—A veces trabajas con ellos, ¿no?

—¿Es eso lo que te dijeron?

—Me lo dijeron los chicos en la escuela. —Douggie tiró de la mano de su padre—. Papá, yo y otros chicos estábamos pensando si... —la voz del niño se volvió un murmullo.

—Vamos, Douggie, dilo. Somos amigos, ¿no?

—¿Podrías conseguir una insignia de la Gestapo?

—La Gestapo no usa insignias. Tienen sólo tarjetas de identidad especiales.

—Entonces, tal vez podrías conseguir uno de esos brazaletes de las SS... o tal vez esas chapas de alambre de la SD...

—No creo, Douggie.

—¡Papá! —La voz de Douggie estaba llena de desilusión—. ¡Estoy seguro de que podrías! Apuesto a que si le pidieras una a esa gente de Scotland Yard, alguien de ellos te daría una.

—¿Para qué, Douggie? —le preguntó Douglas—. ¿Qué harías con ella?

—No sé, papá —repuso el niño—. Todos los chicos coleccionan esas cosas, pero nadie tiene todavía ninguna insignia de las SS. Me dijeron que te la pidiese.

Cuando llegaron a casa de la señora Sheenan, el cielo estaba oscuro y había comenzado a llover. Douglas estornudó. Temía que fuera a caer enfermo de gripe. Se sentó junto al fuego, ahora casi apagado, y se arrebujó en el abrigo, con las manos en los bolsillos. Douggie se instaló junto a la mesa de la cocina a hacer sus deberes. De vez en cuando pedía ayuda a Douglas. Por fin oyó el rumor de una respiración acompasada y vio que su padre se había quedado dormido en su sillón. No le despertó.

Para la cena comieron un pedacito de pescado hervido y después de acostar a Douggie, Douglas se fue a la cama. Había estado reservando una pequeña cantidad de whisky escocés y después de servir una medida a la señora Sheenan, se llevó el propio vaso a la cama, además de una novela de Agatha Christie. No había leído más de cuatro renglones cuando se durmió profundamente.

## Capítulo doce

Al día siguiente partió muy temprano y trabajó con ahínco. Se comunicó con la mayoría de sus informantes, pero no tardó en comprobar que su red habitual dentro del hampa no podía informarle de nada de utilidad para su investigación del asesinato. Vio asimismo que había una activa búsqueda de datos y se enteró de que algunos de sus informantes habituales habían sido detenidos. Al final de la mañana llegó a la conclusión de que la gente implicada en el hecho se había mantenido bien alejada de la vasta red de informantes de Londres.

Aquella tarde Archer era uno de los pocos británicos presentes en Caxton Hall. Un alto funcionario de la Reichsleitung der NSDAP —Consejo Supremo del Partido Nazi— se encontraba en Londres en la habitual orgía de compras, comida, bebida y turismo. Debió pagar por su cena soportando un discurso de tres horas de duración de uno de los oficiales superiores de la policía de Londres y de la sede de las SS.

Ni siquiera el escurridizo Huth logró eludir la reunión y Douglas le observaba bostezar, hacer gestos afirmativos y aplaudir de mala gana con sus manos enguantadas. Era interesante compararlo con Kellerman, que estaba también en el estrado. Kellerman era un experto en estas ocasiones y se inclinaba hacia delante, asentía al oír cada racionalización o verdad a medias y lanzaba fuertes exclamaciones de entusiasta aprobación cada vez que se repetía uno de los trillados estribillos. Además era capaz de transformar bostezos en sonrisas y, al apretarse el puente de la nariz con la cabeza inclinada, hacer pasar sus breves sueños como la actitud de concentración que exige cerrar los ojos. Además, al finalizar el largo discurso del funcionario del Partido, mientras Huth buscaba con dedos torpes su gorra y su bastoncito bajo la silla y, con la mirada, la salida más próxima, Kellerman permaneció en el estrado, aplaudiendo calurosamente y sonriendo al invitado. Y fue Kellerman quien, sin tener presente el programa establecido, se aproximó al micrófono y

dijo unas palabras improvisadas, para expresar su gratitud por «un discurso imbuido del sentimiento nacionalsocialista y con una claridad y vigor que no aceptaban transacción alguna», juicio pronunciado ya en el curso de infinidad de pausas igualmente fatigosas en *un* día de trabajo.

Y cuando la concurrencia comenzó a dispersarse, fue Kellerman quien, sin dejar de sonreír a todos los presentes en la sala, murmuró a Douglas:

—En el futuro sabrá por qué no hay que ofrecerse nunca para hablar en alemán, inspector. ¿Verdad?

Cuando Douglas volvió a Scotland Yard, Harry Woods estaba tomando un té con tostadas.

—Habló por teléfono el detective agente Dunn —dijo con inusitada seriedad. Le irritaba ver que hubiese un tercer agente trabajando en la investigación.

—Qué suerte.

—La agencia fotográfica dice que alguien les escribió solicitando una copia de esa foto. Esto es todo lo que saben. Pagaron por giro postal. No hay forma de establecer la identidad.

—Qué lástima —dijo Douglas.

—No debería ir a esos discursos nazis si eso le pone de mal humor —observó Harry—. Dunn quiere investigar a todos los que figuran en la foto. Por si acaso.

—¿Hay té aquí?

—No estaba enterado de la foto que encontró en casa del maestro.

—Bien, ahora está enterado.

—Dije a Dunn que me deje verla mañana. Veré qué puedo hacer. No, no queda ya té. De todos modos, era horroroso.

—Entonces, dígame lo contrario de lo que le dijo. Si vuelve a llamar, dígame que cumpla las instrucciones que yo le di.

—Dunn es sólo un muchacho. Esto puede ser peligroso, ¿sabe? Además, no estoy seguro de que Dunn tenga experiencia para ocuparse de un caso tan complicado como éste.

Douglas se acercó a una mesa en un rincón. Allí estaban los resultados de lo que debía haber llevado horas increíblemente largas de trabajo minucioso. Las cenizas de los papeles quemados en la chimenea del departamento de Shepherd Market habían sido separadas capa por capa, adaptadas una junto a la otra y puestas entre dos vidrios.

—Haga solamente lo que le digo, Harry. ¿Comprendido? —Douglas miró con gran atención uno de los jeroglíficos de papel chamuscado. No veía nada

allí.

—¡Bien, señor! —dijo Harry con burlona humildad.

—Me voy, por hoy. ¿Dónde está Huth?

—Conversando con gente de la SD de Noruega. Algo referente a una planta de agua pesada. ¿Le suena bien a usted?

Douglas contestó afirmativamente, con un gruñido.

—¿Y qué le diré si quiere saber dónde está usted? —le preguntó Harry Woods.

—Dígale que no lo sabe —repuso Douglas con una sonrisa que no revelaba nada, y se fue.

## Capítulo trece

Bertha's era un club y bar privado en Oíd Compton Street, Soho, en realidad un reducido garito en un segundo piso, rodeado de oficinas donde se cortaban películas junto a la sastrería del viejo Charlie. La luz del día estaba eclipsada por una selva de plantas en macetas, que parecían nutrirse con colillas aplastadas y el alcohol vertido en sus raíces por las mujerzuelas cautelosas o los policías decididos a no beber.

Bertha vigilaba al barman y a la clientela desde su banquillo alto, detrás de la adornada caja registradora. Su lengua afilada y su vocabulario procaz le habían ganado el respecto de los delincuentes más violentos. Los alemanes utilizaban el local como puesto de información y a menudo se veía a un turista de aspecto cortés sentado en un rincón, detrás del piano, que decía muy poco y oía todo.

Había una media docena de parroquianos habituales cuando llegó Douglas. Todos ellos habían concurrido a una sesión de carreras en el hipódromo de Epsom, uno de los pocos en el sur de Inglaterra que había sobrevivido a la lucha. En ese momento estaban explicando sus pérdidas y discutiendo sobre sus ganancias. En el bar había una botella de champaña francés y otra en el balde de hielo en la piletta. Los hombres recibieron al inspector Archer con gran cordialidad, a pesar de que éste había encerrado a dos de ellos con condenas de tres años y causado bastantes dificultades a los otros cuatro. Estaba allí «Straight» («recto») Rogers, de aspecto melancólico, un tahúr australiano que tenía ingresos regulares mediante sus partidas de dados, a pesar de usar invariablemente dados sin carga. Las ganancias de «Straight» Rogers se debían a los dados que usaban sus contrincantes fulleros, siempre cargados para caer sobre los números más bajos. Su nombre de «Recto» estaba, pues, bien ganado.

El juego de «Awful», o Jimmy Secker el «Terrible», era más honrado aún. En general, Jimmy y sus compinches sufrían grandes pérdidas frente a los

fulleros. Desgraciadamente, las partidas ilegales que organizaban eran siempre allanadas por la policía, que confiscaba cartas, dados y dinero como elementos probatorios. Sus víctimas sentían siempre alivio cuando no se hablaba ya de la partida en cuestión.

—Bertha, un trago para este viejo camarada, el inspector Archer de Scotland Yard.

Estas palabras fueron pronunciadas por un hombre que era el líder obvio del grupo. Vestía con elegancia un traje de costoso *tweed* irlandés ribeteado de marrón y negro. En el bolsillo del pecho, dispuesto con ostensible cuidado, asomaba un pañuelo de seda de un tono dorado oscuro. Sólo la cara no armonizaba con todo aquel atavío cuidadosamente elegido. Tenía una tez amarilla, como de cera, y ojos pequeños y furtivos. Tampoco hacía juego su bigote con aquellas prendas de gran señor con propiedades rurales. Era un bigote fino y esmeradamente recortado, del tipo que elegiría cualquier actor para representar el papel de *gigoló*.

—Calla, Arthur —dijo Douglas. Estaba por decir cuánto detestaba que le llamasen Archer del Yard, pero decidió no revelar tal sentimiento.

—No quise ofenderte, viejo —aseguró Arthur, tomando el champaña que le trajo el barman y llenando un poco más la copa que éste acababa de servir—. Lávate bien las amígdalas con esto, es del verdadero. —Al decir esto, hizo girar la botella para mostrar a Douglas la etiqueta.

—Te creo, Arthur —dijo Douglas. Arthur, rey de los soplones, traficante de vinos robados y de cigarrillos. Eran buenos tiempos para hombres como él.

—Oímos decir que pensabas salir de Scotland Yard y dedicarte a un trabajo especial para los alemanes.

—Lamento desengañarte —dijo Douglas—, pero dentro de lo que sé, creo que estaré en circulación todavía. —Después de beber unos tragos, comentó—: Muy bueno, Arthur.

—Bien, termínalo, La vida es corta.

—Pareces estar de buen humor. Como el que vende buen vino.

—No. Yo vendo tabaco. Quien vende alcohol es Scotch-Johnny.

Todos los secuaces se echaron a reír y Bertha cacareó a su vez, festejando el ingenio de Arthur. Hasta Douglas no pudo menos que sonreír.

—No puedo creer que ese chiste sea tuyo —comentó.

—Vamos, no seas amargado, inspector. Todos hemos pasado un buen día... y en trabajos legítimos.

—Salud —dijo Douglas, y bebió.

—Bien, te pareces más al inspector Archer que yo conocí una vez — afirmó Arthur. Bebieron todos y detrás del mostrador Bertha también levantó su vaso, acercándoselo a los labios, pero probándolo apenas, como ocurre con quienes viven siempre en medio de las bebidas alcohólicas.

—¿Cuánto ganaste, Arthur? Nunca creí que fueses un hombre interesado en las carreras.

—Y tenías razón, inspector. Fuimos allá a ver a unos viejos amigos y a comprar algunos boletos, pero lo que ganamos no nos llegó ni siquiera para pagar el taxi. —Arthur bebió con el tono agitado de alguien que no hubiese terminado de hablar—. Mi madre, que Dios tenga en la gloria, siempre decía que el sentido común del caballo es lo que hace que los caballos nunca apuesten a la gente. ¿Captaste el chiste?

—Tu madre suena como si hubiese sido bastante cómica —dijo Douglas cortésmente.

—Tú la conociste —dijo Arthur—. La conociste aquí, en este bar, en la Nochebuena de 1938. Tenía una excelente opinión de ti. Le pagaste un oporto con limón y le dijiste que yo era un chico honrado y trabajador que había frecuentado gente mala. —Arthur rió con tantas ganas que salpicó una manga de Douglas con champaña. Se la limpió, riendo aún—. Toma, discúlpame, inspector. Sírvete un poco más. Champaña de verdad... de Francia.

—En contraste con todo ese champaña francés que preparas en ese sótano que alquilas en Fulham.

—Vamos, vamos, inspector... Seamos justos con todo, ¿eh? Cada cual en su oficio. Yo no te indico cómo atrapar a la gente mala.

—Si no ganaste dinero con los caballos, ¿qué estás festejando? ¿De dónde sacaste el dinero?

Arthur advirtió que Douglas tenía más manchas de champaña en la manga. Sacó entonces su pañuelo de seda del bolsillo y las frotó con él.

—Legal, inspector. Estrictamente legal. ¿Conoces a Sydney Garin?

—Todos le conocen —repuso Douglas—. El armenio bajito, comerciante en objetos de arte.

—Ahora es el *alemán* bajito, comerciante en objetos de arte —le corrigió Arthur—. El Graf von Garin, famoso experto en arte ario. —Ambos rieron. Como respuesta, Arthur agregó más champaña a las copas de todos—. Bien, Garin formó sociedad con Peter Shetland, quien se convirtió en duque de no sé qué cuando murió su padre el año pasado. Tú le conoces, inspector. Peter Shetland, un muchacho alto y flaco que solía venir a beber aquí, a Bertha's, de vez en cuando.

—Lo conozco —dijo Douglas.

—Peter Shetland... el del monóculo... —Arthur hizo una mueca— está en buenas relaciones con los alemanes. ¡A esos teutones les encanta la clase! Con Sydney Garin como cerebro y Peter como figurón, les va muy bien.

—¿En qué?

—Venden cuadros y obras de arte a los alemanes y también venden *las de ellos*. Cuando uno de los nazis de arriba roba algún retablo de una catedral de Polonia, es Garin quien va a Suiza o a Nueva York y actúa como agente para colocarlo en el mercado sin que nadie haga demasiadas preguntas sobre su origen. Están llenos de dinero, esos dos. Quiero decir que algunas de esas pinturas se venden en centenares de miles de libras... y además se ganan una buena comisión como agentes, como podrás imaginar.

—Puedo imaginarlo —dijo Douglas.

—Guardan todo en la mansión de Peter Shetland en el campo... cerca de Newmarket. Es una mansión inmensa, donde durmió Isabel y mucha gente rica más. Se llevan allá a los alemanes a pasar un fin de semana cazando y pescando y aprovechan para venderles carradas de cosas.

—Aun no entiendo en qué punto intervienes tú —comentó Douglas—, ni cómo he llegado a disfrutar de este excelente champaña.

—Usted también tiene clase, señor. No sé si se lo dije ya alguna vez.

—Dentro de lo que puedo recordar, no, Arthur. Recuerdo, en cambio, cómo gritabas sobre todo lo que me harías cuando te dieron tres años por haber lastimado tanto a aquel encuadernador.

—Es mi exuberancia natural —dijo Arthur con modestia—. Entonces era un chico. No, como decía, tienes clase. Si quisieras actuar como mi pantalla, y me mantuvieras libre de dificultades con la ley, realmente haría marchar bien mis negocios.

Douglas optó por pasar por alto aquella invitación a la corrupción.

—¿Y le vendiste champaña a Sydney Garin? —preguntó.

—¿Si les vendí champaña? Por lo menos, cincuenta cajones. Esta noche ofrecen la fiesta más importante de Londres en todo este verano. Ve a Portman Square esta noche, inspector, y podrás aclarar la mitad de los crímenes no resueltos de esta ciudad.

—Puede que vaya —dijo Douglas—. ¿Irás tú?

—¡Vamos, no bromees! Yo soy lo que ellos llaman de «medio pelo». No me dejarían entrar por la puerta principal ni para cobrar el dinero que me deben por el champaña.

Obedeciendo a un impulso, Douglas preguntó:

—¿Y es allí donde Peter Thomas obtuvo las antigüedades para su comercio?

Arthur fue al bar, compró un paquete de cigarrillos y volvió para reanudar la conversación.

—No hablas en serio, inspector. Peter Thomas no existe. ¡Sin duda lo sabías! Y nuestro Sydney no trabaja con ese tipo de mercadería. Garin y Shetland son comerciantes de obras de valor. Compran y venden piezas de museo.

—¿Y Peter Thomas?

—Peter Thomas no existió nunca. Peter Thomas es un frente de la Resistencia. Usaban ese comercio para manejo de fondos, pagar a la gente, y demás. A veces algunos simpatizantes les donaban antigüedades para vender en beneficio de la causa. —Al volverse, vio que Bertha le miraba con expresión severa—. Terminé, Bertha —le dijo—. No tiene nada de malo contar algo que está muerto y enterrado.

—Entonces, ¿quién era el muerto? —preguntó Douglas—. Pareces estar enterado de todo.

—Sólo sé lo que oigo decir —admitió Arthur y eructó con suavidad. Había bebido demasiado—. Era el mayor de los hermanos Spode, un hombre de ciencia. Antes de la guerra estaba mezclado con ese asunto de la separación del átomo. Dicen que era un hombre muy listo.

—¿Y trabajaba en esa tienda de antigüedades?

—¡Qué va! Todos esos científicos fueron atrapados por los alemanes a los cinco minutos de llegar éstos aquí. Lo sabes muy bien. Llevaron a algunos a trabajar en Alemania. Otros, como Spode, trabajaban en armas secretas para los alemanes, aquí en Inglaterra.

—¿Spode?

—En una gran guarnición secreta alemana en Devon. Están tratando de fabricar un tipo nuevo de gas venenoso, creo.

—¿Bringle Sands?

—Podría ser —repuso Arthur—. Vamos, a vaciar esa copa.

Douglas siguió conversando con Arthur, pero pronto vio que no sabía nada más y que lo que sabía era poco más que rumores.

Desde la cabina telefónica del bar de Bertha Douglas llamó por teléfono a Sydney Garin en su gran casa de Portman Square.

—Inspector Archer —dijo Sydney Garin con un tono suave como seda y doblemente más resbaloso que ese material—. Esto sí que es una coincidencia. Aquí mismo, en esta mesa delante de mí, mientras hablo con

usted, está un paquete con una libra de té de Ceylán que iba a enviarle. Sé cuánto disfruta de una taza de té de verdad y sería inútil regalársela a gente capaz de agregarle leche y azúcar. —Tenía una manera de hablar cuidadosa y un leve acento extranjero.

—Es muy amable al recordarme, señor Garin —dijo Douglas—, pero sabe bien cuál es mi posición en cuanto a ese tipo de regalos.

—Por favor, no me interprete mal, inspector —dijo Garin sin titubear—. Este es un regalo personal del jefe de una delegación comercial india que acaba de llegar a Londres. Me dio unos pocos paquetes para que los pase a gente con paladar para apreciar este té.

—Tal vez podamos beber una taza juntos, señor Garin.

—Será un doble placer, inspector.

—Me dicen que ofrece una fiesta esta noche.

—Es una recepción muy modesta, si la comparamos a las que daba antes de la guerra —dijo Garin—, pero tuve la suerte de encontrar, por casualidad, algo de comida y bebida del tipo que escasea en este momento.

—Estaba conversando hace unos minutos con una de esas casualidades —dijo Douglas—. Con el soplón Arthur.

—¡Ah!, me hace gracia, mucha gracia, inspector. Arthur, sí, qué hombre excelente. Me ha hecho dos o tres recados.

Mientras hablaban, Douglas oyó una voz detrás de Garin, que reconoció como la voz cuidadosamente modulada de Peter Shetland. Este, después de haber leído por fin el nombre de «Archer» garabateado sobre el papel secante delante de Sydney Garin, dijo:

—¿Qué demonios quiere?

Sydney Garin había sobrevivido a demasiadas situaciones de vida o muerte para no saber cuándo inclinarse ante lo inevitable.

—Mire, Douglas —dijo, después de haber buscado afanosamente en su memoria el nombre de pila de Archer—. ¿Por qué no viene esta noche a ver la cosa usted mismo? Conocerá gente encantadora y verá a algunos de sus superiores de Scotland Yard.

—Diría que es una mezcla bastante heterogénea —observó Douglas.

—Usted siempre tan lleno de bromas, Douglas —dijo Sydney riendo—. Ja, ja, ja... Pero ¿podrá venir?

—Detesto desilusionarle, señor Garin, pero sí, iré. Parece que usted necesita, tal vez, a alguien que vigile las diademas de diamantes.

—No puede trabajar las veinticuatro horas del día, inspector.

—Me gustaría que le dijese eso a mi patrón.

—¿Y quién es su patrón? —preguntó a su vez Garin, siempre pronto a hacer más bromas.

—El SS-Standartenführer, el doctor Oskar Huth —dijo Douglas.

—La gente comenzará a llegar a las ocho y media, más o menos. —No había rastros de hilaridad en su voz—. De smoking, desde luego.

—¿O bien de uniforme?

—O de uniforme. Sí, es un buen chiste. Debo irme ahora. *A tout à l'heure.*

—*Arrivederci*, señor Garin —se despidió Douglas.

## Capítulo catorce

Mientras el *Tatler*, *Queen* y otras revistas de modas con fotografías ilustraban la forma en que la nobleza y las clases altas de Gran Bretaña celebraban sus bodas y presentaciones en sociedad con refrigerios de queso y cerveza de manufactura casera, surgía una nueva clase de hombres de los escombros de la derrota. Shetland, el aristócrata de mirada cruel, y Sydney Garin, exarmenio, eran típicos exponentes de los nuevos superacomodados. También lo ilustraba su nómina de invitados.

—Buenas noches, Douglas —le recibió Garin en el salón principal de la mansión.

—Buenas noches, señor Garin, buenas noches, señora Garin.

La mujer de Garin, una mujercita insignificante con el pecho cubierto de perlas y diamantes y con el pelo con una permanente muy rizada, sonrió como si estuviese contenta de que hubiesen reparado en ella. También estaba allí su hijo, que sonreía con aire cortés a cada recién llegado.

No cabía esperar otra cosa, salvo que los alemanes estuviesen presentes: generales, almirantes y hombres de la administración civil que, bajo el mando del comandante en jefe británico, controlaban Gran Bretaña bajo la ocupación. También había ingleses: miembros del Parlamento y miembros del gobierno colaboracionista que habían aprendido a jugar su papel en el nuevo superestado nazi, que abarcaba la mayor parte de Europa. El Primer Ministro se había disculpado por no poder asistir. Debía dirigir la palabra a un contingente de maestros de escuela alemanes.

Estaban, además, los hombres de Whitehall: los burócratas más importantes del servicio exterior, cuyas secciones seguían funcionando sin tropiezos bajo la bandera alemana, como lo habían hecho antes bajo los gobiernos conservadores y socialistas. También había miembros de la nobleza, distribuidos en la lista de invitados con una destreza en apariencia espontánea, como la desplegada por el jardinero que aprovecha unas pocas

flores que aparecen en medio del invierno: nobles de Polonia, Francia e Italia, así como algunas variedades locales. Y siempre se encontraban los hombres de negocios, los individuos capaces de obtener un millar de pares de botas de goma o cien kilómetros de cerca electrificada, una libra de clavos o un formón.

Era como despertar a medias de una pesadilla horrorosa, pensó Douglas. Los vestidos largos de sedas lujosas con bordados a mano, los trajes de etiqueta bien cortados de los hombres y la ropa impecable de los camareros eran algo chocante después del estado de ánimo de crueldad y cinismo de la derrota que reinaba detrás de aquellas verjas de hierro forjado, del sendero para automóviles de grava bien barrida y del ordenado parque que se veía lustroso y sonrosado bajo los últimos reflejos de luz del atardecer.

También las voces eran diferentes, las respuestas rápidas e ingeniosas y los movimientos calmos en estos salones amplios, cálidos y confortables no recordaban en lo más mínimo las voces apagadas y los gestos furtivos que habían llegado a formar parte habitual de la vida británica. Pero lo que sorprendía a Douglas más que nada era la iluminación. Había muchísima y todos los salones estaban igualmente iluminados. La luz abundante y dorada realizaba las molduras soberbias, los marcos de mármol de las chimeneas y los muebles de estilo Adam, además de hacer relucir las arañas de cristal tallado y de brillar entre las burbujas de las inagotables cantidades de champaña.

Era una casa espléndida, comparable con Portman House, a la vuelta de la esquina, y contenía bastantes objetos de arte como para merecer ser un museo. Y como los museos, estaba llena de dichos objetos, con el resultado de que estaban demasiado juntos, como en una competencia monstruosa de lo absoluto.

En el extremo del salón de baile, pasando dos salas más reducidas y detrás de puertas plegables con pinturas de flores del siglo XVI en los paneles, habían instalado focos. Allí, montado sobre una plataforma construida especialmente y cubierta con un discreto terciopelo rojo, estaba el díptico del siglo XV, de origen flamenco, adquirido por Sydney Garin en Ginebra. Como una excepción estaba por aquella única noche en exhibición, en honor de los invitados de Garin. Al día siguiente debía ser embalado y entregado en la galería de arte del mariscal Göring en Karinhall. A cambio del pequeño díptico Garin y Shetland habían aceptado ocho cuadros decadentes, por ser «surrealistas», que Göring había confiscado a sus propietarios de origen no ario.

En el salón de baile se veían pequeños grupos de oficiales alemanes de mediana graduación, incómodos dentro de sus uniformes y también a causa de su falta de dominio del idioma inglés. Aquí y allá, algún guía voluntario abordaba a los grupos y actuaba como un correo de agencia de viajes que cuida a un grupo de turistas de edad madura. Había asimismo oficiales superiores, hombres mayores y con más aplomo, pelo muy corto y a veces, monóculo, con las insignias doradas de almirantes en sus chaquetillas blancas cortas o con la ancha franja roja en los pantalones que señala a los generales. Algunos estaban acompañados por intérpretes individuales con sus uniformes especiales, los Sonderführer.

Había también mujeres jóvenes, muchachas regordetas con exceso de maquillaje costoso y vestidos apretados en las nalgas y muy escotados en el pecho. En esta época y en otro lugar de Londres, estas mujeres podrían haber pasado inadvertidas, pero en aquella reunión de gente reposada se destacaban de una manera quizá intencional. Habían aprendido ya a introducir algunas frases en alemán, perfectamente pronunciadas, y cuando se les agotaban sus conocimientos de esta lengua, era suficiente una sonrisa o una carcajada. Se veían muchas sonrisas y muchas risas y las parejas que no podían conversar juntas bailaban.

Congregados en un círculo defensivo, bajo una magnífica Crucifixión de Cranach, Douglas reconoció a un número representativo de la nueva sociedad londinense. La suerte les había sonreído desde la noche en que una agencia de noticias alemana divulgó la orden de cese del fuego de Churchill.

Estaba allí el hombre cuyo modesto restaurante en el Soho vendió más de dos mil botellas de champaña durante aquella primera semana de festejos. Más lejos, resplandeciente de joyas, estaba la viuda que un año atrás había estado espumando grasa para freír y remendando sábanas en su hotel de tercera clase, al borde la ruina, de Bayswater. En las cercanías de un importante club de oficiales alemanes, no tardó en convertirse en el punto de cita predilecto de oficiales y mujeres —no se hacían preguntas y la especialidad era el alojamiento diurno y por períodos breves— hasta que la propietaria lo vendió a un consorcio de hombres de negocios alemanes por una suma próxima al millón de libras.

Todos los hoteles de mayor fama prometían altos dividendos a sus accionistas, pero había otros beneficiados para quienes los alemanes habían llegado con tanta oportunidad como el Hada Buena de la pantomima. Pottinger, un hombre moreno con barba y bigote cuyo objeto era darle aspecto francés, se había endeudado por una suma cuantiosa para lanzar sus cursos de

inglés por correspondencia. Ahora estaba abrumado por entradas en efectivo tan grandes que estaba pagando por ser asesorado en cuanto a sus reinversiones.

El hombre de rostro congestionado, con una camisa adornada con encajes, falda escocesa y daga enjorada en la liga de la media era el dueño de una destilería en ruinas de Argyll. Su contrato de larga duración con oficiales de aprovisionamiento alemanes era suficiente para haberle permitido formar una sociedad anónima y enriquecerse de la noche a la mañana. El mismo funcionario alemán que se lucró con este convenio había nombrado al cuñado del escocés agente de compras para proveer de caballos irlandeses y forraje al mando meridional del ejército alemán en Gran Bretaña. Y ahora aquel contingente de personas hermosamente ataviadas charlaba feliz a los pies del Cristo atormentado.

Douglas se apartó para dejar pasar a un coronel de cierta edad hacia las mesas del *buffet*. Le seguía un muchacho joven y muy hermoso con un traje de etiqueta flamante. Algunos pilotos de aviones de caza de la Luftwaffe rieron de forma socarrona. El coronel se sonrojó, pero no levantó la vista.

—Aquí puede ver una bellísima acuareleta de Turner, inspector. —Al volverse Douglas del cuadro que estaba contemplando, se encontró saludando al elegante Peter Shetland—. No muchos saben que Turner era capaz de trabajar con tanto realismo. Ese puntito que pasa debajo del Arco es Napoleón. La verdad es que es una pieza de coleccionista.

Shetland había copiado a Sydney Garin el curioso hábito de aludir a los objetos de arte, como éste, como si estuviese ya vendido a la persona que los admiraba.

—Lo he visto antes —observó Douglas.

—Ah, qué buena memoria tiene —dijo Shetland—. En una época perteneció a la Tate Gallery, pero tienen tan poco espacio que es una lástima dejar que una obra como ésta se llene de moho en los depósitos del museo.

—¿Está en venta?

—Todos los museos tienen que desprenderse de obras —dijo Shetland encogiéndose de hombros—. En realidad esto es algo positivo. Hay que buscarle su mercado, es lo que yo digo.

Douglas volvió a mirar el cuadro.

Entretanto, Shetland se tocó tanto la nariz larga y huesuda que por fin su rostro adquirió un aire apenado.

—Los subsidios del Estado se han reducido casi totalmente y no podemos pretender que el gobierno alemán sostenga nuestros museos de arte, ¿no? —

dijo.

—Sin duda, sin duda —Douglas puso tanto énfasis en la respuesta que Shetland le miró para ver si hablaba con sarcasmo. Tenía reputación de ser sarcástico—. ¿Y ustedes se ocupan de la venta? —preguntó Douglas.

—Creemos que es más honrado, mejor y más eficaz comprar obras a los museos. Después las revendemos a nuestros clientes cuando nos conviene.

—Debe ser asimismo más lucrativo, diría yo —observó Douglas.

—No siempre —afirmó Shetland con desparpajo.

—Me sorprende —comentó Douglas.

—Tiene la mentalidad del policía —dijo Shetland a su vez con una sonrisa.

—Prefiero verla como la mentalidad de un administrador —repuso Douglas. En el otro lado del salón vio a Garin, que estaba presentando a su hijo de diecisiete años a un coronel alemán del Departamento Legal.

Shetland se alejó, sin dejar de sonreír.

—¡Muy bien! Me hace bien tropezar con alguien que sabe responder.

Douglas se volvió y se encontró delante de Bárbara Barga. Vestía un magnífico vestido largo de seda gris con el corpiño de encaje.

—Hola, señorita Barga. Qué sorpresa agradable.

—Bien podría elogiarme el vestido. Es de Schiaparelli, de París, y me costó tres meses de sueldo. No es mucho pedir uno o dos elogios.

—Me ha dejado mudo.

—Se repone pronto, inspector —dijo ella riendo. Era especialmente bonita cuando reía.

Ambos se volvieron para mirar el salón de baile, donde una docena de parejas bailaban una versión muy bien orquestada de *Red River Valley*, con saxófonos que modulaban con sordinas suaves cadencias y recogían el tema de los clarinetes.

—Me hace volver a la época de la escuela secundaria —dijo ella.

—¿En Estados Unidos?

—Sí, en Wisconsin. Mi novio pertenecía al equipo de fútbol y tenía las llaves del flamante Chevrolet de su padre. Tenía buenas clasificaciones y mi única preocupación era saber si me elegirían para dirigir las ovaciones en los partidos o no.

—¿Bailamos?

—Podríamos probar.

Barbara Barga no bailaba muy bien, pero era liviana y rápida y además estaba contenta y dispuesta a enamorarse.

—¡Qué buen bailarín es, inspector! —exclamó.

—No hay que creer todo lo que dicen sobre los pies planos de los policías. En una época solía bailar mucho.

—Me enteré de lo de su mujer, inspector. Qué terrible. Y de que tiene un hijito.

—No soy el único en esta desgracia. ¿Conque estuvo haciendo averiguaciones sobre mí? —La idea le halagaba y así lo demostró.

—Fui una tonta ese día. Debí haber entendido bien su nombre y advertido que es el Archer del Yard. Fue sólo más tarde... ¿Le molesta que no le reconozcan esas periodistas agresivas?

—Que no le reconozcan a uno es parte del trabajo.

Barbara sonrió y susurró palabras de la canción que estaban bailando.

—¿Qué fue del futbolista de la escuela secundaria en Wisconsin? —preguntó Douglas.

—Me casé con él. ¿Hay algún progreso en el caso del asesinato? —Antes de que Douglas le respondiese, prosiguió—: ¡Qué diablos...! No me invitó a bailar para que habláramos de asesinatos, ¿no?

—No, yo...

Barbara le cubrió la boca con una mano, sin dejar de bailar.

—Y le advierto que me ofenderé bastante si dice «Sí» a esta última pregunta, señor.

—¿Es usted casada?

—Esa pregunta me gusta más —repuso ella y se le acercó más hasta apoyar la cabeza en el hombro de él. Se olía el perfume que usaba—. Me encanta la canción, ¿sabe? No, no soy casada. Ahora, no.

Murmuraba la melodía y canturreaba otra parte en el oído de Douglas. «No te alejes de mi lado si me quieres. No corras a decirme adiós. Pero nunca olvides Red River Valley, y la chica que te espera allá».

Era sumamente seductora. Esa noche el cuerpo suave y joven, la mente ágil y la hermosa sonrisa de Barbara despertaron en Douglas ideas que hacía mucho que dormían. El pelo de ella, limpio y perfumado, se agitaba contra su mejilla y Douglas la apretó contra sí. De pronto ella volvió la cabeza y le dirigió una sonrisa tímida.

—Douglas —le dijo en voz baja—. No te vayas a casa sin mí, por favor.

Si Douglas imaginó que le sería posible pasar el resto de la velada acaparando a la mujer más bonita de las presentes allí, la idea se disipó tan pronto como hubo cesado la música. Unos periodistas que acababan de llegar de Nueva York la reconocieron desde el otro extremo del salón, y Douglas

debió entregársela a ellos, con su charla profesional, mientras él mismo iba a buscar dos copas de champaña.

Se abrió paso con dificultad entre un ruidoso grupo de oficiales del Ejército Rojo que olían el caviar con aire suspicaz, pero tragaban en cambio vasos llenos de whisky escocés.

—¡Dos copas de champaña! ¿No encuentra que está exagerando un poco, inspector? —Era la voz profunda y animada de George Mayhew.

—Una es para mi madre, señor. Está esperándome fuera, en la calle.

—Creo que la vi. ¿Llevaba puesto el uniforme de un SS Gruppenführer?

El cruel chiste sobre la figura matronil del general Kellerman no podía ser acogido con hilaridad, pero Douglas se permitió esbozar una sonrisa.

—Me alegro de verle, Archer. —Se combinaba en George Mayhew la gracia del atleta innato con el porte de un soldado profesional. Su traje de etiqueta era de un estilo conservador, casi anticuado, y llevaba cuello de palomita en lugar del vuelto que, a su juicio, sentaba mejor a los directores de orquesta de jazz. Conservaba el pelo espeso y oscuro y el mismo bigote de puntas cuadradas que se había dejado crecer por primera vez en 1914 para aparentar la edad adecuada para un jefe de compañía. Aquello fue antes de que se pudiese ostentar, como ahora, las cintas correspondientes a las condecoraciones de la Orden por Servicios Distinguidos, Cruz Militar y barra.

Entre las dos guerras, el coronel George Mayhew se había convertido en una figura importante en ese mundo fronterizo en el cual las informaciones del jefe de policía se superponen a las obtenidas por el servicio de espionaje. A menudo se veía a Mayhew en Whitehall. El personal de Scotland Yard, el Ministerio del Interior, el de Asuntos Extranjeros y la Cámara de los Comunes le conocían como visitante frecuente. Más de una vez había jugado en el equipo de rugby de la policía metropolitana y aún ahora, rara vez dejaba de presenciar un partido importante, aparte de que su interpretación, como barítono, de *Old Man River* era considerada como un ingrediente valioso en todo concierto policial.

—¿Cómo está Harry Woods últimamente? —preguntó. Fue en la época de Harry dentro del equipo de rugby cuando Douglas Archer y George Mayhew se habían encontrado juntos en las mismas actividades del club.

—Es un momento difícil para Harry —dijo Douglas.

—Difícil para todos —señaló Mayhew, frotándose las manos como si de pronto sintiese frío. Siempre había sentido un afecto especial por Harry Woods, con su franca filosofía de policía de barrio. Miró con atención a Douglas y notó de inmediato el traje de etiqueta prestado. No llegaba a

imaginar qué papel desempeñaba el inspector al asistir a una recepción tan importante. No se debía sencillamente al deseo de comer caviar y beber champaña en forma gratuita. Nadie que conociese a Archer, ni siquiera sus enemigos criminales, habrían creído nunca tal cosa.

—La edad es un factor importante —dijo Douglas—. A la edad de Harry no es fácil pasar repentinamente de un puesto en el corazón mismo del imperio a otro en un punto apartado de una colonia ocupada.

—Pobre Harry —dijo Mayhew—. No tardará en jubilarse, ¿no?

—Tampoco es fácil vivir con una pensión de sargento de policía.

—Las cosas mejorarán —aseguró Mayhew, y se habría dicho que tenía alguna razón especial para afirmar esto. Bebió luego unos sorbos de champaña y volvió a hablar—. Pero sólo si nosotros las mejoramos.

—¿Y cómo lo haremos, señor?

—¿Realmente quiere saberlo, Archer, muchacho?

—La verdad es que sí.

—¿Podemos hablar... más tarde, esta misma noche?

—Desde luego.

—Quiero presentarle a alguien.

Douglas hizo un gesto de asentimiento y miró para ver qué hacía Barbara Barga. Al advertirlo el coronel Mayhew, dijo:

—Tuvo un gran éxito con ella, muchacho. La señorita Barga encuentra cautivadores a los policías de Londres.

—¿La conoce?

—Excelente muchacha, Archer... De haber tenido yo unos años menos, le habría hecho a usted un poco de competencia —Douglas le miró, sorprendido. Mayhew, en la creencia de que había ofendido al inspector, añadió con viveza —: No quise decir nada personal, Archer.

—Espero verle más tarde esta noche, señor.

Para Douglas la velada pasó con mayor rapidez que otras que recordaba bien. Bailó con Barbara, comieron langosta y ambos convinieron en que Manet era mejor que Rubens, en que las burbujas del champaña hacían cosquillas en la nariz y en que Londres no era ya el mismo de antes.

Fue Bernard Staines quien se acercó a decir a Douglas que el coronel Mayhew estaba esperándole. Bernard había sido timonel en el bote de la universidad cuando Douglas fue tripulante de ella. Bernard Staines tenía el mismo físico de pájaro de antes, salvo que su actitud seria, sus hombros encorvados y sus anteojos habían transformado el pajarito en una lechuza.

—Nunca te veo en el Club de Oxford y Cambridge, Douglas —Bernard, como tantos de los amigos de Douglas de Oxford, nunca le llamaba Archer.

—A decir verdad, me siento fuera de lugar allí. Hoy en día la gente quiere ir a su club para poder hablar a sus anchas, sin preocuparse de que pueda haber un policía cerca oyendo todo lo que dicen.

—Cualquiera que piense que es posible encontrar un lugar en Londres donde no haya un policía que le escucha es un tonto —dijo Bernard, con el mismo tono tímido que había llevado a tantos a cometer el error de contradecirle, tanto en la facultad como en la sala del directorio.

—Tienes razón, Bernard —dijo Douglas—. Y te pido que cuides bien de no olvidarlo nunca. —Bernard se mostró satisfecho ante la aprobación de su amigo. Como tantos hombres que habían alcanzado un género especial de éxitos, seguía lamentando no haber aplicado sus conocimientos a actividades más científicas. El detective inspector Archer personificaba todas estas ambiciones vagas y no realizadas y aunque Douglas no lo sospechaba, Bernard admiraba y envidiaba a su amigo.

Era una casa como la mayoría de esas mansiones elegantes del siglo XVIII con puertas disimuladas y escaleras angostas que permitían a infinidad de criados desplazarse, silenciosos e invisibles, por todo el edificio. Uno de ellos, vestido con librea, se apartó y otro abrió una puerta escondida, que aparentaba ser uno de los paneles de la pared. Bernard le condujo arriba. En el segundo piso había otro criado, un hombre alto, con el físico y la nariz aplastada que suele asociarse con el boxeador profesional.

—Entiendo que hay una partida de cartas —dijo Douglas.

El hombre estudió a Douglas y a Bernard antes de responder.

—Sí, señor. La otra persona está esperándoles. —Al apartarse el hombre, Douglas y Bernard vieron a George Mayhew.

—Está bien, Jefferson —dijo—. Es mi gente.

Los tres hombres recorrieron un pasillo sombrío y pasaron delante de una sala de billar desierta y de otras habitaciones con los muebles enfundados. Douglas no tenía la menor duda de que durante años se las había utilizado para el juego ilegal por apuestas altas que resulta sumamente difícil localizar o contra el cual iniciar acción judicial. El cuarto al final del pasillo estaba iluminado. Mayhew les llevó hasta él.

Había allí una única luz, una elegante lámpara de bronce con brazo articulado y pantalla de opalina verde. Vertía una mancha de luz amarilla sobre una mesa de juego al mismo tiempo que hacía del resto de la habitación una misteriosa selva de penumbra verdosa entre la cual miraban enormes

herbívoros decapitados. Sentado a la mesa de juego antigua, con el rostro pálido a causa de la luz reflejada en él, estaba la silueta inconfundible de sir Robert Benson. Douglas le conocía solamente por su reputación. Era un hombre de gran influencia en las antecámaras de Whitehall, que evitaba toda clase de publicidad y ganaba todas las controversias sin necesidad de levantar la voz a más de un susurro. Recientemente Douglas había oído a mucha gente preguntarse cómo podía el augusto sir Robert soportar el cargo que ocupaba, en el cual era poco más que un sello de goma del comisionado general alemán de Administración y Justicia, organismo que había absorbido las secciones más importantes del Ministerio del Interior. Se le ocurrió a Douglas que posiblemente esta velada le revelaría el misterio.

—¿Bridge? —preguntó el coronel Mayhew, levantando una baraja—. ¿Un penique por punto?

—Nunca creí que llegaría el día en que tuviese que comenzar una velada como ésta con una baraja usada —dijo sir Robert. Luego rió y añadió—: Archer, no hay hombre a quien preferiría ver más que a usted esta noche. — Su apretón de manos fue firme pero breve.

—Gracias, sir Robert —dijo Douglas.

En la respuesta había una cautela que no pasó inadvertida al resto. Douglas dijo al coronel Mayhew:

—Creo que mi bridge puede colmar la conocida paciencia y dotes diplomáticas de sir Robert. En particular, si le toca tenerme como compañero.

Sir Robert, sentado frente a él, sonrió, pero sin humorismo.

—Juguemos al whist, entonces —propuso Mayhew, como si la decisión fuese de gran importancia.

—Espléndido —dijo sir Robert sin manifiesto entusiasmo—. No juego al whist desde que estuve en las trincheras en el catorce.

Bernard Staines barajó las cartas, hizo cortar a Douglas y comenzó a darlas. Al mismo tiempo explicó a Douglas:

—En general jugamos dinero. Resulta más... —Se encogió de hombros y sonrió.

—Más movido —dijo Mayhew, desde donde estaba, de pie aún.

—Y además... —acotó sir Robert.

—El inspector comprende —dijo Mayhew.

—Sin duda —dijo sir Robert. Douglas hizo un gesto afirmativo. Comprendía que cuando se integraba una especie de célula de la Resistencia y se mantenían reuniones periódicas alrededor de una mesa de juego, con pilas

de dinero delante de cada jugador, era posible engañar a alguien en el sentido de que no se desplegaba otra actividad secreta que el juego ilegal.

Mayhew se volvió hacia un aparador donde, apenas visible en la penumbra, había una bandeja con vasos y un botellón de vino. El mayordomo había dejado la botella vacía junto a la bandeja. Mayhew la levantó y leyó la etiqueta antes de dejarla donde estaba antes.

—Sydney ha provisto un par de botellas de su Château-Lafite 1918. — Con aire reverente, Mayhew tomó el botellón y sirvió el vino.

—Qué amabilidad de su parte —comentó Bernard—. Personalmente, preferiría vino tinto. El champaña me provoca acidez, me temo.

—El champaña es para los jóvenes —dictaminó sir Robert—. El vino tinto es el único aceptable para un hombre de mi edad.

Mayhew se volvió para quedar frente a la luz y poner el vino contra ésta. Mientras lo servía, dijo:

—Sydney Garin es buena persona.

Aunque Douglas sabía que el comentario estaba destinado a él, no hizo reflexión alguna, ni tampoco Mayhew levantó la vista. Era un exponente típico de militar profesional. Había algo en la manera de manejar el cuerpo en estos hombres: cuello estirado y manos inquietas. Aun cuando Mayhew estuviese borracho hasta la agresividad, Douglas sospechaba que siempre mantendría el mentón bien hundido y los pulgares junto a las costuras laterales de los pantalones. Los hombres como él jamás se aflojaban.

Sólo Bernard parecía fuera de lugar en aquel cuarteto. Era blando y con tendencia a la gordura, con manos blancas y modales tímidos. Se quitaba los anteojos de carey y los frotaba con un pañuelo de seda que sacaba del bolsillo. Mayhew le puso un vaso de vino delante y Bernard parpadeó varias veces y se lo agradeció.

Sir Robert paladeó el vino.

—Bastante bueno —dijo con cautela.

No era de un año del cual cupiese esperar gran cosa, pero sir Robert se vanagloriaba de carecer de prejuicios frente a todo. Sonrió a la manera de quienes tienen bastante poca práctica en desplegar sonrisas. Tenía un rostro duro que parecía de granito, salvo por las venitas que le surcaban las mejillas y la nariz. Tenía pelo canoso y lo llevaba bastante largo, de manera que se le levantaba sobre las orejas y en la nuca. La frente era angosta y las cejas muy espesas estaban muy cerca del arranque del pelo. Y debajo de aquellas cejas, las órbitas de los ojos eran hundidas y ojerosas, lo cual hacía que los ojos desaparecieran a veces entre sombras oscuras.

Tenía sesenta años, pero energías de un hombre mucho más joven. Era capaz de no dormir sin perder, en apariencia, su capacidad de trabajo durante días enteros, o por lo menos, así se afirmaba. Pero eran sólo los ojitos azules los que evidenciaban una mentalidad ágil, ya que sus movimientos físicos eran lentos y estudiados, como los de un inválido. Hablaba con una voz tan áspera que sonaba casi ronca.

—George estuvo en Harrow con mi hermano menor —dijo, señalando a George Mayhew—. Eran un par de renacuajos, según me cuentan... Además, organizaron un grupo de apuestas, de manera que ya ven lo que cabe esperar de ellos.

—Y el otro hermano de sir Robert, estuvo allá con Winston —observó Mayhew.

—¿Es verdad, sir Robert —preguntó Bernard— ese rumor de que han ejecutado a Winston Churchill?

Sir Robert asintió con un gesto grave.

—Lo juzgaron los miembros de un tribunal militar secreto en la Primera Escuadrilla Aérea del Estado Mayor de la Luftwaffe en Berlín. Todos le dijimos a Winston que no usara ese maldito uniforme de la RAF, pero no nos escuchó —sir Robert suspiró—. Esto dio a los alemanes una excusa legal para someterlo a un tribunal militar. —Levantó las cartas que tenía delante de sí sobre la mesa y las acomodó con un gesto maquinal—. Se lo han dicho a algunos políticos británicos importantes, pero la ejecución no será anunciada durante algún tiempo. —Al decir esto, sir Robert dejó caer las cartas sobre la mesa.

—¿Quiere decir que Churchill ha muerto? —preguntó Bernard.

Sir Robert se rascó la cabeza, recogió las cartas de Bernard y las inspeccionó. Los otros tres hombres advirtieron lo que hacía, pero nadie deseaba señalarlo.

—¡Muerto! Por un pelotón de fusilamiento de la Luftwaffe, en los cuarteles de los Guardias en Berlín-Lichterfelde. La ejecución por obra de un pelotón militar fue una concesión especial del Führer —añadió sir Robert, lacónico—. Dicen que Winston se negó a que le vendaran los ojos y que levantó los dedos en una V de la Victoria. Me gusta imaginar que es la verdad. —A continuación distribuyó las cartas de Bernard por palos—. Vamos, vamos —dijo—. ¿Qué pasa que no jugamos? —Miró a los tres hombres y luego las cartas que estaban sobre la mesa. Sólo entonces cayó en la cuenta de que no había levantado las propias—. ¡Ah, qué tonto soy!

El coronel Mayhew extendió una mano, recogió todas las cartas sobre la mesa y habló de prisa para disimular la confusión de sir Robert.

—Y este muchacho, Bernard, está casado con una prima de mi mujer. Tiene suerte... Es hermosísima.

—Crecimos juntos —dijo Bernard—. Todos los veranos mi familia iba a Escocia. La de ella tenía una finca cerca.

—Todo desapareció ahora, por desgracia —señaló Mayhew—. Las construcciones están en ruinas y los campos sin cultivar.

—Y cuando sir Robert —prosiguió Bernard— llevó a su compañía a la línea de avanzada, antes de la batalla de Amiens en 1918, mi padre era el comandante de compañía a quien él relevó.

Ejército, familia, escuela, hilos estrechamente entretejidos que unen a los ingleses de las clases altas mucho más que el dinero o los negocios. Los totalitarios de izquierda y de derecha deben describir sin cesar la fe que tienen en común. Para estos hombres, en cambio, millares y millares de ellos, el medio era el fin. Jugar en el equipo era más importante que el partido en sí, siempre que lo jugasen juntos y con hombres como ellos mismos.

—Y yo estuve con Douglas en Oxford —dijo Bernard, incorporando así a su amigo al círculo—. Y cuánto te envidiaba cuando estudiabas Letras, mientras yo me esclavizaba junto a los tomos de Derecho Civil.

Sir Robert miró a Douglas el tiempo suficiente para que éste se sintiera incómodo. Luego dijo:

—Conocí a su padre, Archer.

—¿Sí? —El padre de Douglas había muerto cuando él era todavía niño—. ¿Cuándo le conoció, señor?

—Fuimos muy amigos, desde 1916 hasta que murió. Su padre tenía veintiocho años cuando le conocí y esta edad es excesiva para ser oficial subalterno de infantería. Lo sé bien, porque también yo lo era y era diez años mayor que él. —Sir Robert rió secamente—. Éramos los dos ancianos del batallón. Los más jóvenes debían acudir siempre a desenredarnos de los alambres de púas e inducirnos a que nos sentáramos a descansar mientras ellos hacían instrucción. Su padre era ingeniero civil, ¿no?

Douglas respondió afirmativamente.

—Debería haber estado en el Cuerpo de Ingenieros, pero consideraba que esto significaría traicionar al batallón. Infinidad de veces mereció la Cruz de Victoria. ¿Lo sabía usted? Todos sus hombres lo sabían y el sargento mayor de su compañía le idolatraba.

—Mi madre recibió una carta del sargento —dijo Douglas—. La tiene aún.

—Debí haberle contado todo esto hace mucho tiempo —prosiguió sir Robert—, pero me pareció siempre que eran cosas muy personales. Además, no estaba seguro de que usted quisiera hablar de su padre.

—Le estoy agradecido.

—Y él habría estado orgulloso de usted. Le llaman Archer del Yard, ¿no?

—Así me temo, señor. Sí.

—Bien, todo forma parte de la tarea de hoy. Resolver una o dos muertes nunca hizo mal a ningún miembro de la policía. Conviene que algunos se enteren de ello por los diarios.

—Sin duda tiene razón, señor.

Mayhew barajó las cartas.

—¿Quiere jugar, Archer? ¿Está seguro? —Había más pendiente de su respuesta que una simple partida de naipes.

—Jugaré una partida —dijo Douglas.

—Corten para compañeros —dijo Mayhew, poniendo las cartas delante de Douglas. Douglas cortó y encontró un as de espadas. Sir Robert también al cortar sacó un as y los otros dos figuras.

Por un instante nadie habló y seguidamente sir Robert dijo:

—Somos compañeros —con el mismo tono con que antes había anunciado la muerte de Winston Churchill.

Mayhew iba a la cabeza con el cuatro de corazones, Douglas jugó el siete, Bernard el rey y sir Robert remató con el as.

—Querría haber estudiado derecho —comentó sir Robert—. Un diploma de honor en historia no es muy útil cuando uno está tratando de desenmarañar toda esa reglamentación alemana. ¿Saben una cosa? Uno de mis hombres me contaba hoy que todos los miembros de la Gestapo gozan de inmunidad contra el arresto. No puede ser verdad, ¿no? —Nadie repuso—. Usted tiene que estar al corriente de esto, Archer. ¿Qué opina?

—No, sir Robert. Nadie goza de inmunidad contra el arresto bajo el sistema alemán. Probablemente el hombre aludía al hecho de que los miembros de las SS pueden ser juzgados solamente por sus propios tribunales. Pero la Gestapo no forma parte de las SS.

—Comprendo —dijo sir Robert.

Los tréboles eran triunfos y sir Robert jugó, pero arqueó las cejas cuando la reina de Douglas cayó sobre su as. Terminados los triunfos, hizo cuatro bazas sobre los *carreaux* y ganó por diez a tres.

—Lamento lo de su reina —dijo—. Tuve que despejar. Hay que ser implacable.

Mayhew no dejaba de hablar mientras daba las cartas.

—¿En serio? ¿La Gestapo *no forma* parte de las SS?

—En absoluto —repuso Douglas—. La Gestapo es parte de los servicios de policía. Algunos hombres de la Gestapo son miembros de las SS y algunos de ellos, miembros del partido nazi, mientras que otros no lo son de ninguno de los dos grupos.

—Quiero tener bien claro esto —dijo Mayhew, inclinándose hacia adelante—. ¿Las SS tampoco son parte del partido nazi?

—Técnicamente hablando, forman parte de él —contestó Douglas—. Todas las cartas de identidad de las SS llevan el encabezamiento «Echutzstaffel del NSDAP», pero no hay conexión real. Y los SS, o camisas pardas, se consideran más alejados todavía del Partido.

—Esto explica muchas cosas —dijo Mayhew, con aire pensativo—. ¿Y la SD... a la que pertenece su hombre, Huth?

—Son el servicio de inteligencia secreta de los nazis. Son una superélite, las únicas personas con derecho a espiar a todo el mundo —dijo Douglas—. Hacen lo que quieren.

—Con la excepción de la Wehrmacht —dijo Bernard.

—Sí, las fuerzas armadas alemanas tienen su propio sistema legal. Nadie de la Gestapo, ni siquiera la SD, puede iniciar acción directa con un soldado —Douglas tenía un triunfo bajo.

—Vamos, vamos —dijo sir Robert—. Estamos jugando a las cartas —añadió y tomó la baza—. Me alegro de que me confirme ese hecho. Alguno de los hombres del ejército han sido de gran utilidad para nosotros. Con la Gestapo pisándoles los talones tendrían que mostrarse mucho más circunspectos.

Douglas asintió con la cabeza. Tenía muchísima curiosidad por saber en qué medida había ayudado el ejército alemán a sir Robert, pero se abstuvo de preguntar nada.

—¿Y esos individuos con categorías honorarias en las SS u oficiales de las SS empleados por la administración civil? —preguntó sir Robert—. Tenemos a varios trabajando con nosotros. ¿También ellos están sujetos al sistema legal de las SS? —Mientras hablaba ofreció su cigarrera a Douglas, quien tomó un cigarro y le dio las gracias con un gesto.

—Himmler encabeza el sistema policial, además de ser jefe de las SS —dijo Douglas—. En estos casos la decisión es suya. De todos modos los

hombres de las SS están sujetos en forma parcial a la ley civil ordinaria. — Antes de proseguir, encendió su cigarrillo y aspiró—. Pero Himmler utiliza estas categorías honorarias de las SS como medio de amordazar y sobornar a sus opositores. Algunos de ellos son los enemigos más acérrimos de Himmler.

—Dios mío, tengo una baza —dijo Mayhew. Sin detenerse, continuó—: ¿Qué opinión tienen de ese contraalmirante Conolly? —La pregunta no se dirigió a nadie en particular, pero Douglas sabía que era algo que el resto había discutido muchas veces.

—A juzgar por lo que oigo —dijo—, es un hombre del que hay que cuidarse. Aunque no he oído tanto acerca de él. Huir después de abandonar un portaaviones en Halifax, Nueva Escocia, y declararse líder de «Gran Bretaña Libre» demuestra una audacia que asombra —Douglas calló. Todos parecían absortos en la partida de naipes—. Especialmente —siguió diciendo— cuando, como dice el Servicio de Propaganda Alemán, Conolly no es más que comandante de la Armada.

Sir Robert sacó el último triunfo.

—Las demás son nuestras, creo —dijo, y mostró sus cartas.

—Me pregunto —continuó Douglas— si alguno de ustedes recuerda a ese oficial del ejército francés, De Gaulle, que escapó aquí a Inglaterra cuando cayó Francia. Hizo más o menos la misma cosa, según recuerdo. Se promovió a general y declaró que era la voz de Francia. Nunca pasó nada. Dentro de lo que yo sé, los alemanes nunca se molestaron en incluirlo en la nómina de arrestos prioritarios.

—Se equivoca, le diré —dijo sir Robert con suavidad—. Conolly actuó obedeciendo directivas del Ministerio de Guerra. Fue idea de Winston, cuando él mismo se negó a trasladarse en uno de los hidroaviones que partieron para Islandia hacia el final. Y el ascenso de Conolly a contraalmirante fue firmado por puño y letra del rey. Lo vi con mis propios ojos. Y si bien la noticia de prensa de Goebbels dijo que Conolly dirigió la palabra al Congreso y afirmó ser el líder de «Gran Bretaña Libre», el diario de sesiones del Congreso de los Estados Unidos manifiesta que se presentó como el representante de la nación británica y como ministro de Defensa, nombrado por el Gabinete y confirmado por el rey. Y al final de su discurso, repitió que era súbdito leal del rey Jorge y de todos sus sucesores legítimos.

—Pero ¿cuántas personas en este lado del Atlántico están enteradas de lo que dijo? —preguntó Douglas—. ¿Y qué probabilidades hay de decírselo?

—No es una preocupación fundamental para nosotros —dijo sir Robert—. Nuestra tarea primordial es velar por que la posición del contraalmirante

Conolly en Washington no pueda ser atacada por mecanismos legales, ni tampoco a través de la Oficina de Protocolo. La semana pasada tuvo que luchar contra los intentos de tomar posesión física del edificio de nuestra Embajada. Y los alemanes utilizan los servicios de los mejores abogados de Estados Unidos.

—Aún ahora —observó Bernard— el caso no está resuelto. Si los alemanes toman posesión de ese edificio, será un fuerte golpe para el prestigio de Conolly en Washington.

—Entonces, ¿están ustedes en contacto con Conolly en Washington? —preguntó Douglas. No consiguió contener la nota de sorpresa en su voz.

Nadie repuso. Después de haber rechazado uno de los cigarrillos Uppmann de sir Robert, Mayhew se tomó su tiempo para encender uno de sus propios Romeo y Julieta. ¡Bernard! Con toda seguridad era el correo, pensó Douglas.

Siguieron jugando, cambiando entre ellos palabras medidas, como suelen hacerlo los hombres cuando su partida de cartas ocupa todos sus pensamientos con exclusión de todo lo demás. Sólo sir Robert jugaba con la concentración de quien detesta perder.

—No hay mucha gente que haga uso de la Torre de Londres en este momento —dijo Mayhew con tono despreocupado, como si comentase la asistencia al encuentro de rugby contra Australia.

De manera que era eso. Huth tenía razón. Estos hombres contemplaban un intento de sacar al rey de la Torre.

—El Batallón Especial de Seguridad de las SS tiene su cuartel general allí —señaló Douglas.

Los ojos de sir Robert se abrieron apenas. Mayhew se permitió un esbozo de sonrisa. Si aquello no era la forma de decir que el inspector Archer no quería saber nada de esta tentativa de hacer frente a la infantería de las SS, por lo menos sonaba como una llamada urgente a desplegar cautela.

—Si el rey estuviera en libertad y pudiese confirmar públicamente el rango y posición de Conolly, transformaría la posición de Gran Bretaña en el mundo —dijo Bernard.

Douglas no estaba tan seguro. Tenía cinismo suficiente para sospechar que sólo cambiaría la posición de Conolly y sus adeptos. Miró a los otros tres, con un sentimiento de rebelión ante la cortés superioridad de su actitud.

—No proponen seriamente un asalto físico a la Torre de Londres, ¿no? —preguntó.

Los tres hombres se agitaron, algo incómodos. Seguidamente Mayhew dijo:

—Con el debido respeto, sir Robert, y a pesar de nuestra conversación anterior, tendremos que colocar al inspector Archer dentro del plan —dijo Mayhew.

—Estaba pensando lo mismo —observó sir Robert.

Bernard no dijo nada. No necesitaba recordarles que era ni más ni menos lo que había recomendado que hicieran.

—El ejército alemán nos ayudará como sea, menos en su intervención en una lucha —dijo Mayhew.

—¿Por qué? —quiso saber Douglas.

—Consideran que es incompatible con el honor del ejército alemán que el rey de Inglaterra esté bajo custodia y guardado por unidades de las SS.

Sir Robert añadió:

—Las repercusiones llegarían hasta Berlín. Contamos con el apoyo del Estado Mayor para este asunto.

Douglas volvió a asentir con la cabeza. Por absurdo que apareciese desde el punto de vista británico, la actitud estaba de acuerdo con lo que él sabía sobre la psicología de los alemanes.

—Creo que yo podría proporcionarles un aliado más valioso aún —dijo—. Sospecho que el Standartenführer Oskar Huth estaría entre quienes desean que esta empresa de ustedes salga bien.

—¿Huth? —repitió Mayhew—. ¿Por qué?

—Kellerman es el jefe máximo de las SS en Gran Bretaña, además de ser jefe de policía. Cualquier fracaso relacionado con la custodia del rey tendría como consecuencia inevitable que le retirasen de su cargo. Creo que Huth codicia el puesto de Kellerman, pero los dos se odian con tanta intensidad que la ambición jugaría en esto un papel de importancia secundaria.

—No se me ocurrió tal cosa —comentó sir Robert.

—Para mí, tiene sentido —dijo Mayhew—. Con un hombre como ése dispuesto a mirar hacia otro lado, las cosas serían mucho más fáciles.

—¿Cuál es el paso siguiente? —preguntó sir Robert—. ¿Puede usted sondear la actitud de Huth?

—No podría hacerlo sin mencionar nombres. Será mejor que designe a alguien que esté dispuesto a actuar como intermediario.

—Podría ser peligroso —dijo Mayhew—. Podría resultar una celada.

—Lo que dice no llega a acercarse, ni mucho menos, a la verdad —repuso Douglas—. Bien podría ser una celada.

—Yo actuaré como intermediario. Creo que vale la pena correr el riesgo —dijo Bernard—. ¿Qué tengo que hacer?

—Nada —respondió Douglas—. Debo contar, simplemente, con alguien a quien pueda nombrar como portavoz de todos ustedes. Te pido, no obstante, que lo consultes con la almohada, Bernard. Sir Robert y el coronel Mayhew podrían decidir que eres demasiado valioso para arriesgar perderte en una aventura como ésta.

—Tiene razón —intervino sir Robert—. Lo lamento, Bernard, pero no puedo permitirlo. —Reinó un largo silencio en el cuarto. Las conversaciones habían terminado.

—Bien, avísame —dijo Douglas—. Desde luego, le protegeré todo lo que pueda.

—Mayhew juntó todas las cartas de juego con un gesto decidido.

—Creo que esto es suficiente —dijo.

Douglas consultó su reloj.

—Será mejor que me vaya —murmuró.

—Un minuto —le detuvo sir Robert—. Estos señores nos deben dinero.

Se cambió un puñado de peniques entre ellos. Douglas se despidió de sir Robert y de Bernard y Mayhew le acompañó por el pasillo a oscuras. Se detuvieron en la parte superior de la escalera.

—Me despediré aquí, Archer —dijo Mayhew, pero no se movió, como si quedase algo más que considerar.

—No me pidió hasta ahora que deje correr las cosas en la investigación del asesinato de Shepherd Street —comentó Douglas.

Mayhew se puso rígido.

—Sería una gran ventaja para todos los interesados —dijo.

—¿Yo, entre ellos?

—A la larga, sí. —Mayhew sonrió—. ¿Sabía lo que iba a decirle?

—La mitad de la población de Londres parece estar preocupada porque no llegue yo a solucionar ese asesinato. ¿Por qué habría de ser usted la excepción?

La sonrisa dibujada en el rostro de Mayhew recordaba la de una careta barata de cartón.

—Bien, piénselo, Archer —dijo.

—Ya lo pensé —repuso Archer—. Buenas noches —agregó; y no extendió la mano para estrechar la de Mayhew.

## Capítulo quince

Douglas se encontró en el automóvil con Barbara Barga antes de que hubiesen cambiado nada más que un breve saludo y un circunspecto abrazo. Barbara no estaba ebria, ni siquiera «bajo la influencia» de la bebida, como lo habría definido un tribunal inglés, sino serena, y como un gato, con tendencia a sonreír con chistes privados que no compartía.

—Qué buena fiesta, ¿no?

—Las fiestas como ésa son un gusto adquirido.

—En tal caso, yo lo he adquirido —dijo ella—. Hasta el momento en que nos fuimos, los camareros estaban entrando cajones de Moët Chandon y esas latas de una libra de caviar de Beluga. Qué estilo tiene esa gente.

—Es como decir que Al Capone tenía estilo.

—Pero, querido, lo dije. Hace un año o más escribí un artículo en dos partes para el *Saturday Evening Post*. Localicé a dos reyes de la cerveza en Gary, Indiana, junto a la línea divisoria con Chicago en Illinois y en una época, refugio de los criminales, y estos dos hombres me proporcionaron una historia sensacional. Y dije que Capone tenía estilo... lo dije, realmente.

Al decir esto, Barbara tiró de la manga de Douglas, como si estuviese empeñada en que él comprendiese y le creyese, actitud frecuente cuando se ha bebido un poco.

Douglas miró por la ventanilla. No le agradaba que Garin y Shetland hubiesen habilitado un servicio de automóviles para sus invitados ni tampoco la influencia que revelaba el hecho de que los vehículos tuviesen tarjetas en el parabrisas, la de «Servicios Esenciales» que les permitía desobedecer el toque de queda. Y no le agradaba, en fin, haber tenido que cambiar de opinión respecto de Garin y Shetland —colaboradores, sinvergüenzas, bandidos— para aceptar el hecho de que eran respetados y admirados por hombres como Mayhew y sir Robert y por su viejo amigo Bernard. Le costó bastante trabajo

llegar a dominar este resentimiento. Oír a Barbara elogiar la fiesta no contribuyó mucho a disiparlo, por otra parte.

—No te enojés —le dijo ella, tendiéndole una mano desde su rincón del mullido asiento tapizado en cuero—. No dejemos que Al Capone se interponga entre nosotros.

—Perdóname —dijo Douglas. Se volvió hacia ella en el instante en que se inclinaba hacia adelante y ambos chocaron.

—¡Ay! —exclamó Barbara, frotándose la nariz. El contacto súbito e inesperado reavivó en Douglas una sensación de deseo, torpeza, ardor y desesperación que no recordaba haber sentido desde sus primeros amores de adolescente.

El automóvil se dirigía hacia Belgrave.

—No vamos en dirección a Dorchester —señaló.

—¿Tienes que ser policía las veinticuatro horas del día? Alquilé una casita cerca de Belgrave Square. Es de una amiga que volvió a Missouri por tres meses y no quería dejarla desocupada. ¿Sabes que tuvieron catorce robos en tres meses en esa callecita cortada?

—Bien, no me consideres personalmente responsable por todos los crímenes que se registran en Londres —respondió Douglas con una total falta de tacto. Siempre había actuado así cuando era joven. Las mujeres a quienes más deseaba eran las que ofendía y con ellas actuaba más como un tonto que con otras.

—Me gustaría invitarte a tomar algo —le dijo Barbara—, pero nos pidieron a todos que devolviéramos los automóviles lo más pronto posible para uso de otros invitados.

Douglas se inclinó delante de ella y abrió la puerta desde dentro antes de que lo hiciera el conductor.

—No hay problema —dijo—. ¡No baje, conductor! Yo pediré un coche a Scotland Yard. —Dicho esto, bajó detrás de Barbara.

—Mi empleada asistente de investigación de datos me dice que tener acceso a un coche en Londres es un indicio de gozar de favor... Debes ser alguien importante en Scotland Yard. —Barbara sacó las llaves de la cartera.

—Todos viven diciéndome que soy importante —dijo Douglas. Se quedó mirando la diminuta casita en la calle cortada, una vivienda transformada de una caballeriza, con patio adoquinado y hiedra en las paredes. Unos años antes habrían sido consideradas como viviendas apropiadas tan sólo para cocheros o chóferes. Ahora, con las cocheras convertidas en salas de estar, estas casitas eran de una gran elegancia.

Cuando entraron Barbara encendió las luces, una por una. Douglas admiró la madera y los paneles, todos ellos confeccionados con una artesanía que desaparecía cada vez con mayor rapidez, y también el mobiliario. No era de su gusto: enormes jarrones chinos transformados en lámparas de mesa, moqueta blanca en el piso y una alfombra persa colgada en la pared. No cabía negar, en cambio, que era un ambiente muy confortable.

—¿En qué trabaja tu amiga de Missouri? —preguntó—. ¿Dirige un fumadero de opio?

—Qué maldad infernal —dijo ella con gran amabilidad.

—La verdad es que esto es muy lujoso —Douglas se quitó el abrigo. Ella tenía puesto aún su abrigo y ahora se levantó el cuello de piel.

—¿Conoces el origen de la palabra inglesa *mews*, para describir estos pasajes y casitas para cocheros? —preguntó y siguió hablando antes de que él malograra el placer obvio que sentía en decírselo—. Significa «jaula para halcones». En épocas pasadas el *Mews* era el lugar donde se guardaban las aves de presa para los cazadores reales.

—No lo sabía —dijo Douglas.

Barbara sonrió. Por un instante Douglas vio en ella a la niña que había sido alguna vez, llena de orgullo y alegría ante una palabra de elogio. Le encantaba esa niña y también la mujer inteligente y hermosa en que se había convertido. Por primera vez, osó imaginar que quizá ella sintiera la misma atracción hacia él.

No quiso pensar más en ello, sino que volviéndose, se dedicó a inspeccionar los libros en la biblioteca, obligándose a leer los títulos y a desechar toda otra idea de la mente. *Encyclopaedia Britannica*, decimocuarta edición, cuatro guías de Londres, una de ellas con el lomo roto, un gran catálogo del comercio de ventas por correspondencia de Estados Unidos, Sears Roebuck, con más de una docena de marcadores visibles entre las páginas, una guía telefónica de Manhattan, un atlas pequeño y un diccionario inglés de bolsillo, con su compañero idéntico, pero en alemán. Sentía que ella estaba mirándole, pero no se volvió. Vio la máquina de escribir sobre una mesita junto al fuego. Junto a ella había una pila usada hasta la mitad de papel cebolla, debajo de una cámara Rolleiflex, un pote de crema facial y unas cuantas horquillas. El canasto de papeles usados estaba lleno hasta la mitad de hojas de papel de escribir estrujadas.

—¿Fósforos? —Douglas se acercó a ayudarla.

—Vosotros los ingleses no sentís frío, ¿no? —Estaban muy cerca el uno del otro, agazapados junto a la chimenea. Douglas sentía casi la tibieza del

cuerpo de ella. Estaba mirándole, tratando, quizá, de determinar por qué no sentía frío. Por fin se levantó y se alejó de él—. Aquí no tenemos calefacción —dijo.

Douglas sabía que aludía a la calefacción central y sonrió. Hizo girar la llave y encendió el fuego de gas. Se oyó un fuerte ruido cuando ardió. Douglas se puso de pie.

—En mi país —dijo ella con animación— hasta el obrero manual aspira a algo mejor que un piso sin ascensor y sin agua caliente, con calefacción en un punto fijo. —Después de dar un paso hacia atrás, se quedó muy quieta. Por un instante Douglas tuvo el impulso de abrazarla pero ella se estremeció y se volvió, desapareciendo por la puerta de vaivén de la cocina.

Douglas fue detrás.

—Es el inconveniente de las guerras —comentó.

—Tú lo has dicho. Estuve en Cataluña y en Madrid. Es siempre así, te lo aseguro. Camisas negras, camisas rojas, camisas pardas: los mismos canallas tratando de apoderarse del mundo. He visto el mismo tipo de políticos con ojos llenos de codicia desde el Chaco hasta Addis Abeba.

—Suenan como bastantes guerras.

—Tenía dieciocho años cuando mi diario me envió al Paraguay a cubrir la contienda del Chaco. Desde entonces he mandado artículos desde China, Etiopía, España y el año pasado estuve en Abbeville cuando llegaron las divisiones Panzer alemanas.

—Oficio extraño para una mujer.

—No seas un inglés anticuado —dijo ella, y abrió el grifo. Los caños chillaron y el metal repiqueteó mientras Barbara llenaba la cafetera italiana. Luego sacó una lata de café del armario—. Tengo café de verdad —anunció—. ¿Qué opinas de probar un poco, inspector?

—¿Fuiste a cubrir una guerra cuando tenías sólo dieciocho años? —insistió Douglas—. ¿Qué dijo tu padre?

—Era dueño del diario.

Barbara levantó la vista y le sonrió. Douglas la miró a su vez, con gran calma. Hasta ese momento, todo se había reducido a un simple flirteo o, por lo menos, prometía ser un episodio sin importancia. No sería la primera vez que Barbara sedujera a un funcionario con influencia, en un país destrozado por la guerra, para lograr algo en su trabajo. En este caso, no obstante, la situación se había invertido. Comenzaba a gustarle muchísimo el policía inglés caballeresco y la forma en que le gustaba era algo que no podía controlar del todo.

Ensayó todas las tácticas que le habían dado tanto resultado otras veces. Recordó todos los amantes extranjeros odiosos y egoístas que había tenido. Se concentró en el recuerdo de la última época de su matrimonio fracasado, en el dolor de la ruptura, en la amargura del divorcio. Era inútil. Este hombre era distinto.

—¿Azúcar, inspector? —O quizá se sentía más vulnerable, más sola en esta ciudad abandonada y melancólica que nunca en otras ocasiones...

—Douglas —le corrigió él—. La gente me llama Douglas ahora. Es todo parte de este nuevo estilo de informalidad que según los diarios es consecuencia de la guerra. —Al abrirle él la lata de café, los dedos de ambos se rozaron y ella se estremeció.

—Douglas, ¿eh? Creo que me gusta más que «inspector». —Estaba echando café en la parte superior de la cafetera. Después de ajustarle la tapa, la puso en el fuego, pero no se volvió, a pesar de sentir sobre sí los ojos de Douglas.

Con gran prisa volvió a hablar.

—Y ahora, espero que no me hagas un hábil interrogatorio sobre el tipo de negocio de mercado negro que hice para obtener café, ¿eh?

—Entiendo que la Embajada de los Estados Unidos ha dispuesto que se distribuyan raciones entre los residentes en Londres.

—Hablaba en broma —dijo Barbara—. Sí, lo obtuve en la Embajada. —Se dedicó entonces a hacer diversas cosas en la cocina. Preparó una bandeja con sus tazas más bonitas, cucharillas de plata y azucarera. Llenó una jarrita con leche condensada de una lata—. Trae esa botella de coñac y las copas —dijo, levantando la bandeja—. Me matará el invierno en Londres si no encuentro la manera de calentarme.

—En esto sí que podría ayudarte.

El cuarto a donde Barbara se dirigió con la bandeja había sido el establo de la elegante mansión cuyos fondos lindaban con esta pequeña construcción. Se habían recubierto los pisos de piedra con tablones de madera, pero aun con la protección de las alfombras de pared a pared, no había suficiente aislamiento contra el frío. Barbara puso la bandeja tan cerca del fuego como era posible. Seguidamente sacó unos almohadones del sofá y los puso en el suelo junto a la bandeja. Se sentaron cerca del fuego y Douglas sirvió coñac para ambos. Bebió el suyo en pequeños sorbos, pero Barbara lo apuró de un solo trago.

—No pienses mal de mí —le explicó—. Estoy congelada. —Para probarlo apoyó una mano fría en la mejilla de Douglas. Douglas extendió su propia

mano y apagó la lámpara a sus espaldas—. Ahora sí que estamos cómodos —dijo ella, pero era difícil determinar si lo dijo con sarcasmo. Tal vez ella misma no lo sabía. El cuarto estaba ahora iluminado tan sólo por el resplandor rojizo del fuego de gas y el único ruido era el que hacía al brotar, aparte de otros inesperados al pasar burbujas de aire por las cañerías. Douglas rodeó a Barbara con su brazo.

—Se derramará el café —dijo la joven, y trató de levantarse.

—Apagué el fuego.

—Pensar que iba a servirte lo que quedaba de mi ración —dijo Barbara, pero no terminó de hablar, pues el beso y el abrazo de Douglas eran insistentes. Durante largo rato permanecieron quietos y mudos—. ¿Tan obvio era? —preguntó Barbara por fin. En algún punto, en lo más profundo de su mente, un hombrecito seguía agitando una bandera que señalaba peligro.

—No hables —le dijo Douglas.

—Buen consejo de policía. Me entrego a la merced del tribunal.

Al besarse otra vez, se dejaron caer en los mullidos almohadones. La luz roja y cruda iluminaba la piel de Barbara hasta darle el aspecto de metal fundido. Tenía el pelo en desorden y los ojos cerrados. Douglas le desprendió los botoncitos del vestido.

—No me rompas nada —murmuró la muchacha—. Puede que nunca en mi vida vuelva a conseguir otro modelo de París.

Desde la cocina les llegó el ruido del café al hervir y derramarse, pero si lo oyeron, no dieron señales de ello.

## Capítulo dieciséis

La sirena ronca y quejumbrosa de un automóvil alemán, un patrullero blindado que recorría Knightsbridge a gran velocidad, despertó a Douglas. Miró su reloj: las cuatro menos cuarto de la madrugada. Barbara dormía junto a él y no veía ropa de ninguno de los dos en ninguna parte. El fuego de gas llenaba el cuarto con su resplandor rojo. Los movimientos que hizo despertaron a Barbara.

—No te vas, ¿no? —preguntó, medio dormida.

—Debo irme.

—¿A tu casa?

—No voy a la oficina, si es lo que querías decir.

—No te enojés —le dijo ella, pasándole una uña afilada por la piel desnuda—. Estoy tratando de descubrir si hay otra.

Sentía deseos de abrazarlo, de retenerlo, pero no lo intentó.

—¿Otra mujer? ¡De ninguna manera!

—Esa certeza surge solamente de una relación amorosa que ha terminado.

—Es verdad.

—Bésame.

Douglas la besó con ternura y luego se apartó con suavidad del abrazo, se levantó y pasó al cuarto de al lado. Allí recogió su ropa y se vistió a la luz del fuego. Barbara le observaba.

—Querría que te quedases un momento más —dijo— para poder hacerte el desayuno. ¿Quieres que te haga café? Seguramente hace un frío glacial en las calles a estas horas de la noche.

—Quédate donde estás. Duérmete.

—¿Necesitas máquina de afeitar y otras cosas?

—¿Quieres decir una máquina de hombre?

—No me mires así. Es de los que viven aquí. Está en el armarito del cuarto de baño. En el estante de arriba.

Douglas se inclinó para besarla otra vez.

—Perdona —le dijo—. ¿Volveremos a vemos?

Barbara había temblado ante la idea de que no se lo preguntase.

—¿Me permites que conozca a tu hijito? ¿Le gusta ir al zoológico? A mí me encanta el zoológico.

—También a él —respondió Douglas—. Dame un par de días para organizar las cosas. Hace mucho que no me pasa nada como esto.

Había temido que ella se riese, pero no se rió.

—Douglas —le dijo—. La gente con quien hablaste anoche... Sir Robert Benson y el coronel Mayhew, Staines...

—Sí... ¿Qué?

—No les digas que no. Diles que sí, díselo la semana que viene, o bien diles que puede ser, pero no les digas que no.

—¿Por qué? —Dio un paso hacia el dormitorio para poder verla mejor. Había vuelto el rostro y estaba muy quieta—. ¿Por qué? —repitió. Tenía la sábana plegada alrededor del cuello, como un cuello isabelino, y los largos mechones caían en hebras sobre su piel, como el vetado de un mármol rosado—. ¿Quiénes son «ellos»? ¿Estás mezclada con ellos?

—Me dijeron que fuera a esa tienda de antigüedades de Peter Thomas ese día. Me pidieron que te preguntase si habían encontrado un rollo de película.

—¿Y tú lo hiciste?

—No. También querían que fuese a la morgue e identificase el cadáver como el de Peter Thomas.

—Eso habría sido un delito grave.

—Y vi que tú serías alguien bastante difícil, de modo que me negué. No tenía obligación con ellos.

—¿Qué más?

—Nada más, salvo que un amigo mío, periodista destacado en la Casa Blanca por el *Daily News*, dice que Bernard Staines vio al presidente tres veces el mes pasado. ¡Una de las citas tuvo lugar en el yate presidencial y duró cerca de dos horas!

—¿Con el presidente Roosevelt?

—No, con el presidente de la tienda de Macy's. Esa gente anda en algo importante, Douglas. Te digo que no vuelvas allá para decirles «No es posible».

Douglas gruñó.

—Te matarán —afirmó Barbara.

Le costaba mucho creerlo, pero eran tiempos de locura y no convenía desechar ni la más absurda de las ideas.

—No lo dices en serio —dijo.

Barbara se volvió en la cama para poder verle.

—Soy periodista de guerra, Douglas. He visto miles de hombres como éstos en todo el mundo. Si se trata de elegir entre tu vida y la posibilidad de lograr que el gobierno de los Estados Unidos reconozca la organización de Conolly, ¿crees que vacilaría un solo instante?

—¿Está también la reina en la Torre? —preguntó Douglas a esta mujer que parecía saberlo todo.

—La reina y las dos princesas están en Nueva Zelanda, radicadas allí como personas comunes. No tienen importancia política.

«Por lo menos mientras el rey estuviese con vida», pensó Douglas, pero no lo dijo.

—¿Puedo usar tu teléfono para pedir un coche? —preguntó.

—Habla, querido —dijo Barbara, y se hundió en las almohadas.

—Barbara...

Barbara levantó la vista. Douglas tenía ganas de decirle «te quiero», pero se interponía el recuerdo de habérselo dicho a Sylvia. Se lo diría otro día.

—A Douggie y a mí... a los dos nos encanta el zoológico —dijo.

Marcó Whitehall 1212 y solicitó hablar con el oficial de turno de la CID, el departamento de investigación criminal. Después de haber dado su nombre y oído infinidad de ruiditos de conmutadores y de una larga espera, llegó por fin la voz de Huth.

—Llama para pedir transporte. ¿Dónde está?

¡Maldición! Tendría que hacer figurar a Barbara en el asunto, a menos que mintiera deliberadamente.

—Estoy en el sector más apartado de Belgrave Square —dijo, y luego dio una dirección doblando la esquina.

—¡Qué tonto es! —dijo Huth, pero sin ningún dejo de exasperación—. ¿Por qué cree que autorizamos un servicio de automóviles para esas fiestas grandes?

Era evidente. Los conductores debían informar sobre quiénes volvían a casa, quiénes desobedecían el toque de queda y aún podrían citar comentarios hechos por lenguas desatadas por el alcohol.

—Está con la chica, ¿no? —le preguntó Huth.

—Sí, señor. —Creía que Huth haría algún comentario, pero no dijo nada.

—Espere allí. Enviaré a alguien a recogerlo para que venga a verme.

—¿A Scotland Yard?

Huth había cortado la comunicación sin responder.

Se afeitó con la mayor rapidez, sin despertar a Barbara. Y cuando llegó el momento de bajar la escalera ella seguía durmiendo, señal de una conciencia tranquila.

Era una motocicleta BMW enorme, con un sidecar en forma de nave espacial y un eje que conectaba las dos ruedas posteriores. Con un aparato como ése, era capaz de subir a una montaña. Tenía chapas de las SS y una que la identificaba como del Estado Mayor de este cuerpo. Douglas se metió en el acoplado e hizo un gesto al conductor, después de lo cual tuvo que aferrarse a la montura para ametralladoras mientras la motocicleta rugía por Grosvenor Place, haciendo un ruido que seguramente despertó a todo Londres.

Había en la atmósfera la niebla verdosa y cargada de hollín típica de las calles londinenses, pero el conductor no aminoraba la velocidad. Una patrulla de a pie de la Gendarmerie marchaba por el vestíbulo principal de la estación ferroviaria Victoria, pero no reparó en la motocicleta de las SS. La niebla se volvió espesa al aproximarse ellos al río y Douglas percibió su olor desagradable. Pasado el puente de Vauxhall, el conductor dobló a la derecha y se internó en una calle con casitas bajas y muros altos de ladrillo, salpicadas de carteles con avisos que solicitaban mano de obra de voluntarios para trabajar en las fábricas alemanas y otro, recientemente pegado, sobre la Semana de la Amistad Germano Soviética que brillaban, empapados por la lluvia, en medio de la niebla.

Cuando estuvieron en la orilla meridional del río, el conductor de la motocicleta la estacionó en un aparcamiento oficial construido de prisa, una sección de la calle rodeada de alambre de púas y centinelas, delante de un feo edificio que rezaba «Brunswick House, Ferrocarril del Sur». La niebla era mucho más espesa en este terreno abierto que bajaba hasta los depósitos de galpones, sobre el río. Desde el Pool llegaba el rumor de los barcos que se alistaban para la marea alta, que se producía en media hora.

Fuera del edificio, rígidos como estatuas y sin reparar, aparentemente, en la niebla que se arremolinaba, había dos centinelas de las SS provistos de los guantes blancos y cinturones del mismo color de una guardia de ceremonia. El conductor entró con Douglas hasta la puerta y, dirigiéndose al centinela, dijo:

—El inspector Archer, citado por el Standartenführer Huth.

Un oficial de las SS de cierta edad estudió el pase de Douglas y seguidamente le dijo en un excelente inglés:

—Tiene que dirigirse hasta el final de los patios. Será mejor que sigan con su vehículo. Sólo que uno de mis hombres los acompañará para estar seguro de que han pasado.

No muchos vehículos podrían haber cubierto el corto trayecto. Las ruedas saltaban sobre las vías y sobre durmientes semienterrados. Douglas nunca había visitado el lugar con anterioridad. Era Nine Elms, una de las zonas ferroviarias de carga más grandes de Europa. Un lugar desolado, con el suelo cubierto de desperdicios y escombros que aparecían de pronto delante del faro de la motocicleta. Había ruedas de trenes herrumbradas, cajones destrozados y, lo que era peor, las señales de cambios de agujas que se levantaban de pronto como infantes armados con lanzas, mientras el conductor se abría paso entre las largas hileras de vagones de mercancías que resonaban y crujían alrededor en medio de la niebla de color verde oscuro.

Al frente vieron los reflectores y la infantería de las SS arrebujaada en enormes abrigo de piel de camero, largos hasta los tobillos, en general destinados a las tropas destacadas en climas más crudos del norte. La casilla de un guardabarrera había sido transformada en garita de centinela. Junto a la barrera volvieron a inspeccionar el pase de Douglas, antes de llamar por teléfono para alertar sobre su llegada. Le permitieron luego atravesar los últimos doscientos metros acompañado por un centinela armado. Cruzaron otras vías y debieron inclinarse bajo las cadenas de un tren de carga. Sólo entonces vio Douglas adónde se dirigían. Una línea de luces amarillas de forma rectangular se extendía hacia lo lejos, hasta perderse en la niebla. Era un tren.

Pasaron frente a otro vagón de pasajeros detenido al lado del tren y oyeron entonces el zumbido del aire acondicionado y el rumor de música de Franz Lehar. Provenía de un gramófono de cuerda en los camarotes asignados a los centinelas. Les llegaba asimismo el olor de cebollas fritas.

Douglas veía bien ahora el tren al cual se dirigía. Era muy largo, con vagones de compartimientos donde unos hombres con casco y equipo de combate estaban emplazados detrás de las ametralladoras pesadas.

—¿Qué tren es éste? —preguntó.

—Estamos casi allí. No se puede fumar —le dijo el hombre que le acompañaba.

Subieron por los escalones a uno de los vagones. No era un tren común. El interior era de un diseño exquisito, terminado con acero cromado y cuero. Las sillas y mesas para escribir se plegaban para que cuando el tren estuviera

en movimiento el vagón se transformase en uno de observación. Douglas se sentó en uno de los mullidos sillones de cuero.

Hacía dos o tres minutos que esperaba, cuando se abrió una puerta en un extremo del vagón y por ella apareció Huth. Al ver a Douglas le saludó con un gesto y volvió a desaparecer, pero antes de que la puerta se cerrase del todo, Douglas vio a un hombre en mangas de camisa. Estaba vuelto de espaldas y tenía el pelo tan corto que se le veía la blancura del cuero cabelludo. En el momento en que se cerraba la puerta, el hombre se volvió para decir algo a Huth. De pronto Douglas se encontró mirando el rostro redondo, el pequeño bigote y los lentes de pinza del Reichsführer de las SS, Heinrich Himmler.

Pasaron cinco minutos antes de que Huth volviera de su conferencia. Douglas se quedó atónito ante su aspecto. El príncipe de aspecto italiano con su hermoso uniforme estaba ahora encorvado de fatiga y tenía los ojos inflamados y rodeados de ojeras de agotamiento. Tenía el uniforme arrugado y manchado y el abrigo de cuero, puesto sobre los hombros, estaba desgarrado y sucio de barro, al igual que las botas.

Huth no estaba solo. Le acompañaba un hombre en quien Douglas reconoció al profesor Springer, con uniforme de Gruppenführer de las SS, con las típicas solapas del gabán forradas en plata, reservadas a las filas superiores de las SS. En el séquito de Himmler —una serie de matones callejeros, burócratas ambiciosos, abogados inescrupulosos y expolicías— el profesor Maximilian Springer era el único intelectual auténtico. Y sin embargo, como tantos otros alemanes, Springer asumía con facilidad las actitudes de un general prusiano. Era alto y delgado, con una tez curtida y un porte bien erguido. Una vez fuera de la presencia del Reichsführer, Springer se quitó los anteojos con un gesto brusco y se los guardó en el bolsillo. No correspondía a un soldado usar anteojos.

—¿Quién es? —preguntó Springer.

—Mi asistente —dijo Huth—. Puede hablar en presencia de él.

Springer desenrolló los papeles que llevaba en la mano. Era la misma carta que había hallado Douglas en el portadocumentos de Huth. Allí estaban los símbolos mágicos del agua y del fuego y la espada mágica que representaba la «omnipotencia de los adeptos».

—¿Alguna vez oyó usted hablar de la «bomba atómica»? —le preguntó Springer.

—Antes de la guerra... aparecieron artículos, pero nadie los tomó muy en serio.

Springer hizo un gesto de asentimiento y se volvió. Solamente mediante un disfraz como aquél, con las jergas de la Magia Negra, le era posible presentar los aspectos más complejos al Reichsführer de las SS. Aun en aquel momento, muy pocos creían en sus cálculos sobre los daños que podría provocar una explosión atómica y menos aún eran capaces de seguir la línea de razonamiento que llevaba a tal conclusión. Douglas permaneció apartado, mientras Springer conversaba con Huth.

No tardó en resultar obvio que los conocimientos de Huth se reducían a unas lecturas rápidas de teorías relacionadas y aplicadas con destreza a la realidad de los problemas cotidianos. Pero aun así, el vocabulario empleado superaba el alemán fluido y excelente de Douglas y las ideas discutidas estaban más allá de su dominio de la ciencia. Comprendía, en cambio, de qué manera los dos hombres habían logrado el apoyo del astrólogo personal de Himmler. Con ayuda de la carta de Magia Negra, consiguieron persuadir al Reichsführer de las SS de que la explosión atómica era parte de un destino prefijado, un medio por el cual Himmler y su Führer conducirían al pueblo alemán a la conquista del mundo. Pero Springer y Huth no abrigaban ilusiones en cuanto a la Magia Negra. Les preocupaban aspectos más prácticos del futuro.

—¿Qué se sabe en cuanto a los progresos alcanzados por el ejército en su programa? —preguntó Springer a Huth.

—Seguramente la pila estaba funcionando —respondió Huth—. Probablemente se recalentó demasiado y la reacción se escapó a todo control. Es la única manera de explicar las quemaduras en el cuerpo de Spode.

—El ejército ha guardado bien su secreto —dijo Springer—. Seguramente capturaron los trabajos de los británicos más o menos intactos.

—Mi esperanza es que podamos descubrir si las quemaduras de Spode fueron provocadas por uranio o bien por plutonio.

—Plutonio, no —dijo Springer—. Si llegaron a ese punto, jamás lograremos obtener el control del programa.

—Este funcionario está trabajando en el asesinato de Spode —le informó Huth.

Springer se volvió para mirar a Douglas como si advirtiese su presencia por primera vez.

—¿Sabe en qué consiste la radiactividad? —preguntó.

—No, señor —repuso Douglas. Prefería no arriesgar una respuesta al azar en presencia de aquel hombre peligroso.

—Es la emisión de radiación de núcleos atómicos inestables: partículas alfa, nucleones, rayos gamma, electrones y demás. Para el organismo humano puede ser fatal. Lo denominamos enfermedad por radiación —dijo Springer.

—¿Quema la piel? —preguntó Douglas—. ¿Como quemaduras de sol?

—Sí —dijo Huth, anticipándose a la pregunta siguiente—. El doctor Spode estaba muriéndose por causa de ellas.

—¿Es infeccioso, o contagioso?

—No —repuso Huth.

—No lo sabemos —dijo Springer, mirando a Huth con severidad—. Pero cuando no está protegida, cualquier sustancia radiactiva puede matar a un número ilimitado de personas.

—¿Convendría que revisemos bien la casa de Shepherd Market? —preguntó Douglas, ansioso.

—Ya la revisamos —dijo Huth—. No hay nada allí. Tengo una unidad especial, provista de aparatos detectores, de guardia permanente, día y noche.

Springer confirmó lo dicho por Huth con un gesto.

—Debo volver a reunirme con el Reichsführer —dijo, y arrolló el diagrama—. Me alegro de que se haya dado cuenta de que esto puede significar el fin de todos.

Se preguntó Douglas si Springer se refería a la destrucción de toda la humanidad, o solamente al porvenir político de su amo y su círculo inmediato. Springer hizo chocar sus talones y se despidió con un brusco gesto de la cabeza antes de volver al cuarto de mapas.

—Existe una disposición permanente —señaló Huth a Douglas con furia— de que todos los funcionarios superiores de la policía deben proporcionar siempre una dirección donde establecer contacto con ellos, o bien un número telefónico, día y noche.

—Muy bien —dijo Douglas.

—Día y noche —repitió Huth, como si tuviese ganas de provocar una disputa. Luego su enojo se disipó. Palmeando a Douglas en el brazo, dijo—: Salgamos de aquí. Quiero darle una lección que no olvide nunca —abriendo la puerta del vagón, bajó por los escalones. En algún punto, en el costado más lejano de la explanada, una locomotora de vapor gruñó y resopló y se oyó después una larga serie de ruidos, al ubicarse un tren de carga en sus rieles y avanzar unos centímetros.

Cuando llegaron junto a la motocicleta, Huth apartó al conductor y, pasando una pierna calzada con bota sobre el asiento, se sentó primero, para

poner en marcha el motor. Si tenía conciencia del peligro que corría un alemán uniformado al recorrer las calles oscuras, no dio señales de ello.

Se lanzaron entonces en una carrera escalofriante a través de la niebla, con Huth encorvado sobre el manubrio como una bruja que cabalga su escoba. Se había pasado los cordones plateados de la gorra por debajo del mentón sacando un par de gafas de un bolsillo de su chaqueta de cuero. La suciedad de su rostro correspondía a la silueta de las gafas y a su nariz aguileña. Parecía haber olvidado la presencia de Douglas a su lado. Le movía una furia, una fuerza motivante que le daba energías para continuar en actividad mucho después de haberse agotado su fuerza física.

Nunca habría de olvidar Douglas aquel viaje a una velocidad alocada entre la maloliente niebla de Londres, una niebla que se agitaba delante de los faros y a veces les cegaba con una valla de luz verde reflejada, y otras se abría para revelar pasajes largos y tétricos que terminaban en miserables calles grises. Y todo el tiempo les acompañó el rugido ensordecedor del motor. Expuestos, sin amortiguadores, los cilindros gritaban y chillaban a las calles angostas del sector sur de Londres, expresando el desprecio y la furia de Huth.

Esa noche Douglas temió por la salud mental de Huth. Como un loco, iba doblando sobre el manubrio, sin mirar a derecha o a izquierda, como si gritase al mundo: «¡Les mostraré! ¡Ya verán!», o luego: «¡Verán cómo son sus amigos!». Y aunque el viento le cercenaba o mutilaba la voz, Douglas reconocía las palabras, pues Huth las repetía sin cesar como una letanía de ira.

El trayecto les llevó a través del deprimente sector urbano de la orilla sur del río, un páramo silencioso y desierto, salvo por los pasos y voces de santo y seña de las patrullas. Después de Clapham vieron signos cada vez mayores de daños causados por la batalla, que habían quedado sin reparar después de la lucha callejera del invierno anterior. Pozos abiertos por bombas, escombros apilados, señalados tan sólo por medio de cintas amarillas, sucias y mustias entre sus varillas improvisadas.

En mitad del curso de Wimbledon High Street —en la esquina que ofrece un punto ideal para una emboscada— estaba el esqueleto ennegrecido de un Panzer IV, monumento a algún joven anónimo que armado con una botella de cerveza Worthington llenada en la estación de servicio en lo alto de la colina y una caja de fósforos Swan Vesta, pasó a ser leyenda y a immortalizarse en canciones entonadas a veces en voz baja, lejos de los oídos de los alemanes.

El «Common» de Wimbledon ostentaba todavía la calavera con tibias cruzadas y la leyenda «¡Achtung Minen!», hechos en una noche por una

compañía de ingenieros del Cuerpo Real y plantados en el césped, cuando, no quedándoles ya más de una docena de minas antitanques, trataron de detener a punta de lanza a dos divisiones Panzer que intentaban flanquear las defensas organizadas en la cima de Putney Hill. La tierra removida en ese espacio abierto era prueba del fracaso de la maniobra.

Se encontraron en Motspur Park antes de que Douglas cayese en la cuenta de que debían estar dirigiéndose a Cheam Village, pueblito donde en una época vivió él mismo y fue tan feliz. Era pequeño, ubicado entre parques, canchas de golf, campos de deportes y sanatorios para enfermos mentales. Para la mayoría de las personas se recuerda tan sólo como el lugar donde se cambia de dirección al dirigirse a Sutton. Esta gente que pasaba sin detenerse por Cheam conocía de él solamente las feas casas modernas alineadas en la carretera, pero detrás de esta fachada, Cheam era un pueblito pintoresco. La calle donde vivió una vez Douglas pasaba entre una serie de casitas recubiertas con tablones de madera blanca, construidas mucho antes de que la reglamentación contra incendios prohibiese este tipo de construcción. Por este motivo sufrieron tantos daños a consecuencia de lo que el cronista oficial de la División 29 de Infantería Motorizada registró simplemente como Plänkelei, o lucha callejera. En Sycamore Road, la infantería que combatió utilizó cohetes y granadas de humo y los incendios destruyeron mayor número de casas que cinco ataques efectuados con anterioridad por aviones Stuka.

La horquilla para ametralladora del sidecar golpeó a Douglas en un costado de la cabeza cuando Huth lanzó la pesada motocicleta a toda velocidad sobre el césped y entre los restos de la casa de un vecino. En aquel momento Douglas las vio: las ruinas de su casa desgarradas y con el interior quemado expuesto. Al bajar del sidecar, sintió bajo los pies el crujido de la ceniza que ni aun después de meses de lluvia había desaparecido, los fragmentos enterrados y quebrados de su vida. Y percibió el olor único, inconfundible, de la guerra, curiosa mezcla de olores orgánicos, carbón, polvo de ladrillos vetustos, tierra impregnada de materiales cloacales. Este olor persiste mucho después de haber desaparecido el de la carne en putrefacción. Douglas olía esto ahora y sintió gratitud, ya que alejaba el lugar de su vida y hacía más tenues sus recuerdos, como en un sueño experimentado en medio del dormir lleno de inquietud.

—¿Se trata de Jill?

Huth se limpió la cara sucia con el borde de la mano.

—¿Qué?

—Mi mujer. ¿Tiene algo que ver con mi mujer?

—No —dijo Huth.

Douglas siguió la mirada de Huth hasta el punto donde un camión del ejército alemán, una ambulancia y dos automóviles estaban estacionados en lo que había sido una vez el jardín de su vecino. Ahora no había manera de establecer dónde terminaba una propiedad y dónde comenzaba la siguiente. Desde aquel punto veía casi asimismo el lugar donde la hilera siguiente de casas quedó aplastada sobre el suelo con el fuego de artillería de contraataque que destruyó dos cañones alemanes de 8,8 cm. Aún se veían los caños retorcidos.

Aquí, en el límite de Surrey, la niebla se había disipado, pero unas nubes bajas corrían delante de la luna, de modo que el vago resplandor de ésta cambiaba sin cesar de forma y a veces desaparecía, sumiendo en la oscuridad toda aquella escena de desolación.

Huth se volvió para gritar a dos ingenieros que estaban instalando un cable de electricidad.

—¡Escaleras! ¡Traigan escaleras! ¡Ya mismo! —Era la voz perentoria del matón de cuartel y los soldados de las SS respondieron a la orden con redoblados esfuerzos. Llegaron corriendo dos hombres más por el suelo disparejo, llevando un carrete por medio de una varilla de metal. Detrás de ellos el cable llegaba al punto donde dos hombres más luchaban con el motor de un generador móvil que acababan de poner en marcha.

—Venga conmigo —le dijo Huth, y sin esperar que llegase la escalera, comenzó a caminar entre los escombros apilados. Douglas le seguía muy de cerca y ambos pasaron sobre vigas sueltas, desparramando cenizas y yeso a su paso. Huth tosió y dejó oír una imprecación cuando la hebilla del cinturón de su abrigo entreabierto se enganchó en un alambre enmarañado y cubierto de herrumbre y se desprendió del todo. Se abrió camino hundiendo la punta de los pies en el yeso y los restos de papel con dibujos de ositos que habían pertenecido una vez al dormitorio del hijo de Douglas, hasta que pudo levantarse hasta la balaustrada casi intacta del rellano del piso alto.

Respiraba con afán y no hizo ademán alguno de ayudar a Douglas cuando éste subió detrás de él, pero se apartó para hacerle lugar en aquel punto de apoyo precario. Al apoyar Huth su peso contra la barandilla de madera, Douglas oyó el crujido de astillas y aferró a Huth del brazo en el instante en que cedía parte del piso. Los dos hombres se acercaron el uno al otro y oyeron el estrépito de la madera rota al caer sobre los escombros del piso bajo.

Si Douglas esperaba una palabra de gratitud por haber salvado al Standartenführer de una fractura o de un cráneo roto, la esperanza era vana.

Lo único que recibió fue una de las sonrisas frías y hoscas de Huth, la cual duró sólo el tiempo necesario para que el hombre sacase un pañuelo y estornudase en él con gran ruido.

—¿Está bien, Standartenführer? —les llegó una voz desde la oscuridad de abajo.

—Es sólo un resfriado de cabeza —respondió Huth, y se sonó la nariz. Debajo de ellos alguien rió en voz baja—. Pase con cuidado a este lado —dijo Huth.

Douglas le siguió cuando desapareció por lo que había sido una vez el armario de la ropa blanca. La caldera de agua caliente, retorcida hasta ser casi irreconocible, colgaba hacia el cuarto, más abajo. En esta parte de la casa, la del frente del piso alto, quedaban bastantes vigas de sostén del piso para aguantar el peso de la gran cama de bronce que había sido el regalo de bodas hecho por los padres de Jill.

—¡Arrojen el cable! —gritó Huth. De inmediato le arrojaron un cable. Con gran destreza y rapidez, aseguró el extremo del cable e izó una lámpara portátil hasta donde la necesitaba—. ¡Denme luz, malditos! —gritó cuando descubrió que no podía encenderla.

—¡De inmediato, Standartenführer, de inmediato! —gritó una voz que buscaba desesperadamente los breves instantes que le conferían una respuesta conciliadora.

En este punto los ojos de Douglas estaban ya habituados a las sombras entre los restos del dormitorio. Vio la cama con el bronce torcido, la cabecera deformada definitivamente, y los resortes, una maraña de alambre oxidado. Y sin embargo, se le ocurrió que algún depredador debió haberla codiciado, porque la habían inclinado sobre un extremo, apoyando éste contra lo que había sido la ventana del dormitorio que miraba hacia los diminutos jardines de Sycamore Road. Las nubes se apartaron de prisa para permitir que la luna brillase algo más sobre la cama. Y entonces Douglas vio algo más. Había alguien allí con ellos. Tendido con los brazos abiertos sobre la cama, en una postura que parecía desafiar todas las leyes del equilibrio.

—¡Luz! —volvió a gritar Huth—. ¡Luz, dije! —Era un tipo de orden que Douglas había aprendido a reconocer. Se oyó un breve rumor alemán, seguido por un par de intentos de hacer funcionar el generador, y por último unas exclamaciones y juramentos cuando no funcionó.

Desconcertado, Douglas avanzó apenas. Debajo veía las linternas de los soldados. La estructura de la casa crujía y había viento suficiente para hacer silbar los cables telefónicos que colgaban de las vigas chamuscadas del techo.

Por fin, con una tos, un tartamudeo y un rugido, el generador comenzó a marchar, pero no llegó la luz para la lámpara que tenía Huth en la mano, ni tampoco para los reflectores instalados en el jardín.

—¿Alguna vez le dijo alguien que los alemanes son una raza de hombres competentes? —preguntó Huth.

—Todo es cuestión de prioridades —repuso Douglas. Estaba hablando cuando las luces parpadearon y por fin se encendieron. Sus haces cortaban la noche como bisturíes de acero en busca de un punto donde encontrarse. Douglas cerró los ojos y se apartó del resplandor antes de poder fijar los ojos en la cama y en su ocupante.

Vestía tan sólo prendas interiores destrozadas y cubiertas de sangre, tenía las manos atadas con alambre al colchón elástico, la cabeza inclinada hacia un lado, el rostro ensangrentado, como un Cristo, según lo planearon los hombres que le habían torturado.

—¡Jimmy Dunn! —exclamó Douglas.

—Usted ya ha visto antes un hombre muerto —dijo Huth.

—¡Pobre Jimmy!

—¿Cumplía una misión para usted?

—Investigaba el asesinato —contestó Douglas.

Huth extendió una mano y con ayuda de un palo, movió el gran pedazo de cartón atado con alambre al pecho del hombre: «Fui un perro de caza inglés que trabajó para los cazadores alemanes», rezaba el cartel, escrito con caracteres toscos.

—Pobre muchacho. —Conque Harry Woods tenía razón. *Era* demasiado peligroso para un policía joven e inexperto, y ahora Douglas se sentía atormentado por la propia responsabilidad ante esa muerte.

—¡Los valientes patriotas ingleses! —dijo Huth—. ¿No le hacen sentirse orgulloso? —Douglas apartó la cabeza—. ¡No, no! ¡Nada de eso! —le dijo, y trató de obligarle a volverse para contemplar una vez más el cuerpo iluminado y lleno de cortes y quemaduras que señalaban las últimas horas del tormento sufrido por el joven policía. Los dos hombres se trabaron en lucha allí, sobre una pila de escombros, hasta que un puñetazo de Douglas fue bastante fuerte para provocar a Huth un gruñido de dolor. Seguidamente Douglas se soltó y comenzó a alejarse paso a paso entre las ruinas. Huth le siguió.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Por fin un rastro de emociones! Creí que nunca llegaría a verlo.

—Jimmy era un buen policía —dijo Douglas.

—Y esto es la fase fundamental en su código, ¿no?

—Yo lo envié.

—Y sus amigos de la Resistencia lo asesinaron —Huth tropezó, pero recobró el equilibrio—. En cambio, usted me pega *a mí* —dijo.

—Mi mujer está enterrada en algún lugar aquí, bajo estos escombros —dijo Douglas a modo de explicación, aunque no había disculpa en su tono.

—Lo sé, lo sé —dijo Huth.

—¿Cuándo sucedió?

—Una patrulla del ejército lo encontró allí arriba a las 22.27. Hay dos horas entre cada ronda... ¡Patrullas regulares! Estos idiotas del ejército jamás aprenderán a enfrentarse a los guerrilleros.

Los dos hombres se dirigieron a los vehículos.

—Con esto le anuncian que piensan matarlo —le dijo Huth en voz baja—. Se da cuenta de esto, ¿no?

—Es posible.

Cuando llegaron junto a los automóviles, Huth se volvió hacia un joven oficial de las SS que aguardaba ansioso en las cercanías, en posición de firme y con cara de granito, deseando tan sólo oír una voz de mando.

—Que suba allá el fotógrafo —dijo Huth—. Quiero que este cuadro grotesco sea desarmado y que desaparezca antes del amanecer. —Dirigiéndose a Douglas, añadió—: Será mejor que vuelva a casa y se cambie esas ropas ridículas. —Douglas se miró el smoking que llevaba debajo del abrigo entreabierto—. Lleve un coche —agregó Huth.

Estaba desencajado y tenía arrugas visibles, además de barba en el mentón. Después de frotarse la cara, esperó para estornudar, pero no estornudó.

—Estoy agotado —dijo en una de sus raras admisiones de debilidad.

—¿Piensan bajar a Jimmy ahora?

—Váyase a casa —le dijo Huth—. Ese no es «Jimmy». Eso es un cadáver. —Al seguir Huth la mirada de Douglas añadió—: Hemos despejado todas las casas hasta la estación del ferrocarril. Ninguno de sus vecinos de antes debe haber visto nada.

Huth tenía el perverso don de adivinar los procesos mentales de Douglas y ello hacía que Douglas se despreciara a sí mismo. ¿Qué le importaba que esos vecinos viesan lo que esta gente había hecho a Jimmy y por qué habría de sentirse él culpable? Sin embargo, se sentía culpable.

—¿No han tendido puentes aún? —le preguntó Huth—. ¿Nadie le hizo preguntas sutiles sobre si le encanta trabajar para los nazis?

—¡No! —dijo Douglas. Responder afirmativamente habría bastado para que Huth investigase a cada uno de los invitados de la fiesta de Garin y para que amenazase y ejerciese presión hasta descubrir la reunión clandestina—. No —repitió, pero esta vez lo hizo con menos énfasis.

—Curioso —Huth resopló y se limpió la nariz con un pañuelo de color—. Muy curioso —confió a su pañuelo—. Esperaba que estuviesen ya husmeándolo y lamiéndolo para esta época.

—Me iré a casa —dijo Douglas—. Puede que esté esperándome allí una paloma mensajera.

—Guarde los chistes para Harry Woods. Los sargentos *tienen* que festejar los chistes del jefe. —Huth se sonó la nariz—. Esta es gente peligrosa, mi amigo. No trate de jugar en ambos bandos contra el medio.

Douglas abrió la puerta del Volkswagen.

—¿Conoce usted algún buen remedio para mi sinusitis? —le preguntó Huth.

Sorprendido, Douglas repuso:

—¿Probó un inhalador de bolsillo?

—Tengo la nariz llena de cosas ya —dijo Huth sonriendo. Luego ordenó al conductor—: Lleve a este señor a su casa.

El viento hizo huir a las nubes, para dejar al descubierto una noche de color azul marino. Y cuando llegaron al centro de Londres, el alba comenzaba ya a trazar líneas rojas en el cielo hacia el este. Douglas cerró la puerta sin hacer ruido para no despertar a nadie en la casa, pero la señora Sheenan había oído el coche.

—¿Es usted, señor Archer?

Subió las escaleras de puntillas. Desde el comercio de aceites llegaban los olores de la leña recién cortada y de la parafina. Estaba ya habituado a ellos y era como si le diesen la bienvenida.

—Lamento haberla despertado, señora Sheenan.

—Estoy tomando té. ¿Quiere?

Desde que tenía sus dos pensionistas, dormía en el cuarto del frente, encima del comercio. Douglas la encontró sentada en la cama, bien arrebujada en un grueso chaleco de lana tejido a mano, tomando su té en pequeños sorbos.

—Saque una taza y un platillo del armario, ¿quiere?

Con dos niños en la casa, la señora Sheenan había decidido juntar en este cuarto diminuto todos los frágiles recuerdos de su vida de casada. Había perros de porcelana que ladraban su origen de Margate o Southsea, una novia joven en una fotografía de color sepia, una tetera de porcelana de Staffordshire, un poco cascada, el reloj de bolsillo con el nombre de su padre grabado en la tapa, junto con los mejores deseos de su patrón al cabo de veinticinco años de servicios, dos fotografías coloreadas de su marido y sus cuatro tarjetas postales del campamento para prisioneros de guerra.

Sirvió una taza de té a Douglas y luego le preguntó:

—¿Llueve?

—No. Y se ha disipado la niebla —dijo él y bebió su té—. Qué buen té —dijo.

—Es una cucharadita de té de verdad agregado al *ersatz*. Siempre me despierto alrededor de las cuatro, y nunca vuelvo a dormirme realmente.

—No tiene buen aspecto, señora Sheenan. Anda circulando bastante gripe.

La señora Sheenan reparó en el smoking que llevaba debajo del abrigo, pero no hizo ningún comentario.

—¿Cree que volveré a ver a Tom, señor Archer? —Al hacer la pregunta revolvió el té con exagerada atención y cuidado—. Mi hijo me lo pregunta todo el tiempo y la verdad es que no sé qué decirle.

Al levantar ella la vista, Douglas advirtió que había estado llorando. Sabía que no tenía parientes y que la responsabilidad de criar a su hijo era un gran peso para ella.

—Tom volverá, señora Sheenan.

—Tenemos noticias sólo cada dos o tres meses. Y aun entonces, sólo le permiten mandar una tarjeta impresa que dice que está bien.

—Es mejor que una carta larga en la que diga que está enfermo —observó Douglas. Con algún esfuerzo, la señora Sheenan sonrió.

—Es verdad, tiene razón —dijo.

—El armisticio no menciona fechas, pero los alemanes han prometido devolver los prisioneros de guerra lo más pronto posible.

—¿Qué les importa a ellos? —dijo la mujer con amargura—. Las madres y las esposas alemanas tienen a sus hombres junto a ellas desde hace meses. ¿Qué les importan nuestros muchachos? Los utilizan como mano de obra barata. ¿Qué puede ofrecerle nuestro gobierno en cambio de ellos?

No había argumentos que oponer al razonamiento. En aquel momento los alemanes prometían cambiar un prisionero de guerra británico por cada diez

trabajadores que se ofreciesen como voluntarios para trabajar en las fábricas alemanas. La espera sería larga para Tom.

—Que su hijo no vea que se siente tan triste, señora Sheenan —dijo—. Esto podría afectarle más que el hecho de tener lejos a su padre.

—En la escuela tienen un maestro nuevo que les dijo que Churchill... y todos los soldados británicos... eran criminales. Mi chico volvió a casa y me preguntó por qué.

—Hablaré con él —prometió Douglas—. Y dígame que su padre es un hombre excepcional.

—Les dicen que deben delatar a los padres que se oponen a la propaganda.

—Estos alemanes trajeron ideas malvadas.

—Mi hijo tiene un gran concepto de usted, señor Archer. Y no me refiero solamente a la tarjeta de racionamiento, o al dinero.

Douglas tenía expresión algo confusa.

—Ah, olvidé mencionar el paquete —prosiguió la señora Sheenan rápidamente.

—¿Qué paquete?

—El rótulo impreso dice que es de Scotland Yard. Pensé que quizá el sargento Woods lo hubiese mandado. Sé que quiere a Duggie como un padre.

—¿Un paquete para usted? —preguntó Douglas.

—No, para Duggie. Dirigido a Douglas Archer hijo, como en esas películas norteamericanas... —Al notar el temor en el rostro de Douglas, prosiguió—: Lo puse en su cuarto. No hice mal, ¿no?

—No, no. Lo abriré. —La señora Sheenan le oyó entonces subir las escaleras muy deprisa.

Estudió el paquete con mucho cuidado. La etiqueta con la sigla HSSOF y el sello de Scotland Yard parecían auténticos y los tipos escritos a máquina mostraban todas las características de las nuevas máquinas Adler instaladas por los alemanes en sus oficinas. Se había pagado el franqueo, pero no con estampillas comunes, sino con las etiquetas autoadhesivas especiales, «dienstmarken», con que se abonaba el franqueo previo en toda la correspondencia oficial alemana.

Douglas levantó el paquete y decidió que no era suficientemente pesado para ser una bomba. La verdad era que estaba demasiado cansado para tomar las precauciones habituales y cortó las cuerdas y la envoltura con su cortaplumas. El paquete contenía un modelo de automóvil proveniente de la

fábrica de juguetes Schuco, de Nuremberg. Era de excelente confección, con palanca de cambios, dirección en miniatura, diferencial y un capó que se abría para dejar ver un motor con mucho detalle. Acompañaba el regalo una tarjeta en la cual, en la escritura armoniosa del general Kellerman, había el siguiente mensaje: «A Douglas Archer, magnífico muchacho, en ocasión de su cumpleaños. Cariñosamente, Fritz Kellerman».

Douglas sabía que su hijo se quedaría extasiado con el automóvil y que le apreciaría más aún por la nota que lo acompañaba. A pesar de ello, sintió aprensión.

Guardó el lujoso juguete otra vez en la caja y envolvió ésta en sus papeles de embalaje. Faltaban todavía tres semanas para el cumpleaños de su hijo. Para entonces era posible que todo el mundo hubiese cambiado.

## Capítulo diecisiete

Douglas logró dormir muy poco, antes de que el recuerdo de Jimmy Dunn fuese bastante intenso para despertarle. ¿Qué había pasado con la fotografía dentro del sobre marrón que había sido la base de las investigaciones de Dunn?

Se sentó en la cama, muy despierto ahora. Se preguntó dónde habría ocultado él un sobre con dirección. Había un escondite excelente: el buzón más próximo. Era una hipótesis, pero Douglas sabía que no descansaría hasta poder verificarla. Miró el reloj sobre la mesilla. Era ya demasiado tarde para interceptar el sobre en la oficina de clasificación de correspondencia. En este momento debía estar, seguramente, camino de ser entregado.

Había algo intimidatorio en Mafeking Road, donde había vivido el menor de los hermanos Spode. El triunfo militar que a principios de siglo incorporó una nueva palabra a los diccionarios ingleses, palabra sinónima de jubilosos festejos, no tenía eco alguno en este lugar, pero el nombre ponía fecha, en cambio, a las sucias casitas.

No había portón, pues lo habían retirado durante una de las colectas de hierro viejo, cada vez más insaciables con el correr de los meses. En las ruinas de la casa bombardeada al lado de ésta habían plantado coles, pero ahora, terminada la cosecha, las malezas estrangulaban las plantas parduscas y marchitas.

Como no encontró un timbre, golpeó con fuerza las tablas clavadas contra la ventana del frente. Tardó cinco minutos en recibir respuesta, pero por fin un hombre gordo y sin afeitar que vestía una camiseta sucia y pantalones de pana rayada le abrió la puerta. El hombre bostezó, se levantó las presillas de los tirantes y dijo:

—¿Sí? ¿Qué quiere?

—Estuve aquí ya —repuso Douglas—. El maestro que vive arriba... Spode.

—Y ahora, ¿qué?

—Tendré que entrar —le informó Douglas.

—Tendrá que decirme para qué —dijo el gordo, sin retroceder un solo paso.

Douglas apoyó la mano en el abdomen del hombre y al presionar, sintió que su mano desapareció casi en la panza flácida antes de que el hombre se hubiese movido.

—No hagas trabajar a esa cabecita pensando para qué vine, gordo. Ponte bien cómodo y duérmete otra vez.

—Hace horas que estoy levantado —dijo el gordo.

Douglas pasó junto a él, recorrió el pasillo y abrió la puerta del cuarto abrigado y bien alumbrado del cual había salido el hombre. Olía a cuerpos sin bañarse y a repollo rancio. Miró alrededor. La cómoda de gran tamaño mostraba un surtido abigarrado de platos, tazas, platillos, cuentas sin pagar, una tirita medio vacía de tabletas de aspirina, un vaso con las piezas de un reloj de bolsillo roto, un abrelatas y una legión de moscas muertas. Apoyado contra el estante de arriba había un calendario lleno de suciedad de moscas, doblado para revelar un paisaje en colores del monte Snowdon. Marcaba el mes de octubre de 1937.

En un rincón había una cama sin hacer, sin sábanas y con un almohadón de colores en lugar de almohada. Sobre él estaba un número del tebeo *Dandy*. En una silla, al alcance de la cama, una bandeja tenía los restos de un abundante desayuno: manchas de huevo y media docena de cortezas de tocino frito. Sólo la mesita estaba limpia y ordenada, con plumas y lápices dispuestos junto a una hoja de papel secante azul. Detrás del teléfono había un fichero que decía: «Contribuciones de Mafeking Street, 1941». Y había, en fin, dominando todo este cuarto caótico, un gran fuego de carbón. Rara vez era posible ver semejante derroche de lumbre en tiempos difíciles como éstos.

—Qué frío hace fuera esta mañana, ¿eh, sargento? —dijo el gordo.

—Inspector —le corrigió Douglas—. Detective inspector Archer de Scotland Yard. —Desde el aparato de radio con su altavoz de madera recortada en forma de sol naciente llegaba el rumor de una audición regrabada de *Esta noche en la ciudad*. Douglas apagó la radio.

El gordo eructó y reunió energías suficientes para frotarse con fuerza los brazos desnudos antes de probar otra vez la puerta, para asegurarse de que estuviese bien cerrada y les protegiese contra las corrientes de aire del pasillo.

—Sí... inspector —dijo—. Eso es lo que quise decir... inspector.

—¿Vino alguien a ver el cuarto de arriba? —preguntó Douglas, mientras se fijaba si había señal de la correspondencia de la mañana. En realidad, el gordo era uno de los «serenos del bloque». Los alemanes les habían unido a la Organización de Previsión Antiaérea para hacerse de una red de miembros del partido nazi que seguía las líneas generales de la que tenían en Alemania. Por intermedio de estos hombres, los nazis distribuían cupones de alimentos extra, correspondencia llegada de los campamentos de prisioneros de guerra, auxilios de invierno y bonos de sopa para los muy necesitados. A cambio del poder e influencia de que gozaban estos serenos, debían colaborar contra los elementos «antisociales». La tarea de revisar la correspondencia de sus vecinos era seguramente parte esencial de dicha colaboración.

—Desde luego que no. El cuarto está clausurado, tal como lo dispuso la policía.

—No me hable con esas frases de «noble veterano» —le dijo Douglas, abriendo el fichero de contribuciones de Mafeking Road—. Tenemos una investigación por asesinato.

—Bien, no imagine que yo pensaba proteger a ese canalla —dijo el gordo, indignado. Douglas le miró. No podía imaginar al gordo protegiendo a nadie—. ¡Maldito aristócrata! —comentó luego el hombre—. Dándose aires de importancia, con su acento de duque y sus órdenes de que había que quitar la basura. —El gordo iba detrás de Douglas mientras inspeccionaba el cuarto—. ¡No hay tiempo para estos malditos aristócratas! Ahora no, con este régimen, no, ¿comprende?

Douglas repuso:

—Despedir eructos y vientos y comerse dos o tres huevos con media docena de tiras de tocino para el desayuno, en un cuarto donde hace bastante calor como para andar en paños menores... ¡A muchos aristócratas les gustaría saber dónde es posible encontrar tanto lujo!

—Aah. Le diré. En una casa tan destruida por las bombas como ésta, hay que tratar de mantener a raya la humedad.

—¿Vino ya el cartero?

El hombre abrió un cajón y consultó un despertador de hojalata.

—En cualquier instante, inspector —dijo con un poco de sarcasmo.

Douglas se acercó a la cómoda y revisó las tarjetas postales y las cartas no repartidas. Estaban dirigidas a otros destinatarios.

—Colecciono estampillas —le explicó el gordo—. Me las regalan mis vecinos. —Se acercó entonces a un armarito debajo de la cómoda—. ¿Le

gustaría algo para mantener a raya el frío, inspector?

—¿Qué, un abrigo de visón?

El gordo se echó a reír.

—La verdad es que es gracioso, inspector. —Encontró una botella de ron, la destapó con gran ruido y vertió un poco en el té que estaba bebiendo de una taza que decía «Savoy Hotel». Después de haber decidido que la respuesta de Douglas era negativa, volvió a guardar el ron y se sentó, con un fuerte suspiro.

Pocos minutos después se oyó el ruido de la tapa del buzón. El hombre iba a ponerse de pie cuando Douglas le empujó otra vez, hasta dejarlo sentado en su sillón, sin quitar la mano de su hombro.

—Hizo ya bastante trabajo manual pesado por hoy, sereno —dijo—. Yo le traeré la correspondencia. —Al salir del cuarto Douglas tomó la llave del departamento de Spode, que estaba colgada de un tablero.

La intuición dio resultados. La última acción de Jimmy Dunn antes de que le secuestrasen había sido echar en un buzón el gran sobre de papel marrón que decía «Fotografías: no doblar». Douglas lo recogió y se lo llevó arriba. En el cuarto donde él y Jimmy Dunn habían encontrado el brazo artificial en el cajón de la mesa de cocina, Douglas se detuvo un instante antes de abrir el sobre.

Dentro de él estaba la fotografía del profesor Frick y de sus colaboradores científicos. Había asimismo una carta de Jimmy Dunn. Estaba escrita con lápiz en el dorso de un formulario grande, de color crema, relacionado con las raciones suplementarias de jabón para los obreros que trabajasen en industrias vitales. La mayoría de las oficinas de correos tenían pilas de estos formularios, ya que a causa de algún error administrativo, Londres se encontraba saturado de papel para notas, papel de envolver y papel higiénico.

*Al sargento Woods:*

*Como usted se hará cargo de esta investigación mañana, se me ocurrió hacer la nómina de todas las bibliotecas y archivos a los que llamé por teléfono o concurrí para determinar el paradero de los científicos que en una época trabajaron con el profesor Frick. Como podrá juzgar por el papel que adjunto, estuve bien ocupado. Pero alguna persona o personas ha trabajado más aún que yo para eliminar de estos lugares toda referencia al profesor Frick y a su trabajo. Durante mis viajes y averiguaciones no pude localizar una sola copia de nada que*

*haya escrito nunca el profesor Frick. Además, todos los documentos que mencionan al profesor han sido también retirados.*

*Como supuse que esto podría haber obedecido a órdenes oficiales, hice un control en el Registro de Scotland Yard, en el de la Gestapo y por último en el de las SS, Archivos Centrales, pero me dicen que los trabajos del profesor Frick no han caído bajo la censura, ni han sido prohibidos o confiscados y que no hay en este momento ninguna orden oficial relativa a él o a su familia. Le agradecería mucho que señale cualquier error u omisión que a su juicio pueda yo haber cometido. Espero finalmente que pueda darme la respuesta a lo que considero él mayor misterio dentro de mi breve experiencia en la policía.*

*De paso, dígame al inspector detective Archer que localicé el pivote del codo del brazo artificial. Un hombre llamado Spode ha concertado una cita para que se lo coloquen en el Depósito de Little Wittenham (Campamento General de Detención), Berkshire, a las 15.30 del 17 de noviembre próximo.*

*Lo saluda.*

*James Dunn.*

Más tarde Douglas se preguntó si acaso fue un presentimiento, o bien simple curiosidad, o, en fin, apenas una necesidad de ver mejor con la luz del día lo que lo llevó hasta la ventana para leer otra vez la nota. Al mirar por ella vio un carro y un caballo en la calle, enfrente. Un hombre que esperaba en la esquina con un sillón que había rescatado lo levantó y lo metió en el carro, trepando después él. El techo de lona del carro ocultaba al hombre a la vista de Douglas. Cincuenta metros más adelante, en la misma calle, dos ciclistas se habían detenido y estaban conversando. Comenzó a llover y aparecieron manchas oscuras en la calle. Los hombres se abotonaron el cuello.

Douglas abrió un portafolios y guardó en él la fotografía y la nota. Luego volvió a sacarlas. Leyó la nota por tercera vez. En su carrera, el respeto frente a la evidencia y su conservación era algo conocido por todos sus colegas, pero en aquel momento aprendía nuevas reglas. Con una sensación de mala conciencia rompió la nota en pedacitos y la arrojó dentro del inodoro, haciendo correr el agua en seguida. Hizo lo mismo con la nómina de bibliotecas visitadas por Dunn.

Volvió a la ventana. El conductor del carro no estaba ya, sino que había atado las riendas del caballo a la columna de un farol callejero. El caballo

permanecía inmóvil y paciente bajo la llovizna. Douglas cerró el portadocumentos y bajó las escaleras. El piso de abajo estaba desierto, salvo por los trozos de muebles que habían atado juntos para utilizar como leña.

Probó la llave de la luz del vestíbulo a oscuras, pero la luz no funcionaba. Esperó un instante, hasta que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. La única luz provenía de un resquicio bajo la puerta del cuarto del sereno y desde allí llegaba también la música de la radio, la orquesta de Harry Roy que tocaba *Alguien me quiere, no sé quién es...* Como si respondiese al rumor de pasos de arriba, la radio aumentó de volumen.

—¡Siga avanzando, señor! —Ahora Douglas le vio, de pie sobre el felpudo de la puerta, una figura borrosa con los hombros apoyados en la parte interior de la puerta y muy muy quieta.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Douglas.

—¡Soy una colt cuarenta y cinco que le apunta al ombligo, policía! De modo que siga avanzando. —Era un acento del oeste, de Devon, tal vez. Y los únicos que llamaban a los miembros de la policía «policías» eran los que deseaban siempre aparecer como respetables de la clase media. Douglas bajó un escalón, muy despacio. El hombre salió a su encuentro. Faltaban tres escalones cuando Douglas le arrojó el portafolios, bajando luego de un salto esos tres escalones.

Se oyó la respiración contenida del hombre, pues el portafolios era pesado y luego, el ruido sordo de un arma con silenciador, seguido por el crujido de vidrio roto al atravesar una bala un panel de la ventanilla en forma de abanico sobre la puerta. Y Douglas ya estaba sobre el hombre. No se encontraba en la mejor de las condiciones físicas, pero como tantos hombres que descuidan esta necesidad de hacer ejercicio, era pesado. La fuerza de su salto derribó al hombre de espaldas y el ruido que hizo al caer y golpear la puerta por poco arrancó a ésta de sus goznes. Se oyó una larga exclamación en voz muy baja, un «¡Aaaah!» de dolor cuando el hombre respiró junto a la oreja de Douglas. Douglas le golpeó en el abdomen, por si acaso intentaba aspirar aire y dio un paso hacia atrás cuando el otro se inclinó hacia delante, una mano con el revólver y la otra, aferrada al estómago, mientras trataba con desesperación de recobrar el aliento.

Douglas dio un puntapié al revólver lo bastante fuerte como para rasparse la puntera del zapato y de inmediato se inclinó a recogerlo. Lo apuntó entonces al hombre. Aquella colt 45, con un enorme silenciador de confección casera fijado al cañón, era del tamaño de una escopeta antigua y mucho peor

en cuanto a su calibrado. Con un arma más pequeña, el hombre podría haber maniobrado con rapidez suficiente para dispararla.

—¡Levántese! —le ordenó Douglas—. Veamos qué cara tiene a la luz. — Retrocedió un paso para darle más lugar para incorporarse. De haber estado el hombre en el suelo algo menos atontado, podría haber alertado de alguna manera a su rival, pero tenía las dos manos apoyadas en el suelo, la cabeza inclinada, y estaba tratando de vomitar.

De pronto alguien con brazos como cables de acero inmovilizó a Douglas asíndolo por ambos lados. Trató de soltarse, pero no pudo mover un músculo, ni mover la cabeza, siquiera. El empapelado sucio se inundó de luz cuando a sus espaldas se abrió una puerta y la música de Harry Roy le llegó con gran fuerza.

—¿Quién comenzó a disparar? —preguntó el gordo.

—Vuelve a la jaula, gorila —dijo una voz muy cerca de la oreja de Douglas—. Esto llevará apenas un minuto.

Douglas olió algo dulce y empalagoso y sintió el trapo mojado en la cara. Le ardieron los ojos y jadeó, luchando por respirar, pero sólo logró inhalar el olor. Trató de apartar la cabeza, pero la mano le mantenía la cara inmóvil. Las luces se volvieron tenues y Douglas se hundió en un pozo sin fondo que giraba muy despacio.

Fue Harry Woods quien sostenía a Douglas cuando recobró el conocimiento. La voz de alguien invisible dijo:

—No necesitaremos la ambulancia. Ya vuelve en sí.

La cara de Harry Woods se le acercó mucho.

—¿Cómo se siente? —le preguntó.

—Me siento estúpido —dijo Douglas y volvió a cerrar los ojos.

—Tengo un coche. ¿Cree que puede llegar, si le ayudo?

—Mi portafolios.

Harry Woods movió la cabeza en un gesto negativo.

—Lo busqué ya. Supuse que lo tendría con usted... seguramente se lo llevaron.

—¿Y el sereno?

—¡Desapareció!

—Salgamos de aquí —dijo Douglas. Al mirar a Harry Woods, se preguntó si realmente no había encontrado el portafolios y, lo que era más importante aún, la fotografía del profesor Frick que estaba dentro. Miró fijamente al sargento, en una muda acusación de complicidad frente a todo lo que había

marchado mal en esta investigación. Harry Woods le miró a su vez con total inocencia.

—Está abusando de sus fuerzas —le dijo Harry—. Todos nos volvemos descuidados cuando nos agotamos. Acepte este consejo. Quédese en cama y duerma un día entero.

—Voy a la oficina.

—Por favor, Douglas —insistió Harry Woods. Rara vez se dirigía a su superior por el nombre de pila—. Yo nunca le daría un mal consejo... necesita descansar.

Por mucho que la razón le repitiese que Harry Woods estaba profundamente implicado en uno u otro de los grupos de la Resistencia, hallaba imposible no reparar en el afecto y la lealtad desplegados siempre por su sargento, primero cuando Douglas era niño y más tarde cuando llegó a ser inspector de la policía. Había sido como un padre. Por grande que fuese la brecha que ahora se ensanchaba cada vez más entre ellos, la relación perduraba.

—Debo volver a Scotland Yard, Harry. Pero saldré temprano y me acostaré en seguida.

—Será mejor —dijo Harry Woods con fingida severidad.

## Capítulo dieciocho

Era la media tarde cuando el general Kellerman preguntó si Douglas se sentía lo bastante bien como para «una charlita». Douglas llegó al famoso despacho situado en el piso alto, y halló a su general en este estado de euforia posprandial que Harry Woods calificaba, en términos eufemísticos, como «estar demasiado lleno».

Kellerman había ampliado aún más su guardarropa de prendas británicas. Este día llevaba un traje de tela espigada muy suave, de corte recto, con chaleco, camisa de algodón crema, corbata de lazo *foulard* y zapatos de sport marrones. Era el tipo de atuendo que cualquier turista habría esperado ver en un típico profesor de Oxford, consideración que no había dejado de figurar entre los motivos que llevaron a Fritz Kellerman a elegirlo.

En una mesita auxiliar había una bandeja de plata con una gran cafetera llena de café auténtico cuyo aroma perfumaba todo el cuarto. Las dos tacitas eran de porcelana de Limoges y por último había, además, un surtido de elementos adicionales. Kellerman se tomó bastante tiempo para preparar el café y servirlo con un copete de crema salpicada con chocolate en polvo.

—¡Ah, Viena! —exclamó, al recordar que a Douglas le agradaba el café sin adornos—. Tan anticuada, tan *passé*, tan decadente... y no obstante todo ello, la ciudad más encantadora del mundo. En un sentido espiritual, me considero vienés.

—¿Sí? —dijo Douglas con tono cortés; y bebió su café negro con aire apreciativo. Todos los austríacos que había conocido en Londres parecían estar ansiosos por describirse a sí mismos como alemanes. Tal vez solamente los que llevaban una bonita insignia de oro (la que distinguía a los primeros cien miembros del partido nazi), que Kellerman llevaba en aquel momento y cuyo acento inconfundible era el de Múnich, se divertía afirmando ser vienés.

—Sí, lo digo en serio. Viena es una ciudad con alma. —Aun en inglés, Kellerman lograba introducir en sus palabras un leve acento nasal y chillón, el

que más gracia da a un chiste austríaco—. Le saldrá una hematoma —le dijo Kellerman de pronto—. Está ya cambiando de color. ¡Malditos matones! ¿Está seguro de que no desea ir al hospital de St. George en Hyde Park Córner? —Por deferencia, frente a los sentimientos de su subordinado inglés, se abstuvo de dar al Hospital General de las SS su nombre actual.

—La comisaría de Cannon Row me dio unas aspirinas de su botiquín de primeros auxilios —dijo Douglas. Bebió más café—. Y gracias por el regalo que envió a mi hijo. Se lo daré el día de su cumpleaños y él le escribirá unas líneas.

—A todos los chicos les gustan los coches —dijo Kellerman—. Decidí que usted preferiría que no le regalase un juguete militar.

—Le agradezco que lo haya pensado, general.

—¿Suele pescar usted, inspector?

—No, señor.

—Qué lástima. El mejor pasatiempo para un policía, pienso yo. La pesca enseña a tener paciencia y además mucho acerca de los hombres. —Kellerman atravesó el cuarto para señalarle una vitrina que contenía una trucha de gran tamaño, embalsamada en el momento en que hacía una mueca—. Yo pesqué este ejemplar, inspector.

—Increíble, señor —dijo Douglas, a pesar de que Kellerman le había llamado la atención sobre esta hazaña por lo menos diez veces y de que las circunstancias de la muerte del infortunado pez aparecían inscritas en caracteres dorados sobre la vitrina.

—El Standartenführer, en cambio —continuó Kellerman, volviendo a su escritorio, pero sin sentarse—, es campeón de esquí. —Dirigiendo una gran sonrisa a Douglas, levantó la cafetera.

Era obvio que se imponía una reacción por su parte y Douglas repuso:

—No lo sabía, señor.

—Estuvo en Garmisch para las Olimpíadas de 1936 —dijo Kellerman. No obstante su animosidad contra Huth, no pudo dejar de expresar en su tono la nota de orgullo—. Compitió en las pruebas de carrera combinada y en el *slalom*. No obtuvo medallas, pero el hecho de competir es ya una distinción, ¿no?

—Sin duda lo es —asintió Douglas. Comenzaba a dolerle la cabeza, como efecto del cloroformo que le habían aplicado.

—El deporte que elige cada individuo dice bastante acerca de su personalidad —afirmó Kellerman, sonriendo—. El Standartenführer Huth tiene siempre prisa. ¿Comprende bien lo que quiero decirle, inspector?

—Comprendo, señor.

—Tome otro café —le invitó Kellerman, y le sirvió otra taza. Cuando se acercó a Douglas, éste olió el perfume de la pastilla de menta con que Kellerman se perfumaba el aliento.

Afuera, en Whitehall, las bandas combinadas de la Agrupación de Ejército L (Distrito de Londres), Cuartel del Estado Mayor, comenzaban a ensayar para las ceremonias de la Semana de Amistad Germano-Soviética. Douglas reconoció la *Marcha de Petersburgo*, con la cual en una época se permitía marchar solamente a la Brigada de la Guardia de Infantería, y que los berlineses solían corear con estrofas obscenas.

—¿Está seguro de que no quiere crema?

Douglas movió la cabeza en un gesto negativo. A pesar de que Kellerman apretó bien el cierre de la ventana, el ruido de la banda no disminuyó.

—El Reichsführer estuvo preguntándome acerca de las novedades en el caso que usted está investigando, el asesinato de Shepherd Street. Le dije que, personalmente, sabía muy poco... Me sentí bastante mal, a decir verdad — Kellerman estaba jugando con el azúcar teñido de color pastel de la azucarera.

—No hay mucho que informar —manifestó Douglas.

—No comprendo por qué volvió a la casa esta mañana...

Douglas bebió su café para ganar tiempo antes de responder. Huth le había dicho que debía mantener el secreto de la investigación. Sin embargo, por no contar con directivas transmitidas por escrito por un superior de ambos, Douglas veía en el general Kellerman su jefe inmediato.

—Uno de mis hombres —dijo—, el agente de policía Dunn, vestido de particular...

—¿El que asesinaron anoche?

—El mismo, señor. Dunn colaboró conmigo. Encontramos una fotografía en casa del sospechoso. En ella aparecen los hombres que trabajaban con el profesor Frick antes de la guerra. Le envié a investigar a esos hombres. Creo que Dunn adivinó que le seguían y que por ello introdujo el sobre, cuya dirección era la de la casa de Mafeking Street, en el buzón, por saber que en una investigación como ésta la correspondencia me sería finalmente enviada aquí, a Scotland Yard.

—¿Y usted fue a la casa a buscarla?

—Sí, señor.

—¿No le parece extraño que esos hombres de la Resistencia, gente que casi siempre cuenta con medios para robar correspondencia en camino al

destinatario, no sólo tuviese que ir a la dirección de éste para obtenerla, sino que además llegase demasiado tarde para interceptar al cartero?

—Seguramente el sereno de la casa les llamó por teléfono —dijo Douglas—. Desapareció con la gente que me atacó.

—¿Y usted perdió la fotografía de Frick y de sus colaboradores?

—Sí, señor.

—No se muestre tan sorprendido por lo mucho que sé, inspector. Su agente de policía llamó al Registro, a los Archivos Centrales de las SS y también a la Gestapo, para solicitar información sobre el profesor Frick. Como es natural, todas estas peticiones de información son transmitidas a esta oficina.

—Es natural, señor. —Fuera, las bandas alemanas dejaron de tocar. Después de una breve pausa, comenzaron a ejecutar *Tannenbaum* o *Tannembaum*. ¿O era, quizá, *La bandera roja*? Qué oportuno era que la música fuese la misma.

—El profesor Frick murió. Murió durante la lucha el año pasado. Sus colaboradores realizan trabajos especiales para el Reich.

—¿Trabajos especiales? —repitió Douglas.

—No, esto no quiere decir que usted deba disminuir el ritmo de su investigación, sino simplemente que los colaboradores científicos del profesor Frick no deberán figurar en ella —Kellerman utilizó su cuchara para recoger una pequeña cantidad de crema batida de la taza y metérsela en la boca—. Esta orden proviene directamente del Führer. Ni siquiera el Reichsführer de las SS tiene autoridad para cuestionarla. ¿He dejado bien clara mi posición, inspector Archer?

—Clara como el cristal, señor.

—¡Muy bien! —dijo Kellerman y apartó la jarrita con crema, como si no tuviera ya necesidad de ella. Levantó luego la vista, sonrió y agitó la cabeza para acomodar un mechón de lacio pelo blanco que le había caído sobre la frente—. Sabía yo muy bien que en su caso, era suficiente un mínimo gesto.

—Gesto que llegaría hasta un caballo ciego, señor —dijo Douglas.

—Siempre con sus pequeños chistes, inspector —comentó el general Kellerman.

La polvorienta y amarilla luz solar que colorea Londres en el otoño había seguido a las tormentas de lluvia de la mañana. Douglas se detuvo en el pasillo que daba al Embankment y miró por la ventana las bandas combinadas que desfilaban por la calle. Tenían un aspecto espléndido con sus uniformes de gala, docenas de instrumentos de viento que relucían al sol y con los

tintineantes «Schellenbaum» con sus colas de caballo que delataban su origen como instrumento de los genízaros. Eran de un soberbio esplendor. Con toda intención, los alemanes hacían uso de su música para impresionar y pacificar a los pueblos conquistados de Europa. Cuando Douglas volvió a su oficina las bandas estaban tocando *Greensleeves*.

La puerta que comunicaba con el despacho de Huth estaba abierta y Douglas vio a Harry Woods. Estaba estudiando los documentos apilados sobre el escritorio del Standartenführer.

—¿Qué está haciendo, Harry? —preguntó, sentándose luego a su propio escritorio para ordenar todos los papeles que se habían apilado allí en los últimos días.

—Qué entrada oportuna, señor.

—Comienzo a darme cuenta de que me llama «señor» sólo cuando está haciendo algo especialmente reprochable.

Harry sonrió. A pesar de su generoso uso de brillantina, el pelo corto nunca permanecía en su lugar. Esto le daba un aspecto algo cómico.

—Mire esto, señor —dijo, agitando una copia en papel carbón rosado de un informe escrito a máquina—. No sé leer todo esto en alemán, pero capto la esencia. —Douglas entró en la oficina de Huth, pero no tomó el papel que le ofrecía Harry—. Léalo —le dijo éste—. Le hará muchísima gracia. ¡Vamos! Maquiavelo no volverá hasta dentro de unos cinco minutos. He registrado la frecuencia de sus funciones de eliminación.

Douglas tomó entonces el informe.

## FICHA PERSONAL

INFORME CONFIDENCIAL. Clasificación de Seguridad. Detective inspector Douglas Archer.

1. En circunstancias en que pocos funcionarios de la Policía Metropolitana cuentan con una educación o formación profesional, el funcionario citado ha demostrado el gran valor que puede tener dicha preparación, a pesar de la oposición hecha a un ingreso directo (al cargo de Inspector) por parte de la mayoría de los efectivos policiales.

2. Las dificultades en que se ven todos los procedentes de la Escuela de Policía de Hendon cuando solicitan su traslado a la CID (Departamento de Investigación Criminal) demuestran ser

una política de poca visión bajo la luz de la enorme aptitud del detective inspector Archer en el trabajo de detective.

3. Douglas Archer es hijo de un ingeniero civil más o menos competente, pero sin cualidades sobresalientes, que murió en el Frente Occidental. Su madre era hija de un conocido corredor de carreras automovilísticas. Archer concurrió a una de las escuelas privadas menos conocidas como alumno externo y más tarde estudió derecho en Oxford, antes de inscribirse en la Escuela de Policía de Hendon. Su formación en un ambiente estricto y su educación han dado como resultado una personalidad conservadora y sin sentido del humor, enteramente consagrada a los métodos ineficientes y anticuados aún habituales en los procedimientos de la policía británica.

4. Si bien se le atribuyen considerables dotes de intuición en su trabajo, sería una explicación más razonable de su notable trayectoria como investigador policial el hecho de que haya estudiado extensamente los métodos científicos de nuestros grandes teóricos forenses, inclusive los del gran pionero, el doctor Hans Gross. Sus métodos cuidadosos, sumados a sus largas horas de trabajo, son características de una personalidad neurótica, obsesionada por el deseo de capturar al delincuente. Por este motivo, sumado a otros, se eleva la clasificación del inspector Archer de Ba a Aa.

5. Cabe agregar que este funcionario es uno de los que gozan de mayor popularidad y respeto entre los hombres que actúan dentro de la Policía Metropolitana y que, contrariamente a lo establecido en el presente informe, sus colegas ingleses le consideran como un hombre de gran ingenio y como un narrador de anécdotas de gran calidad.

Firmado, Fritz Kellerman, Gruppenführer.  
(Höherer SS und Polizeiführer)

—¿Qué me dice de esto? —preguntó Harry—. Suena como si estuvieran señalándolo para un cargo en el personal docente de Hendon. —Aquella era más bien una crítica para Hendon que una expresión de apoyo a Douglas.

—¿Tengo realmente una personalidad desprovista de humorismo, conservadora?

—Usted marchaba muy bien hasta que llegaron estos canallas —repuso Harry—. Con estos brutos pisándole siempre los talones, uno pierde muy pronto el sentido del humor. —Harry tomó el informe y volvió a meterlo en el fichero—. Ahora mire éste —dijo.

—No quiero ver nada más. —Fuera, la banda tocaba una vieja canción escocesa, amada por todos, *D'ye ken John Peel*.

—A estos malditos les gusta hacérselo sentir bien, ¿eh? —comentó Harry. Douglas frunció el ceño, pero Harry volvió a sonreírle mientras le decía—: Quise decir que a nuestros visitantes alemanes les gusta hacérselo sentir bien.

—Probablemente creen que tocar nuestras viejas canciones folklóricas es señal de sensibilidad y afecto.

Harry Woods hizo un ruido obsceno.

—Mucha gente siente lo mismo que usted —observó Douglas—, pero no lo expresa.

—Pues yo querría que lo expresasen —dijo Harry con amargura. Se inclinó entonces hacia Douglas y le preguntó—: ¿No quiere conocer a algunos de mis amigos? Le interesarían... Estoy seguro.

Douglas sintió ganas de confiarse a Harry, de hablarle de la reunión con Mayhew, de decirle que estaba ya en contacto con grupos antinazis. Siempre había confiado en él, desde niño. En su carrera policial había consultado a Harry sobre cada uno de sus pasos y llegó a comunicarle su decisión de casarse mucho antes de decírselo a su madre. Cuando Jill quedó embarazada, ambos visitaron a Harry para darle la noticia en el trayecto a casa de los padres de Jill.

A pesar de todo, no confió en su viejo amigo.

—Usted siempre fue un hombre gregario, Harry. En los viejos tiempos del Club de Rugby, del de Box... Después fue secretario del Club de Coleccionistas de sellos...

—De Filatelia —le corrigió Harry con dignidad.

—Siempre le gustó reunirse con otra gente, conversar, y...

—Beber... ¿Es lo que iba a decir?

Douglas levantó ambas manos en un gesto deferente.

—Todo esto le hace a usted un policía excelente, Harry. Y es lo que hace que trabajemos bien juntos. Usted siempre hizo el trabajo de caminar, de identificar a los soplones, de convencer a los malhechores de que hablasen y de archivar todo en orden en esa memoria que tiene. Yo no soy así... soy simplemente el hombre leguleyo.

—Hable con mis amigos, Douglas. Hable con ellos, se lo ruego.

—Harry, no me facilita nada las cosas. Entré a esta oficina decidido a convencerle de que se apartase de esa gente. Y aquí está usted, tratando de persuadirme de que me una a ellos.

—Por favor, Doug. —Fue sólo un murmullo, pero brotaba del corazón y con gran dificultad Douglas hizo lo que según su convicción era lo lógico, lo sensato. Agitó la cabeza, entonces, en un gesto negativo.

Desde el corredor oyeron el ruido de botas sobre las baldosas y también al centinela armado que se ponía en posición de firme y decía: «¡Heil Hitler!». Se abrió la puerta y entró Huth. Vestía una chaqueta de cuero negro de la Luftwaffe con cierre de cremallera y pantalones del ejército. Sólo la camisa y la corbata formaban parte de su uniforme habitual.

—¿Alguno de ustedes dos conoce a un sastre? Necesito un uniforme nuevo. —No pareció reparar en que sus dos subordinados estaban inclinados sobre su escritorio.

—Hay un hombre en Lambeth Road —dijo Harry, que siempre tenía respuesta para tales preguntas—. Confecciona uniformes alemanes. Mucha de la gente de Savile Row le encarga la hechura de chaquetillas. Son de muy buena calidad.

—No pienso competir en un concurso de belleza —dijo Huth—. ¿Es rápido? Lo necesito para mañana por la noche.

—Le llamaré por teléfono, patrón —Huth no tenía objeciones, según parecía, a que le llamasen «patrón». Douglas decidió que ésta era la forma habitual de dirigirse a él. Harry no dominaba la complejidad del sistema de rangos de las SS.

—Harry —le dijo Huth amablemente—. ¿Quiere mandar esto al departamento de fotografía y pedir tres docenas de copias, además del negativo? Estoy preparando carteles de «Buscado». —Entregó entonces a Harry la misma fotografía del profesor Frick que habían robado a Douglas—. Además, ponga en una lista de arresto a estas personas y tráigamela para la firma.

—El general Kellerman es la única persona autorizada a firmar órdenes de arresto —señaló Harry.

—Ya, no —repuso Huth. Douglas miró a Harry y éste arqueó una ceja.

Cuando se retiró Harry para dirigirse al departamento de fotografía y Douglas se encontró otra vez trabajando sentado a su escritorio, Huth se

acercó y se sentó cerca de él en el alféizar de la ventana.

—El sargento Woods es un trabajador diligente —dijo.

—Es el mejor policía de todo el edificio.

—Pero eso no tendría ninguna utilidad, a menos que usted le cubriese —señaló Huth.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Douglas, sin dejar de trabajar.

—El sargento Harry Woods le compromete... le compromete en un grado peligroso. Eso es lo que quiero decir. ¿Cuánto tiempo cree usted que podrá seguir protegiéndole de lo inevitable?

—¿Cuánto tiempo cree usted? —preguntó Douglas a su vez, con una calma que distaba mucho de sentir.

—No mucho —repuso Huth. Douglas levantó la vista a tiempo para ver la sonrisa cortante de Huth—. No mucho —repitió éste.

—Esto requiere su firma —le dijo Douglas y cambió de posición el pliego, para permitir a Huth leerlo, pero Huth sacó un lápiz de oro del bolsillo de la camisa y puso la firma en el papel sin mirarlo, casi.

—¿No quiere leerlo?

—Es un memorándum de Kellerman —dijo Huth—. Me informa de que una u otra de sus conferencias administrativas se llevará a cabo los martes, en el futuro, en lugar de tener lugar otro día de la semana. En el futuro se tomarán muchas decisiones los martes. Verá si no tengo razón, Archer.

Huth sacó un paquete de cigarrillos Player's del bolsillo y encendió uno de ellos con la destreza despreocupada de un vaquero de película. Aspiró el humo hondamente y lo expelió por la nariz.

—Es porque yo no puedo estar aquí los martes —explicó—. Al general le asusta lo que pueden ser mis comentarios consignados por escrito en las actas de sus bonitas conferencias. —Se guardó los cigarrillos sin haber ofrecido uno a Douglas y luego prosiguió:

—Le preocupa que alguien pueda quitarle este cómodo cargo que tiene en Londres. Resulta halagador que vea en mí al reemplazante más probable, ¿no?

—Muy halagador, señor.

—Usted es un tonto. ¿Lo sabía, Archer?

—Muchos han expresado idéntica opinión en los últimos tiempos, señor.

Huth se puso de pie y se volvió para mirar por la ventana. Sonó el teléfono de Douglas.

—¿Sí? —dijo con cautela. No sabía si el operador central estaba registrando la llamada.

—¿Te veré allá... a las nueve?

—Muy bien. —Douglas colgó el receptor sin despedirse. Miró a Huth, pero éste estaba mirando aún por la ventana.

—¿Debo entender que piensa ordenar el arresto de todos los que aparecen en esta fotografía?

—Correcto —dijo Huth sin volverse.

—¿Por el asesinato del doctor Spode?

—Para interrogarlos acerca del asesinato.

—Hay buenos motivos para creer que el hermano menor lo mató. No cabe duda de que estuvo en el piso ese día.

—No tengo ideas preconcebidas —dijo Huth—. Quiero que se arreste a todos.

—Pero si encuentro a cualquier miembro del grupo de Frick, ¿usted desea que lo arreste y que lo interroge? —Le exasperaba la reticencia de Huth.

—No encontrará al profesor Frick y dudo de que encuentre a ninguno de los miembros de su equipo.

—¿Por qué no?

Huth se volvió muy despacio para mirar a Douglas.

—Porque los colaboradores del profesor Frick están bajo la protección del ejército alemán.

—Pero... ¿Los avisos de «Buscado» que acababa de hacer preparar a Harry?

—Es sólo un medio para obligar a esos idiotas del ejército a decimos dónde están... y aún a que nos permitan verlos.

—Comprendo —dijo Douglas, pero esto no era verdad. ¿No había visto Huth el pasaje de ferrocarril a Bringle Sands hallado en el bolsillo del muerto? Seguramente Harry Woods había destruido ese pasaje. Ahora Douglas no abrigaba dudas de que el equipo del profesor Frick estaba trabajando para el ejército alemán en algún punto próximo a Bringle Sands, de donde había venido la víctima.

—Si usted descubre dónde escondió el ejército al personal científico del profesor Frick, yo proporcionaré a Harry Woods un tipo de protección que nadie osará desafiar. —Mientras aspiraba su cigarrillo, seguía mirando fijamente a Douglas—. En Berlín tenía un homosexual alcohólico que trabajaba para mí. Algunos de sus comentarios de traidor le habrían hecho palidecer aun a usted.

—Palidezco con facilidad —observó Douglas.

Huth no escuchaba. Aquellos ojos de un gris acerado daban la sensación de penetrar en el cerebro de Douglas.

—¿Sabe lo que hice? —preguntó. Sin esperar respuesta, siguió hablando —. Di instrucciones escritas de que actuara como agente provocador. Es la defensa perfecta —dijo riendo apenas—. Desde entonces nunca tuvo por qué temer a nadie.

—¿Y a quién debe temer Harry?

—La verdad es que no a esa figura paternal y de pelo blanco, el viejo Fritz Kellerman. Es un caballero prusiano de la vieja escuela.

Huth volvió a reír, se levantó, se puso la chaqueta de cuero y recogió el papel donde Harry Woods le había escrito el nombre y dirección del sastre de Lambeth. Al llegar a la puerta, se volvió y dijo:

—¿Piensa encontrarme al menor de los Spode?

—Creo que sí.

—Queda poco tiempo. —Con estas palabras, Huth se fue.

## Capítulo diecinueve

Le resultó muy difícil a Douglas no sentirse satisfecho consigo mismo cuando reparó en aquel hombre. Era ni más ni menos el hombre que inevitablemente habría elegido Huth. De unos veinte años, tal vez algo más joven, un hombre macizo con tez rubicunda que mostraba aún las erupciones de la adolescencia. Llevaba un abrigo con cinturón y un sombrero de *tweed* de los usados por pescadores y profesores universitarios. Tenía un paraguas arrollado con descuido y un plano callejero que consultaba cada vez que Douglas se detenía.

En el Haymarket Douglas subió a un autobús que pasaba, cuya plataforma estaba ya bastante llena, pero los demás le hicieron lugar. Se volvió y vio al joven abrirse paso desesperadamente entre los empleados que volvían a casa y estirar el cuello para no perderlo de vista. En Piccadilly Circus comprobó que no veía ya a su perseguidor. En mitad de Regent Street bajó del autobús y se dirigió hacia el Soho.

Como era demasiado temprano para el bar de Bertha, subió al piso superior a éste y devolvió el smoking a Charlie Rossi. Charlie se quejó de unas marcas que tenía, pero sin malhumor, y bastaron dos cigarrillos para que callase. Allí, preparado, estaba su propio traje, doblado con mayor cuidado que nunca en toda su existencia. Recordó Douglas la época en que el servicio de alquiler de ropa de etiqueta de Charlie se había destacado por el uso de cantidades de papel seda blanco y negro, docenas de alfileres y hermosas cajas con el nombre de Rossi en letra cursiva. Ahora el viejo le había envuelto el traje en papel de diario y no se había permitido usar más de dos hojas.

Douglas insistió en pagarle por el alquiler del traje y Rossi respondió al gesto sacando de debajo del mostrador una botella de Marsala y dos vasos. Comparado con sus colegas comerciantes, Rossi tenía suerte. Como italiano, gozaba del privilegio especial de ser aliado de los alemanes. Pero, como decía el viejo muy serio pero con ojos llenos de malicia, los británicos nunca lo

internaron al comenzar la guerra, lo cual fue su ruina. En realidad, los dos sabían que Charlie había sido famoso durante más de una década por sus chistes sobre Mussolini.

Cuando salió a la calle llena de gente del Soho, comenzaba a oscurecer. A pesar de las restricciones en cuanto al uso de la electricidad, había aún muchos letreros luminosos y muchos alemanes de toda clase y tamaño, vestidos con todos los uniformes imaginables, gastando su dinero en las delicias que se ofrecían en todas partes. En el extremo del Old Compton Street, la unidad de la Feldgendarmerie adscrita a la central de policía del West End estaba a cargo del puesto principal de control. El suboficial reconoció a Douglas y le dejó atravesar la barrera delante de dos oficiales tanquistas con sus amigas. Los hombres se quejaron, pero el Feldwebel de la Gendarmerie les informó de que Douglas era funcionario de la SIPO, dato que hizo callar de inmediato a los oficiales.

Douglas avanzó, algo avergonzado. Se dirigió hacia el sur, pasando frente a las ruinas del Palace Theatre, en aquel momento un «jardín» de malezas y flores silvestres que, según se decía, prosperaban mucho con los rastros de cordita. Hacia el final de Charing Cross Road se detuvo para mirar un anaquel sobre la acera, lleno de libros usados. Y entonces lo vio otra vez. Era lógico que Huth hubiese encomendado la tarea a un hombre experimentado. Se preguntó si ello tenía algo que ver con la llamada del coronel Mayhew, aunque en el momento en que se produjo Huth no dio la impresión de haberlo notado. Se detuvo a dar una moneda al viejo que hacía funcionar un piano con manivela y se volvió para mirar a su alrededor. El hombre se detuvo y estudió su mapa.

Con cierta irritación Douglas decidió deshacerse del hombre de una vez por todas. Avanzó con paso rápido entre la multitud, manteniéndose muy junto a los edificios, de tal modo que cuando llegó a la entrada del subterráneo de Leicester Square pudo bajar rápidamente las escaleras, sorteando el obstáculo de la gente que subía. Una vez abajo, atravesó corriendo el vestíbulo y pasó delante de las ventanitas, máquinas y quioscos. Mostrando su pase policial, cruzó la barrera con un gesto de aprobación del inspector de billetes. Luego bajó de prisa por la escalera mecánica que llevaba a la línea más baja de trenes de la red de Piccadilly.

La plataforma estaba llena de gente y Douglas imaginó al joven luchando todavía con su cambio junto a la ventanilla o discutiendo con el inspector. No contaba con ello, sin embargo. Se abrió camino entre la gente que aguardaba allí y subió al primer tren que llegó. Un empleado debió empujar a los últimos

pasajeros para que subieran. Las puertas automáticas se cerraron con un golpe seco y el tren se puso en marcha con gran ruido.

En la parada siguiente, Piccadilly Circus, esperó hasta que las puertas estuviesen a punto de cerrarse antes de bajar a la plataforma. Cruzó entonces al andén de trenes en dirección norte y esperó hasta que uno de ellos descargó sus pasajeros antes de mezclarse entre la multitud y alejarse con ella por los túneles de salida.

Estaba al pie de las escaleras mecánicas cuando vio al hombre otra vez. Este había renunciado ahora a todo esfuerzo por disimular sus intenciones y esta vez, cuando Douglas miró hacia atrás, no consultó su mapa. Douglas llegó a las escaleras mecánicas y permaneció quieto sobre ellas, dejándose llevar hacia arriba. Ambos necesitaban unos instantes para recobrar el aliento. Fingiendo ignorarse mutuamente, contemplaban los anuncios que flotaban delante de ellos y aspiraban grandes bocanadas de aire cálido y confinado.

En este punto la prueba era de fuerza. Cada uno se había persuadido de que nada era más importante que ganarla. En su estado de tensión y fatiga Douglas comenzó a temer que sería el blanco de todas las burlas de la Policía Metropolitana si no lograba librarse de aquella sanguijuela. Se volvió para estudiar al hombre. Los trenes de la línea de Piccadilly corren a mayor profundidad que ninguna otra en la red de subterráneos de Londres, y en este punto pasaban por los sectores más hondos. La escalera mecánica que los comunica con la calle es de una longitud impresionante. Douglas miró detenidamente a su seguidor. El hombre estaba jugando con el mango de su paraguas y no levantó la vista. Quizá esto fuese un buen signo. Si acaso pensaba que Douglas había renunciado a toda esperanza de deshacerse de él, una última estratagema podría dar tal vez resultado.

Cuando por fin Douglas llegó al final de la escalera mecánica, agitó su pase delante del cobrador, pero en lugar de salir volvió a bajar por la escalera mecánica paralela a la que subía. Los dos hombres no tardaron en encontrarse el uno junto al otro, pero trasladándose en direcciones contrarias. La cara del hombre se llenó de furia. Después de enganchar el mango de su paraguas en el cinturón de su abrigo, comenzó a trepar para pasar de una escalera en movimiento a la otra. Con una mano aferró el montante de luz eléctrica y luego se balanceó hasta lograr apoyar un pie en el pasamanos en movimiento del lado de Douglas. Por un instante pareció que caería, pero con la agilidad y la firmeza de manos de un atleta, apoyó todo su peso en el pie con el que dio una patada que le desplazó lo bastante lejos como para asirse al pasamanos

con la mano libre. El paraguas mal arrollado se le deslizó y cayó con estrépito por los escalones. El hombre fue tras él. Una mujer gritó.

Había caído pesadamente, con la rodilla flexionada y el cuerpo doblado hacia delante, como si estuviese a punto de desmayarse o de vomitar. Cuando se incorporó, tenía el paraguas aferrado con ambas manos. Las manos se apartaron y Douglas vio la larga y brillante hoja de acero que encerraba el bastón de bambú. Y de pronto el hombre saltó hacia él.

Se lanzó con la fuerza desesperada del asesino, los brazos extendidos, sin preocuparse por su propia seguridad, blandiendo la hoja con puño crispado. La hoja descendió, iniciando una curva que habría terminado en el corazón de Archer, si el terror no hubiese hecho que la víctima trastabillase en el borde, de su escalón. La filosa hoja rasgó la presilla del hombro del impermeable de Douglas y la sangre le brotó de una oreja.

Una mujer gritó varias veces y se oyó otra voz llamando a gritos a la policía. El hombre blandía la hoja otra vez. Tenía el rostro tan cerca de Douglas que éste sintió su aliento, vio los ojos dilatados fijos en su propio pecho, mientras calculaba la puñalada al corazón. La experiencia y la formación profesional le indicaron que permaneciese calmo y que recurriese tan sólo a ese mínimo uso de la fuerza permisible en casos de defensa propia. El instinto, en cambio, le ordenó que peleara.

Dio entonces el golpe. El hombre gritó de dolor y Douglas sintió el contacto de su puño con la cara de su agresor. El golpe, no obstante, no contribuyó a detener el movimiento hacia abajo. Todo su peso cayó contra Douglas y por un instante pareció que ambos caerían, pero Douglas se tomó del pasamanos en movimiento para poder así apartarse. Apretado contra el pasamanos, Douglas dio un feroz puntapié. Su zapato golpeó al hombre en la rodilla y esta vez el grito de dolor fue más fuerte. El atacante seguía avanzando. Con las rodillas dobladas y los brazos extendidos caía ahora escaleras abajo, golpeando los escalones con un ruido terrible. Rebotó varias veces y sus brazos y piernas cortaron el aire, pero nada podía detenerlo. Como un montón de trapos en una cinta trituradora, siguió dando tumbos por la escalera sin fin. Cuando llegó al pie, pareció desintegrarse: zapatos, sombreros, paraguas y mapa volaron en distintas direcciones y los botones saltaron del cinturón y del abrigo y por último éste le ocultó la cabeza.

Se había congregado una pequeña multitud cuando Douglas llegó al pie de la escalera y poco después apareció la policía de tránsito urbano. El hombre estaba muerto, con el cráneo fracturado y el rostro brutalmente destrozado. Douglas le revisó la ropa. Dentro de la chaqueta, un bolsillo especialmente

hecho contenía panfletos de la Resistencia, reducidos ahora a pulpa sangrienta. La billetera contenía doscientas libras en billetes de cinco libras y un pase de horas del período de queda que no habría engañado ni al más miope de los jefes de patrulla.

Douglas esperó hasta que retiraron el cuerpo y conversó con el oficial de turno de Scotland Yard, para asegurarse de que se elevase un informe completo al Standartenführer Huth para su atención inmediata. Rechazó la sugerencia de someterse a un examen médico y se hiciese curar los cortes en el cuello y en la oreja. Llegaría tarde ya a su cita con Barbara Barga.

## Capítulo veinte

—Cuando era un muchacho, subinspector de división, a menudo me encontraba en medio de una riña con borrachos, los sábados por la noche, pero esto fue diferente. Nunca soñé lo que podría ser verme frente a un chico vigoroso y decidido, con un cuchillo en la mano, que trataba de asesinarme. —Cómodamente sentado en el mejor sillón, Douglas bebía pequeños sorbos de sopa caliente.

—¿Y no crees que pueda haber tenido ninguna conexión con el Standartenführer Huth? —le preguntó Barbara.

—¿Para asesinarme? Huth no tiene necesidad de tomarse semejante trabajo. Ahora que tiene poderes para firmar hojas de arresto primario podría meterme en un campo de concentración y nunca volvería a verme nadie.

Barbara se estremeció.

—Pero ¿podría haber enviado a ese hombre sólo para matarte?

—Huth me asusta bastante ya —dijo Douglas—. No necesita mandar a nadie armado con cuchillo. —Barbara se acercó al respaldo del sillón y se inclinó para besarlo.

—Pobre amor mío —dijo—. Te serviré más sopa.

—No, no quiero más.

—Creo que aún necesitas un poco de whisky. —Al decir esto tomó una rebanada de pan y un tenedor de mango largo para tostar el pan en el fuego—. Estás todavía bajo el *shock*.

Douglas le tomó el tenedor con el pan ensartado y se inclinó para tostarlo en la llama de gas con su ruido característico. Le temblaba la mano.

—En Inglaterra, corresponde al hombre hacer las tostadas —le dijo. Era su manera de decirle que no quería que le tratase como a un inválido.

—O bien la manera solapada del inglés de acaparar el fuego. —Así le expresaba ella, a su vez, que lo comprendía.

—¿Es ésa tu experiencia de los ingleses?

—De algunos... Son gente deprimida y nerviosa, ¿no, Douglas? Esta falta de confianza en sí mismos los vuelve tortuosos y de poco fiar. —Barbara calló, sin saber bien si lo había ofendido.

—Siempre fuimos así —repuso Douglas, restando importancia a la crítica—. Pero, si crees eso, ¿por qué arriesgas el pellejo con...? —No quiso mencionar a Mayhew, Benson y Stacy por su nombre.

—Qué discreto eres. El buen nombre de una mujer está bien seguro en tus manos, Doug.

La tostada empezó a humear. Douglas la volvió del otro lado.

—No me contestaste —señaló.

—Digamos, simplemente, que no sé resistir a los ingleses con título.

Si bien Douglas adivinaba que existían otras razones, no insistió. La radio estaba transmitiendo músicaailable directamente desde los salones del Savoy. Carrol Gibbon tocaba en su famoso piano blanco. Durante unos minutos escucharon al cantante entonar *Todo vale*.

Había manteca para la tostada, pálida, manchada, casera, deliciosa.

—En realidad no soy parte de eso, Doug —dijo Barbara de pronto—. Pero con mi columna sindicada puedo ser útil a Mayhew y a los otros... y, desde mi punto de vista, es una historia que ningún buen periodista puede dejar pasar.

—Pero ¿cómo te pusiste en contacto con ellos? ¿Y por qué habrían de confiar en ti?

—Mi exmarido trabaja en el Departamento de Estado, en Washington.

«Ah, se trata de eso, de un exmarido», pensó Douglas.

—Ha estado ayudando al contraalmirante Conolly a orientarse en nuestra capital.

—¿Qué probabilidades tiene Conolly?

—Está... —Iba a hacer un comentario superficial, pero vio que Douglas contaba con su respuesta—. No muchas, Douglas. El Congreso desconfía de los gobernantes militares. Ha conocido a demasiados en América Latina. Si quien está en Washington fuese Churchill, o aun lord Halifax, o alguien cuyo nombre hubiese oído mencionar antes... —En este punto calló y esperó la reacción de Douglas ante este juicio tan pesimista. Luego prosiguió—: El coronel Mayhew cree que valdría la pena correr cualquier clase de riesgos para sacar al rey de la custodia de los alemanes.

—Así me dijo —repuso Douglas—. Pero tú fuiste quien me advirtió sobre Mayhew y el resto.

—Y sigo advirtiéndotelo —dijo ella y le apretó la mano con ternura—. Cuando Mayhew dice que está dispuesto a correr cualquier riesgo, quiere decir que está dispuesto a hacer correr cualquier riesgo a cantidad de hombres como tú.

—¿No te gusta Mayhew?

—Se parece demasiado a mi exmarido —dijo Barbara. Ambos juicios agradaron mucho a Douglas.

El coronel Mayhew llegó a las nueve y cuarto. Entró en la diminuta habitación sacudiéndose al mismo tiempo el agua de su abrigo de paño.

—Buenas noches, Archer —dijo y se quitó el abrigo—. Ahora que el toque de queda ha obligado al club de cricket a cerrar temprano, la gente como yo no tiene dónde pasar las veladas.

Barbara y Douglas le dirigieron una sonrisa convencional. Sabían que Mayhew nunca había sido hombre de pasar sus veladas en clubs elegantes.

—¿Qué le sucedió en el cuello? —preguntó a Douglas.

—Esta noche un chico trató de matarme con un cuchillo.

—Increíble —dijo Mayhew—. Y estuvo bien cerca de lograrlo, a juzgar por su aspecto. ¿Quién fue?

—Uno de sus chicos, diría yo.

—Yo no tengo «chicos» —afirmó Mayhew con frialdad—. ¿Tiene un tirabuzón para abrir esto? —preguntó levantando la botella de vino que había sacado de un bolsillo del abrigo.

Barbara tenía el tirabuzón en la mano.

—La norteamericana práctica —comentó Mayhew. Con la destreza de un *sommelier* quitó primero el papel metálico, limpió luego el corcho y lo sacó sin agitar la botella—. No tengo «chicos» —repitió. Había levantado la botella contra la luz para asegurarse de que no había movido el poso—. Y tampoco tengo asesinos.

—Tenía cantidad de éstos en el bolsillo —dijo Douglas, y le pasó una octavilla.

Mayhew lo tomó por una punta y lo retuvo con evidente repugnancia.

—¿Qué son estas manchas? —preguntó.

—Sangre —repuso Douglas—. Está muerto para siempre.

Mayhew había manipulado la octavilla con la misma delicadeza dedicada antes a la botella de vino tinto, de la cual comenzó ahora a servir.

—La gente quiere hacer algo —observó Barbara—, aunque sólo sea distribuir octavillas con *slogans* como los de éste. Quiere demostrar cuánto odia a los alemanes.

—Ya ve usted —señaló Mayhew a Douglas—. ¡Estas norteamericanas! Impetuosas, impacientes, llenas de energía. —Después de pasar una copa de vino a Barbara, ofreció otra a Douglas.

—Salud —dijo éste. Todos bebieron el vino de Mayhew.

—Mi trabajo consiste en resolver crímenes —afirmó Douglas—. El público británico tiene derecho a que lo protejan contra el asesinato, el robo y la violencia. ¿Debo decir a las víctimas de estos crímenes que no me gusta trabajar bajo los alemanes? —Al tocarse el cuello, vio que estaba dolorido y que la herida comenzaba a latir.

—Seréense, amigo. Nadie critica a la policía, así como ninguna persona en sus cabales diría que los bomberos son traidores porque extinguen incendios bajo el régimen alemán.

—Me gustaría que alguien hubiese explicado eso al chico que me atacó esta noche.

—Usted es un caso especial —Mayhew dejó su copa, levantó las manos para calentárselas delante del fuego y se las frotó con energía—. Toda esa publicidad alrededor de «Archer del Yard»... desde luego, usted no la estimuló —dijo con una leve sonrisa, la que adoptan los actores de cine para una fotografía—. Pero siempre se elige como blanco a la gente destacada. Nadie del coro, de las bailarinas o de los músicos que ofrecen esos espectáculos especiales para la Wehrmacht en el Palladium recibe cartas amenazadoras. En cambio Maurice Chevalier las recibe y también las estrellas de primera magnitud.

Barbara extendió su copa y Mayhew le sirvió más vino.

—Pero éstas son cuestiones académicas, coronel —dijo—. Lo más urgente es que usted haga algo para impedir que ningún otro hombre de la Resistencia vuelva a intentar matar a Douglas.

—¿Qué quiere que haga yo, Barbara? ¿Quiere que anuncie al mundo que Douglas Archer es ahora un miembro activo de la Resistencia?

—Jesús, coronel, le dejaré expuesto como uno de esos blancos de las ferias rurales para que le ataque cuanto loco o maniático aparezca...

—Haré todo lo que usted y el inspector deseen. Sin embargo, creo que un poquito de reflexión les convencerá a los dos de que es más peligroso que le conozcan a uno como miembro de la Resistencia que... —no dijo nada más.

—El coronel tiene razón, Barbara. Tendré que tener cuidado.

—Probablemente sea lo mejor que pudo habernos pasado —observó Mayhew—. A juzgar por lo que me cuenta, nadie creería que esto fue un golpe fraguado —Mayhew bebió un trago—. De ahora en adelante, los alemanes le considerarán uno de los hombres de mayor confianza.

—Y si el próximo atentado contra mi vida tiene éxito —dijo Douglas—, los alemanes me erigirán una estatua. Tal como lo dice, suena muy interesante, coronel.

Mayhew sonrió. Era una sonrisa cautivadora y a pesar de sus sentimientos, Douglas sonrió a su vez.

—Me gusta más —dijo Mayhew—. Cuando liberemos al rey y haga una declaración sobre la verdadera posición del contraalmirante Conolly, todo lo demás se acomodará como es debido.

—¿Adónde irá el rey? —preguntó Barbara.

—Será inevitable desilusionar a mucha gente. Me imagino que los canadienses querrán que vaya a Ottawa, pero desde el punto de vista político, su presencia será más eficaz en Washington. Por otra parte, su majestad podría preferir reunirse con su hermano en las Bahamas y aun dirigirse a las Bermudas.

—Quiero brindar por ese día —dijo Barbara.

—Y por la primicia exclusiva de Barbara Barga —añadió Mayhew. Nunca dejaba de tener presentes los intereses de cada una de las partes involucradas en cada situación.

—No creo que sea muy factible —señaló la joven, y bebió—. ¿Existe realmente la posibilidad?

—Hemos estado conversando con alguien llamado Georg von Ruff, general de división perteneciente al personal del almirante Canaris, jefe de la Abwehr, o inteligencia militar. Es cierto que es general, pero es uno de los tantos antinazis convencidos. Hasta insinuó que hay un plan para asesinar a Hitler.

—¿Y usted le cree? —preguntó Douglas.

—Sí, le creo —repuso Mayhew—. Se trata de hombres pertenecientes a ilustres familias alemanas, soldados profesionales de la vieja escuela. No quieren saber nada del partido nazi ni de los bandidos de las SS.

—Hay conflicto entre las tropas de ocupación y las SS —convino Douglas.

—Y debemos explotar la situación —dijo Mayhew—. Por mi parte, debo agradecer a la Providencia por tener intereses comunes con estos prusianos y no con los matones de las SS.

—Pero ¿harán en realidad algo? —preguntó Barbara—. ¿O hablan, simplemente?

—Hay un elemento de interés propio —explicó Mayhew. El ejército se opone vigorosamente a esta nueva noción de que Gran Bretaña esté en breve gobernada por un Reichskommissar, en lugar del comando en jefe del ejército. Quieren mantener el control del país y creo que responde a nuestros intereses que el ejército conserve este control. Todo lo que vulnere el prestigio de Kellerman y de sus SS beneficia al ejército de forma automática.

—Liberar al rey dejaría sin duda a las SS en una posición ridícula —dijo Douglas—. Seguramente despedirían a Kellerman.

—Y usted dice que esto le vendría muy bien a este hombre, Huth, ¿no? —preguntó Mayhew.

—Sí, pero hasta qué punto él estaría dispuesto a colaborar, está por verse.

—Si confían el secreto a Huth, es probable que les traicione —señaló Barbara.

—Es éste el aspecto en que el inspector Archer ha accedido a ayudarnos —dijo Mayhew—. Puede hacer llegar rumores de esta idea a Huth y comunicarnos la reacción del Standartenführer.

—Sí, puedo hacer eso —afirmó Douglas.

—Ten cuidado, Doug —Barbara le extendió una mano y Douglas se la apretó, como para tranquilizarla.

Mayhew se levantó.

—Bien —dijo—. Ese es el próximo paso, Archer. Dejo en sus manos la forma en que lo dará. —Mientras se miraba en el espejo con su ornamentado marco sobre la chimenea, añadió—: No exagere, podría ser muy peligroso. Bastará una insinuación. —Con el ceño fruncido ante su propia imagen, Mayhew tiró de las puntas de su corbata de moño con pintas blancas para ajustarse el nudo—. Simpon's tiene en Piccadilly una pequeña reserva de calzoncillos largos: de lana, calidad de antes de la guerra. Me compré algunos ayer. Será un invierno sumamente frío.

—En la silla que pienso usar no tendré mucho frío —observó Douglas. Mayhew sonrió.

—Bien, buenas noches —dijo—. Comuníquese cuando crea tener la respuesta. No necesito decirle lo que sucederá si esta respuesta que nos llegue no es correcta.

—No, no tiene que decírmelo —repuso Douglas.

—Bien, sea juicioso y manténgase invisible a las revistas de modas durante una semana o dos —Douglas hizo un gesto afirmativo. Sabía que al

coronel le gustaba quedarse con la última palabra.

## Capítulo veintiuno

Las nubes que mantenían los últimos rastros de calor estival se habían disipado ya. El aire era frío. Douglas desayunó con los chicos y con la señora Sheenan antes de partir para Little Wittenham (Campamento de Detención General), en Berkshire.

Consiguió uno de los coches de la Cuadrilla Móvil para el viaje a lo largo del valle del Támesis hasta Wallingford y el campamento. Era un Railton Special y cuando estuvo en la autopista Douglas apretó el acelerador y le arrancó una velocidad de ciento veinte kilómetros. Llegó al punto de destino bastante antes de mediodía.

Era un lugar ideal para un campo de concentración. Las tierras rurales estaban encerradas en una curva cerrada del Támesis y cerraba el arco, para formar la circunferencia, el tramo de carretera entre las dos poblaciones de Wittenham junto al río. Hacia el oeste unas nubes muy rápidas prometían más lluvia, mientras que en una línea amenazadora contra el horizonte del este, las colinas de Sinodun y sus fortificaciones prehistóricas brillaban crudamente bajo los fríos rayos solares.

Era un lugar tétrico. Tal vez un poquito de suciedad y desorden le habría conferido algo de vida. Era un sector de unos tres kilómetros cuadrados o más, cubierto de casillas de madera del tipo prefabricado por el Ministerio de Guerra, conocidas por todos los soldados británicos. Estaban ahora rodeadas de altas cercas de alambrada, que separaban el campamento de prisioneros del sector donde se fabricaban los miembros artificiales y de las cabinas próximas a Day's Lock, a donde iban los amputados a recoger estos miembros.

La oficina del Kommandant se encontraba en el sector de máxima seguridad de los prisioneros, y era una hermosa casa antigua en la población de Long Wittenham. Recibieron a Douglas con meticulosa cortesía, pero no era bien acogido allí y nadie se tomó el trabajo de ocultarlo. El Kommandant

le dirigió apenas un saludo y le puso en manos de otro oficial que debería acompañarle.

El capitán de artillería era joven. Alto y delgado, tenía el tipo de piel sin pigmentación que le hacía conservar su palidez en cualquier clima. El pelo rubio y sedoso y sus cejas, casi invisibles. Los ojos eran muy hundidos y rodeados de ojeras y los labios, pálidos, desprovistos de sangre. Sin embargo, no tenía el aspecto del hombre que ha llevado una vida disoluta, sino que era más bien frágil y sensitivo y recordaba los modelos tan de moda en la época de los pintores del prerrafaelismo.

—Pase primero —dijo, abriéndole la puerta a Douglas con exagerada cortesía.

Hablaba con el tono nervioso que adoptan los dueños de casa cuando reciben a visitas importantes. Venía de Colonia y su charla sofisticada y también su acento ofrecían contraste con el de la mayoría de su regimiento de fusileros y, en verdad, con el de toda la 35.<sup>a</sup> División de Infantería reclutada en casi su totalidad en la región de la Selva Negra y con base en Karlsruhe. No sólo era el capitán un inadaptado social, sino además un experto soldado profesional que había trabajado en el Ministerio de Guerra en Berlín y servido algún tiempo en el Estado Mayor de División. Era uno de los pocos oficiales de artillería con experiencia de combate en el uso de las nuevas armas dirigidas totalmente automáticas. En realidad le indignaba encontrarse allí en calidad de ayudante en un campamento para prisioneros. No dejó de hacérselo saber a Douglas.

El lugar era de una gran monotonía, con piedras blancas que jalonaban todos los senderos. Las cuerdas que marcaban el patio principal de la sala de guardia y los extintores de incendios lustrados y dispuestos con una precisión obsesiva daban una muestra de lo que infligen los ejércitos tanto sobre los hombres como sobre la naturaleza. Cuando pasaron al sector siguiente, Douglas vio los carteles que indicaban a los visitantes la oficina del comandante de la guardia y observó asimismo que no era un campamento de detención general, sino el campamento de detención de generales, donde los alemanes mantenían a los oficiales aliados con rango de general de brigada por lo menos.

—Les da algo que hacer —le explicó el capitán de artillería—. Todos los días les traen hasta aquí para que fabriquen y reparen miembros artificiales para los lisiados de guerra.

—¿Trabajan también los oficiales prisioneros de guerra?

—¿Se refiere usted a la Convención de Ginebra? —El capitán se arregló la bufanda de seda gris y se levantó el cuello del pesado capote militar—. Al principio eso fue un problema, pero el Departamento Legal no tardó en hallar la solución. Dimos de baja del Ejército Británico a todos los generales. Desde el punto de vista teórico, son civiles detenidos.

—En tal caso, tendrían que estar bajo la custodia de la policía civil —observó Douglas.

—Le diré que ésta es la parte astuta de la solución. Los tienen detenidos en espera de las investigaciones sobre sus actividades cuando pertenecían al ejército. Esto justifica que se les mantenga en este campamento militar.

—Muy inteligente —dijo Douglas.

—Además, no gozan del derecho a ser juzgados por un tribunal militar —prosiguió el capitán—. Según el derecho internacional, un prisionero de guerra tiene iguales derechos a ser juzgado que un soldado del mismo rango en el ejército que lo captura. Y en el ejército alemán esto significa ser juzgado por hombres de igual rango. ¿Imagina la situación? Juzgar a uno de estos hombres requeriría un tribunal integrado por generales del ejército alemán. —Al pensar en ello, el capitán se echó a reír.

Caminaron de prisa. El viento tiraba de sus abrigos y azotaba los árboles en una danza desenfrenada. Llegaron a la barrera y al alambre de púas. Los centinelas saludaron y el capitán caminó hasta el primer cobertizo, haciendo entrar a Douglas.

—El trabajo es fácil —dijo—. Además, tienen alimento y cama. Están mejor que muchos civiles.

—¿Es eso lo que *usted* piensa, capitán? —le preguntó Douglas.

No había calefacción en el cobertizo. Los prisioneros, hombres de edad madura, trabajaban en bancos, utilizando maquinaria simple: prensas manuales, taladros y martillos, para construcción de los miembros artificiales. El interior resonaba con los ecos de sus esfuerzos. Ninguno de ellos levantó los ojos hacia los recién llegados.

—¿Quiere ver lo que hacen? —preguntó el capitán, levantando la voz para hacerse oír.

Douglas agitó la cabeza. Sin embargo, vio después una cara que reconoció de los diarios y noticiarios de los días finales de la lucha.

—Me gustaría hablar con ese hombre —dijo.

El capitán tomó de un brazo al hombre señalado por Douglas.

—¡Usted! —ladró—. ¡Nombre, exrango y número de campamento!

El viejo se puso en posición de firme, con los dedos de las manos muy estirados y el mentón retraído, como aprenden a hacerlo los reclutas de las academias prusianas.

—Sí, señor —dijo en voz muy alta, sin levantar la vista—. Wentworth, general de división, número 4583.

—¿Estaba usted al mando de la Fuerza W? —le preguntó Douglas.

—Sí, soy ese Wentworth —contestó el viejo. Sucedió casi al final, con la fuerza improvisada por Wentworth con escasas unidades móviles desplegadas a lo largo del río Coiné. Las unidades blindadas alemanas intentaron atacar Colchester por el flanco y arrollar las defensas por el flanco sur del lado del mar. Para entonces no cabían ya dudas en cuanto al desenlace, pero la decidida resistencia de Wentworth dio tiempo suficiente a una flotilla de destructores de la Flota Metropolitana para zarpar de Harwich. A la sazón, los rumores indicaban que Churchill y el rey estaban a bordo de esos barcos de guerra. Algunos seguían convencidos de ello.

—Luchó bien, general —le dijo Douglas.

—Es mi oficio —respondió el general.

—Hizo más que eso. Hizo historia.

Algo en el interior del hombre cobró vida. Le brillaban los ojos y miró a Douglas, tratando de ver si quería decir que Churchill y el rey habían escapado. Seguidamente hizo un gesto afirmativo y apartó el rostro, como si de pronto estuviese absorto en el metal que estaba puliendo. Y a Douglas le agradó verle tan conmovido. Ahora había cesado casi el martilleo y reinaba casi el silencio en el cobertizo. Tal vez la conversación debería haber terminado allí, pero los hombres no se movieron.

—Yo estuve allí —dijo el capitán—. Estaba al mando de una batería de artillería autopropulsada, de Stoc III con cañones de asalto, los únicos autopropulsados en ese teatro.

—Ustedes llegaron por la carretera de Londres a eso de las cinco de la tarde —señaló Wentworth, haciendo un gesto afirmativo—. El Comando de Artillería me comunicó por teléfono que el fuego contra las baterías sería inútil, ya que ustedes avanzaban todo el tiempo.

—Yo marchaba en apoyo de un batallón Panzer-pionier —afirmó el capitán—. Nos mandaron atacar las líneas de defensa al sur de Colchester y a contenerlos a ustedes allá. Nos dijeron que no reparásemos en las pérdidas de hombres.

—Cuando llegaron ustedes todo había terminado, casi —dijo el general—. Me sorprendió que mis hombres soportasen el ataque tanto tiempo. Eran

tropas excelentes, le diré. —Una ráfaga de viento sacudió los vidrios de las ventanas y las puertas con tanto ruido que el viejo levantó la vista con un gesto de ansiedad—. A las siete de esa noche, ordené a los artilleros que destruyesen los cerrojos de nuestros cañones. Dije a mis jefes de unidad que decidieran el propio curso de acción. Ya la infantería encerrada en la isla de Mersey estaba poniendo sábanas blancas en las casas. Por otra parte, la armada informaba que los grandes cañones de ustedes estaban apuntando al puerto de Harwich.

—¿Puedo llevar un mensaje para alguien fuera de aquí? —preguntó Douglas al general. Al mismo tiempo miró al capitán, como si temiese que éste opondría objeciones, pero el capitán se alejó sin mostrar mayor interés por el viejo general.

—Mi mujer —dijo el general—. Dígale que me ha visto y que estoy bien y con buen ánimo. —Con mucho trabajo se desprendió el botón de su camisa del ejército y encontró un pedacito de papel con la dirección y teléfono de su mujer. Daba la impresión de haber llevado encima este arrugado papelito durante meses, en la esperanza de que alguien le hiciese el ofrecimiento de comunicarse con ella.

Douglas tomó el papel y siguió al capitán, quien se dirigía ya a la puerta más alejada. Al volverse para mirar a Wentworth se vio frente a la mirada de hileras de hombres de edad cuyos rostros reflejaban perplejidad, desprecio, odio o envidia en grados variables.

—¿Por qué él? —preguntó el capitán—. ¿Por qué Wentworth?

Douglas llevó una mano hasta su bolsillo del pecho. Sacó de allí el pase de la SD que llevaba la firma inconfundible del Reichsführer de las SS. Era una curiosa caligrafía en forma de zigzag con una gran semejanza a los rayos que eran emblema de las SS. Douglas levantó el pase hasta ponerlo casi a la altura de los ojos del capitán. Con una sonrisa, éste hizo un gesto de asentimiento. No formuló más preguntas sobre Wentworth.

—¿Sigue deseando ir al departamento de distribución de miembros?

—Exactamente —dijo Douglas.

Volvieron a salir al frío y pasaron frente a hileras de barracas, todas idénticas, salvo por la numeración pintada en cada una. La niebla comenzaba a ocultar las colinas de Sinodun y nubes negras volaban por el cielo como locomotoras de vapor y carbón, pero dos veces más sucias que éstas. Cuando llegaron a las cuatro barracas interconectadas que servían como departamento de distribución, sintieron la lluvia en la atmósfera.

La casilla más larga estaba dividida por un mostrador que se extendía en toda su longitud. Detrás de este mostrador, unas estanterías con documentación, herramientas y repuestos estaban a cargo de una docena de hombres de cierta edad con guardapolvos. Delante del mostrador estaban los amputados que acudían allí con cita previa.

—¿Quién recibe miembros artificiales aquí?

—Expersonal de tropa británico de todos los rangos, que viven en la zona de control sudoriental —dijo el capitán. Hablaba con un tono lacónico y formal. El entusiasmo con que había descrito su participación en la lucha de Colchester había desaparecido.

—¿O que vivían allá cuando se hizo la solicitud?

—Sí —dijo el capitán.

—¿Qué documentación necesitan para tener acceso por esa puerta?

—Nadie puede pasar ni siquiera por el portón exterior sin tener una libreta en la que se acredita que el titular fue dado de baja del ejército inglés sin tener obligaciones de servir en calidad de trabajador, como asimismo que no figura en la lista de personas buscadas por el Tribunal de Crímenes de Guerra. Necesitan igualmente una carta de identidad que certifique que han registrado su domicilio en la policía local. Desde luego deben mostrar, además, la tarjeta que se les envía por correo para confirmar la fecha de su cita en este centro.

—Parece bien organizado —comentó Douglas.

—*Está* bien organizado —dijo el capitán. Se tocó el cuello en el punto donde debería haber colgado una condecoración militar, de haberle sido conferida.

—Acaba de describirme lo que ocurre en teoría —le dijo Douglas—. ¿Cuándo fue la última vez que envió a alguien a intentar obtener acceso aquí sin estar provisto de todos esos papeles?

El capitán hizo una mueca y preguntó a su vez:

—¿Quiere que avise a los centinelas?

—Es lo último que deseo que haga —repuso Douglas—. Quiero que mi hombre pase. —Al volverse, miró a lo largo de todo el mostrador—. Ahora, muéstrame dónde están todas las articulaciones y tomillos de codo.

—¿Habla en broma?

—Cuando hablo en broma, se me mueven las orejas.

—Los repuestos se confeccionan en el extremo de ese mostrador. Detrás de esa puerta hay un pequeño taller donde adaptan repuestos y hacen reparaciones menores. —Ambos se volvieron para mirar un muchacho con una flamante pierna artificial. Era obvio que la usaba por primera vez.

Probablemente había esperado ajustársela y salir corriendo a casa. Tenía dibujado un intenso desengaño en todos sus rasgos. Un viejo, cubierto con un guardapolvo marrón, le sostenía con el brazo enlazado en torno del delgado cuerpo y soportaba la mayor parte del peso de éste.

—Siempre cuesta un poco al principio —le decía el viejo con suavidad. La frente del muchacho estaba reluciente de sudor y de dolor.

—¡Suélteme! —exclamó con voz ansiosa, aunque baja—. ¡Suélteme!

—Nadie ha podido caminar la primera vez —dijo el viejo. Tenía una voz llena, madura, la voz de la autoridad. Apenas podía soportar el peso del muchacho y tenía los labios apretados a causa del esfuerzo.

—Me arreglaré —insistió el muchacho. Tenía una voz tan débil como el cuerpo del cual brotaba.

—¡Te caerás, muchacho!

Estaba a corta distancia de las barras horizontales y la mano del muchacho se extendió hacia ellas, pero el viejo no le soltó.

—¡Suélteme! —El muchacho habló más fuerte ahora, con un tono agudo. Luchó por soltarse del brazo del viejo—. ¡No es ya un maldito general! ¡Suélteme, viejo estúpido!

El viejo se puso rígido, se detuvo y le soltó, pero mantuvo una mano en el aire, como quien sostiene una cuerda invisible. El muchacho trastabilló hacia delante, apretando los labios con un gesto obstinado y batiendo el espacio con las manos. Al principio pareció que llegaría a las barras, pero antes de que pudiera asir una de ellas, la pierna de metal se dobló bajo su peso y el muchacho cayó con gran estrépito. El golpe le dejó sin aliento. Por un instante permaneció inmóvil, inerte, pero luego su cuerpo se estremeció y empezó a sacudirse cuando el muchacho se puso a sollozar, presa de una inconsolable desesperación.

El viejo esperaba. Observaba al muchacho con atención, aparentemente ajeno a la presencia de nadie más en el cuarto. Luego, mientras se arrodillaba con el cuidado propio de los hombres de edad, murmuró:

—Probemos otra vez, ¿eh?

El muchacho no respondió. Tenía el rostro oculto en los brazos, pero un leve movimiento de la nuca fue casi como un imperceptible gesto de asentimiento. El viejo le revolvió el pelo con una mano en otro gesto a la vez persuasivo y afectuoso.

—Las partes de brazos están allí —dijo el capitán.

Había pilas de ellas y llegaban hasta el cielorraso, las piezas más grandes en bandejas de poca profundidad y las más pequeñas en latas, todas ellas con

una pieza atada fuera para su identificación correcta.

Douglas vio la lata que buscaba. Acercando una escalera de mano, trepó para bajarla del estante alto. Dentro de la lata encontró una parte igual a la que había recogido del suelo del departamento en Shepherd Market. No había, aparentemente, mucha demanda de esa pieza y había solamente una. Tenía un rótulo atado que rezaba «Robert John Spode: Urgente». Douglas la estudió. No era exactamente igual a la hallada en el departamento. El tubo con que había estado hecha la otra pieza era tan sólido y pesado que no podía haber formado parte de este repuesto simplificado y más liviano. Se la guardó en el bolsillo y miró al capitán, pero el rostro de éste era impasible.

—¿Terminó ya? —le preguntó—. Si no nos encontramos sentados a la mesa del almuerzo a la una en punto, tendremos que comer con los oficiales de guardia en la cantina de tránsito y será una comida que no olvidará en mucho tiempo.

—No pienso almorzar —le dijo Douglas—. Tengo la esperanza de efectuar un arresto —señaló al bajar los escalones.

—Aquí, no —dijo el capitán, agitado.

—¿Qué quiere decir?

—Usted dijo que quería hablar con un civil y no hay inconveniente en ello. Pero ésta es una organización militar. No tiene nada que ver con la policía civil ni tampoco con las SS. Ni siquiera la autoridad de Heinrich Himmler tiene poder alguno aquí. Nuestras órdenes provienen del alto comando en Berlín, por intermedio del comandante en jefe del Ejército de ocupación y el Comando General. Usted no arrestará a nadie aquí.

—Estoy investigando un asesinato —explicó Douglas—. El ejército británico siempre permitió a la policía civil...

—No me interesa la historia antigua —dijo el capitán—. Si hay que arrestar a alguien, el ejército alemán lo arrestará. Pero tendrá que proporcionarme los papeles necesarios y presentarme pruebas de autoridad competente para detener al prisionero.

—En tal caso, esperaré fuera, junto al portón, y le arrestaré *fuera* de la jurisdicción militar.

—Excelente —observó el capitán. Tenía una expresión tranquila, pero su tono era agrio—. Pero si está armado y hay disparos, daré instrucciones a mis centinelas de que adopten las medidas necesarias para protegerse, así como para proteger las instalaciones, el personal y los detenidos. Y esto puede significar más disparos. La responsabilidad será suya y además consideraré un

arresto efectuado en las proximidades de nuestro perímetro como un acto de provocación. El informe que eleve lo hará constar.

—Soy funcionario de la policía desde la época en que usted iba a la escuela —señaló Douglas—. Nunca necesité hasta ahora un arma para arrestar a un hombre y no la necesitaré hoy.

El capitán hizo un gesto afirmativo y volvió a consultar su reloj, como si quisiese saber cuánto faltaba ahora para la hora del almuerzo.

—¿Por qué no se instala cómodamente en la casilla de la guardia —dijo con tono más conciliador—, e identifica al hombre que busca cuando se aproxime por la carretera desde Clifton Hampden —deben venir por allí para llegar al portón de este lado— y lo captura antes de que llegue aquí?

—Muy bien —respondió Douglas. El capitán abrió la puerta, salieron a la intemperie y se dirigieron a la casilla de la guardia.

—¿No tiene inconveniente en que vaya al casino de oficiales a almorzar? —preguntó el capitán—. Esta mañana no desayuné.

—No me diga que durmió hasta tarde —dijo Douglas con un dejo de ironía.

—Fui a la iglesia —contestó el capitán con altanería—. Enviaré una bandeja al punto de control para que coma algo. ¿Hay alguna cosa que no le agrade comer?

—Antes las había, pero he olvidado cuáles son.

—Las costillas de cerdo siempre son aceptables.

—Es usted muy amable.

El capitán se tocó el borde de la visera en un saludo que expresaba una burla bastante ostensible. Tenía una mirada dura y poco cordial.

—Encantado siempre de colaborar con los caballeros de la Sicherheitspolizei —dijo, y abriendo la puerta de la casilla, invitó a Douglas a entrar en ella. Era una construcción de madera, con ventanas en los cuatro costados, como las de los ferroviarios, y ocupaba el centro del estrecho camino rural. En *un* lado de la casilla había un pequeño mostrador y una ventana de guillotina por la cual los visitantes pasaban sus credenciales.

Hacía calor en la casilla y el aire estaba perfumado por la estufa de parafina y los rastros de cigarrillos apagados de prisa. Había tres hombres allí. Uno estaba sentado junto a la ventanilla y contemplaba el camino hacia el punto donde la carretera llevaba por fin a las delicias de Oxford. Los otros dos estaban sentados a una mesa, tratando de reparar el ala quebrada de un enorme modelo de avión. Los soldados se pusieron de pie y se cuadraron.

—El inspector Archer, de Scotland Yard —dijo el capitán—. Se quedará en esta casilla una o dos horas, pero no hará nada que interfiera con el Reglamento. ¿No es verdad, inspector?

—No se preocupe, capitán —aseguró Douglas.

Cuando el capitán se retiró los hombres se aflojaron y ofrecieron a Douglas una silla junto a la estufa. Douglas la volvió de manera de poder ver lo más posible en el camino. Después de un intervalo discreto, el soldado junto al mostrador encendió un cigarrillo y los otros dos reanudaron su trabajo de pulir madera de balsa y de pegarla con un engrudo de olor fuerte.

La vigilancia era una tarea aburrida y Douglas se alegró de ver a un camarero con chaqueta blanca que llegaba con una bandeja con comida: caldo en un termo, una costilla de cerdo con repollo, ensalada, queso Limburger y pan negro.

Estaba comiendo aún el queso cuando a las tres y cuarto volvió el capitán.

—¿No tuvo suerte todavía? —Dejó a los soldados en posición de firme cuando ocupó una silla al lado de Douglas—. ¿Cuánto tiempo piensa mantener esta vigilia?

—Llegará —dijo Douglas.

En ese momento nubes negras habían cubierto el cielo y lloviznaba. El capitán se entreabrió el capote mojado, extendió los pies calzados con botas y dejó escapar el suspiro que suele acompañar el final de una comida copiosa.

—Recuerdo la ocasión en que estaba a cargo de ochocientos prisioneros y los llevaba en el *ferry* de Harwich camino de Alemania. Era de noche... natural que quisieran intentar escaparse, pues todos tenían mujeres y familia en Gran Bretaña. Algunos de ellos podían ver, casi, sus casas. Pertenecían a un regimiento reclutado en aquel sector del país. Sabía que debía mantenerme muy vigilante. Durante el traslado previo a éste, sometieron a consejo de guerra al oficial encargado de los prisioneros porque desaparecieron dos... — El capitán no pareció advertir que los tres soldados seguían en posición de firme—. Además, había buenos elementos de juicio para sospechar que los hombres desaparecidos se ahogaron, pero el oficial fue despedido, de todos modos... mala suerte.

—Muy mala suerte —dijo Douglas, pero su sarcasmo pasó inadvertido.

—Los «Highlanders» eran los más difíciles, hombres recios, y teníamos dos compañías de esos regimientos escoceses a bordo. No les gustaba mucho la idea de que los llevaran a un campamento de prisioneros...

Douglas advirtió algo fuera de lo habitual en el tono y la actitud del capitán. Vio que miraba hacia un costado. Se levantó entonces, para mirar por

la ventana a sus espaldas. A unos treinta metros de distancia había un hombre con el guardapolvo marrón que llevaban muchos de los prisioneros. Llevaba una gran caja de cartón y la sostenía sobre el hombro de tal manera que la cabeza quedaba invisible para los hombres de la casilla.

Douglas se dirigió a la puerta. El capitán le observaba.

—¡Espere! —le gritó éste, pero Douglas había abierto la puerta ya y salido por ella.

La caja que llevaba el hombre le impedía ver a Douglas mientras avanzaba por la hierba, chapoteando en la tierra blanda y mojada por la lluvia. Douglas buscó algo en el bolsillo de atrás.

—No dispare, o dispararé yo —gritó el capitán, por creer que Douglas extraería una pistola.

Douglas tenía ya aferrado al hombre de un antebrazo. La mano reapareció del bolsillo con un par de esposas que se cerraron en la muñeca de Spode antes de que éste hubiese soltado la caja de cartón. El brazo derecho de su guardapolvo de algodón se agitaba vacío con el viento frío.

—Muy bien —dijo Spode, y la caja de cartón cayó al suelo con un ruido sordo.

Douglas miró hacia atrás. El capitán estaba junto a la casilla sosteniendo un rifle que había bajado de su soporte en la pared. Si tenía por objeto disparar contra Spode o Douglas, o bien defender el suelo sagrado del Campamento de Detención del Ejército Alemán, Douglas no lo sabía. Dirigiendo una sonrisa al capitán, cerró el otro brazaletes de las esposas en su propia muñeca.

—Está arrestado, Spode —dijo.

—¿Por qué?

—Asesinato. Soy de Scotland Yard y le advierto que cualquier declaración que haga puede ser registrada y utilizada como prueba contra usted.

—Ah, por asesinato —dijo Spode con aire melancólico.

Douglas dio un puntapié a la caja de cartón. Al volcarse ésta, vio en el interior las piezas desarmadas del brazo artificial. La levantó y debió inclinarse con torpeza a causa del prisionero que tenía atado al propio brazo. Se les acercó el capitán.

—¿Qué decía antes sobre el arresto de personas en la propiedad del ejército, capitán? —preguntó a éste.

El capitán miró las esposas, luego al prisionero y otra vez a Douglas.

—¿Y ahora qué pretende, inspector? ¿Una ovación? —preguntó.

Era obvio que Douglas había ganado en astucia al capitán con todos sus reglamentos. La única forma en que podría impedir que se llevase al prisionero a Londres era deteniendo también al policía. No tenía modo de determinar si éste tenía la llave de las esposas de cierre automático y revisarlo podría implicar un cargo de asalto o un arresto y aun el capitán titubeaba ante el recurso.

—Necesito un cuarto apropiado para interrogarlo —le dijo Douglas.

—Sí, aparte de que estaba preguntándome cómo se las arreglaría para conducir un coche —señaló el capitán y, con una sonrisa, añadió—: Negociemos un poco. Yo estaré presente durante el interrogatorio inicial. Si usted me convence de que tiene un caso entre manos que justifique efectuar cargos, le proporcionaré un conductor y una escolta armada de regreso a Londres.

—Muy bien —replicó Douglas. El prisionero no daba señales de comprender al alemán que hablaba, pero cuando se pusieron en marcha, parecía, en cambio, saber adónde iban. Los tres atravesaron el sector de distribución, recorriendo el pasillo donde estaban las estanterías con diversos artículos. Douglas advirtió que la caja de lata con los pivotes estaba todavía en el mostrador, abierta y vacía, como la había dejado. Alguien había desprendido el rótulo atado con alambre en el exterior de la caja y se lo había llevado. Sin duda estaba todo listo para la cita con Spode, pensó Douglas. Había veces que admiraba sinceramente la imaginación de sus compatriotas.

El capitán les precedió hacia una de las barracas de madera impregnada de creosota. No había cambiado mucho desde que la usó la RAF: las treinta camas de metal, los quince cajones mellados para artículos de uso personal, dos mesas de madera ordinaria, cuatro sillas comunes, una estufa y un cajón de metal para guardar el carbón. Salvo por el hecho de no estar ocupada por gente de la RAF que, en aquellos días anteriores al armisticio, nunca habrían pulido el piso de linóleo hasta darle un brillo de espejo, lustrado el metal de la estufa de manera que parecía cromado, cepillado la mesa de madera hasta que daba al ambiente un olor a pino, o, en fin, doblado las mantas con semejante pulcritud.

Sobre cada espacio entre las camas, un marco de madera recuadraba un papel rectangular cuidadosamente escrito. Cada uno de ellos daba el nombre de un general británico. El capitán se dirigió a los cuartos situados al final de la barraca, que en épocas pasadas habían albergado al suboficial de guardia. Douglas notó que casi era posible distinguir, en tenues contornos y debajo de la pintura, los nombres de algún cabo de la RAF olvidados hacía largo

tiempo. Ahora, fijo en lo alto de ese cuarto, un marco de bronce contenía una tarjeta de visita grabada. Decía, en letras góticas: «Dieter Scheck, Unterfeldweibel 34. Füsilier-Regt».

—Scheck es uno de mis hombres —le explicó el capitán—. Exartillero. Se ha ido a Alemania de permiso. Podemos usar este cuarto —dijo, y les abrió la puerta.

Era diminuto, pero el alemán había hecho todo lo posible por darle cierta comodidad. En la pared había un pequeño crucifijo antiguo con su Cristo tenso y angular, inconfundiblemente alemán en su estilizada agonía. Sobre la cama de metal había una tarjeta postal coloreada, una reproducción de la Madonna y el Niño de Giotto. Douglas ojeó el estante con libros: una biografía de Wagner, una traducción de Wordsworth, una Biblia, unas cuantas novelas policiales en alemán y varios libros sobre ajedrez. En la mesa de luz había una caja con piezas de ajedrez, un tablero doblado, unos formularios del Feldpost y una factura de un comerciante en telas de Oxford.

—¿Le servirá?

Era demasiado pequeño, pero Douglas dijo que le serviría.

—¿Se quedará? —preguntó al capitán, con la esperanza de que hubiese cambiado de parecer.

—Sí —dijo éste. Douglas cerró la puerta con llave y se guardó la llave en el bolsillo.

—¿Está armado, capitán?

—No. ¿Por qué?

Douglas sólo quería saber si había algún arma en el cuarto, pero se limitó a encogerse de hombros, sin responder. Detestaba tener que dar explicaciones. Nunca tenía que explicar nada a Harry. Al abrir la esposa que sujetaba la muñeca de Spode, le dijo:

—No haga ninguna tontería, muchacho.

Spode sonrió. Tenía una cara infantil y era el tipo de hombre que aún puede pasar por tener dieciséis años cuando tiene treinta, salvo que los hombres como él no tienen el aspecto de juventud que dan unas mejillas sonrosadas y un pelo rizado. No era apuesto en el sentido en que lo es un actor de cine y tampoco tenía presencia, voz profunda o rasgos sobresalientes. Sin embargo, tenía la actitud inocente y serena de un niño y era difícil pasar por alto esta cualidad.

—Si su nombre es Spode, y es hermano de...

—No se preocupe por todo esto —dijo Spode, y sonrió—. Le molesta que... —dijo y comenzó a quitarse el guardapolvo. El movimiento fue torpe a

causa de la falta de un brazo, pero consiguió hacerlo sin ayuda. Dejó el guardapolvo de algodón, húmedo de lluvia, sobre el respaldo de una silla. Debajo sus ropas eran viejas, pero de buena calidad, y Douglas advirtió que tenía una mano blanca y suave, como la de un niño de corta edad—. Dígame cómo me localizó —dijo. No había en la pregunta el menor deje de queja, amargura, reproche. Pocos hombres arrestados por Douglas habían hecho gala de la paz consigo mismos que mostraba éste.

—El pivote de su brazo artificial. Lo encontré en el departamento de Shepherd Market. Había rodado debajo de una silla.

—Sabía que era arriesgado venir aquí hoy, pero me resulta muy difícil desenvolverme sin el brazo.

—Tuvo mala suerte —le dijo Douglas con aire comprensivo.

—La verdad es que sí, ¿no? —El comentario pareció reconfortarle—. Sabía que había una probabilidad de que hubiese caído en el departamento, pero era una probabilidad de uno contra un millón.

—Ni más ni menos —convino Douglas—. Usted está empleado en este campamento, ¿no?

—¡Tengo mis papeles en perfecto orden! No tengo por qué hacer trabajo obligatorio en Alemania. Eso es solamente para los hombres *aptos* desde el punto de vista físico y dentro de las edades de dieciocho a cuarenta años. Creía que llegaría por el camino, ¿eh? ¡Casi conseguí pasar delante de usted!

—Casi.

—Y tampoco pudo agarrarme en la escuela de Beech Road.

—Fui descuidado.

—Sólo buscaba una oportunidad de conversar con usted. Buen chico, su hijo. Le pregunté a qué hora estaba usted en casa, para ir a visitarle y conversar.

—¿Para entregarse?

—Dicen que usted es un hombre honrado. Siempre atrapa a su presa. Es lo que dicen los diarios, ¿no? Parece que tienen razón —dijo Spode, sonriendo.

—¿Mató usted a su hermano?

—Sí, lo maté —respondió, pero no sonreía ya.

—¿Por qué?

—¿Tiene alguien un cigarrillo?

—Sí —dijo Douglas, pero el capitán de artillería había sacado una de esas pitilleras gruesas que según algunas madres pueden proteger a un hijo contra un balazo.

—¿Por qué no prueba los míos? —preguntó—. ¿Qué prefiere, inspector? Tengo franceses, tengo turcos y tengo norteamericanos.

Douglas le miró un instante antes de responder. Por fin dijo:

—Hace muchísimo que no saboreo un cigarrillo francés. —El capitán le pasó uno y se lo encendió antes de preguntarle:

—¿Autoriza al prisionero a fumar?

—Sí.

Spode estaba sentado en una silla muy derecha cuyo respaldo estaba casi contra la puerta. El capitán le ofreció la pitillera.

—Turcos a la izquierda... aquí están los franceses... siempre se les cae el tabaco... los norteamericanos a la derecha.

—Gracias —dijo Spode. El capitán le encendió también el cigarrillo.

Después de exhalar una nube de perfumado humo azul, Spode agregó:

—Amaba a mi hermano... más que a nadie en el mundo. —Miró por la ventana, hacia donde el sol rojizo de la tarde se hundía en un furioso hervidero de nubes de lluvia—. Mi hermano quería que yo fuese músico. — En este punto se detuvo como si esto bastase para hacer comprender a Douglas por qué había amado a su hermano—. Mi padre no tenía fe en mí. Me quería también, pero no tenía fe en mí, en Dios, en nada. —Contemplaba su cigarrillo como si sus pensamientos estuviesen sumamente alejados—. Siento lástima por mi padre... que Dios le bendiga. —Siempre preocupado, levantó el cigarrillo hasta la boca con un gesto delicado y lo aspiró con fruición.

—¿Y por qué mató a su hermano? —La intención de Douglas era sonar brutal, y lo logró.

Spode no se agitaba con tanta facilidad. Sin dejar de fumar, sonrió.

—Lo maté. ¿No basta con eso? ¿Quiere además una confesión firmada?

—Sí —repuso Douglas.

Spode hizo uso del único papel de escribir que había allí, un formulario del Feldpost que estaba sobre la mesa. Tomando un lápiz de un bolsillo garabateó algo en el papel; parecía libre de la torpeza de esos torpes dedos pálidos de manco. «Yo maté a mi hermano», escribió, y estampó su firma al pie. Luego pasó el papel al capitán alemán.

—Firme como testigo, por favor, capitán —dijo.

El capitán firmó el papel y consignó su rango, número y la fecha del día bajo la confesión firmada y entregó el papel a Douglas.

—Gracias —dijo a Spode—. Pero todavía quiero saber el motivo.

—Realmente me recuerda a alguien de esas viejas historias de detectives —observó Spode—. El detective tiene que buscar medios, motivo y oportunidad. ¿No es eso lo que inculcan a los detectives en la escuela de policía?

—No —dijo Douglas—. Es sólo lo que les enseñan en las novelas policiales.

—Hace años que no fumaba un cigarrillo tan bueno —comentó Spode—. ¿El suyo es también excelente, inspector? Me imagino que en la cárcel no hay cigarrillos. —No había nada de desafiante en su tono. Hablaba más bien como un niño ingenuo, franco y sin malicia. Douglas comprendía bien por qué tanta gente estaba dispuesta a protegerle.

—¿Estuvo en el ejército? —preguntó a Spode.

—Mi hermano y yo trabajábamos juntos en un laboratorio, pero cuando llegaron los tanques alemanes, traté de incendiar uno con una botella de gasolina. En la Guardia Territorial los llamábamos cocktails Molotov. El instructor lo describía como fácil, pero la botella que yo usé no se inflamó. ¿Estuvo usted también en la lucha?

—No. Los primeros alemanes que vi fueron una banda militar que desfilaba por Oxford Street y me dijeron que durante la noche habían declarado a Londres ciudad abierta. —No fue la intención de Douglas sonar como si se disculpase, pero la tarea de arrestar a alguien que ha perdido un brazo luchando solo contra un tanque hacía difícil evitar esto.

—No se perdió nada —dijo Spode—. Todo terminó antes de haber empezado. Sólo un tonto intenta trabar la oruga de un Mark IV con una palanca para arreglar neumáticos. El tanque pasó junto a mí casi sin verme... y se llevó mi brazo —Spode suspiró y luego sonrió—. Que usted estuviese allí no habría significado ninguna diferencia, créame, inspector.

—Con todo...

—¿Es una confesión lo que usted quiere... o bien una absolución?

El capitán se quitó la gorra y frotó la banda interior de cuero. Sufría de calvicie prematura y el pelo fino y lacio no ocultaba mucho el cuero cabelludo pálido. Haberse quitado el sombrero le envejecía unos veinte años, pues no tenía mirada de hombre joven. Se le ocurrió a Douglas que no era éste un lugar apropiado para un interrogatorio. Spode no daba la impresión de estar tomando en serio su arresto.

—Su hermano había sufrido quemaduras por radiación —dijo Douglas—. ¿Sabe usted qué es eso?

—Soy físico —observó Spode—. Claro que lo sé.

—¿Trabajaba usted con él?

—Estábamos en el grupo del profesor Frick.

—¿Dónde?

—En un laboratorio.

—No sea tonto, muchacho —le dijo Douglas—. Tendrá que decírmelo tarde o temprano.

—¿Qué significa radiación? —preguntó el capitán.

—Es una especie de emisión proveniente de núcleos atómicos inestables —explicó Douglas—. Puede ser fatal.

—Era la primera vez que disputábamos por algo —dijo Spode—. Mi hermano siempre me protegió. Me ayudaba a hacer los deberes, me salvaba de los chicos matones, se hacía castigar en mi lugar para que a mí no me culpasen. Yo le amaba y le admiraba... Nunca habíamos peleado hasta que empezamos a trabajar en ese maldito experimento para la bomba atómica. Nunca quise trabajar en la bomba. Le dije que nos costaría la vida y nos costó la vida.

—A él lo mató una bala —le recordó Douglas.

Spode reflexionó un instante sobre esto y luego hizo un gesto de asentimiento.

—¿Trajo el pivote del codo? —preguntó.

Douglas metió una mano en el bolsillo y lo sacó. Cuando se lo entregó a Spode, éste lo estudió como si no lo hubiese visto nunca antes.

—¿Lo encontró en el departamento? —preguntó.

—Así es —dijo Douglas. La actitud de Spode frente a la pieza de aleación metálica era la de alguien completamente maravillado. Esto no sorprendía mucho a Douglas. Había conocido a otros hombres igualmente fascinados por la evidencia que por fin les traicionaba y les costaba la vida. Sólo después de que hubo guardado otra vez la pieza en su bolsillo, advirtió la otra forma sólida en el otro bolsillo. Le había mostrado la pieza de metal más liviano sin el cañito de refuerzo, en lugar de la que tendría que presentar como evidencia. No era cuestión de comentar nada sobre ello, de todos modos. En aquel momento, no parecía tener ninguna importancia.

—Llegué allí temprano —dijo Spode—. Sabía que siempre dejaba la llave debajo de la alfombrita. Entré y lo esperé.

—¿Con un arma?

—Él tenía el arma, inspector. La compró en una taberna cerca de la terminal ferroviaria de Euston. Pagó tres libras por ella. —El cuartito se oscureció y de pronto se oyó el ruido de gotas de lluvia sobre los vidrios de la

ventana. La escasa luz que entraba por ella brillaba sobre la mesa y destacaba los contornos del crucifijo.

—¿Por qué?

—Sufría muchísimo. Aparte de ser físico, era doctor en medicina. Sabía que todo había terminado para él.

—¿Quiere decirme que fue suicidio? —le preguntó Douglas.

—Es difícil explicarlo —dijo Spode—. Los dos conocíamos los riesgos. Una vez que se emprende una investigación como ésta, el movimiento de neutrones empieza a aumentar y antes de que uno sepa qué ha sucedido, se encuentra frente a una reacción en cadena.

—Pero ¿pelearon ustedes? —preguntó Douglas.

—Él no tenía escudo protector, pero yo sí —Spode se persignó—. Peleamos porque yo estaba preocupado por él, por él y por su alma.

El capitán se puso la gorra.

—¿Es eso asesinato, inspector?

—Asesinato significa matar con premeditación y alevosía... expresa o implícita.

—¿De modo que no es asesinato?

—Es el tribunal el que debe decidirlo —dijo Douglas—. Vamos, muchacho. Vuelva a ponerse el abrigo —Douglas se puso de pie y miró por la ventana. Seguía lloviendo.

—Eleazar —dijo Spode— se entregó a la muerte para salvar a su pueblo.

—¿Quién es Eleazar? —preguntó Douglas. Cuando se volvió hacia Spode, vio que éste estaba arrodillado, como si estuviese rezando. Esperó, incómodo, sin saber qué hacer, como suele ocurrir en presencia de una actitud de intensa devoción. La plegaria musitada por Spode apenas se oía, pues tenía el rostro cubierto con una mano. Fue entonces cuando cayó muy despacio contra las rodillas de Douglas. Quedó tendido de costado y por fin se volvió boca abajo, golpeando el suelo con la cabeza.

Douglas se inclinó y asió a Spode por el cuello, mientras con los dedos hurgaba dentro de la boca entreabierta. Olió entonces el olor acre e inconfundible de almendras amargas.

—Cianuro —dijo.

—¡Se envenenó! —Volvió el cuerpo boca arriba y miró a su alrededor en busca de agua para enjuagarle la boca—. Llame a su sección médica —dijo al capitán—. Que traigan estimulantes cardíacos. Podríamos salvarlo.

El capitán levantó el teléfono.

—No, se murió —dijo con calma—. Vi los efectos de esas cápsulas cuando las patrullas de arresto detenían a los Criminales de Guerra en los primeros días consecutivos al armisticio. —Agitó la horquilla con impaciencia y dijo por teléfono, que parecía sonar en vano—: Vamos, vamos.

El cuerpo exangüe de Spode no respondió a los esfuerzos de Douglas por hacerle vomitar. Tenía los ojos vidriosos y no se palpaba el pulso.

El capitán depositó en la mesa el teléfono.

—Malditos operadores —exclamó—. El ejército se va al diablo ahora que terminó la guerra. Lo único que piensan todos es en cuánto tiempo tardarán en volver a la vida civil.

—Pobre chico —dijo Douglas. Cerró los párpados a Spode.

—No es usted católico, ¿no?

—No —repuso Douglas—. No soy nada.

—Nunca comprenderá, entonces —dijo el capitán.

—Por qué no ponerme a prueba...

El capitán observó a Douglas con aire pensativo y luego posó la mirada en el cuerpo de Spode.

—Santo Tomás de Aquino argumentaba que el suicidio es un pecado por ser una ofensa contra la sociedad. Al tomar la propia vida un hombre priva a la sociedad de algo que le pertenece en forma legítima. Y la teología moderna ha extendido la compasión hasta los hombres que dan su vida por un bien mayor... los médicos que deliberadamente arriesgan la vida durante las epidemias, los religiosos que se arriesgan a la persecución en un estado ateo. Y están las santas vírgenes que se mataban antes que dejarse violar. Todos ellos son venerados hoy como mártires.

—Eleazar. Le oí decir «Eleazar».

—Quien se expuso a la muerte para salvar a su pueblo. Sí, para el suicidio no todo está perdido. La esencia y la belleza del sacramento es y debe serlo siempre, la reconciliación. Y si poseemos caridad suficiente para creer haber visto arrepentimiento antes de la muerte, hasta podría concedérsele un entierro religioso.

—Pero...

—Mató a su hermano. Un católico no habría deseado vivir mucho tiempo con semejante crimen en la conciencia.

—Debí haberle registrado.

—¿Qué le importa a usted? Tiene su confesión, su papelito escrito. Puede cerrar este legajo, ¿no?

## Capítulo veintidós

—Debería hacerle fusilar por esto —le dijo Huth tan pronto como habló por la línea privada.

Douglas no repuso.

—Se va por su cuenta, sin dejar un número por el cual comunicarse con usted, ni decirme a mí ni al sargento Woods en qué actividades está empeñado. Después de esto, se mete en un establecimiento de las fuerzas armadas... —Huth calló, como si no encontrase las palabras adecuadas para proseguir—. Esos canallas del ejército siempre están tratando de descubrirnos algún punto débil y usted les ha dado la oportunidad ideal de quejarse. ¿Se da cuenta de que debí pasar los últimos diez minutos pidiendo disculpas a un infeliz coronel del ejército...? Mirarle me da odio, Archer. ¿Por qué diablos no dice nada? ¿Le comieron la lengua?

—Tengo la confesión firmada —dijo Archer.

—Idiota. Tengo mil hombres trabajando en este asunto, Estoy llevando adelante investigaciones desde la planta de agua pesada de Noruega hasta el Instituto Curie de París. ¿Cree que me interesa una confesión garabateada sobre un asesinato vulgar? ¿Cuando el asesino ha muerto ya!

—Me dijo que encontrase al asesino —dijo Douglas—. Lo encontré. Y los novecientos noventa y nueve hombres que acaba de, mencionar no lo encontraron. Además, traje una confesión escrita. ¿Qué más diablos quiere?

Hubo una breve pausa. Al cabo de ella Huth dijo:

—¡Ah! ¡Por fin! No sabía que era capaz de enojarse. Nunca le había oído levantar la voz.

—Ahora que sé que le gusta, gritaré todo el tiempo.

—Escuche bien, Archer. Malogró toda esta investigación. Yo no quería el cadáver de Spode. Quería saber más acerca de él: lo que sabía, lo que hacía, con quién hablaba por teléfono. Y yo habría interceptado su correspondencia para obtener una pista que me llevase a su cuadrilla de bandidos. —Antes de

que Douglas pudiese responder, Huth prosiguió—: ¿La sacó del bolsillo, o la tenía fija al paladar? La cápsula de cianuro... ¿Dónde la tenía?

—¿Qué diferencia hay?

—Se lo diré —dijo Huth con renovado fastidio—. Si la tenía en el bolsillo, necesito agentes más eficaces para efectuar arrestos. Si esta gente tiene la técnica de meterse cápsulas de cianuro entre los dientes, será necesario revisar todas las técnicas de arresto. Además, quiero verlas en télex antes de la mañana.

—La tenía en el bolsillo. Se persignó y rezó. Seguramente se la metió en la boca entonces.

—¿Y usted se quedó allí mirándole como un tonto?

—Sí.

—¿Y el otro tonto del capitán se quedó mirando también?

—Sí.

—¿Y ninguno de los dos le vio metérsela en la boca?

—No, señor. Claro que no.

—No me dé frases hechas como «No, señor, claro que no». Las conozco. Hice revisar las listas de la Gestapo en Berlín mientras hablaba por teléfono. Alguien acaba de dejarme la respuesta en télex sobre el escritorio. Este capitán Hesse es católico. ¿Lo sabía?

—No hablamos de teología.

—Ojalá hubiesen hablado de teología. Este Spode también era católico. ¿Sabía esto?

—Hay ahora razones para suponerlo —dijo Archer.

—No sea sarcástico conmigo, Archer. No me gusta. Le hago una simple pregunta y pido una respuesta franca. Desde el momento en que usted arrestó a Spode, ¿hubo la más pequeña oportunidad de que este capitán le pasase alguna cosa?

—No hubo la menor oportunidad, señor.

Se oyó el crujido de papeles cuando Huth hojeó los informes que tenía sobre el escritorio. Por fin dijo:

—No prepare ningún informe escrito, ni siquiera notas, por el momento. Analizaremos esto juntos. Si le sale mal esto, inspector Archer, se encontrará de pronto en Dachau. ¿Sabe qué es Dachau?

—He oído rumores.

—Son todos verdad, créame. —La nota de ansiedad en la voz de Huth era perceptible—. El Reichsführer de las SS puede requerirme un informe

personal. Necesito estar seguro de que está enteramente correcto. Yo mismo haré un borrador esta noche.

—Muy bien, señor.

Después de un largo silencio, Huth comentó:

—Hizo un buen trabajo, detective Archer. Debo admitirlo.

—Gracias, señor —dijo Douglas. Huth había colgado ya el receptor. Durante largo rato permaneció en la oficina que le había facilitado el capitán, la del oficial de Transportes. El ejército alemán seguía aún sin motorizarse y desde la ventana Douglas alcanzaba a ver hileras de caballerizas prefabricadas y olía asimismo el estiércol apilado en los terrenos. Había oscurecido casi, pero no encendió la luz. Se quedó mirando por la ventana. Los faroles sobre las puertas de las barracas se reflejaban sobre los charcos negros que temblaban bajo el viento frío. Reinaba un silencio mortal. Le resultaba difícil creer que allí, en aquel gran recinto cerrado, se albergasen varios centenares de prisioneros, o detenidos, como los llamaban los alemanes, así como la mayoría de los sobrevivientes del 34 Füsilier-Regiment, encargados ahora de cumplir tareas de vigilancia.

Encendió la luz del escritorio y con aire distraído miró los diarios y revistas apilados sobre el papel secante. Había ejemplares con envoltura postal de periódicos locales de Stuttgart y también uno reciente de *Signal*.

La tapa de esta revista estaba dedicada en su totalidad a presentar una fotografía de cuerpo entero del general Fritz Kellerman. Aparecía de pie bajo un cartel que rezaba «Scotland Yard». La leyenda decía: «Siguiendo los pasos de Sherlock Holmes. Un general de la policía alemana está al mando de Scotland Yard, en Londres».

Al volver las páginas, vio el artículo que se extendía a lo largo de tres páginas dobles de fotografías. Douglas mismo aparecía en lugar prominente en la más importante. Se le veía mirando el diario de los pescadores, *Angler's Times*, junto a Kellerman, salvo que un retocador había pintado la tapa de dicha revista para eliminar el título. «El general Kellerman imparte órdenes al famoso Archer del Yard, gran detective británico, no obstante su juventud, que ha sido descrito como el Sherlock Holmes de la década del cuarenta. Como la mayoría de los miembros de la policía, ha acogido con gran beneplácito los modernos y científicos métodos de lucha contra el crimen introducidos por su nuevo superior alemán. El inspector Archer y sus colegas hablan con gran admiración de su general y en círculos privados le llaman “Papá”».

Había bastante más en la misma vena periodística adulona. Douglas sintió escalofríos al pensar que sus amigos pudiesen llegar a creer en semejantes patrañas. Sólo en aquel momento comprendió qué había querido decir Mayhew al comentar que era conveniente mantenerse al margen de las revistas de moda. ¡Claro! Este artículo seguramente provocó el ataque de que fue objeto en la estación subterránea de Piccadilly. Después de cerrar la revista apoyó las dos manos en ella, como para suprimir su contenido. Maldito Kellerman. Todo era parte de su rivalidad con Huth y con la SD. Tal vez se trataba de un paso más, de gran valor, hacia el puesto de Reichskommissar, si acaso Kellerman buscaba ese nombramiento. El hecho era que aquello colocaba a Douglas en medio de una lucha por el poder con la cual no quería nada, aparte de que ponía en peligro su vida.

Malditos todos. Maldita Scotland Yard y maldito Harry Woods, y Mayhew, y todo el resto. Todos buscaban sus propios intereses. Hasta Harry parecía correr tras un deseo de adolescente de jugar a los héroes. Y maldito capitán de artillería, el que llamó a Douglas de «la Gestapo». Quizá no debería haberlo protegido contra las suspicaces preguntas de Huth en cuanto a la entrega de la cápsula de veneno, para que ese hombre descubriese por fin cómo era en realidad un interrogatorio de la Gestapo.

Sólo cuando Douglas recordó el hecho comprendió algo que con seguridad había estado todo el tiempo en su subconsciente. El capitán *había* pasado la cápsula a Spode. Seguramente estaba dentro del cigarrillo. Eligió primero el cigarrillo de Douglas para entregárselo y después ofreció la pitillera a Spode. Recordó el comentario sobre el tabaco suelto. ¿Se debía ello a que apretó el extremo del cigarrillo para encontrar la cápsula oculta entre esas hebras sueltas? Además, el capitán estaba en posición de poder tener acceso a medios tan sofisticados como una cápsula. Hasta había reconocido haber visto su uso al arrestar gente durante los días consecutivos al cese de la lucha. Cualquier oficial al mando de una patrulla encargada de efectuar arrestos tenía que haber encontrado cápsulas sin usar.

Todo concordaba perfectamente. Las quejas aprensivas sobre el trabajo no eran otra cosa que la ansiedad derivada del temor de ver aparecer inesperadamente a un funcionario de la SIPO. El capitán le ofreció acompañarle y luego trató de impedir el arresto cuando le prohibió efectuarlo dentro de la jurisdicción de los cuarteles. Tal vez fue el capitán mismo quien obtuvo para Spode, compañero en la conspiración, el pase que le permitía entrar en el depósito por la entrada reservada al personal.

Y fue el capitán quien separó el pivote de la caja de latón para entregárselo a Spode en secreto. Y también fue el capitán quien ubicó a Douglas en aquel asiento de la casilla de guardia que le impedía ver hacia fuera mientras Spode llegaba para acudir a su cita, no por la carretera pública, sino desde el campamento de prisioneros de guerra. El almuerzo prolongado y la conducta de quien ha bebido en exceso fueron pura comedia. Probablemente pasó la hora del almuerzo recorriendo todos los rincones del campamento para encontrar a Spode. Al no encontrarlo, volvió a la casilla y comenzó a conversar animadamente con Douglas para distraer su atención del lugar por el cual aparecería Spode. Hasta la forma en que dejó a sus soldados en posición de firme no era casual, sino que había tenido por objeto reducir a un mínimo su eficacia como guardias. Y cuando se efectuó el arresto, el capitán tomó un rifle de la infantería. ¿Tuvo acaso intención de matar a su amigo conspirador antes de que éste hablase?

Sus cínicos comentarios sobre la Convención de Ginebra y su dura manera de tratar a Wentworth no fueron más que acciones tendentes a alejar toda sospecha. Deliberadamente condujo a Spode al cuarto de un Unterfeldwebel católico para que la visión del crucifijo le proporcionase algún consuelo en los últimos momentos de su vida. Y su preocupación por las sutilezas teológicas del suicidio, en contraposición con el asesinato, no estaba dedicada exclusivamente a Spode. Ahora comprendía Douglas por qué la voz del capitán había tenido en aquel momento ese deje profundo de angustia... ahora, el capitán tenía un pecado, como él, con el cual convivir.

Se aproximó a la ventana. La construcción era endeble y sentía la vibración provocada por los movimientos de los caballos encerrados en los establos a pocos metros. El terreno abierto, afuera, estaba mojado, pero había dejado de llover. Entre las nubes que se deslizaban a toda carrera alcanzaba a distinguir unas pocas estrellas. Y ahora comprendía la angustia religiosa de los hombres, ya que, por primera vez en su vida, dudaba de su propia fe como hombre de la policía.

Oyó el motor de un vehículo pesado que atravesaba el patio de transportes automotores en un extremo de los establos. No lo veía, pero cuando miró su reloj, decidió que era la hora en que seguramente debería llegar la ambulancia desde Londres.

Encontró a dos hombres de guardia en la oficina de transportes automotores, uno, un empleado de aspecto anémico, con granos y una sonrisa fácil. El otro era mecánico, un hombre musculoso de unos sesenta años, con un bigote rizado y anteojos con armazón de metal. No había llegado ninguna

ambulancia, según informaron. Douglas se sentó con ellos y les preguntó si les gustaba Inglaterra. Ellos le preguntaron, a su vez, dónde había aprendido a hablar ese alemán excelente.

—Y usted trajo ese Railton —dijo el Oberfeldwebel alto—. Mire, eso es lo que yo llamo un coche de verdad. No es como algunas de esas porquerías que tenemos que cuidar aquí —añadió, señalando con un dedo mandado de nicotina en la dirección donde se alineaban los viejos camiones de Opel, los Austin requisados y los flamantes modelos para uso militar de los Volkswagen, todos ellos con la divisa pintada, un pescado que era la marca de la División. Habían reclutado a la mayoría de los hombres de la División en la Selva Negra y el acento de este hombre tenía aquella especie de cadencia monótona que suele oírse a menudo en esas aldeas.

Douglas contempló la oficina donde estaba. En la pared había la hilera habitual de tableros para colocar disposiciones y sobre ellos, una orden firmada por el oficial al mando de la sección. En ella aparecían los nombres de los oficiales del personal del campamento que contaban con automóviles para su transporte personal.

—Lo he visto en alguna parte —dijo de pronto el hombre mayor, dirigiéndose a Douglas.

—Es poco probable —repuso éste, y siguió leyendo la nómina de automóviles asignados.

—Nunca olvido una cara —insistió el otro—. ¿Verdad, Walter? No, nunca olvido una cara.

—Es famoso por eso —dijo su subordinado con aire obsequioso—. Nunca olvida una cara.

—Usted es policía. ¡Adiviné! —El hombre le dirigió una ancha sonrisa complacida—. Usted pertenece a Scotland Yard. Recuerdo haber visto en la hoja cuando le llenamos el tanque que... Espere un minuto... no, no me lo diga, lo recordaré al instante...

El empleado sonrió a Douglas, como sonríe el vendedor que hace la demostración de un juguete mecánico especialmente ingenioso.

—Archer del Yard. Usted es Archer del Yard. ¿Dónde diablos estuve leyendo yo acerca de usted hace poco tiempo...?

Douglas no le ayudó a recordarlo.

El Oberfeldwebel agitó la cabeza y su entusiasmo rayaba ahora en la incredulidad.

—Usted es el detective que resolvió los envenenamientos de Bethnal Green y atrapó al «Destripador de Rottingdean» antes de la guerra.

El hecho de que Douglas no admitiese haber resuelto los crímenes mencionados no significó nada para el hombre. Ni siquiera contribuyó a detener su narración.

—¡Archer del Yard! Vaya, es increíble. Yo sigo los misterios de ciertos asesinatos. Tanto en la ficción como en la vida real. En mi departamento de Forbach tengo un cuarto lleno de libros, revistas y recortes de diarios. — Después de quitarse la gorra grasienta, se rascó la cabeza—. Estuve leyendo acerca de usted... hace muy poco... Había oído hablar de usted antes, desde luego. Usted es famoso... pero leí acerca de usted. ¿Dónde leí algo sobre él, Walter?

—En *Signal*, Oberfeldwebel —contestó el empleado.

—Claro —dijo el hombre mayor y se golpeó con un puño enorme la palma de la otra mano—. La primera vez que lo oí mencionar fue en relación con ese caso de Camden Town. El hombre que mató a su mujer con mariscos en mal estado..., creo que fue cangrejos... y casi logró salir impune. Buen trabajo de detective, el que usted hizo. Debió ser en 1938.

—Diciembre de 1937 —dijo Douglas—. Y no en Camden Town... en Great Yarmouth.

—Great Yarmouth, exactamente, y usted se enteró por la hermana de la víctima de que ésta tenía alergia a esos mariscos. —El alemán retrocedió un paso para mirar bien a Douglas. Después de mirarle de arriba abajo, volvió a agitar la cabeza—. Quién habría imaginado nunca que me encontraría aquí, hablando como hablo en este instante con Archer del Yard. ¿Café?

—Sí, por favor —respondió Douglas.

El hombre se quitó los anteojos y los metió en un estuche de cuero antes de guardarlos en un bolsillo de su mono.

—Traiga tres cafés, Walter —dijo—. Dígale al Feldwebel que los pedí yo y que sea café de verdad, no esa porquería de *ersatz*. Y también una jarrita con crema, si quiere que le ajuste bien esa maldita motocicleta.

—Tendría que haber llegado ya la ambulancia —señaló Douglas.

—Se detendrán a tomar café en el camino —dijo el hombre—. Son de las SS, ¿no? Esa gente sabe cómo darse buena vida y nuestra Feldgendarmerie no se atreve a detenerlos. —Consultó entonces su reloj de bolsillo antes de proseguir—. Vienen a llevarse el cuerpo, según oí decir. Sin duda debí haber atado cabos cuando me enteré de que estaba usted con el capitán Hesse.

—¿A qué cabos se refiere?

—A dos —repuso el hombre—. A que usted haya llegado de Scotland Yard y luego haya pasado el día con un oficial de la Abner.

El hombre rió otra vez.

—No tiene por qué mantener esa farsa conmigo —dijo—. No se lo diré a nadie. De todas maneras, hay muchísimas personas que están enteradas en cuanto al capitán Hesse.

Douglas miró al hombre, tratando de ver qué quería decir. La Abwehr era la rama del servicio de informaciones del ejército relacionada con informaciones extranjeras.

—¿Qué está haciendo aquí un oficial de la Abwehr? —preguntó.

—Usted debe saberlo mejor que yo. El capitán... en realidad es sólo teniente, pero la Abwehr usa el uniforme que quiere y... todos van y vienen a donde quieren, como él. Tenemos allí ese hermoso automóvil Horch, el asignado en esa nómina, para su uso exclusivo.

En aquel momento apareció Walter con una bandeja y dos jarras.

—Estaba hablando de nuestro capitán Hesse, Walter —dijo el viejo—. Le decía al inspector Archer qué buena persona es.

Walter sonrió después de haber captado la afirmación de que el Oberfeldwebel estaba en términos de la mayor amistad con el policía. Cuando hubo vertido las tres tazas de café, las bebieron en silencio.

—Mi mujer y mi hijo no lo creerán jamás, cuando les escriba —dijo el Oberfeldwebel—. Los dos conocen todos los casos de asesinatos más famosos. El próximo viaje a Londres pensaba sacar fotografías de ese famoso lugar de Pimlico donde encontraron los restos de la chica... en los asesinatos con el cuchillo para cortar pan... ¿Recuerda? —El jarro lleno de café tenía tapa, y le abrió para aspirar el aroma—. ¡Ah, esto me recuerda algo, Walter: el capitán Hesse llamó por teléfono poco antes de llegar nuestro visitante! Se llevará el coche esta noche, hacia la medianoche. Cuide que tenga el tanque lleno y que su tarjeta esté lista para la firma. Usted sabe cuánto detesta que le hagan esperar. —Volvió a ponerse los anteojos para estudiar la nómina de vehículos que figuraban en el tablero con fechas del día siguiente—. ¿De modo que piensa esperar aquí hasta que llegue la ambulancia, inspector? —preguntó, atusándose el bigote rizado.

—No —dijo Douglas, obedeciendo a un súbito impulso—. Se ha dispuesto ya todo para que se traslade el cadáver. Me iré con mi coche ahora mismo. Intentaré acostarme temprano, para variar un poco.

El Oberfeldwebel le acompañó por el patio hasta el punto en que estaba estacionado el Railton. Conversaron ahora sobre el rendimiento y la velocidad del automóvil. Cuando Douglas subió a él, el viejo alemán hizo una suave caricia a la superficie pintada.

—Entonces sí que sabían fabricar automóviles —comentó.

El frío aire nocturno les trajo el sonido, muy suave, de música lejana. El hombre advirtió que Douglas inclinaba la cabeza para escuchar.

—Es el coro —dijo Douglas—. El coro de la División Estado Mayor. ¡Niños! Les llamaron a combatir después de haber cesado la lucha. No saben lo que es una guerra. Mire a ese chico con acné, Walter, que tengo en la oficina... son turistas, no soldados.

—¿Y cantan en el coro? —Se oía el canto con mayor claridad ahora: *Noche de paz*, cantado por dos docenas de vigorosas voces de muchachos, pero el efecto era bastante musical.

—Habrá una gran fiesta para los niños ingleses de las inmediaciones para Navidad —dijo el alemán—. Me sorprende la cantidad de dinero que han recolectado. Faltan semanas hasta que llegue Navidad. —El automóvil recibió otra caricia—. Vendrán cada vez más reclutas jóvenes y los viejos volveremos a Alemania y muy pronto se habrá olvidado la lucha.

—Tal vez —comentó Douglas.

—No la olvidaremos aquellos de nosotros que tomamos parte en ella, pero no estaremos aquí para hablar, ¿no?

Douglas puso el motor en marcha.

—Excelente café —dijo.

El viejo se acercó a él y le dijo con tono confidencial:

—Si alguna vez quiere que le haga un servicio completo del auto, venga a verme, inspector. —Al hablar se palmeó la nariz, para indicar que se guardaría el secreto sobre dicho trabajo.

—Gracias. Buenas noches —dijo Douglas.

Avanzó hasta la barrera que separaba la entrada al patio de automotores. Cuando se detuvo allí en espera de que se levantara la barrera, vio llegar corriendo al joven empleado, agitando algo que bajo la luz escasa parecía un fusil enorme. El muchacho metió el cañón por la ventanilla del automóvil, de tal manera que quedó apuntando a la cabeza de Douglas. Al ver este movimiento inesperado, el centinela de una torre de guardia dirigió un foco sobre el automóvil y Douglas se sintió cegado.

—¿Qué? —preguntó, nervioso.

—¿Quiere firmármelo? —preguntó el muchacho.

Lo que había parecido el cañón de un fusil quedó identificado como un ejemplar de la revista *Signal* arrollada. Con mano temblorosa, Douglas estampó su firma en una esquina de la tapa de la revista.

—Gracias y que cace muchas presas —le dijo el empleado, muy agradecido. Era un saludo que evidentemente había preparado con cuidado.

—Buenas noches —repuso Douglas. La barrera estaba levantándose.

Pasó delante de una posada y por el angosto puente que conduce a Clifton Mamden. Era la única ruta autorizada después de oscurecer, cuando estaban cerradas todas las otras puertas del campamento. En el puente había un punto de control alemán. Cuando Douglas lo pasó, se encontró frente a un acceso lateral al pueblo, poco frecuentado, y apartó el Railton de la carretera. Apagó entonces los faros y esperó allí la llegada del capitán Hesse en su automóvil sin chapas, el Horch deportivo.

No tardó en aparecer. Dobló hacia la derecha en la intersección en T del camino más allá del puente y luego tomó la carretera que pasa por Shillingford, Wallingford y en dirección este hacia Londres.

La luna estaba en menguante y había demasiadas nubes para que se vieses sus reflejos, salvo en forma esporádica. Douglas no era un experto en misiones como ésta, pero no le costó mucho mantenerse detrás del Horch. A esa hora de la noche el tránsito era exclusivamente oficial: un largo convoy de carros del ejército tirados por caballos, uno más corto de camiones de la Luftwaffe, unas pocas motocicletas que llevaban mensajes, un autobús civil que trasladaba obreros de distintos turnos a casa o a una fábrica. Todo esto permitió a Douglas continuar con éxito la persecución.

Había en el camino media docena de puntos de control, pero ninguno de los dos automóviles fue objeto de nada más que una mirada distraída a las etiquetas pegadas en el parabrisas. Era obvio que el capitán Hesse conocía muy bien Londres. A la altura de Shepherd's Bush se internó en Holland Road y tomó una sucesión de calles torcidas y secundarias. Douglas disminuyó la marcha, temeroso de que Hesse descubriese que le seguía en aquellas calles oscuras y estrechas, pero éste no mostró señales de haber advertido nada. Se dirigía a Vauxhall Bridge Road y a ese grupo de hoteles de categoría inferior y casas de pensión modestas en el lado de Westminster de la terminal ferroviaria de Victoria. Dentro de lo que podía recordar Douglas, siempre había sido un barrio de dudosa moralidad, pero con la llegada de los alemanes se había convertido en uno de los más notorios de Europa. Pero no eran solamente las mujeres las que atraían a los soldados allí —los prostíbulos de la Wehrmacht eran más limpios, más baratos y más atrayentes para casi todos, salvo los clientes más perversos—, sino el comercio. En aquel sector era posible adquirir cualquier cosa: hombres, mujeres y niños, heroína por kilos, una pistola automática P.38 recién salida de fábrica y con su engrase de

origen, papeles de identidad falsos e incluso papeles auténticos. A pesar de las patrullas periódicas y de los severos castigos, los soldados seguían frecuentando el barrio. Era como si, no habiendo un campo de batalla, necesitasen correr algunos peligros como alternativa.

Hesse estacionó su automóvil en lo que había sido una vez el Victoria Palace Music Hall. Los padres de Douglas le habían llevado cuando era niño. Ahora se veía crecer la maleza y unas flores de las ruinas de la platea y una hilera de butacas aparecía inclinada, en una caprichosa curva, entre los restos de la platea alta. Esperó hasta que Hesse reapareciese entre las sombras de la arcada de acceso al auditorio. Hesse cruzó la calle, primero en dirección al gran vestíbulo central de la estación Victoria, donde los retratos gigantescos de Hitler y de Stalin, flanqueados por banderas y drapados, se mecían y crujían furiosos en medio del viento helado. Douglas se quedó inmóvil al ver marchar una patrulla de la Feldgendarmerie por Victoria Street. El comandante no pareció reparar en la figura solitaria de Hesse. Su largo abrigo civil con cuello de piel, el sombrero blando de fieltro puesto en un ángulo discreto, los guantes de cuero negro y la forma de caminar firme le identificaban como oficial del ejército alemán.

Esperó, pues, que el capitán se adelantase bastante mientras caminaba por Vauxhall Bridge Road, una calle iluminada por crudos carteles luminosos sobre las casas de pensión, los hoteles y un café que permanecía abierto toda la noche. De una puerta surgió un hombre con americana de *tweed* y se acercó mucho al capitán, pero luego de decidir que no era el tipo que suele adquirir fotografías pornográficas, volvió a guardarse en el bolsillo el sobre que tenía en la mano. Hesse apuró el paso y se levantó el cuello de piel para ocultarse el rostro.

Había estado ya aquí. Douglas no tenía dudas de ello, pues el capitán no miraba hacia la derecha ni hacia la izquierda, ni tampoco levantó la vista hacia el punto donde un cartel mal pintado decía «Hotel Lübeck» encima de un angosto zaguán. Había algunos fragmentos de botellas, curvos, de color verde oscuro, incrustados en el piso de linóleo sucio. Cuando Douglas siguió a Hesse al interior, los tablones del piso crujieron. El capitán no miró hacia atrás mientras subía las escaleras. Extendió en cambio una mano y, al hallar en seguida la llave, encendió la luz. Otra bombilla de poco poder se encendió en el rellano del primer piso, sobre sus cabezas.

—Bien, amigo. ¿Qué podemos hacer por ti? —Un hombre pálido, con impermeable muy ajustado por un cinturón, avanzó entre las sombras y se puso en el camino de Douglas.

—Voy arriba —dijo Douglas en voz baja, para no llamar más la atención.

—Esto es todo privado —señaló el hombre—. Es un hotel privado... todos los cuartos están ocupados... sólo pueden entrar los huéspedes y el personal. —Al decir esto apoyó la palma de la mano en el pecho de Douglas. A pesar de su fama de policía lleno de tacto y paciencia, apenas pudo contener el impulso de golpear a este hombre. Logró no golpearle, sin embargo.

—Acaba de subir un oficial alemán —dijo.

—Lo sé muy bien, amigo —repuso el hombre del impermeable, utilizando ese tono pedante tan frecuente entre los burócratas y los matones—. Lamento informarle, en cambio, de que usted debe quedarse fuera.

—Soy el chófer del capitán —dijo Douglas—. Olvidó decirme a qué hora debo volver a buscarle.

El hombre del impermeable miró con ojos evasivos las ropas de Douglas. Por fin los fijó en el rostro ansioso de éste.

—¿Es su chófer? —le preguntó con aire de duda.

—Sí. —Existe un lazo natural entre estos matones o proxenetas y los chóferes o porteros que les envían sus clientes.

—Rápido —accedió, de mala gana.

Douglas pasó junto a él y subió al primer piso a tiempo para oír los pasos del capitán que seguían subiendo más arriba del segundo piso. Apareció otro descansillo.

Cuando el capitán llegó al del tercer piso, se abrió de pronto una puerta y apareció por ella un soldado. Era un hombre inmenso, con el rostro inflamado por el alcohol y la gorra torcida. Estaba abotonándose la bragueta y cantaba *Ich hatt einen Kameraden*. Al ver al capitán Hesse subiendo las escaleras, el soldado se irguió y trató de cerrarse la chaquetilla con dedos torpes. Hesse intentó pasar, pero el soldado extendió un brazo para impedirle avanzar y se inclinó hacia él. Tenía el aire condescendiente que resulta natural en hombre de gran talla, sumado a la jovial familiaridad resultante de la bebida.

—Parece buena persona, capitán —dijo. Alcanzaba a ver la chaquetilla de uniforme de Hesse y las barras de su rango en el cuello. Apoyado en la barandilla de la escalera, prosiguió—: Va arriba, ¿eh? —Hesse intentó pasar, pero no pudo—. Qué bien, ¿no? ¡Las chicas para los oficiales en el piso de arriba! Y yo que me preguntaba por qué no nos dejaban subir a los pobres Feldgrauen.

—Por favor, déjeme pasar —pidió Hesse.

—Me hirieron en Dover, capitán —le dijo el soldado con orgullo—. Desembarqué con la primera ola. ¡Mire! —continuó, palmeándose el Escudo de Combate en Inglaterra que llevaba sobre el pecho—. No verá muchos de éstos. Sólo a los hombres de la primera ola les dieron el escudo de oro. Y no quedan muchos de nosotros, capitán.

—Déjeme pasar. —La voz de Hesse era ya más impaciente.

—Es inútil amenazarme con llamar a esa maldita Feldgendarmerie —dijo el soldado ebrio, pronunciando la palabra con exagerada lentitud. Dio varios golpecitos en el pecho a Hesse y por fin agregó—: Todos somos pecadores en este lugar. ¿Tengo razón o no, capitán? ¿Tengo razón?

Hesse dio un suave empujón al soldado y logró abrirse paso.

El soldado se volvió a medias para verle subir y levantó la voz.

—Todos somos pecadores aquí, todos, capitán. ¿Tengo razón o no? —Como nadie le respondiese, aferróse a la barandilla y comenzó a bajar con mucho cuidado. Dejó escapar un fuerte eructo y seguidamente, en forma inesperada, irrumpió en un canto desahogado: *Ich hatt einen Kameraden...*

Douglas se escondió en las sombras cuando el hombre llegó junto a él. Se oyó entonces el ruido seco de un conmutador eléctrico automático y el descansillo quedó sumido en una absoluta oscuridad. El hombre dejó de cantar.

—No quedamos muchos de esa primera ola, capitán —dijo en voz baja y con gran tristeza, antes de reanudar el descenso, sobrio de repente al recordarlo todo.

Douglas corrió escaleras arriba y pudo oír al capitán Hesse tocar una campanilla en algún punto del último piso. Dos toques cortos y dos largos. La campanilla resonó profundamente en el interior de aquel lóbrego laberinto. Después de un momento bastante largo, se oyeron unos cerrojos bien aceitados que eran corridos para abrir la puerta. Admitieron al capitán sin dirigirle una sola palabra de saludo. Douglas vio el haz de luz amarillenta sobre el descansillo y oyó el rumor de botas que se frotaban sobre un felpudo. Luego la puerta se cerró.

Trepó el resto de los escalones hasta que sus ojos se encontraron en el nivel del piso del último descansillo. La puerta por la que había pasado Hesse era vieja y tenía la pintura azul oscurecida y resquebrajada. El número de bronce, 43, estaba en parte cubierto por esa pintura vieja.

El último de los conmutadores automáticos funcionó y todo el pozo de la escalera quedó en tinieblas. Junto a la puerta, Douglas escuchó. Oía música, a Judy Garland cantando *Cuando pedimos algo a las estrellas*, pero daba la

impresión de provenir de algún otro piso. Al apretar la campanilla repitió la llamada hecha por Hesse. Tenía la sensación de que estaban estudiándole sin que él viese a su observador.

Volvieron a correrse los cerrojos y la puerta se abrió despacio. Douglas retrocedió un paso, pues no sabía qué le esperaba. La luz estaba detrás del hombre que había acudido a abrir. Vestía una chaqueta de cuero de oficial del ejército alemán y tenía la mano derecha en el bolsillo.

Douglas entrecerró los ojos, tratando de ver bajo la bombilla que colgaba en el vestíbulo.

—Quiero hablar con el capitán Hesse —dijo con rapidez, como para ganar tiempo.

—Inspector Archer. Será mejor que entre. —Era el coronel Mayhew, quien se mordió el labio en un gesto de ansiedad, poco frecuente en él—. ¿Cómo diablos descubrió este lugar?

Era un departamento sórdido, de tres habitaciones y cocina. La organización habitual para tres prostitutas y una vieja que abriese la puerta a los clientes, limpiase y preparase infinidad de tazas de café, aparte de constituirse en testigo en el caso de que uno de esos locos tomase su actividad de flagelación demasiado en serio.

Por lo menos, las cosas habían sido así hasta hacía poco tiempo. Ahora las camas estaban desarmadas y apoyadas contra las paredes y el bidet, con su esmalte quebrado, escondido detrás de un archivo. Sobre los diminutos lavabos había pilas de ficheros. De la decoración original no quedaban más que los cortinajes. Las casas de prostitutas siempre tienen cortinajes decorosos.

El capitán Hesse estaba de pie al lado de la estufa eléctrica. Tenía puesto aún el pesado abrigo con cuello de piel y sus guantes de uniforme. Apenas movió la cabeza para ver a Douglas, pero no se volvió para mirarlo de frente. En lugar de ello se estremeció y se acercó más al fuego.

—No se preocupe, Hans —le dijo Mayhew—. Es uno de mis hombres.

Hesse hizo un gesto afirmativo, como si esto no sirviese más que para sellar su suerte.

—¿Qué le trajo hasta aquí? —preguntó Mayhew con un tono enteramente neutral.

—El capitán Hesse —repuso Douglas—. Le seguí desde su campamento en Wittenham.

—Me llamó por teléfono —dijo Mayhew—. Estoy enterado de todo.

—¿Y?

—Tarde o temprano le habrían comunicado todo esto —contestó Mayhew.

Se abrió la puerta del cuarto contiguo. Un hombre que vestía uniforme de mayor de la Feldgendarmerie dijo:

—Hesse, puede entrar.

Hesse se cuadró, juntó los talones y siguió al mayor, quien cerró la puerta tras ambos.

Una vez a solas con el coronel Mayhew, Douglas se acercó al fuego y se calentó las manos, en un gesto que permitiese a Mayhew pensar qué iba a decir. Por fin éste dijo:

—Todos esos hombres son gente de la Abwehr. Hace un par de meses que estamos negociando con ellos.

—¿Negociando?

—Nos ayudarán a liberar al rey —dijo Mayhew—. El ejército alemán considera que su honor está comprometido por la situación actual. Siempre consideraron que el rey debería estar custodiado por unidades del ejército alemán, y no por las SS.

—Para mí eso es una cuestión trivial —dijo Douglas.

—*Para ellos, no* —dijo Mayhew—. El alto mando en Berlín ha autorizado secretamente a la Abwehr para que colabore en la evasión. Organizarán todo el operativo, siempre que nosotros les ayudemos a protegerse más tarde.

Douglas miró atónito a Mayhew, tratando de ver qué se ocultaba debajo de aquel hombre complejo y tortuoso.

—No está diciéndome toda la verdad, coronel —dijo por fin.

Mayhew frunció los labios. Se había dicho que estaba probando un limón especialmente ácido.

—Los alemanes se apoderaron del Instituto de Investigación de Bringle Sands en Devon. Tienen la esperanza de obtener un explosivo atómico. Fue allí donde el doctor Spode sufrió sus quemaduras por radiación. Spode robó parte de los trabajos más esenciales, de años y años de cálculos matemáticos.

—¿Los papeles que quemaron en el departamento de Shepherd Market?

—Sí. Su hermano menor, John, le persuadió de que debía impedir que los alemanes se apoderasen de semejante arma.

Mayhew acercó las dos manos a la estufa, buscando calor.

Huth está tratando de reconstruir los restos chamuscados, pero no hay nada allí.

—Algunos de los alemanes piensan que todo el proyecto es un despilfarro inútil. Otros, entre ellos Huth y Springer, consideran que si este experimento fantástico diese resultados, podría significar la dominación del mundo entero. Y los hombres y la organización encargada de llevar a cabo tal proyecto llegarían a adquirir igual importancia dentro del sistema.

Mayhew se frotó las manos con energía, de forma nerviosa, mientras sonreía a Douglas, como si admitiese sufrir una ansiedad secreta que no podía mencionar.

—Pero si los papeles fueron destruidos, ¿llevará a cabo el ejército el plan de colaborar con la evasión del rey?

Mayhew aferró a Douglas de un brazo con tanta fuerza que le provocó dolor.

—Podemos estar completamente seguros de que existe un juego duplicado de esos papeles, inspector Archer. El doctor William Spode era demasiado cuidadoso para guardar el trabajo de toda su vida en un portafolios sin tomar antes algún tipo de precaución.

—¿Cree usted eso?

Mayhew miró sobre el hombro, hacia la puerta por la cual había desaparecido Hesse.

—Los dos lo creemos, Archer —le dijo con aire de conspirador—. Le pido que les transmita esto a ellos. Si renuncian a la esperanza de recobrar esos papeles, hay posibilidades de que volvamos a ver al rey con vida.

Apenas había callado Mayhew cuando volvió a abrirse la puerta. El mayor les dijo:

—El general les verá a los dos ahora.

El cuarto interior había sido enérgicamente fregado y limpiado, pero el empapelado floreado, viejo y manchado, los tablones torcidos del piso y las bombillas desnudas le daban una atmósfera de escuálida pobreza. En el centro había cinco o seis sillas rígidas dispuestas alrededor de una mesa lustrada. Sobre su superficie rayada había cuatro anotadores, un frasco vacío de mermelada con lápices afilados y varios mapas arrollados.

El mayor que les había hecho entrar volvió a sentarse cerca de la mesa. Le acompañaban dos hombres con uniformes de capitanes de infantería y otro alto, de edad, de cabellos blancos, con un traje civil gris de rayitas. Los anteojos con armazón de oro y el cuidado bigote armonizaban con el cuello de palomita y el alfiler de corbata de oro. Douglas le reconoció como el general

Georg von Ruff, cuyo Destacamento de Informaciones de la Línea del Frente se había incautado de las grúas y los tanques de depósitos de Portsmouth antes de que los equipos de demolición de la Real Armada hubiesen podido destruirlos. Por esta acción había sido condecorado inmediatamente con la Cruz de Caballero. Mientras fumaba un cigarrillo con una boquilla de marfil, jugaba con una cigarrera que tenía delante de sí, sobre la mesa.

El capitán Hesse, siempre con su abrigo puesto, se había sentado algo aparte de los otros.

—¿De modo que murió también el Spode más joven? —preguntó el mayor de la Feldgendarmerie. Era un hombre de edad madura, con anteojos de carey y el hábito de golpear la mesa con el extremo de su lápiz.

—Entiendo que sí —dijo Mayhew. Estaba erguido, como si ocupase el banquillo del acusado de una corte de justicia. Todo el mundo en ese cuarto temía a Von Ruff. Es decir, todos menos Douglas Archer.

—¿Y su funcionario de policía siguió al capitán Hesse hasta aquí?

—Sí, yo le seguí hasta aquí —respondió Douglas, exasperado por la forma en que se ignoraba su presencia.

—Me ocuparé de usted más tarde —le dijo el mayor de la Feldgendarmerie.

Douglas se adelantó un paso, levantó una silla por el respaldo y la hizo girar bruscamente para sentarse en ella sin que le hubiesen invitado a hacerlo.

—Escuche bien mayor —dijo en voz baja—. Y dígame también a su general que escuche también, ya que parece no saber hablar por sí mismo. No tengo intención de quedarme aquí esperando mientras ustedes hablan de mí. Si quieren que colabore, tendrán que rogármelo, porque soy muy difícil de contentar.

El general volvió la cabeza con un gesto forzado, para mirar a Douglas, sin que cambiase su expresión impasible. Encendió entonces otro cigarrillo con la colilla del anterior.

El mayor golpeó la mesa con el lápiz para obtener la atención de todos y dijo con voz tranquila:

—Tiene la impertinencia de los revolucionarios. No le llevará a ninguna parte. Quiero recordarle su posición...

Douglas extendió una mano sobre la mesa lo suficiente como para rozar la mano del mayor con sus propios dedos. El mayor se desconcertó.

—No —le dijo Douglas—. Permítame que yo le recuerde a usted su posición. Soy miembro de la policía y estoy investigando un asesinato. Tengo motivos para creer que el capitán Hesse está implicado en él y le seguí hasta

aquí para interrogarle. —Miró a los alemanes uno por uno antes de proseguir—. Además, lo encuentro en circunstancias que no cabe describir de otra manera que como inusuales. Si hay explicaciones que dar, que las dé alguno de ustedes.

—Juega un juego bastante peligroso, inspector —comentó el mayor.

—Nunca tan peligroso como el que juegan ustedes —repuso Douglas. Sentía miedo y sabía que la voz con que hablaba era mucho más aguda que lo habitual, además de estar algo ahogada por la tensión nerviosa de sus cuerdas vocales—. ¿Creen realmente que obtendrán apoyo del comandante en jefe en Gran Bretaña, o de Berlín, si yo presento un informe sobre la muerte del joven Spode esta tarde?

—Todavía no ha salido usted de aquí —dijo el mayor. El general entrecerró los ojos, como si le molestase el uso de una amenaza tan abierta.

—Tengo un coche equipado con radio —señaló Douglas—. Nunca vendría a un barrio tan notorio como éste, y a esta hora de la noche, sin tomar antes precauciones.

—¿Qué ha dicho?

—Nada que no pueda negar después. —Hubo un largo silencio. Douglas tenía los puños crispados y sentía el sudor en las palmas. Mayhew había guardado silencio durante todo este diálogo, listo para saltar en apoyo de cualquiera de los dos bandos.

El general Von Ruff se inclinó hacia delante como para compartir una confidencia. Cuando habló, lo hizo con una voz tan confusa que era obvio que sufría de la bronquitis crónica del gran fumador.

—¿Puede ayudarnos a recuperar los cálculos hechos por el doctor Spode, inspector? —preguntó.

—Creo que sí, general.

—Necesitamos garantías —dijo el mayor, golpeando la mesa con su lápiz antes de escribir algo en su anotador.

—Desde luego.

—El capitán Hesse no debe figurar en su informe a las autoridades.

—Figura como testigo presencial de la muerte de Spode. No puedo alterar esto.

El general levantó lentamente la vista y la dirigió al punto donde estaba Mayhew, de pie, con una mano en un bolsillo y una sonrisa fija en el rostro. Era una postura artificial en un hombre como él y Douglas dedujo que el coronel Mayhew estaba tan asustado como él mismo.

—Tendré necesidad de saber qué piensan hacer con Su Majestad —dijo el general. Había en su tono cierta veneración frente al monarca prisionero—. Nuestro honor exige que se asegure su integridad.

—Lo llevaremos a uno de los aeródromos desmantelados, señor —replicó Mayhew—. Uno de sus oficiales debe decirnos cuál podemos utilizar.

—¿Le acompañará usted?

—Hasta ahora no he recibido órdenes, señor.

Era el tipo de respuesta que el general comprendía bien y que gozaba de su entera aprobación. Miró a Douglas, con la esperanza de que mostrase la misma disposición a recibir órdenes, pero no vio tal cosa. Douglas sacó un pañuelo y se sonó la nariz. El general miró hacia otro lado y sopló un anillo de humo.

—Nada más —dijo, y con un gesto despidió a los presentes y se levantó. Los oficiales alemanes se cuadraron y permanecieron rígidos hasta que el amo les dio las buenas noches. Seguidamente uno de los capitanes le ayudó a ponerse el capote militar. Douglas permaneció sentado, pero el general no le dirigió una sola mirada al retirarse sin decir palabra. Sólo cuando el jefe de la Abwehr se hubo retirado, se aflojaron algo los miembros de su personal. El mayor se aflojó el cuello y dejó escapar un suspiro de alivio. Había perdido todo interés en Douglas.

Cuando Mayhew se encontró en el coche con Douglas, explotó el volumen de tensión acumulado en él.

—Está loco, Archer. En todos los años que hace que le conozco, jamás sospeché que fuese capaz de perder los estribos como lo hizo allí esta noche. —En el tono del mayor no había el menor asomo de admiración, aunque fuese acordada de mala gana.

—No me diga. —No le importaba a Douglas la opinión de Mayhew. Se sentía otro hombre, y la sensación le agradaba.

—El general Von Ruff es el jefe máximo de la Abwehr en Gran Bretaña. ¿Se da cuenta de lo que significa esto?

—No me importa lo que significa. Estoy harto de que jueguen a la pelota conmigo todos estos alemanes.

—Me impresiona —dijo Mayhew, y otra vez su tono expresaba más reproche que respeto—. ¿Y cómo debo yo arreglar ahora esta complicación?

—¿Complicación?

—Usted convenció a estos alemanes de que realmente tiene los trabajos de investigaciones en física nuclear. Pero esto nos dará solamente una

pequeñísima tregua. Muy pronto querrán tener unos pocos pliegos, como muestra. ¿Qué diablos haré yo entonces?

—¿Sigue viviendo en Upper Brook Street? —le preguntó Douglas al doblar por esa esquina.

—Sí.

—Un avión. Un avión que parta de un aeródromo abandonado. ¿Dijo esto a los nazis, o bien considera realmente que es la mejor manera de sacar al rey del país?

—¿Conoce un sistema mejor?

—Si es verdad lo que me han dicho sobre Franklin Roosevelt, no necesita más que meterlo en la Embajada de los Estados Unidos. Podrían despacharlo como correo diplomático. He visto hasta furgones de ferrocarril con sello diplomático.

—Merece un premio por ingenio —dijo Mayhew con tono protector—. Ocurre que el embajador de los Estados Unidos ante la corte de St. James es el señor Joseph Kennedy. ¿Necesito recordarle lo que dijo a los industriales alemanes la semana pasada? No tenemos en él un amigo y, mucho menos, un amigo de la monarquía.

Douglas asintió con un gruñido.

—Desde el punto de vista político, usted es un ingenuo, Archer. ¿Se imagina qué significaría políticamente para Roosevelt que se supiese que ayudó a evadirse al rey de Inglaterra?

—Con documentos falsos, entonces. Documentos que convencieran a los alemanes de que se trata tan sólo de un envío diplomático —propuso Douglas.

—Peor —dijo Mayhew—. La «Evasión de la Familia Real» aparecerá en todos los textos de historia que se escriban. ¿Quiere que quede consignado que nos fue posible sacar del país a nuestro rey solamente por medio de la falsificación de la firma de un extranjero? —Mayhew agitó la cabeza, rechazando la idea—. Y por la misma razón, tampoco podemos permitir que Su Majestad haga nada que le ponga en ridículo, como disfrazarse de criada o fingir ser un vigilante de retretes alemán.

—¿Es mejor que los libros de historia digan que murió con valor?

—No sea ofensivo, Archer —dijo Mayhew con un tono cortés que resultó tanto más amenazador por la sinceridad misma que expresaba—. Dígame, simplemente, cómo debo afrontar este cuento de hadas que inventó... ¿Qué debo decirles sobre los cálculos?

Douglas apretó el acelerador y dio rienda suelta al Railton, dejándole avanzar rugiendo hacia el norte por Park Lañe y pasando delante de los

escombros del hotel Dorchester bombardeado. Estaba frente a la elegante casa del coronel Mayhew antes de que Douglas replicase:

—No habrá complicación alguna que arreglar, coronel —dijo a Mayhew cuando éste abrió la puerta del automóvil—. Tengo los cálculos. El problema es decidir si debemos entregárselos a sus camaradas alemanes.

Mayhew estaba ya en la acera. Se dobló en dos para meter la cabeza en el automóvil y mirar a Douglas.

—¿Dónde? —preguntó, sin poder ocultar una sorpresa y una curiosidad que en cualquier otra situación le hubiese resultado una falta de urbanidad—. ¿Dónde están los cálculos?

Douglas se estiró para cerrar la otra puerta del automóvil y luego apretó el acelerador para hacer rugir el motor un par de veces.

—En el bolsillo de mi chaleco —dijo, y con una sonrisa, partió a toda velocidad. Por el espejo retrovisor vio a Mayhew mirándole atónito. Sintió un placer infantil que le hizo reír fuerte.

## Capítulo veintitrés

Al día siguiente, los dos chicos advirtieron un cambio en el comportamiento habitual de Douglas Archer, aunque no sabían hasta qué punto era profundo y permanente. Había desaparecido la depresión que tanto le había agobiado desde la invasión de los alemanes. Había vivido atormentado por el esfuerzo de reconciliar su trabajo como policía con el mecanismo represivo y mortífero de la administración nazi. Ahora sabía lo que tendría que hacer. Además, se sentía feliz, como no lo había estado nunca desde la muerte de su mujer.

Durante el desayuno los chicos respondieron encantados a sus chistes y bromas y la señora Sheenan recordó un versito absurdo relacionado con gaitas. Para los bizcochos de estilo norteamericano, forma habitual de estirar la ración que les quedaba de huevo en polvo, hizo aparecer un frasquito de miel casera enviado por su prima desde el campo. Aquello marcaba ya un día memorable.

Douglas se dirigió a pie al Soho. Su primera escala fue Moor Street. Peter Piper había tenido en una época una lujosa oficina unas cuantas manzanas, hacia el oeste, en una mansión de estilo georgiano, en Mayfair. Pip era entonces el director joven y brillante de una de las industrias cinematográficas británicas.

Tal vez el observador fortuito o el turista no habrían hallado mucha diferencia entre estas casas escalonadas de ladrillo oscuro y sus congéneres de Mayfair, pero una vez dentro de ellas, las economías en los costos que habían contribuido a enriquecer a más de un especulador en bienes inmuebles muerto hacía ya largo tiempo resultaban evidentes. Las únicas instalaciones sanitarias consistían en unos nichos incrustados en un rincón del hueco de la escalera para proveer un modesto lavabo en cada descansillo. La única conexión cloacal era la del único retrete existente, ubicado en el diminuto patio de los fondos.

En aquel momento Pip dormía en una cama plegable en su cuarto oscuro, en el último piso del angosto edificio. Enfrente de su puerta había un segundo cuarto que le servía como oficina, sala de recepción y estudio. En las paredes había gran cantidad de fotografías con esmalte brillante. Algunas carecían de tachuelas en una esquina y se habían curvado sobre sí mismas, como si estuviesen avergonzadas.

Una voz habló del cuarto contiguo.

—Estoy revelando, en el cuarto oscuro. ¿Quién es?

—Doug Archer. —Se oyó el ruido del agua al correr y Douglas adivinó que Pip estaba lavándose la cara a toda prisa después de haber sido despertado por la campanilla de la puerta del departamento. Mientras esperaba al fotógrafo, Douglas contempló los retratos hábilmente iluminados y halagadores de las estrellas. Entretanto jugaba con el pivote del codo hallado en Shepherd Market. Como había comprobado la noche anterior, después de haber detenido el automóvil lejos de los ojos del coronel Mayhew, el tubito de refuerzo en su interior era hueco. Al empujar con un dedo la base del tubito, apareció una *casette* de metal con película de 35 mm. Según el rótulo impreso, contenía suficiente película para 36 exposiciones.

—¡Doug! Perdona que te haya hecho esperar, viejo. —No había muchos comerciantes en el Soho que llamasen a Douglas por su nombre de pila, pero estos dos hombres se conocían desde la época en que Pip tenía un Rolls Royce plateado, ofrecía algunas de las fiestas más hermosas de Londres y siempre podía conseguir para sus amigos, Douglas entre ellos, entradas para espléndidas funciones de gala cinematográficas.

—¿Podrías revelarme una película, Pip?

—¿Está de huelga el cuarto oscuro de Scotland Yard, viejo?

—Algo parecido.

Consciente de haber formulado una pregunta indiscreta, Pip se apresuró a remediar el paso en falso.

—Quédate a tomar una taza de té con un bollo —propuso. Desde la sala de ensayos contigua llegó, inesperado, el ruido de música de jazz, tan fuerte que hizo vibrar las paredes.

—Cuando vuelva a recogerla, quizá, Pip.

—Muy bien. La tendré revelada a las cuatro y media, más o menos. ¿Instrucciones especiales? ¿Exposición larga, o bien corta? ¿Grano fino? ¿Cortada en tiras o en porciones de cinco o seis?

—La única recomendación especial es que no digas ni una palabra.

Pip hizo un gesto afirmativo. Era un hombre menudo y atildado, con un traje demasiado apretado y una camisa que le molestaba en el cuello, lo cual le obligaba a meterse el dedo en él para aflojárselo. Tenía un pelo de tono oscuro poco natural, como suele serlo tan a menudo el de los hombres de edad madura que necesitan trabajo, y lo mantenía peinado con una buena cantidad de brillantina perfumada que casi ahogaba el olor a fijadores fotográficos de sus ropas y el de su aliento saturado de whisky.

—A callar se ha dicho, viejo —dijo—. Aunque llegue tu Harry Woods a sacarse un retrato, no mencionaré que te he visto. —Pip rió con su risa brusca y profunda. La idea de que Harry Woods se sacase una fotografía era a su juicio un chiste estupendo.

—Comprendiste —dijo Douglas.

—He sido espía —señaló Pip.

—¿Qué? —preguntó Douglas, alarmado.

—Esa foto que estás mirando... es Conrad Veidt en la película *Yo he sido espía*. Hermosa producción. Filmada en los estudios de la British Gaumont de Lime Grove... no, espera, ¿no fue en los estudios Gainsborough de Islington? Te digo, Douglas, que estoy perdiendo la memoria.

En el cuarto contiguo los músicos de jazz que ensayaban hacían temblar todo el edificio con su versión de *Allá en Méjico*.

—No sé cómo no te vuelves loco con ese ruido infernal todo el día.

—Yo digo *Vivir y dejar vivir* —dijo Pip. Se ajustó luego la corbata y se alisó el pelo. Eran los gestos nerviosos del hombre que trata a toda costa de borrar su fama de ser un ebrio incorregible.

—¿Quieres positivos? —preguntó.

—No, sólo la película.

—Lamenté enterarme de lo de tu mujer, Doug.

—No fue la única, Pip. Y por lo menos mi hijo se salvó.

—Así me gusta —le dijo Pip—. ¿Estás seguro de que no quieres tomar té? No me llevará un minuto y este mes conseguí un poco extra.

Douglas miró su reloj y repuso:

—No, será mejor que me vaya. Tengo que estar en Highgate a las diez y media.

—¿En esa ceremonia de Amistad Germano-Soviética?

—No pude eludirla —contestó Douglas, disculpándose.

—Bien, por lo menos ahora sabemos dónde estamos —dijo Pip—. Canallas comunistas y canallas nazis, no hay mucho para elegir.

—Tienes razón, sin duda.

—Piensan devolver el cuerpo de Karl Marx, ¿no? Que les aproveche esa basura, es lo que digo yo.

Douglas tocó el brazo de su amigo. Era un gesto amistoso, pero a la vez una advertencia de que cuidase la lengua. En aquel momento oyeron pasos en las escaleras. Se abrió la puerta y entró un soldado alemán, que en muy mal inglés pidió que le sacasen una fotografía.

—Siéntese aquí —le dijo Pip, y encendió los grandes focos, obligando a Douglas a entrecerrar los párpados—. Mueva el hombro un poquito. —El soldado se movió en el taburete para mostrar mejor los flamantes galones de Stabsgefreiter delante de la cámara.

Fue el olor de los focos lo que hizo pensar de pronto en algo a Douglas. Sin duda, la bombilla retirada de la lámpara ajustable en el departamento de Shepherd Market. Seguramente el hermano menor debió colocar en la lámpara una lamparilla fotográfica cuando utilizó la tapa del escritorio para fotografiar los cálculos matemáticos que quemó más tarde en la chimenea. Ahora Douglas estaba seguro de ello.

—Hasta luego, Pip —dijo, y se fue.

Pip salió desde abajo de la tela negra que le cubría con el pelo en desorden.

—Te espero, Doug —dijo, y volviéndose al cliente le indicó—: Mire esa fotografía de Tallulah Bankhead, cabo, y levante un poquito el mentón.

## Capítulo veinticuatro

El cementerio de Highgate es como un set de película. Sofocado por árboles cubiertos de hollín y por grandes arbustos, estrangulado por la maleza, sus estrechos senderos están bordeados de tumbas antiquísimas inclinadas en todos los ángulos posibles y manchadas por el moho y el musgo. Ni siquiera los esfuerzos de un grupo de ingenieros había logrado neutralizar aquel efecto de que era el lugar apropiado para la filmación de una nueva película de «Frankenstein».

Sin embargo, se habían esforzado. Era, en efecto, el gesto final para la Semana de Amistad Germano-Soviética y ese día las ceremonias de Moscú y de Berlín debían acordar un lugar preferencial a la exhumación ritual de los huesos de Karl Marx de la tierra llena de gusanos de ese sucio sector al norte de Londres.

Apenas había espacio para el grupo de la orquesta de viento, reducida, de la Agrupación de Ejército L (Distrito de Londres), siempre que permaneciese bien apartada de los árboles. No toda la delegación soviética alcanzaba a ver la tumba, sino que un centenar de sus miembros debió conformarse con ocupar un lugar en la base de homenaje levantada en Highgate Hill.

Sólo los hombres más importantes estaban junto a la tumba: el ministro de Relaciones Exteriores, von Ribbentrop, con un uniforme magnífico, estaba conversando con Molotov, Primer Ministro ruso, que había volado especialmente desde Moscú para esta ocasión. El doctor Josef Goebbels, para quien esta semana entera de sucesos que eran objeto de una publicidad internacional era un triunfo personal, habló brevemente con los dos hombres y mostró a Molotov una pala de plata. Se utilizaría cuando se bajase al fondo de la tumba vacía el nuevo bloque de mármol con su inscripción de símbolos entrelazados, el nazi y el comunista.

En Darmouth Hill, los pisos superiores del antiguo hospital proporcionaban al personal y a los internados un lugar ideal para presenciar

las ceremonias desplegadas en la calle, más abajo. Los caballos oscuros elegidos especialmente para tirar de la cureña del ejército alemán se agitaban inquietos y golpeaban con los cascos la calle fría. Sus flancos cepillados relucían y las ruedas, al moverse, hacían chirriar los frenos. Los postillones montados en los animales los calmaron y la caballería que formaba la escolta mantuvo las riendas tensas hasta que el reloj dio las once. El comandante de la guardia de honor, un coronel del prestigioso Regimiento 5 de Caballería, por poco perdió el dominio de su hermoso bayo cuando las motocicletas ocuparon sus posiciones, con sus cascos de acero pulido resplandecientes bajo la luz del sol invernal.

La banda ejecutaba música solemne, mientras los miembros de la policía militar guiaban a los últimos recién llegados: el ministro de Gran Bretaña, acompañado por el nuevo comisionado alemán del Banco de Inglaterra. Detrás de ellos Douglas reconoció al Gruppenführer de las SS, el profesor Max Springer de la SD. El jefe de Huth era el oficial superior de las SS en la ceremonia y estaba allí como representante personal de Himmler.

Seis miembros del cortejo fúnebre, representantes, respectivamente, del ejército, la armada, la fuerza aérea, las SS, el partido nazi y la SA esperaban, listos para trasladar en hombros los restos mortales de Karl Marx en la primera etapa de su viaje hasta la Plaza Roja. Se le había destinado ya un lugar en el Mausoleo a Lenin y la semana siguiente, como parte de los festejos del aniversario de la revolución rusa, otras ceremonias acompañarían la apertura de la nueva tumba para el público de Moscú.

Douglas no veía muy bien desde donde estaba. Se encontraba cerca de Kellerman, en el lado de la tumba más próximo al hospital y algo más abajo en relación con ésta. La banda ejecutaba música marcial, pero solemne. Kellerman hizo un comentario trivial. Douglas volvió la cabeza para responder en el mismo instante en que la onda expansiva de la explosión le golpeó la cara como un guante acolchado. Al mirar colina arriba, vio que la tierra alrededor de la tumba se estremecía y se transformaba, primero, en un montículo; luego, en una mole y por fin en una gran nube de humo y polvo. Y luego la tierra cayó sobre él en una lluvia, como en un terremoto, derribándole y ahogándole.

Cuando logró incorporarse vio a Kellerman semienterrado bajo una gran losa. Movía los labios pero no profería ningún sonido. No se oía ruido alguno en ninguna parte, ni aun de parte del oficial que luchaba por desprenderse de los pliegues ensangrentados de un complicado estandarte militar. Por fin arrancó la bandera destrozada de un brazo que era ahora sólo un muñón, del

cual brotaba sangre. El hombre dio unos pasos vacilantes, como un ebrio, hasta que, desangrado ya, cayó al suelo.

Ahora el ruido era tan grande que llegó a penetrar en el cráneo aturdido de Douglas. Se oyó el grito unánime de dolor y de temor, y las sirenas y campanas de las ambulancias que intentaban abrirse camino entre los caballos espantados del cortejo fúnebre. El árabe bayo del coronel de caballería se lanzó a la carrera. Su jinete permaneció montado, salvando algunas tumbas con elegantes saltos, hasta que el animal pasó bajo unos árboles y las ramas bajas quebraron la columna del hombre.

Cerca del portón de Retcar Street, los miembros de la banda trataban de rescatar a sus camaradas muertos o heridos entre los fragmentos de instrumentos de bronce y los tambores rotos. Había cadáveres en todas partes, y para complicar las cosas, muchos otros habían saltado de sus viejos féretros y estaban diseminados sobre el césped de las tumbas, como si respondiesen a la llamada de las trompetas del Juicio Final.

La semana de festejos había sido organizada por el personal de la Agrupación L del Ejército (Distrito de Londres) sin haber efectuado mayores consultas con el Militärverwaltungschef (Jefe de Administración) el gobierno títere británico, o a Kellerman, con sus unidades de las SS y de la policía. Las entradas a los mejores lugares para presenciar la ceremonia habían sido distribuidos entre los altos jefes del ejército y los políticos importantes de Moscú. Fue por ello que éstos sufrieron la mayor parte de las bajas, junto con la guardia de honor, los miembros de la banda y los miembros del Coro del Ejército Rojo enviados para cantar la nueva letra de *Horst Wessel*.

El fuerte movimiento ascendente de la explosión dio el golpe más cruel a un equipo de filmación de la Propaganda-Kompanie, apostado sobre la plataforma elevada de su Steyr Tipo A, especialmente reforzada. Avanzando con las cuatro ruedas en movimiento y con el ventilador de alta velocidad de su motor V-8 enfriado por aire zumbando muy fuerte, habían estado tomando primeros planos «mudos» antes del comienzo de la ceremonia. La bomba explotó en el momento en que se alejaban y después de vaciar totalmente el pesado vehículo, dispersó los trozos del equipo de filmación hasta Waterlow Park, en las inmediaciones del cementerio. Protegidos por la ubicación provisional del vehículo PK, los hombres importantes, Goebbels, Molotov y von Ribbentrop, no sufrieron en conjunto más que dos tímpanos perforados, un tobillo torcido y la perspectiva de unas cuantas facturas de la tintorería.

El Standartenführer Huth se había colocado, actitud típica en él, tan cerca de la salida como le fue posible. Estaba en el portón de Swains Lane cuando

explotó la bomba. Según el oficial apostado junto a él, Huth ni siquiera se movió al oír la explosión. Harry Woods adornó más tarde esta versión, relatando que Huth, con toda calma, se había tapado los oídos unos treinta segundos *antes* de que se produjese el estallido. Hasta Kellerman rió al oír esto. Era un chiste que rayaba en lo difamatorio, un chiste peligroso, pero tanto a Huth como a Kellerman les resultó difícil disimular la satisfacción que sentían ante esta demostración pública de los defectos del sistema de seguridad del ejército alemán.

El ejército no tardó en apretar sus filas. Menos de quince minutos después de la explosión, el centro móvil de mando de seis toneladas —preparado para efectuar el control del tránsito durante la procesión fúnebre— había sido requisado para celebrar una conferencia de prensa. El ayudante del comandante de la Agrupación de Ejército estaba conversando con un coronel de la Feldgendarmarie, un oficial de la GFP que vestía aún ropa civil, y con dos asesores de seguridad de la Militärverwaltung, uno de ellos con lesiones leves. Estaban ya allí dos oficiales de la Abwehr y esperaban a otros. El ómnibus estaba detenido delante de la extraña locura gótica levantada frente al portón del cementerio de Swains Lane. Allí, rodeados de centinelas armados, los soldados ensayaban las respuestas que darían durante la investigación que con toda seguridad terminaría con la caída de algunas cabezas, esto, dicho en sentido literal, quizá.

Huth miró el gran Befehlskraftwagen Krupp de diez ruedas, lleno de soldados preocupados a los que se distinguía apenas por las ventanillas empañadas. Dirigió una sonrisa a Douglas y se sacudió de la chaquetilla parte de la suciedad y polvo que habían cubierto todo. Luego, se miró la mano sucia.

—Salgamos de aquí —dijo con evidente repugnancia—. Quiero lavarme hasta quitarme de encima los restos mortales de Karl Marx.

Alrededor de ellos, los equipos médicos aplicaban torniquetes, detenían hemorragias, levantaban cuerpos sobre las camillas y rasgaban uniformes para vendar heridas. Se oían gemidos y gritos. Un almirante que había estado de pie junto a Douglas en el momento de la explosión recibía los últimos auxilios de un capellán del ejército.

—La explosión provino de la tumba misma, ¿no diría usted? —preguntó Huth a Douglas.

—No cabe duda.

—Probablemente entraron aquí anoche. Sacaron al viejecito Karl de su hermoso pijama de madera y rellenaron éste con explosivos —Huth respiró

hondo e hizo una mueca. Los cuerpos desenterrados y la tierra removida del cementerio hacían que todo el lugar estuviese saturado de un olor horroroso—. Y apuesto a que el ejército no tenía guardia aquí. —Comenzó a desplazarse hacia el portón, abriéndose paso entre la multitud. Pasó junto a un músico de la banda que esperaba con gran paciencia, la mano levantada en el aire, mientras se apretaba una cuerda alrededor del brazo para detener la hemorragia de una vena abierta. Tenía la chaquetilla cubierta de sangre que había corrido por el brazo y Huth se apartó visiblemente para evitar mancharse el propio uniforme. Luego, como si le avergonzase el gesto, dijo:

—Vaya, busque una ambulancia. Perderá el brazo si se queda esperando aquí.

—Tengo orden de quedarme aquí —dijo el muchacho.

Huth se encogió de hombros. Su conciencia, satisfecha, reanudó su camino, como si nunca hubiese dirigido la palabra al joven músico.

Semiescondido detrás de la casa del portero, junto al portón, estaba el vehículo favorito de Huth, su Krad, la combinación de motocicleta y motor BMW. Sin duda la había ocultado allí con la esperanza de poder retirarse inadvertido antes de que hubiese terminado la ceremonia. Un hombre uniformado de las SS estaba cuidándola, y limpió el polvo del asiento con la manga antes de que Huth montase en él.

Estaba peor de su sinusitis, a causa de la suciedad y del polvo vegetal levantados por la explosión. Tenía los ojos llenos de lágrimas y se sonó la nariz ruidosamente.

—¿Conoce a un hombre llamado George Mayhew? —preguntó a Douglas, volviendo a sonarse la nariz.

—¿El coronel Mayhew? Toda la policía de Londres le conoce. Fue el mejor jugador de medio *serum* que tuvo jamás el equipo de rugby de la policía.

Huth miró con fijeza a Douglas. Sospechaba que la respuesta había sido intencionalmente evasiva.

—¿Y toda la policía de Londres le vio alguna vez la semana pasada? —preguntó.

—Es muy posible. Yo le vi, sin duda.

—¿Le conoce bien? —Huth se llevó una mano a la frente—. ¿Nunca tuvo sinusitis, inspector?

—¡No, por suerte, no...! Quiero decir que... Sí, que conozco bien a Mayhew, pero que nunca tuve sinusitis.

—A veces no estoy seguro de que sepa bien lo que quiere decir.

Huth había sacado unos papeles del bolsillo y después de buscar entre ellos, pasó una pequeña fotografía a Douglas.

—¿Ve a Mayhew aquí?

Parecía una fotografía de pésima calidad, pero de haber conocido Douglas los problemas derivados de utilizar lentes telescópicos y dar bastante luz a la cámara sin malograr el resultado, por el tipo de movimiento que afecta con tanta facilidad a estos lentes, y de haber estado al tanto de los riesgos corridos por el técnico fotógrafo al exponer el negativo durante el doble del tiempo normal, habría tenido que admitir que era en verdad una excelente fotografía.

—Podría muy bien ser el coronel Mayhew —admitió ahora—. El hombre que mira hacia la cámara es el general de división Georg von Ruff, ¿no?

—Vio el automóvil de observación con mi fotógrafo dentro —dijo Huth—. Es un viejo bastante suspicaz. El tercero es el profesor Frick, desde luego.

Cualquiera podría haber envidiado, cuando no imitado, el sentido teatral, digno de un artista de variedades, que tenía Huth.

—¡El profesor Frick! —exclamó Douglas sin ocultar su sorpresa—. Creí que había muerto hace mucho. ¿No murió durante la lucha el año pasado?

—Si murió entonces, ha resucitado de entre los muertos —dijo Huth—. ¿Qué diría usted que tienen en común estos tres hombres... aparte del deseo de eludir a mi fotógrafo?

—¿Ese explosivo atómico?

—Usted debería haber sido detective —señaló Huth—, pero estoy seguro de que puede hacer una conjetura mejor que esa.

—¿Sí?

—El general von Ruff es jefe máximo de la Abwehr en Gran Bretaña. Detrás, perdido en las sombras, hay un coronel de la Hereswaffenamt. Es obvio que ambos conversan con el viejo Frick porque esperan que éste haga una especie de superbomba para el ejército. Pero ¿qué hace el coronel Mayhew junto a ellos?

—No lo sé.

—Está hablando de negocios con ellos. Eso es lo que está haciendo —repuso Huth.

Los dos hombres se miraron largo tiempo. Por fin Douglas dijo:

—¿Cree usted que Mayhew está vendiéndoles secretos científicos?

—Está vendiéndoles copias de papel carbón de los cálculos que se quemaron en la chimenea de Shepherd Market. Y apuesto la vida a eso.

—¿Por dinero?

—¿Qué desearía Mayhew, más que nada en el mundo, Archer? Vamos, usted es inglés, sabe la respuesta.

—¿Se refiere usted al rey?

Con un gesto sardónico de felicitación, Huth palmeó a Douglas en el hombro. De inmediato puso bruscamente el motor en marcha.

—¿Qué quiere que haga yo? —gritó Douglas, para hacerse oír en medio del ruido de la motocicleta.

—Dígale a Mayhew que yo quiero esos cálculos.

—¿Y el otro asunto?

—¿Qué otro asunto?

Douglas miró por encima del hombro y Huth ahogó el motor hasta que el ruido que hacía fue el de tambores y fieltros.

—El rey —dijo Douglas.

Después de recibir la fotografía de manos de Douglas, Huth volvió a meterla entre los sobres, papeles y memorándums que había sacado del bolsillo. Volvió a buscar entre estos papeles y encontró esta vez un pequeño formulario de color crema, con un doblez. Sin abrirlo, volvió a doblarlo de tal manera que el ancho que tenía ahora permitió que lo metiese en el bolsillo de Douglas. Huth sonrió entonces, con su sonrisa desprovista de todo humorismo.

—Mire eso, Archer —dijo, levantándose sobre los pedales de la motocicleta para ver mejor el caos y la carnicería—. Los rusos nos cargarán con la culpa y mañana, en la primera página de *Pravda*, aparecerá esa foto.

Douglas se volvió para mirar a su vez. La mayoría de los muertos y heridos estaban en lo alto de la colina. La ubicación privilegiada de los visitantes rusos a la ceremonia les había expuesto al peor riesgo. Las mujeres, hijas y amantes también —todas con documentos como secretarias— habían acompañado a este contingente de la élite comunista en su viaje al oeste. Las sedas de Bond Street y los paños de Savile Row estaban destrozados y llenos de sangre, y muchos de los rusos tendidos en aquella tormenta blanca de mármol pulverizado nunca volverían a levantarse.

Sin embargo, no aparecerían fotografías en los matutinos *Pravda*, *Völkischer Beobachter*, *The Times*, *Tribune*, ni ningún otro diario o revista. En la entrada de Swains Lane, así como en las calles, el parque y el patio del hospital contiguo al cementerio, las unidades de la Feldgendarmerie estaban controlando todas las cámaras y revisando a todos los portadores de pases de la prensa. En el portón se veía una pila de películas de 35 mm retiradas de cámaras, *cassettes* y aun envases sin abrir. Brillaba todo con sus tintes

marrones y grises bajo el sol invernal, agitándose, deslizándose y desenrollándose como un nido de serpientes.

Un oficial de las SS se acercó de prisa.

—Es el Gruppenführer Springer, señor —dijo a Huth—. Por favor, venga en seguida.

A solas, Douglas sacó del bolsillo el papel doblado de color crema, que había reconocido ya como una de las nuevas órdenes de arresto. Poco más que un resumen de la hoja de arresto tradicional, en ella figuraban simplemente el nombre y la dirección de George Mayhew y el motivo del arresto: Schutzhaft (Arresto preventivo), giro de vago significado que permitía que hombres, mujeres y niños desapareciesen y no se les volviese a ver. Había una crueldad insolente en la forma en que Huth legalizó el papel por medio de una firma rápida e ilegible trazada con lápiz. Douglas se guardó la orden en la billetera. Se oyó un alarido. Al volverse, vio a una unidad de ingenieros que levantaba con una grúa una gran losa de piedra del pecho de un hombre que se moría de forma ruidosa.

Se alejó de prisa por Waterlow Park y en Highgate Hill encontró un teléfono público. Acudió a la llamada el criado del coronel Mayhew. Douglas le conocía, pues era un agente de policía jubilado que había sido campeón de pesos pesados por dos años sucesivos, para perderlo el tercero por un margen pequeñísimo. El hombre hizo acudir de inmediato a Mayhew.

—Habla el inspector Archer —dijo Douglas con gran formalidad—. Tengo una orden para su arresto.

—¿Puede hablar?

—Estoy en una cabina telefónica. El Standartenführer Huth acaba de entregarme la orden, firmada por él mismo. No hay cargos, solamente una orden de arresto preventivo.

—¿Y ahora, qué?

—El tránsito es terrible...

—Oí las declaraciones oficiales en el noticiero. Los alemanes deben estar lamentando haber autorizado a la BBC a transmitir una audición directa... bien, usted no podrá llegar aquí en menos de una hora.

—Ni más, ni menos.

—Gracias, Archer. Veré si puedo tender unos cabos. De cualquier manera, me veré con usted en el departamento de la chica.

Douglas tenía la sensación de que Mayhew no comprendía en realidad el peligro que corría. Tal vez imaginaba que toda esa propaganda sobre los

campos de concentración no se reducía a más que camas duras, duchas frías y trabajo físico. Si era éste el caso, le esperaba una sorpresa.

—Coronel —le advirtió Douglas—. Puede que haya otras órdenes de arresto que yo no he visto. Puede que se trate de órdenes relacionadas con su familia.

Mayhew no perdió la serenidad.

—Comprendo —dijo—. No es una sorpresa total. Gracias, Archer, de todos modos.

—Adiós, coronel —se despidió Douglas, y cortó la comunicación.

La visita que hizo a la hermosa casa del coronel Mayhew, en el extremo de Upper Brook Street, Mayfair, que daba a Grosvenor Square, no fue más que una formalidad. El sirviente de Mayhew tenía todas sus respuestas preparadas, como cabía prever en el caso de un agente de policía que había cumplido largos años de servicio. Mostró a Douglas todos los cuartos y aun el interior de los armarios.

—Si vuelve el coronel, llámeme por teléfono inmediatamente —dijo Douglas.

—Así lo haré, inspector —contestó el hombre. Ambos sonrieron y Douglas se retiró.

Sólo cuando regresó al estudio de Pip Piper y pasó las tiras reveladas por el portadiapositivas quedaron confirmadas sus teorías. Tenía allí hoja tras hoja de cálculos apretadamente escritos a máquina, algunos de ellos con agregados manuscritos y alteraciones diversas. Pip se mantuvo bien apartado del punto donde Douglas estaba inclinado sobre el pequeño proyector.

—¿Qué piensas de esto, Pip?

—Demasiado expuestas, pero no es muy grave en casos de copia como éstos. No habrá dificultad para leerlas. ¿Quieres una lupa?

Douglas tomó la lupa y estudió los negativos. Las palabras y las cifras se enfocaron y con la poderosa lente no tuvo grandes dificultades en leer todo.

—Para mí no significa nada —dijo.

—Tampoco me mires a mí. Nunca serviré mucho para hacer cuentas.

—Gracias a Dios que dejó de ensayar ese grupo de jazz —le dijo Douglas. Por qué diablos no adivinaba Huth que existían negativos. Seguía buscando copias en papel carbón, lo cual significaba buscar en objetos tan grandes

como un portafolios, por ejemplo. De inmediato cayó en la cuenta de que los hombres de Huth no habían hallado nada que sugiriese el uso de una cámara fotográfica. La única pista en Shepherd Market era la posición de la lámpara sobre el escritorio y la bombilla que habían retirado. Douglas había vuelto a colocarla y puesto luego la lámpara en otra posición. El joven Spode se llevó consigo, seguramente, la bombilla fotográfica y se deshizo de ella. En cuanto a la casa de Spode, habían retirado de allí la cámara Leica y la bolsa de accesorios.

Llovía otra vez. Contempló desde la ventana los tejados desiguales y las chimeneas maltrechas. El viento soplabá ráfagas de humo que oscurecía aquella ventana de buhardilla. Se olía el hollín y la suciedad flotante le irritaba los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó Pip.

—Sí, muy bien. —Con aire pensativo tocó el pivote del codo que tenía en el bolsillo, modificado para formar un receptáculo secreto. Era obvio que el joven Spode había sido una especie de correo. El espacio permitía contener la *cassette* de 35 mm, pero esta alteración quitaba al aparato un cuarto de pulgada de longitud de tomillo. Quedaba así debilitado lo suficiente para que cualquier esfuerzo adicional, como disparar o, más probable todavía, volver página tras página de papel para la fotografía, llegase a aflojarlo. Bien, la gente siempre cometía algún error.

—Pip —dijo Douglas—. Había una cámara Leica y cuatro patitas finas de metal...

—Un soporte para hacer copias. Sí, es la forma más sencilla de hacer un trabajo como éste. Las patitas se atornillan en un aro pesado, y éste se fija al aro de la lente. De ese modo la cámara se mantiene a la distancia exacta del objeto para que la lente suplementaria que se usa... enfocar es sumamente importante en esas distancias...

Douglas extendió un brazo y tocó el de su amigo, para interrumpir la explicación.

—Si tú vieses ese soporte para copias y demás piezas, Pip, ¿sabrías que sirve únicamente para realizar este trabajo? ¿O bien sería posible usarlo con otros fines?

—No, no es posible utilizar ese soporte ni esa lente suplementaria para ninguna otra cosa.

—Comprendo —dijo Douglas, y volvió a acercarse a la ventana. El agua de la tetera eléctrica comenzó a hervir. Pip hizo té en otra tetera de esmalte

rojo, muy pequeña. Era un té fuerte, el más fuerte que había saboreado Douglas en mucho tiempo.

—¿Estás seguro de que estás bien, Douglas?

—¿Por qué? —preguntó Douglas a su vez, sin dejar de mirar la lluvia que golpeaba las tejas empapadas. Había una curiosa sensación desolada en el hecho de vivir en este lugar, donde lo único que se veía era el cielo y los tejados ajenos. Decidió que le agradaba, que le daba la oportunidad de calmarse un poco. Tal vez Pip tuviese más suerte de la que imaginaba.

—Bien, evidentemente se trata de algo que quieres guardar en secreto —señaló Pip—. Por lo tanto, no es un problema policial. Te conozco demasiado bien para pensar que te persigue alguna de las bandas criminales. Queda solamente una alternativa.

—¿Qué es...? —Douglas tenía muy apretada su taza de té, que le calentaba la palma de la mano. Sintió de pronto deseos de que viviera aún su padre. El recuerdo brotó inesperadamente, sin aviso, como había sucedido siempre en otros momentos de crisis de su vida. Trató de ahogar dicho recuerdo, pero persistía.

—Estás trabajando contra esos malditos nazis —dijo Pip en voz baja.

—Huelo más niebla —observó Douglas—. Están quemando tanta madera y basura para calentarse... Es ésa la causa.

—Te refieres al tabaco —dijo Pip—. Recuerdo los tiempos en que sólo fumaban los hombres. Ahora veo niños y viejas echando humo, aun a los precios fantásticos que hay que pagar los cigarrillos.

—Es un consuelo —afirmó Douglas—. La gente que tiene frío y está mojada y triste se reconforta mucho fumando. —Recordaba muy poco más de su padre, aquel hombre enorme con su risa alegre y su ropa que siempre olía a tabaco de pipa.

—Pero también fuman los nazis. Cada uno de esos canallas parece tener un cigarro enorme en la boca.

—Castigabais duramente a los soldados por ebriedad —comentó Douglas. Era el tipo de conversación que había mantenido muchísimas veces, y mientras hablaba, su mente se ocupaba en parte en el problema de la película.

—Es verdad, ¿no? ¿Estás trabajando contra los nazis?

Douglas no repuso. Estiró un poco el cuello para mirar hacia la calle, donde un carbonero estaba inclinándose muy despacio para que el carbón que llevaba al hombro en una bolsa cayese por un agujero circular de la acera y llenase el sótano. A pesar de la lluvia, el hombre y su bolsa desaparecieron detrás de una nube de polvo negro. Douglas seguía mirando por la ventana.

—Como *tú* quieras, Douglas. Pero tus secretos están seguros conmigo.  
Douglas movió la cabeza.

—Ningún secreto está seguro con nadie —dijo. Todo el tiempo se agitaba la misma cosa en su mente. Comprendía bien la ignorancia de Huth. Si Hesse y la gente de la Abwehr se habían apoderado de la Leica del joven Spode y también del soporte para copiar y de la lente suplementaria, ¿cómo no advirtieron que se habían copiado los documentos por medio de la fotografía? ¿Por qué seguían preguntando a Mayhew acerca de papeles?—. Será mejor que sepas lo menos posible, Pip —agregó a su amigo—. En el peor de los casos, diles que me revelaste una película. Es más fácil para mí inventar mentiras y pretextos.

—Diré, simplemente, que estaba ebrio —dijo Pip.

Y de pronto, todo se aclaró para Douglas. La Abwehr era tan astuta y tortuosa como el resto de ellos. *Sabían* de los negativos —y por ello que seguían conversando con Mayhew—, pero al mantener el hecho en secreto podrían verificar, hasta cierto punto, la buena fe del otro lado. Hablarían con Mayhew y con cualquier otra persona sobre documentos, pero estaban esperando hasta que alguien pronunciara las palabras mágicas, «Negativos de película de 35 mm». Bebió el té caliente con ansia. Luego apagó el proyector portátil, enrolló la película seca ya dentro de una *cassette* y se guardó ésta en el bolsillo.

—Mira, ésa es la mejor manera de estropearlas —señaló su amigo.

—No pienso hacer copias para la Exposición de la Sociedad Fotográfica —dijo Douglas, citando con estas palabras un comentario favorito de Pip. Apuró entonces el último trago de té y apoyó la taza en el alféizar—. Gracias por todo, Pip.

Abajo, en la calle, el carbonero tenía en la mano la tapa circular de hierro mientras empujaba con un pie los últimos trozos de carbón al sótano oscuro.

## Capítulo veinticinco

Los londinenses la llamaron «la noche de los ómnibus», pero en realidad, los arrestos en masa y las selecciones de personas clasificadas desde I A hasta III Ea se prolongaron durante dos noches y hasta bien avanzado el tercer día. Además, se ordenó a personas dentro de ciertas categorías, presentarse en la comisaría de policía más próxima. Con este objeto, se desplegaron carteles y avisos en página entera en los diarios y el resultado fue que muchos se presentaron para ser detenidos de forma espontánea.

Para Londres oeste se utilizó como centro de detención el estadio de Wembley y el Salón de Exposiciones de Earls Court, con el Albert Hall como anexo, era el lugar a donde fueron conducidas las personas arrestadas en Londres este. Los residentes del vasto bloque de departamentos de Dolphin Square debieron abandonarlos con sólo dos horas de aviso previo, para que sus departamentos fuesen utilizados para centenares de interrogatorios simultáneos.

Se buscaron interrogadores en todas las unidades de Gran Bretaña. Además de los profesionales de las unidades de la Geheime Feldpolizei, los hombres de la SD, la Gestapo y los empleados del gran edificio de la Abwehr en Exhibition Road, había otros hombres cuyo único título para efectuar interrogatorios era un sumario conocimiento del idioma inglés. Había, así, camareras del Club de Oficiales de la Luftwaffe, dos capellanes, un flautista de la orquesta sinfónica del ejército alemán en el distrito de Londres, siete telefonistas y un dentista de la armada.

—Tenga a los chicos en casa hoy, señora Sheenan dijo Douglas durante el desayuno, la mañana siguiente de la explosión. La señora Sheenan le puso otra tostada en el plato e hizo un gesto mudo para indicar que había comprendido. El pan era algo duro, pero cubierto con salsa de la carne se transformaba en un lujo incomparable. Douglas esperó hasta haber comprobado que todos tenían pan antes de morder el propio.

Sirvió a todos más té.

—¿Oyó los camiones anoche? —preguntó ella—. Deben arrestar a gente que vive calle por medio. ¡Qué ruido hicieron! Creí que iban a derribar la puerta.

—Será la serie de arrestos más grandes que yo haya visto nunca —dijo Douglas—. Quizá la más grande en toda la historia moderna. —La señora Sheenan le miró con atención. Algo confuso, Douglas añadió—: No lo digo con admiración, señora Sheenan, sino que me limito a mencionar el hecho. Detendrán a millares de personas. Sólo Dios sabe cómo podrán los alemanes clasificarlos a todos.

—No veo cómo podrá servirles esto para atrapar a los que pusieron la bomba en el cementerio.

Douglas estaba de acuerdo con ella, pero decidió no explayarse sobre el tema. En lugar de ello, dijo:

—Y si usted y los chicos se encontrasen caminando por casualidad en una calle o a una hora que no correspondiese, sería muy fácil que los prendiesen. Y quién sabe dónde terminarían.

—En Alemania —dijo la señora Sheenan—. Terminad las tostadas, chicos, y bebed el té. No debemos desperdiciar nada.

—Sí, en Alemania —convino Douglas. Era allí donde había terminado el marido de la señora Sheenan.

—¿Usted hace arrestos? —le preguntó el hijo de la señora Sheenan.

—No hables así al señor Archer —lo reprendió su madre—. Y tampoco hables con la boca llena. Te lo he dicho muchas veces —agregó, golpeando levemente al chico en el brazo. No había mucha fuerza en el gesto, pero por proceder de una mujer de genio tan tranquilo, todos se quedaron sorprendidos. El chico se echó hacia atrás de la silla y se abrazó las rodillas. Tenía lágrimas en los ojos.

—No, no tiene nada que ver con el CID, por suerte —dijo Douglas, contento de poder negar toda conexión con el operativo. Bebió unos sorbos de té y luego añadió—: Podría darle algo escrito, señora Sheenan. No sería oficial, desde luego, pero utilizaría papel oficial de Scotland Yard... algo como esto podría serle útil.

La señora Sheenan hizo un gesto negativo. Seguramente la idea se le había ocurrido ya. Inclineda sobre su hijo, le besó:

—Termina tu té, hijo. Es lo último que nos queda de la ración de azúcar hasta la semana que viene.

Al volverse hacia Douglas, le dijo cortésmente:

—¿Para qué me serviría un papel? Cuando lo necesitase, sería demasiado tarde... y supongamos que alguien lo encontrara. Probablemente imaginarían que soy... —En este punto se calló. Había estado por decir «delatora», pero en lugar de ello, se corrigió—... que tengo algo que ver con los alemanes.

—Claro, sin duda —dijo Douglas, muy incómodo.

—No, no quise decir nada, señor Archer —recalcó la mujer—. Usted es policía. Tiene que mantener relaciones con ellos. ¿Qué haríamos si no contásemos con nuestra propia policía? Siempre lo repito.

Era obvio que lo repetía siempre porque a menudo debía explicar por qué tenía un inquilino que colaboraba con los nazis. Después de meter su servilleta en el aro de madera, Douglas se levantó.

—Postergue las compras todo lo que pueda —dijo—. El panadero y el lechero entregan las cosas a domicilio, ¿no? Para el fin de semana todo este alboroto se habrá calmado un poco. No habrá lugar, sencillamente, donde meter a los detenidos.

La señora Sheenan asintió con la cabeza, satisfecha de que Douglas no se hubiese ofendido por la torpeza con que se había expresado. Sacó del cajón de la cómoda un jersey blanco recientemente tejido. Las torzadas terminaban en un escote en «V» con los colores del club de cricket de la policía. La envoltura era de papel de seda, del que había antes de la guerra.

—Hace frío —dijo—. Ahora sí que comenzó el invierno.

Al hablar entregó el jersey a Douglas, pero éste titubeó antes de recibirlo. Sabía que lo había tejido para su marido, famoso por sus tiros lentos en el equipo de cricket de la época anterior a la guerra.

—El correo no acepta paquetes con ropa ni con alimentos —le explicó ella—. Es una nueva disposición y siempre revisan el contenido de todos los paquetes. —Sacó entonces el jersey flamante del paquete y lo levantó para mostrárselo, orgullosa de su obra—. Los dos queremos que lo use, señor Archer —agregó, señalando a su hijo—. Siempre podrá devolvérselo cuando papá vuelva a casa.

—Me lo pondré ahora mismo —dijo Douglas—. Gracias.

—Nunca le imaginé como aficionado al cricket —le dijo sarcásticamente Huth cuando Douglas llegó a la oficina. El cuarto estaba en la penumbra y el cielo de la mañana tan compacto y sin vida como un trozo de metal oscuro. Era muy poca la luz que se filtraba por los vidrios emplomados. Huth vestía uniforme, pero tenía la chaqueta colgada en el respaldo de la silla y su camisa

parda de las SS tenía el cuello entreabierto. No se había afeitado y Douglas adivinó que había estado gran parte de la noche sentado a su escritorio. Tenía delante una botella vacía de whisky escocés y había en el ambiente el olor frío de los cigarrillos apagados.

—¿No puede cerrar esa maldita puerta?

Douglas la cerró.

—Sírvese un trago. —Era como si hubiese perdido la noción del tiempo.

—No, gracias.

—Es una orden.

—La botella está vacía.

—Hay mucho más en el armario.

Nunca había visto a Huth en aquel estado de ánimo y no lo habría creído posible, por otra parte. De una caja de cartón con el rótulo «Embotellado especialmente para la Wehrmacht» sacó otra botella, la abrió y vertió una medida en el vaso que sacó Huth de un cajón.

—¿Agua? —preguntó éste, y empujó la jarra que estaba sobre el escritorio con un gesto descuidado que derramó un poco sobre cierta cantidad de papeles. Huth levantó uno de ellos, un mensaje de télex, y contempló el agua que chorreaba de una esquina con esa atención infantil con que los ebrios contemplan el mundo.

—Listas de bajas —dijo—. Y siguen muriendo...

—¿Por la explosión?

Huth agitó la hoja mojada con su larga lista de nombres impresos.

—¡La explosión... es verdad! Desenterrar a don Karl después de medio siglo de haber descansado en la tierra llena de fosfatos del noroeste de Londres... y no nos sorprendamos si deja escapar un pedo en tu propio ojo, ¿eh?

Douglas no repuso, pero había podido ya leer algunos de los nombres de la hoja que agitaba Huth en la mano. El mensaje de télex provenía del hospital de las SS en Hyde Park Corner.

SPRINGER, PROF. MAX SS-GRUPPENFÜHRER. N.º 4099.

STAB RFSS. MURIÓ DE HERIDAS 02.33.

—Sí, siguen muriendo —dijo Huth.

—¿Y el profesor Springer murió allí?

—Perdimos a un buen amigo, inspector —Huth tomó la botella y se sirvió whisky, agregándole agua con un cuidado exagerado, como un ebrio de

teatro.

—¿Sí?

—Era mi amigo en la corte del rey Heinrich —dijo Huth—. El Reichsführer-SS le había dado plenos poderes para descubrir el medio de despojar al ejército de los experimentos nucleares en beneficio de las SS —Huth apretó el puño—. Mi autoridad pasaba por Springer —Huth se miró el puño crispado—. Le di una ubicación en las últimas filas, cerca del Estado Mayor Naval, pero el tonto tuvo que acercarse a la tumba, para ver mejor. Le aplastó un trozo de mampostería.

—¿Quiere decir esto que la investigación de ustedes podría interrumpirse? —Douglas bebía sólo pequeños sorbos del whisky.

—Por suerte, no hay nada de eso —dijo Huth. Seguía estudiándose. Tenía los pantalones embarrados y un desgarrón sobre la rodilla. Douglas adivinó que había participado en las tareas de salvamento para sacar a Springer de debajo de los escombros.

—¿Hace mucho que conoce al profesor Springer?

—Podría contarle anécdotas, Archer, que le costaría mucho creer. Estuve con Springer ese fin de semana en que matamos a los líderes de los camisas pardas. Le conocí en Tempelhof cuando llegamos en un vuelo especial que traía a Karl Erast desde Bremen. Springer lo había arrestado en su hotel esa mañana. Karl Ernst era el segundo de Röhm, diputado del Reichstag y consejero de estado, pero aceptó el arresto con la mansedumbre de un cordero.

Huth bebió un trago de whisky. Estaba más tranquilo pero fruncía el ceño como haciendo un esfuerzo para recordar el fin de semana del golpe.

—Esos hombres de la SA no sabían lo que les iba a suceder. No podían imaginar que el Führer nos había ordenado que los ejecutásemos. Ernst se comportó de manera típica. Creyó que se trataba de una revuelta contra el Führer. Poco antes de ejecutarle nuestro pelotón de fusilamiento, se puso firme y gritó «Heil Hitler» y luego dispararon y lo mataron.

Huth se apretó las dos manos contra la cara, como Douglas había visto hacer a otros enfermos de asma, y como hacían ellos también, comenzó a respirar de forma lenta y regular.

—Cómico, ¿no?

—No muy cómico —repuso Douglas.

—Me enseñó una lección —dijo Huth con amargura—. Vi morir a ese tonto y me juré a mí mismo no volver a escuchar nunca esas divagaciones políticas.

—¿Y lo cumplió?

—¿Tengo aspecto de idealista, Archer?

Douglas agitó la cabeza, pero se abstuvo de responder, para no interrumpir el deseo de comunicarse de Huth. Había conocido a otros hombres como él, oído confesar crímenes horrendos y, como Huth, esos hombres siempre hablaban de sí mismos con una objetividad extraña, impersonal.

—Era fácil que ganarían los nazis —dijo Huth—. Eran los únicos con inteligencia y determinación. Y los únicos con la organización necesaria. Me gustan los ganadores, Archer. Mi padre era también amigo de los ganadores, un canalla sin escrúpulos. ¡Cuánto le detesto aún! Ser el primero de la clase era la única forma de asegurarse su afecto, de modo que debí cuidarme y estar siempre al frente de la mía. Los nazis tienden a ganar, Archer. No se deje tentar por el impulso de trabajar contra ellos.

Douglas asintió con la cabeza.

—La semana próxima estaré en Berlín. Hablaré con el Reichsführer y quizá también con el Führer. Tendrán que darme el cargo de Springer, ya que no hay nadie que cuente con toda la información —dijo, tocándose el cráneo— y, finalmente, también obtendré el rango de Springer. ¡Ánimo, Kellerman tiene los días contados! Nos desharemos de él antes del fin de mes próximo. Lo tendré arriba, sentado en una silla, respondiendo a una serie de preguntas difíciles relativas a su cuenta numerada en Suiza y a los sobornos que ha recibido de algunos de los contratistas que construyen las nuevas cárceles.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Douglas.

—Tengo un legajo bien espeso sobre Kellerman —dijo Huth—. ¿Por qué supone usted que tiene tanto interés en revisar toda mi documentación? No le importa apoderarse del programa de la bomba atómica. Lo único que quiere es salvar el propio pellejo —Huth bebió un trago de agua—. ¿Quiere usted quedarse conmigo, Archer?

—¿Como miembro de su personal?

—No hay muchos entre el equipo personal de Springer con quienes desee quedarme. Si usted permanece conmigo podrá acompañarme todo el trayecto hasta la cumbre. Le haré nombrar ciudadano alemán y le introduciré de inmediato en la SD. Se acabarán el racionamiento, las restricciones para viajar, el control de sus finanzas —dijo, mirando a Douglas.

—Creí que le gustaban solamente los ganadores —observó Douglas.

—Como colaboradores personales, no —dijo Huth con una leve sonrisa.

Tal vez la oferta fuese bienintencionada. Hasta qué punto había sido un intento torpe y espontáneo de halagarle, y hasta qué punto una propuesta planeada con todo cuidado, Douglas no podía saberlo.

Huth se levantó y se acercó a la ventana.

—¿No habló con Mayhew ayer? —preguntó, sin volverse.

—Lo encontraré —dijo Douglas.

La silueta de Huth se recortaba contra la luz y Douglas advirtió la forma en que movía los dedos con nerviosismo a los costados del cuerpo, como si quisiera sacudirse la suciedad, algo viscoso, o bien el recuerdo de cosas adheridas a las yemas.

—Es un hombre culto —dijo, hablando tanto consigo mismo como para beneficio de Douglas—. Un hombre culto y razonable.

—Sin duda.

—No tiene ninguna animosidad personal conmigo, ¿no? ¿Qué busca? Prestigio y el respeto de sus iguales. Esto es lo que motiva a todo hombre normal. Entre ambos podemos llegar a algún tipo de acuerdo. El resultado beneficiará a los dos y nos llevará a ascender tal como aspiramos a hacerlo. ¿Podría decirle esto de mi parte?

El cinismo dejó a Douglas atónito, aun juzgado por las normas de Huth.

—¿Y qué garantías tengo yo? —preguntó.

—Tiene esa excusa estupenda de que se limitó a obedecer órdenes. Dé gracias por eso, Archer.

—Actuaré como contacto —aseguró Douglas—, pero no como informante. —Al tiempo que habló, reconoció la racionalización de algo oído antes a innumerables hombres a quienes había utilizado. Y despreciado.

Golpearon a la puerta y Huth dijo un brusco «Entre». Entró entonces un ordenanza con un balde de carbón y comenzó a encender el fuego en la chimenea. Huth despidió a Douglas con un gesto.

Al levantarse éste, agradeció a la Providencia que Huth no fuese uno de esos alemanes que cumplían invariablemente el ritual de decir «Heil Hitler» al terminar una entrevista. En presencia de aquel viejo ordenanza habría sido más de lo que Douglas podía soportar ese día.

Una montaña de papeles se hallaba apilada en su escritorio y Harry Woods no había llegado. Lo maldijo para sus adentros, por tonto e incompetente, pues era un día en que habría necesitado mucho su ayuda. Al mirar la agenda, en su escritorio, vio que Harry tenía una cita con el inspector de Crímenes a las 9.30. Llamó por teléfono a un empleado y fraguó una

historia sobre una enfermedad imaginaria de Harry, la cual provocó la risa del hombre. La impuntualidad de Harry era conocida.

Envió a un empleado civil en busca de Harry al café de Joe, pues era demasiado temprano para la «incursión» del «León Rojo», o para el llamado «tanque», o refugio del CID calle por medio. Llamó por teléfono al sargento de guardia en la seccional de Cannon Road, al lado de Scotland Yard, para saber si Harry estaba allí cambiando chismes.

Como todas las respuestas fueron negativas, telefoneó al empleado principal de Kellerman y le pidió la dirección del punto de concentración del equipo de arrestos en el distrito de Islington donde residía Harry Woods. Le costó quince minutos obtener la respuesta: Depósito de Mercancías de York Way, detrás de la terminal ferroviaria de King's Cross, hasta las 10.30 de la noche. Después de esa hora comenzaba la concentración en el mercado de Hacienda de Caledonian Road.

Douglas llamó por teléfono al despacho de Huth.

—Standartenführer. Creo posible que uno de los equipos de arresto haya detenido a Harry Woods. —Como no recibiera respuesta, Douglas prosiguió—: No vino a la oficina esta mañana, a pesar de tener una cita con el inspector de Crímenes. —Al cabo de otra larga pausa, Douglas preguntó—: ¿Me oye, señor?

—No alcanzo a imaginar cómo Harry Woods permaneció tanto tiempo en libertad —afirmó Huth—. Tendrá que buscarse otro sargento detective. ¿Puede encontrar a alguien que hable el alemán?

—Pienso ir en busca de Harry —dijo Douglas.

—Como quiera —repuso Huth—. Pero asegúrese de que haya alguien, sentado en ese escritorio mañana a las ocho. No es el momento de trabajar con menor cantidad de personal.

—Sí, señor —dijo Douglas, y cortó la comunicación.

## Capítulo veintiséis

Harry Woods vivía en Liverpool Road. En una época la familia había ocupado toda la casa, pero ahora alquilaba el piso superior a otra familia. Harry y su mujer Joan comían en la cocina, situada en el sótano, y allí se sentó Douglas mientras Joan le preparaba una taza de té.

Adivinó lo ocurrido tan pronto como la señora Woods le abrió la puerta. Vestía aún su bata, no se había peinado y tenía los ojos enrojecidos de llanto. Era mucho menor que Harry. En una época había sido la mecanógrafa más bonita de su oficina, donde Harry Woods la conoció cuando investigaba un robo en una fábrica. Ahora tenía el pelo rubio descolorido y el rostro demacrado de frío. Sonrió al pasarle el té flojo y sin azúcar por encima de la mesa, se pasó una mano por el pelo en desorden y con un gesto de vergüenza se cerró el escote de la bata.

Habían arrestado a Harry a las tres de la madrugada. El oficial alemán llegó con su pelotón de doce soldados. El agente de policía, un muchacho muy joven, de alguna división alejada del barrio, nunca había oído hablar de Harry Woods.

—Tampoco oyó hablar nunca de Scotland Yard, estoy segura —dijo Joan Woods amargamente.

—¿No les mostró Harry su credencial, Joan?

—El oficial alemán la miró, dio las gracias a Harry y se la guardó en el bolsillo. Fue bien cortés, ese oficial... dijo que lo lamentaba mucho. Pero apenas hablaba inglés y usted conoce a Harry... su alemán no le sirve para nada. Si usted hubiese estado presente, todo habría sido distinto. Usted sabe cómo tratarlos. Harry siempre lo comentaba.

—Debió haber llamado por teléfono al Yard, Joan.

—Los teléfonos públicos estaban guardados por soldados. Sólo permitían llamadas oficiales. Vi volver a la vecina de al lado después de haber intentado llamar.

—Sí, supongo que necesitan los teléfonos públicos para mantener contacto con los equipos de arrestos.

—Fui a la estación de policía y esperé allí horas. Por fin conseguí ver al sargento de guardia que es un viejo amigo de Harry y conozco a su mujer, y me dijo que volviera a casa y descansara un poco. Según él, era un gran error y Harry volvería a casa seguramente mucho antes que yo —Joan se encogió de hombros—. El caso es que no ha venido.

—Los alemanes han detenido a centenares, quizá millares, para interrogarlos acerca de la explosión de Highgate. Puede que transcurra un par de días antes de que localicemos a Harry, y tal vez lleve otro día más hacer todos los trámites de documentos para obtener su libertad. Es inevitable que reine una gran confusión, Joan.

—Usted siempre ha sido bueno con nosotros, señor Archer —dijo ella. La verdad era que a Douglas siempre le había costado un esfuerzo llevarse bien con Joan Woods. A Joan le disgustaba la manera de hablar de Douglas y sus modales de clase media, así como la forma en que su educación universitaria le había permitido, de forma casi automática, llegar al rango de inspector de subdivisión, mientras Harry había dedicado toda su vida a alcanzar el de sargento detective.

—Harry y yo somos un equipo —dijo Douglas.

—Harry lloró cuando se enteró de que usted logró sacar a su hermano de la lista de deportación. Nunca nos habíamos dado cuenta de que fue usted quien lo consiguió. Harry adora a su hermano menor Sid. Lloró. Que me muera si miento... lloró.

—Debe agradecersele, además, al médico de la policía, Joan. Escribió una larga carta en la que señalaba que Sid estaba demasiado enfermo para poder trabajar debidamente —Douglas se levantó—. Bien, debo buscar a Harry ahora. Pero no se preocupe si no llega esta noche. Será una búsqueda larga.

—Harry es muy bueno, señor Archer.

—Lo sé, Joan.

Fuera de la ventana del sótano se veían solamente los escalones pintados de blanco que llevaban hasta el nivel de la calle, cada uno de ellos con su planta en maceta marchita de frío. Se oyó una breve ráfaga de viento y algunos papeles bajaron por los escalones con un ruido semejante al del agua al correr.

—Qué frío hace —dijo Joan, soplándose las manos.

Seguramente era mucho peor para los infortunados que permanecían detenidos a la intemperie.

—No se desanime, Joan —le dijo Douglas.

Joan le dirigió una débil sonrisa. En realidad no había una comunicación auténtica entre ellos. No tenían nada en común, salvo Harry.

## Capítulo veintisiete

Comenzó por el mercado de Caledonian Road, que conocía de antes de la guerra. Los domingos todo Londres acudía allí a comprar toda clase de cosas, desde ropa vieja hasta platería antigua. A menudo Douglas acompañaba, lleno de impaciencia, a su tío Alex cuando éste estudiaba pilas enteras de trozos de radios, máquinas de escribir rotas y montones de libros viejos.

No pensó hallar tal cantidad de detenidos. En algunos puntos el alambrado interior había sido roto y pisoteado por obra exclusiva del número de arrestados. Sólo los barrotes de metal que eran parte permanente de los corrales contenían a la multitud lo suficiente como para impedir un desastre de grandes proporciones.

El interminable mar de cabezas se movía sin cesar, como un océano cuyas olas lamían la alta cerca exterior de alambre tejido y la calle desierta patrullada por soldados. En unos postes, grandes números señalaban a los diversos grupos de detenidos en el momento de su llegada al lugar, pero ahora el hacinamiento había hecho que los grupos se mezclasen y uniesen. Mientras miraba, Douglas pudo ver a una muchacha que se arrancaba la estrella de tela amarilla de la chaqueta y trepaba por encima del cerco bajo de uno de los corrales para reunirse con otro grupo de prisioneros. En Market Road había cinco ómnibus de la Red Midland con leyendas que decían «Im Dienst der Deutschen Wehrmacht». Douglas decidió que muchas de las familias judías no llegarían a los centros de interrogatorio. Se las enviaría directamente al campo de Concentración de Wenlock Edge, de triste fama ya.

El pase de Douglas le permitió trasponer la barrera exterior de guardias y entrar en la casilla, cerca del puente de báscula, ocupada en aquel momento por una docena de empleados administrativos del ejército que maldecían, gritaban y discutían. Era inútil preguntar por un hombre llamado Woods, ya que estaban discutiendo acerca de la discrepancia en cuanto al número de

noventa personas llegadas esa mañana y el consignado en las listas. Douglas agitó su pase y se alejó por el recinto interior.

Es posible que el infierno sea algo semejante, la confusión discordante de almas torturadas. Algunos discutían, otros dormían, otros gritaban, otros sollozaban, otros escribían, otros dibujaban y muchos, en fin, conspiraban para hacer frente a los próximos interrogatorios. En su mayor parte, no obstante, miraban vagamente, sin enfocar la mirada, como si pretendiesen visualizar el mañana. Al cabo de cerca de dos horas de abrirse paso a codazos entre la multitud, se sentía tan mareado como ellos. Por sistemática que fuese la búsqueda, sabía que podría tocarle pasar a medio metro de Harry sin verlo. Por metódicos que fuesen sus movimientos, la multitud se levantaba en oleadas a su alrededor de tal manera que volvía a ver las mismas caras una y otra vez. Más de uno, con los pies fatigados y hambriento, se sintió tentado de renunciar a su tarea. Sin embargo, sabía que de haber estado invertidos los papeles, Harry no habría renunciado jamás a buscar a Douglas, sencillamente porque esa idea jamás se le habría ocurrido.

—¿Ha perdido a alguien?

Douglas se apoyó en una barra de metal, lleno de alivio de poder recobrar el aliento.

—Sí, un hombre alto, de unos cincuenta y cinco años, moreno, con traje de calle oscuro y camisa blanca... arrestado en Liverpool Street aproximadamente a las tres y media de la madrugada. —Había repetido esto tantas veces, que había llegado a transformarse en una especie de plegaria apresurada, como la que suelen musitar los que carecen de fe.

—Qué lío, ¿no? —El hombre era delgado e inquieto, vestía ropas caras y llevaba una corbata de la Real Artillería y gruesos anteojos—. Vivo en Highbury Crescent —dijo. Douglas comprendió que no había oído la descripción de Harry, ni tampoco le interesaba—. Mucha de esta gente es chusma —agregó con aire confidencial, después de haber aprobado mentalmente el aspecto de clase media de Douglas—. Tiene aspecto de estar agotado. ¿Ha comido algo?

—No.

—Bien, seguramente tiene cinco o diez chelines en el bolsillo. Si se acerca a esa barandilla, es posible sobornar a los centinelas para que crucen la calle y compren pescado y patatas fritas. Deben estar ganando una fortuna con los precios que cobran. —Al decir esto el hombre sonrió, como para indicar que no les tenía mala voluntad.

—¿Pescado con patatas fritas? —repitió Douglas. Sonaba exquisito.

—Esta gente imagina que los alemanes les traerán comida.

—Pero ¿usted no lo cree?

—Piense un poco —dijo el hombre con desdén—. Vi las cocinas de campaña en actividad durante los últimos hechos... durante la última guerra —añadió, por si acaso Douglas no lo había entendido—. ¿Se imagina cómo van a afrontar este caos? ¿Qué van a conseguir? Una tajada de carne asada y dos legumbres... ¡Ja, ja! Tendrán suerte éstos si les dan una cucharada de sopa de patatas. Vaya hasta allá y aliméntese. Algunos de estos chicos, y también los viejos, estarán en un estado lastimoso hacia la mañana, a menos que estos malditos nazis se muevan un poco... ¿Dónde dijo...? ¿Liverpool Road?

—A las tres de la madrugada.

El hombrecito hizo un gesto afirmativo. Lo que le exasperaba era el caos. No tenía nada que decir contra la gente que sabía lo que estaba haciendo.

—Fue el equipo de arresto N.º 187. Sabían bien lo que hacían. Oficial muy cortés. Seguramente entregó a la mujer de su amigo un papel amarillo, con un número en un costado, encima de la firma. ¿Cuál era la última letra?

—T.

—En tal caso, lo encontrará bajo esa gran «T», allá.

—Fui primero allí —dijo Douglas, fatigado—. Conozco el sistema.

—Sí, pero tiene que haber sido el Equipo de Arresto 187. El oficial alemán no hablaba más de cuatro o cinco palabras de inglés... y el agente... ¡Qué idiota! No debía tener más de diecinueve años. —El hombre palmeó a Douglas en el pecho—. A éstos culpo yo... a los malditos policías... ¿Qué hacen, colaborando con los nazis para arrestar a gente inocente a cualquier hora de la noche? Me gustaría alinearlos a todos contra un paredón y matarlos, por canallas. Nunca me gustó la policía.

—Mi amigo tiene que haber viajado en el mismo autobús con usted.

—¿Hombre alto, dijo? Pelo gris. ¿Tenía corbata reglamentaria?

—Es muy probable.

—El soldado grande. Sí, lo recuerdo. No lo tomó muy bien y se sentó delante, en el autobús, con las manos en los bolsillos. Un hombre grande, de hombros anchos. Recuerdo que pensé que debía ser portero de un hotel, boxeador o algo por el estilo.

El hombre se levantó de puntillas para ver mejor del otro lado de la calle. Como no vio nada, apoyó un pie en uno de los barrotes horizontales y se encaramó en él.

—Vaya a la letra «S» —dijo—. Creo recordar haberle visto cuando conseguí que el centinela me comprase pescado con patatas fritas.

—Gracias —dijo Douglas, y se alejó.

—Y cómprese algo para comer, si quiere seguir mi consejo —le insistió el hombre.

Vio a Sylvia antes que a Harry. Estaba sentada en uno de los cercos divisorios de corrales, masticando un trozo de pan. No había razón para sentir sorpresa al ver a Sylvia allí. Era una jugadora nata, y así como el jugador obsesivo gana, pero vuelve a la mesa de juego una y otra vez, para jugar hasta todo lo que ganó, Sylvia seguiría arriesgando su libertad hasta perderla para siempre.

—No te necesitamos —dijo al ver a Douglas.

—¿Cómo me encontró, jefe? —le preguntó Harry.

—Averiguaciones de rutina —repuso Douglas.

—Muchísimas gracias, jefe. Lo digo en serio.

—No es más de lo que usted haría por mí, Harry.

—¿Por qué no os casáis vosotros dos? —preguntó Sylvia con despecho, y después de meterse el último trozo de pan en la boca, bajó del asiento improvisado sobre la barandilla.

—Creo que todo marchará bien —dijo Harry.

—¿Por qué?

—La gente de Sylvia arreglará las cosas con uno de los oficiales.

Para un policía de la metrópolis de Londres, «arreglar» no podía significar otra cosa que un soborno. Sylvia hizo una mueca, irritada porque Harry lo había mencionado.

—Es lo mejor —afirmó éste.

—Sí, es posible —dijo Douglas con cautela. Si Harry llegaba a pasar por un centro de interrogatorio, la consecuencia sería registrar una entrada que figuraría en su legajo personal de Scotland Yard. Si Douglas conseguía que lo liberasen, la consecuencia sería que la entrada figuraría en el de Douglas. Un guardia sobornado era la única forma de asegurar la libertad de Harry sin que hubiese papeles comprometedores.

—No te necesitamos —repitió Sylvia. Resultaba tentador, en el caso de Douglas, imaginar que el desprecio de ella era señal de un amor no correspondido, de esa furia infernal que se atribuye a las mujeres desdeñadas. Veía, en cambio, que había algo más profundo que esto, algo que irradiaba una histeria llena de desequilibrio, algo que le alarmaba. Seguramente ella vio el temor en su rostro.

—Vuelve a tu oficina, Douglas —le dijo con desprecio—. Nosotros haremos esto a nuestra manera. —Había utilizado su nombre de pila para despojarle de toda la dignidad que podrían haberle conferido el apellido o el título.

—Espero que los dos sepáis bien lo que hacéis —dijo, mirando a Harry. Harry se frotó la mandíbula.

—No, jefe —replicó—. Todo saldrá bien.

—Uno de sus amigos puede comunicarse conmigo si necesita algo —agregó Douglas—. Estaba extenuado después de la búsqueda, además de deprimido por todo lo que había visto. Ahora retrocedía ante el odio de Sylvia.

—Avísele a Joan —pidió Harry.

—¿Qué debo avisarle?

—Que no tardaré en volver.

—Se lo diré. —Se alegró de este pretexto para alejarse, pero cuando hubo salido se reprochó por haber aceptado con tanta rapidez las palabras de Harry.

Había olor a pescado frito en el aire y Douglas se dirigió por la misma calle hacia un comercio de venta de pescado, el mencionado por el hombrecito, donde encontró a cuatro personas inclinadas sobre las ollas de fritura, trabajando furiosamente para satisfacer los pedidos del interminable desfile de soldados alemanes que partían con el pescado envuelto en papel y cruzaban la calle desierta hasta el punto donde los prisioneros hambrientos esperaban detrás del alambre de púas que limitaba el mercado de hacienda. Sobre el mostrador iban y venían grandes billetes de cinco libras con la misma prisa descuidada con que se podría haber dado trozos de papel diario.

Douglas se sentó junto a una de las mesitas de mármol de la parte reservada a comensales.

—No servimos allí —le gritó uno de los hombres que atendían las ollas.

—¿Dónde atienden? —preguntó Douglas, acercándose al mostrador.

—Tendrá que buscarse otra pescadería, compañero —dijo el hombre—. No tenemos tiempo para pedidos aislados hoy.

—Tráigame lenguado y patatas fritas —ordenó Douglas.

—Y si no, ¿qué? —preguntó el hombre, inclinado sobre el mostrador, y acercando el rostro al de Douglas.

—Pasaré al otro lado del mostrador y los meteré, a usted y a sus tres camaradas, dentro de las ollas —dijo Douglas en voz baja.

—Mire... —El hombre hizo ademán de golpear a Douglas, pero descubrió que tenía la muñeca aferrada por una mano de hierro y que se la habían

torcido con tanta fuerza que tenía el rostro apoyado encima de una pila de diarios—. ¡Muy bien, muy bien, no se enoje! —gritó. Los otros tres fingieron no haber oído ni visto nada.

Un soldado alemán, obviamente interesado en que la pescadería siguiese trabajando activamente, tomó a Douglas el brazo libre, pero la reacción fue tal diatriba de palabrotas de cuartel en alemán que soltó a Douglas de inmediato y hasta llegó a cuadrarse.

—Y ahora, sírvame una porción de lenguado y cuatro peniques de patatas fritas —repitió Douglas, sin soltar al hombre—, o de lo contrario le enviaré volando al otro lado de la calle detrás del cerco. ¿Comprendió bien?

—Sí, disculpe, señor —Douglas lo soltó.

Con aire indignado, el hombre dejó caer un trozo de pescado en un grueso plato cascado, seguido por una porción de patatas fritas, parte de las cuales logró dejar caer fuera del plato, sobre el mostrador de madera.

Douglas dejó dos chelines y medio sobre el mostrador y recibió la vuelta y un gruñido de odio. Dirigió entonces otra mirada al soldado alemán y una nueva porción de pescado cayó sobre el papel de diario. Mientras el hombre lo envolvía con tristeza, Douglas alcanzó a ver la página primera del *Daily Telegraph*. El título, de mucho tiempo atrás, decía: «Los alemanes en retirada cerca de Ashford. Canterbury declarada ciudad abierta ante la entrada de los tanques alemanes». «¿Qué nos han hecho? —se preguntó—. ¿Qué me hicieron a mí?».

Miró por la ventana de la pescadería, cuyo vidrio cubierto de humedad condensada tenía surcos de lágrimas por los que se distinguían los rebaños de prisioneros. Aun por encima del chirrido de la fritura y del repiqueteo del dinero, no dejaba de oírlos.

Echó vinagre y sal sobre su pescado con patatas fritas. Toda su vida había transcurrido en este género de inmundicia. Hasta entonces, sin embargo, siempre le había fortalecido la creencia de que vivía para defender la ley y el orden. Ahora, al mirar hacia el sector opuesto de la calle, aquella creencia parecía vacilar.

Pensó en el padre a quien nunca conoció y en su matrimonio, con su fin trágico. No le quedaba ya más que su hijo. No había lugar en su vida para el tipo de complicaciones que podría acarrearle una Barbara Barga. Sin embargo, hechos todos los razonamientos, estaba enamorado de ella. No cabía negarlo. La quería en cualquier sentido. Como policía que era, desconfiaba del amor, pues a menudo había visto su otra cara, la violencia, el sufrimiento y la desesperación que podía acarrear. Se dijo que Barbara no representaba

más que la oportunidad de escapar de aquel manicomio de engaño y de sufrimiento. Se dijo que era la idea de los Estados Unidos que le enamoraba y que Barbara no era más que el medio. Fuera cual fuese la verdad, la necesitaba y tenía necesidad de verla.

## Capítulo veintiocho

—Qué aspecto infernal tienes —le dijo Barbara con tono humorístico—. Además, apestas a pescado frito, Douglas Archer. ¿Dónde estuviste? He estado llorando de ansiedad. —Era su manera de hablar en broma, sin duda, pero también era lo que él deseaba oír.

Se abrazaron muy fuerte, y al mirarle, ella le apoyó una mano en la mejilla.

—¿Me das algo de beber? —le preguntó Douglas.

—Al instante, mi amor. —Su mujer nunca le había dicho «mi amor» y hallaba extraño el calificativo, algo limitado, dentro de su experiencia, al uso entre las estrellas de cine. Y la idea de que hubiese pedido un trago tan pronto como había traspuesto el umbral era algo que hubiese sorprendido muchísimo a quienes lo conocían.

Barbara fue a la cocina, sacó unos cubos de hielo de la bandeja y los echó en dos vasos altos. Douglas le habló acerca de Harry Woods en el mercado, pero no mencionó a Sylvia.

—Por la radio se oyen solamente las declaraciones oficiales de los nazis —dijo Barbara al pasarle su whisky—. Pude escribir un buen artículo y tengo muchas fotografías, pero ahora hay un silencio absoluto. Han detenido a centenares de personas y no hay más que tomar un taxi e ir al centro para ver lo que ocurre. En mi país por lo menos una docena de diarios habría publicado ya todo.

—No estás en tu país —le recordó Douglas—. Y los arrestos llegan a miles, no a centenares. —Un inesperado rayo de sol iluminó las paredes blancas de la cocina, pero no duró mucho tiempo.

—Llamó por teléfono el coronel Mayhew. Quiere verte. Vendrá alrededor de las ocho.

—Tengo una orden de arresto para él. Huth quiere amedrentarle para que esté dispuesto a negociar.

—¿Qué clase de negociación?

—Mayhew obtiene al rey y se lo lleva a los Estados Unidos. Huth obtiene cierta cantidad de datos sobre física atómica. Los alemanes tienen ganas de hacer explotar una bomba.

Barbara no mostró sorpresa.

—Estaba enterada —dijo—. ¿Te refuerzo ese whisky?

Douglas cubrió el vaso con la mano.

—Los dos están locos —afirmó por fin.

—¿Por qué?

—Porque una vez que el rey llegue a los Estados Unidos, Mayhew quedará aislado y olvidado. Y tan pronto como Huth obtenga el material de investigación, será un hombre superfluo. Es abogado. No tiene formación científica. Hizo sacar cantidad de datos de trabajos científicos alemanes de las enciclopedias, además de contar con dos informes especiales del profesor Springer. Leí todo y ahora sé casi tanto como Huth.

—Puede que Mayhew y Huth se muevan por otros factores, aparte de la ambición.

—No puedes hablar en serio, Barbara —dijo Douglas, y esbozó una sonrisa melancólica—. Nunca vi a dos hombres más parecidos en cuanto a su ambición implacable. —Barbara tuvo conciencia en aquel momento de la gran fuerza de Douglas, no la fuerza atlética que tanto utilizan algunos hombres para intimidar a otros, sino mía fuerza llena de bondad y de modestia.

En la salita se instalaron en el feo y pequeño sofá. Su funda estampada con grandes hojas verdes le daba el aspecto de una gran planta carnívora.

—¿Echas en falta a tu mujer? —le preguntó Barbara. Tocaba con un dedo el hielo de su vaso y se observaba atentamente al hacer esto.

—A veces. Nos conocíamos desde niños.

—Qué lástima.

—Tengo a mi hijo. —Barbara se sentó a su lado y Douglas la rodeó con un brazo. Después de beber un poco de whisky, ella le dijo:

—También me tienes a mí.

—¿Sí? —Douglas la miraba, pero Barbara se había vuelto a mirarle. Barbara se estremeció—. ¿Sí? —repitió.

—Lo sabes muy bien —susurró ella, la mirada fija en los cubos de hielo.

—Te quiero, Barbara.

—Yo también, Doug. No quería quererte, Dios lo sabe. —La nube cubrió el sol, la luz dorada disminuyó y se apagó hasta que el cuarto quedó casi a

oscuras. Barbara se inclinó y encendió la lámpara de mesa—. Odio este maldito sofá. ¿Tú no?

—Es lo más feo que he visto en toda mi vida —repuso Douglas—. ¿Te casarás conmigo?

—Estaba por hacerlo teñir, pero la gente que me alquila el piso debe creer, probablemente, que tiene gran valor —dijo ella acariciando la funda de algodón floreado con aire pensativo.

Douglas le dijo:

—Lo que gano en un año es más o menos lo que tú ganas por un buen artículo.

—Casémonos pronto, bien pronto.

—No olvides a mi hijo.

—No lo olvido.

—No llores, Barbara.

Con fingida severidad, Barbara le dijo:

—Sin tu hijo, no hay boda —pero las palabras se le ahogaron en la garganta y cuando él la tomó en sus brazos y la besó, estalló en llanto.

## Capítulo veintinueve

El coronel Mayhew llegó a las ocho. Douglas y Barbara sintieron una especie de satisfacción infantil al recibirlo en la salita y fingir que no habían observado su llegada desde la ventana del dormitorio, arriba.

Mayhew dejó su bien enrollado paraguas en el paragüero junto a la puerta y colgó el abrigo y el sombrero con la espontaneidad familiar de quien es un visitante habitual. Douglas sintió resentimiento. Mayhew le sonrió, pero la sonrisa era la mueca que indica ansiedad más bien que placer.

—¿Se enteró de la noticia sobre Harry?

—¿Harry Woods?

—Le arrestaron...

—Sí —dijo Douglas—, pero está bien. Fui a buscarlo esta tarde y lo encontré...

—¡Entonces usted *no está* enterado! —Mayhew miró a Barbara y nuevamente a Douglas, frotándose las manos—. Harry participó en un incidente con disparos esta tarde. Dicen que le hirieron, pero no tengo confirmación. La muchacha que estaba con él... Sylvia Manning, que era su empleada, Archer..., murió.

—Dios mío —dijo Douglas. Sintió que se le apretaba el estómago de remordimiento y la noticia de la muerte de Sylvia le afectó más de lo que hubiera imaginado.

—Pasaron por el alambrado de púas del cerco exterior, en el centro de detención del mercado de Caledonian. Trataron de escapar según dijo el centinela. Seguramente fue eso.

—Estuve allí hasta las cuatro de la tarde —dijo Douglas—. Tenían dispuesta su salida, más o menos. Habían sobornado al oficial de guardia, según me contaron.

Mayhew hizo un gesto afirmativo.

—No querían complicarlo a usted, diría yo —Mayhew suspiró—. Excelente persona, Harry. No quería que usted se viese mezclado.

—Pero ambos dijeron que estaba todo arreglado —insistió Douglas. Estaba muy afectado.

—Una docena o más lograron salir del recinto —dijo Mayhew—. Ellos tuvieron mala suerte. Trataron de huir demasiado tarde. Los guardias se pusieron nerviosos. Tal vez el sargento mayor les dirigió una arenga y esto les impulsó a disparar en seguida. Usted sabe cómo son las cosas.

—¿La muchacha murió, dice usted?

—Volvió para tratar de arrastrar a Harry a un punto seguro. Es el tipo de acto de valor que merece una Cruz de Victoria en época de guerra, o bien un ascenso en el campo de batalla. Hay que admirar el coraje de la chica, ¿no? Estaba ya lejos y a salvo. ¡Claro, era joven! Pudo correr más rápido que Harry y quizá el centinela titubeó en disparar contra una mujer la primera vez. Pero cuando ella volvió... —Mayhew hizo un gesto expresivo.

—¿Y Harry está herido?

—La Gestapo ha pedido que el ejército lo entregue. Como es un funcionario de la policía en activo, dicen que el ejército no tiene derecho a mantenerlo detenido.

Barbara tocó o Douglas en el brazo y le preguntó:

—¿Le torturarán para obtener información?

Mayhew movió la cabeza.

—Harry no sabe nada —dijo.

—Harry estaba trabajando en un grupo de la Resistencia —señaló Douglas.

—Sí, los restos del batallón de Camden Town de la Guardia Territorial; anduvo poniendo azúcar en los tanques de gasolina de los vehículos del ejército, asaltando a soldados ebrios y escribiendo lemas groseros sobre Hitler en las paredes.

Douglas hizo un gesto con la cabeza. Había oído hablar del batallón de Camden Town.

Mayhew hablaba con *un* tono opaco y frío.

—Harry Woods conoce solamente a la muchacha que estaba con él y a otros dos hombres con quienes trabajaban.

—Idiota —dijo Douglas. Su desesperación se tomaba ahora en furia contra Harry, como la de la madre que reprende a un hijo que acaba de salvarse de morir en un accidente de tránsito.

—Hace falta mucho valor —señaló Barbara—. Yo estaría orgullosa de cualquiera de mis compatriotas que hiciera cosas como éstas contra el invasor.

—Por suerte no llevan panfletos encima —dijo Mayhew—. Una maleta llena de contrabando, o aun repuestos de radio, y uno podría tener una probabilidad en un millón de convencerles de que le dejen en libertad. En cambio, los que llevan panfletos políticos llevan con ellos la propia condena a muerte si los sorprenden.

—Qué desperdicio —dijo Douglas.

—Sea como fuere, los otros dos hombres de su célula, o pelotón, como prefieren llamarlo en la Guardia Territorial, están enterados del arresto de Harry. Desaparecerán... No, Harry no sabe nada que pueda resultar de interés para la Gestapo. Con todo, que lo lleven o no a la sede de la Gestapo en Norman Shaw North, no es algo que podamos recomendar a nadie que requiera descanso o calma.

—Será mejor que vuelva allá —dijo Douglas.

—Un momento, Archer —dijo Mayhew con un tono de voz diferente, apremiante—. Eso sí que les haría interesarse por Harry. No está usted en condiciones de ánimo apropiadas para encarar a esos señores. Si sospechasen que usted y Harry tienen algo que ocultar, se pondrían cómodos y comenzarían por arrancarles las uñas de una en una.

—Es un riesgo que debo correr —dijo Douglas.

—Es posible —concedió Mayhew, pero al mismo tiempo se interpuso entre Douglas y la puerta—. En cambio, no es un riesgo que deba correr el resto de la organización.

Mayhew tenía razón, sin duda. Tampoco tenía él mismo el temple que tenía Sylvia. Se sentó otra vez.

—Ahora, mire esto —dijo Mayhew, y sacando un ejemplar de *Die Englische Zeitung* del bolsillo lo desplegó para mostrarle la primera página—. Esta es la edición de mañana —dijo. En tipos góticos gigantescos, y en todo el ancho de la página, decía: «Standrecht».

—¿Qué quiere decir? —preguntó Barbara.

—Ley marcial —repuso Douglas—. Los alemanes han implantado la ley marcial en toda Gran Bretaña.

—Uno de nuestros hombres de la central telefónica se enteró temprano —dijo Mayhew—. Pero lo único que tenía era un diccionario de bolsillo y la palabra no figuraba en él.

Douglas estaba aún leyendo la comunicación oficial del diario que sostenía Mayhew.

—A partir de hoy a medianoche, Hora Central Europea —dijo.

—Todos los soldados deben presentarse en sus cuarteles y se cancelan todos los permisos —añadió Mayhew—. Deben portar armas en todo momento. Las unidades de las Waffen-SS en Gran Bretaña deben incorporarse al ejército y esto quiere decir que se utilizarán como fuente de reemplazos. Será un amargo golpe para Heinrich Himmler.

—¿Qué diferencia habrá con la ley marcial? —preguntó Barbara.

—El ejército alemán adoptó precauciones para la eventualidad de que la explosión de Highgate sea el comienzo de una rebelión en gran escala en todo el país. Después comenzó a hacer presión para que se reconozca *de jure* una situación *de facto*. Aparentemente, lo ha logrado.

—Habla como un verdadero burócrata, Archer —dijo Mayhew; dejando su vaso, aplaudió sin hacer ruido.

—Convendría que entienda, coronel Mayhew —observó Douglas con tono monótono—, que los alemanes *son* burócratas. Es la clave de todo lo que dicen, lo que hacen... y de todo lo que no dicen y lo que no hacen.

—Es verdad, es verdad —dijo Mayhew con un gesto conciliador y una sonrisa calculada como para calmar a Douglas.

—Y no me diga que no estuvo esperando que ocurriera precisamente esto. Apuesto a que sus amigos de la Abwehr están brindando con champaña esta noche.

—Mis amigos de la Abwehr son demasiado puritanos para hacer nada tan humano como beber champaña. Su idea de festejar algo consiste en hacer cincuenta flexiones seguidas de una ducha helada.

—¿Es la ley marcial algo que deba festejar el ejército? —preguntó Barbara.

—Cambia la estructura, Barbara —repuso Douglas. Quería llamarla «querida», pero no se atrevió—. Coloca a Kellerman y a su policía, las unidades de la SD y de las SS directamente bajo el control del ejército. La vía jerárquica hasta Himmler queda reducida a un simple canal a través del cual pueden quejarse de las órdenes que reciben... ¡pero después de haberlas recibido!

—¿El ejército se hará cargo de las nóminas de arrestos? —preguntó Barbara.

Mayhew metió una mano en un bolsillo y encontró un brazalete rojo, blanco y azul con una leyenda en la banda blanca: «Im Dienst der Deutschen Wehrmacht». Automáticamente hacía de quien la llevase un

«Wehrmachtmitglied» y le confería una categoría legal equivalente a la de un soldado alemán.

—Muy ingenioso —comentó Douglas. Con eso Mayhew podría resistirse a la orden de arresto impartida por Huth.

—El ejército tomará todas las nóminas de arresto de la policía y de las SS —dijo Mayhew—. He dejado de ser un hombre «buscado».

Douglas hizo un gesto afirmativo.

—¿Y enviará el ejército centinelas en reemplazo de los hombres de las SS que custodian al rey en la Torre de Londres? ¿O bien se limitarán a supervisar las cosas para que algún pobre tipo de rango inferior de las SS cargue con la culpa cuando algo marche mal?

Mayhew sonrió.

—¿Por qué no me dan otro trago de ese excelente whisky? —preguntó.

Cumplió todo el ritual de agregarle agua, olerlo y probarlo, como si contemporizase con la situación. Probablemente estaba disfrutando mucho de la comedia.

—Mañana por la noche —dijo— llegará un visitante. Lo necesitaremos, Archer. Trate de dormir un poco durante el día. Póngase su ropa interior de invierno y traiga con usted algún papelote de las SS, por si debemos convencerles de que nos dejen pasar. —Mayhew sonrió y se enjugó la boca con el dorso de la mano—. Si Washington aprueba el plan, tendremos al rey fuera de la Torre la semana próxima y fuera del país el mismo día. —Dicho esto, Mayhew ofreció a Douglas un cigarro de su cigarrera de piel de cerdo.

—Yo no contaría mucho con ese brazalete de la Wehrmacht que tiene — señaló Douglas—. Permanecerá en las listas de arrestos por lo menos seis días más y no muchos jefes de patrulla de la Feldgendarmerie dispondrán de suficiente tiempo libre para revisar todas las comunicaciones sobre cambios para borrar su nombre de ellas. Cualquiera que figure en las nóminas será metido en los camiones primero y luego lo interrogarán.

Mayhew reflexionó.

—¿No le gusta ese cigarro, Archer?

Douglas contempló el cigarro con el cual había estado jugando y repuso:

—Claro, Mayhew. Es un excelente Romeo y Julieta. Encontré uno a medio fumar en un bolsillo del doctor Spode. Estaba pensando en ello, eso es todo.

—Bien, no hace falta ser detective para resolver ese interrogante, Archer. Los alemanes los importan en bodegas completas, a cambio de herramientas mecánicas y automóviles que exportan a Cuba. Cualquiera que esté, empleado

por los alemanes y que sea considerado un amigo valioso puede tener en su poder una provisión permanente de buenos habanos.

—¿Es así como los consigues tú? —preguntó Barbara. Era parte de su habilidad como periodista ser capaz de formular preguntas como aquélla sin ofender.

Mayhew dejó escapar una carcajada brusca y desprovista de humor, una especie de relincho, y le dirigió una sonrisa forzada.

—La próxima vez que vea al general de división Von Ruff le pediré algunos —afirmó—. Quizá le dé seguridades acerca de mi buena fe. —Apartando el humo con la mano, añadió—: ¿De modo que no ha avanzado nada hacia la solución del asesinato de Spode?

—El hermano confesó —dijo Barbara.

—¿Fue así como sucedió? —preguntó Mayhew. Inclinandose sobre la mesa, ofreció a Douglas sus propios fósforos.

—El legajo sigue abierto —contestó Douglas. En el silencio, el rumor del fósforo al frotar la caja resultó extrañamente fuerte.

—Bien, esperemos que encuentre una manera satisfactoria de cerrarlo — Douglas reparó en que Mayhew no había utilizado la palabra «resolverlo».

Mayhew se levantó y se puso el abrigo.

—Mañana por la noche pasaré a buscarle por su casa, Archer. ¿De acuerdo?

Desde la llegada de Mayhew, Douglas había pasado por un tormento de dudas en cuanto a la posibilidad de entregarle la película. Ahora, con un gesto espontáneo, extendió la mano y se la entregó.

—Aquí tiene la película de los papeles que quemó Spode en la chimenea. Dudo que nadie sepa que existe, pero sus amigos de la Abwehr pueden haber hallado el soporte para tomar copias y llegado a sus propias conclusiones.

Mayhew destornilló la tapa y miró el rollo de negativos.

—Conque fotografiaron todo —dijo, y después de mirar largo rato a Douglas, le dio las gracias con un gesto.

—¿Mañana por la noche, entonces?

## Capítulo treinta

A la mañana siguiente Douglas entregó a Kellerman su informe. Kellerman jalonó su lectura con gestos de la cabeza y luego guardó el documento sin mirarlo.

—¿El pequeño Douglas está bien?

—Muy bien, gracias, señor.

—¿Oyó hablar de ese excelente colegio alemán en Highgate? —dijo.

—Sí, oí algo sobre él. —Era para los hijos de oficiales de las SS y de la Wehrmacht o de los funcionarios de la administración alemana.

—El programa se da en alemán, sin duda, pero es una escuela estupenda y su alemán es virtualmente impecable. Podría ayudar a su hijo con los deberes. Esa escuela daría a su hijito un excelente comienzo en la vida y yo creo que podría arreglar algo para obtenerle un lugar en ella.

—¿Habrá allí otros niños británicos, señor?

—Mi opinión personal es que deben tener cierto número de ellos —dijo Kellerman—. Esto en la comisión administrativa. No queremos que los chicos alemanes pierdan contacto con el país anfitrión... y los chicos ingleses tendrían una gran importancia desde el punto de vista del idioma. ¿Cree que su hijo podría llegar a conocer un poquito de alemán para ingresar?

—Podría arreglarse en parte. Todas las escuelas incluyen la enseñanza del alemán actualmente.

—Sería un gran comienzo para él.

—Tendré que preguntárselo a Douglas. Usted sabe cómo son los chicos cuando se trata de dejar a sus amigos.

—Tiene razón... Hable con él. Es un chico muy sensato y sabrá ver las ventajas. Llévelo a la escuela una tarde de esta semana. Muéstrole los laboratorios, el equipo de mecánica, los campos de deportes y demás instalaciones.

Douglas había pasado la mitad de la noche ensayando la manera en que habría de abordar a Kellerman a propósito del arresto de Harry. Sucedió, en cambio, que fue Kellerman quien sacó el tema a colación.

—¿Y ese buen detective que tiene usted? —preguntó—. ¿Qué es lo que me dicen de su arresto?

—Sí, el sargento detective Woods, señor. Está detenido por la gente de la Amt IV, al lado. —Hacía tiempo que había descubierto que Amt IV era un eufemismo popular para aludir a la Gestapo.

—La Amt IV goza de ciertos privilegios especiales, le diré. Mi autoridad frente a esos señores es un tanto limitada.

—¿Sí, señor?

—Tiene acceso directo al Reichsführer de las SS en Berlín.

—¿Aun bajo la ley marcial?

—Vamos, no trate de pensar con mayor rapidez que yo, Archer —dijo Kellerman con una expresión ofendida—. Yo y mis hombres estamos bajo las órdenes del comandante militar en Gran Bretaña solamente en cuanto se refiere a cuestiones relacionadas con la ley y el orden. La disciplina y la administración no han cambiado. Amt IV es siempre responsable ante Berlín, así como el Standartenführer sigue bajo las órdenes de Berlín. Y por lo tanto el sargento Woods está bajo ese mismo mando. ¿Ve cuál es mi posición?

—¿Usted no puede intervenir, señor?

—Nunca hay que intervenir en una riña familiar. ¿No es eso algo que toda fuerza de policía en el mundo enseña a sus jóvenes agentes de policía?

—Dudo que el sargento Woods haya dicho a los interrogadores de la Amt IV que está bajo las órdenes de Berlín en ese sentido. El Standartenführer Huth ha repetido una y otra vez con el mayor énfasis la necesidad de mantener el secreto del trabajo que estamos haciendo.

—¿Se refiere a ese asunto científico?

—Sí, señor.

—Es correcto que lo haga. El Standartenführer Huth es un excelente oficial joven, además de abogado, y es un orgullo para mí contarle entre mi personal. —Kellerman acentuó el comentario con un vigoroso gesto afirmativo. Establecido ya el hecho de ser confidente personal de Huth, además de su comandante, Kellerman modificó algo el elogio—. Celo exagerado, tal vez, y a veces, demasiada inflexibilidad... pero la tarea que tiene encomendada es sumamente difícil.

—Sí, señor.

—Veo que está preocupado por la suerte de Woods. Creo que debo cancelar el fin de semana que pensaba pasar en Alemania. Enviaré por el Sturmbannführer Strauss y le pediré todos los pormenores del arresto de su sargento. —Kellerman hizo girar su asiento y apoyó uno de sus zapatos de estilo Oxford sobre un taburete. Tenía una expresión pensativa en el rostro arrugado—. Supongo que Woods estaba presentando el tipo de informes de rutina, ¿no?

—Hojitas amarillas —repuso Douglas— con referencias a archivos de Berlín.

—A eso me refiero —dijo Kellerman—. Bien, no querría nunca inmiscuirme en su investigación, pero no veo cómo unas pocas hojitas amarillas puedan afectarla de ninguna manera, ¿no?

—No, señor. —Las hojas amarillas para copias múltiples no eran otra cosa que la formalidad merced a la cual Harry Woods intentaba salvar la vida. No proporcionaban nombres, fechas ni lugares. Eran tan sólo listas de números de archivo, sin significado para nadie que no fuese empleado de dichos archivos en alguna lejana oficina de Berlín. Sin embargo, Douglas veía bien cómo estas hojas amarillas podrían ser suficiente elemento de juicio para que Strauss, de la Gestapo, decidiese que los informes de Woods, como los de Huth y los de Douglas mismo, volvían directamente a Berlín.

—Entonces, déjeme un par de copias de las hojas amarillas de Woods antes de que vea a Strauss a las... —Kellerman consultó su agenda—... podría meterlo a las once, esta mañana —Kellerman tosió otra vez y se golpeó el pecho con el puño—. Todo es parte de la acción continuada para socavarme la posición que ocupó —dijo con un tono de voz a la vez confidencial y quejumbroso.

—¿Lo cree, señor?

—El viejo general Kellerman, ineficaz ya, que protege a los enemigos del Estado en la misma sede de la policía que dirige. Es ni más ni menos lo que dirán.

—Espero que no, señor.

Kellerman suspiró y con una sonrisa fatigada se levantó de detrás del escritorio.

—La alternativa es peor aún —dijo—. El traidor general Kellerman, que protege a enemigos del Estado... ¿Ve usted el sendero lleno de peligros que debo transitar? —Kellerman se acercó a la chimenea y se quedó contemplando los tizones relucientes—. Perdone a este viejo por descargar su

preocupación en usted, inspector, pero tiene el don de saber escuchar con comprensión. Además, sé que usted es discreto.

—Gracias, general.

Douglas se levantó al reconocer el cortés gesto de despedida de Kellerman, pero éste se adelantó para abrirle la puerta. Allí le estrechó la mano, curiosa manera de poner fin a una solicitud de información. Probablemente Kellerman había oído decir que ésa era la manera de actuar de un caballero inglés.

La puerta que comunicaba la oficina de Huth con la ocupada por Douglas y Harry Woods estaba abierta. Huth estaba leyendo los tipos diminutos de *Das Schwarze Korps*, semanario oficial de las SS, pero lo sostenía de tal manera que Douglas sospechó que lo había levantado en aquel instante para disimular el hecho de que estaba esperándole.

—¿Y qué piensa hacer Kellerman en cuanto a la situación de Woods?

—Pedirá los pormenores al Sturmbannführer Strauss —repuso Douglas.

—¡Le pedirá pormenores al Sturmbannführer Strauss! —repitió Huth conteniendo el aliento y con fingida sorpresa—. Quizá yo podría darle unos cuantos pormenores sin la ayuda del Sturmbannführer Strauss. ¿Sabía que agregaron el nombre de Harry Woods a la nómina de gente a ser arrestada por orden expresa del general Kellerman?

—¡No es verdad!

—Sin duda usted es policía desde bastante tiempo para saber que es objeto de un chantaje, ¿no?

Douglas no repuso.

—¿Qué le ofreció el viejo canalla? ¿Una casa en el campo? ¿Un ascenso? Mujeres, no. No es usted el tipo.

—No me prometió nada.

—No le creo.

Con gran frialdad, Douglas dijo:

—Como Harry Woods es un funcionario superior de la fuerza, usted es la única persona que podría disponer su libertad, invocando la autoridad que tiene del Reichsführer de las SS.

Con mucha solemnidad, Huth hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y tan pronto como firme la orden de libertad, la Gestapo descubriría la manera de arrestarme a mí para establecer si soy cómplice de Woods. ¡Seguidamente harían saltar los cerrojos de los archivos y leerían todo el

material confidencial...! Después me pondrían en libertad, con toda clase de humildes disculpas y explicaciones sobre el error cometido, pero todo el material reunido sobre Kellerman habría desaparecido.

—Kellerman dijo que la Gestapo se encuentra bajo el control directo de Berlín.

—Dígame —dijo Huth, inclinándose sobre su escritorio—. Entre nosotros, ¿sigue usted colgando su media bajo el árbol de Navidad? —Juntando las manos, entrelazó los dedos y se los retorció, haciendo sonar los nudillos—. El general Kellerman arrestó a su amigo Harry Woods con el fin de ejercer un poco de presión para que usted me traicionase. Cuanto más pronto comprenda esto, más pronto podremos trabajar juntos para derrotar a ese viejo cerdo.

—¿Por qué no encomienda la investigación sobre Kellerman a algún otro funcionario?

—¿En quién puedo confiar?

Douglas no respondió. Comprendía que se trataba de una venganza a la que ninguno de los dos hombres podía renunciar.

—Hace cinco o seis años Kellerman no era nadie —dijo Huth, tratando de justificar su propio odio. ¿O bien era envidia?—. Compartía una oficina mugrienta en los suburbios de Leipzig con tres dactilógrafos y un detective de la policía. Era un Obersekretär, forma inferior de la vida animal en el Servicio Criminal de la Policía Alemana. Más tarde se incorporó al partido nazi y a las SS y sonrió e hizo genuflexiones hasta llegar al cargo de jefe supremo de las SS y comandante de la Policía en Gran Bretaña. No está mal, ¿no? Y no tiene por qué prestar oídos a esas patrañas de que no tiene autoridad para nada y de que Berlín no lo quiere. Todo eso es parte de su manera de operar.

—Comienzo a creerlo.

—Encontrará a Kellerman en las casas más conocidas de la nobleza de este país, distribuyendo su mensaje de paz y prosperidad y dando su experta imitación del viejo tonto y distraído aficionado a la cerveza, la ropa de *tweed*, los perros y los fines de semana en casas de campo. El hombre a quien puede manipular y burlar con toda facilidad cualquier inglés normal dispuesto a ponerse de pie en cuanto oiga los primeros compases de *Deutschland über Alles* —Huth hizo un rollo apretado con su diario—. Usted suponía que él era un esnob, ¿no? Le gusta que la gente crea eso. —Huth arrojó el diario en la papelera con tanta violencia que ésta se volcó y todo su contenido se desparramó sobre la alfombra—. ¡Y ahora, dígame qué quería! —gritó.

—Las copias de papel amarillo —dijo Douglas en voz baja.

—¿Para qué?

—Para probar a Strauss que Harry Woods estaba bajo las órdenes directas de Berlín.

—Y usted pensó que sólo se trataba de una lista de números. ¿Qué mal había en ello? ¿Pensó eso, o no?

—No —dijo Douglas.

—No lo niegue. Se lo veo dibujado en la cara —Huth agitó la mano en el aire en el momento en que Douglas se disponía a explicarse—. Muy bien, muy bien, muy bien —dijo Huth—. Si hubiese sido amigo mío quien estaba en dificultades, quizá habría hecho lo mismo.

—¿Cree que el general Kellerman puede tener a alguien que sea capaz de desenterrar esas listas de los archivos de Berlín?

—Si Kellerman pudiese obtener una lista de los números en los archivos, seguramente tendría la relación completa de todas las pruebas que existen contra él.

—Canceló su viaje de fin de semana —observó Douglas—. Dijo que es porque está preocupado por Harry Woods.

—Me conmueve esa melodía de violines —dijo Huth—. Kellerman estaba invitado a una partida de caza en Schönrof, la cabaña de caza de Von Ribbentrop. No es algo a lo que renunciaría por culpa de un humilde detective arrestado por su propia orden y que luego intentó escapar.

—Entonces, ¿por qué se queda?

—Las cosas se mueven con gran rapidez, Archer. Sin duda usted intuye esto. La ley marcial ha conferido amplios poderes a nuestros colegas del ejército. Kellerman debe decidir si deberá ponerles obstáculos y actuar contra ellos, o bien pasarse al sector del comandante del Ejército y hacer su comedia de lamer el suelo delante de él. Volvió de Highgate con la idea absurda de que el ejército provocó esta explosión con el fin de apoderarse del poder, pero al ver la lista de bajas tuvo que renunciar a esa teoría.

—¿Y cuándo tendrá usted la evidencia contra él?

—Haré que Kellerman desee no haber salido nunca de su inmunda oficina de Leipzig —dijo Huth—. La gente que tengo en Suiza me mandó un cable informándome de que Kellerman tiene guardados más de quince millones de Reichsmarks en cuentas numeradas. Cuando reciba las copias que estoy esperando, le arrestaré invocando mi propia autoridad y recurriré a unidades de la SD para custodiarlo.

Douglas asintió con la cabeza. Todas las semanas los diarios publicaban los nombres de personas ejecutadas por haber cometido delitos de mercado

negro, soborno o saqueo. En este aspecto, los alemanes aplicaban el peso de la ley con el mismo rigor a alemanes y británicos.

Huth suspiró.

—Dele a ese viejo tonto la lista de números de archivo que obtuvimos cuando alguien pidió todo ese material sobre alojamiento en casas privadas y disciplina entre las unidades de las SS en el oeste de Inglaterra. Le llevará bastante tiempo obtener los encabezamientos. Dígale, además, que las listas llevan títulos falsos por razones de seguridad. Le llevará otro mes entero descubrir lo que hicimos y para entonces le garantizo, Archer, que nos habremos librado para siempre de ese bandido —Huth levantó un puño, pero el gesto cambió y terminó siendo un dedo agitado en el airé—. Pero dele un solo número auténtico de esta oficina, y por Dios que le...

No terminó la frase. Una ráfaga de viento sacudió las ventanas y grandes gotas de lluvia dejaron puntos limpios en los vidrios cubiertos de hollín. El Támesis tenía un color de plomo y un aspecto tan sólido como el de este metal.

—No le daré números auténticos —aseguró Douglas.

—Y... Archer —dijo Huth cuando Douglas llegó a la puerta—, no cuente demasiado con que Kellerman ayude a su amigo Harry. Elija a otro sargento detective para que empiece a trabajar aquí mañana.

## Capítulo treinta y uno

Las predicciones del Standartenführer acerca del general Kellerman resultaron exactas y falsas al mismo tiempo. Kellerman fue a almorzar ese día con el general de división Georg von Ruff, oficial de máxima jerarquía de la Abwehr en Gran Bretaña. El eco de que estos dos importantes figurones de los servicios de inteligencia y de policía secreta no habían empezado en el más bajo de los escalones de la escalera profesional quedó evidenciado por la forma en que decidieron encontrarse en un salón alto del restaurante especializado en productos de pesca de Old Compton Street, Wheeler's, en el Soho. Para ellos parecía ser suficiente usar abrigos civiles sobre el uniforme y evitar ser vistos en sus respectivas sedes de trabajo. Sin embargo, el detective más joven de sus respectivas unidades podría haberles dicho que un salón privado reservado para «Herr Braun y compañía» en cualquier restaurante del Soho habría llamado la atención en aquellos primeros días de la vigencia de la ley marcial, aun cuando sus colaboradores no hubiesen llegado con grandes portafolios de cuero, especie de marca registrada de los oficiales alemanes de alto rango. Y aun cuando ambos generales se hubiesen quitado sus botas altas para acudir a la cita.

Kellerman firmó la paz con sus nuevos amos, pues tenía la ductilidad suficiente para inclinarse según los vientos que soplasen. En cambio, la predicción de que no sería posible hacer nada para ayudar a Harry Woods resultó equivocada. A las tres de esa misma tarde Douglas recibió una llamada telefónica del secretario privado de Kellerman solicitándole, si sus compromisos se lo permitían, que subiese unos minutos al despacho del general. Casi como si se le hubiese ocurrido en aquel instante, el hombre añadió que el sargento detective Harry Woods también estaría presente.

Considerando las normas habituales de la Gestapo, Harry Woods estaba prácticamente ileso, pero Douglas tuvo un shock al ver su aspecto. Tenía moretones en la cara y un ojo tan inflamado que estaba casi cerrado.

Evidenciaba dolor al moverse en su asiento y tenía una pierna extendida e inmóvil, como para evitar algún dolor a la altura de la rodilla.

—Hola, Harry —le dijo Douglas después de saludar al general Kellerman.

—Hola, inspector. —La voz de Harry era casi un susurro.

—Siéntese, inspector Archer.

El Sturmbannführer Strauss estaba también en el despacho, sentado en un rincón, con los brazos cruzados sobre un fino legajo de papeles. No dijo nada. Kellerman se acercó a la ventana y la abrió para poder contemplar el río.

—Fue usted un tonto, sargento Woods —dijo Kellerman.

—Si usted lo dice... —replicó Harry, no muy convencido.

—Bien, lo digo —afirmó Kellerman.

Se acercó al lugar donde estaba sentado Strauss, le tomó el legajo de las manos y volvió a su escritorio a buscar sus anteojos. Con el papel bajo la luz, leyó la orden de arresto. Kellerman era un hombre diferente con el immaculado uniforme gris con banda en el puño que indicaba a la «Reichsführung-SS de Londres», las hojas de roble de Gruppenführer bordadas en plateado en el cuello y las condecoraciones en la chaquetilla. La hermosa tela de color gris plateado resplandecía a la cruda luz de la lámpara del escritorio, así como las botas altas lustradas hasta tener un brillo metálico. Con todo, había cierta torpeza en el general vestido con su uniforme. Al palpase el chaleco donde habitualmente guardaba el reloj de oro y la estilográfica, se encontró con una chaquetilla fuertemente abotonada. Constantemente se tocaba los bolsillos para verificar que estuviesen cerrados según el estilo militar de rigor. Además, en cumplimiento del reglamento de las SS sobre atuendo entre la oficialidad con rango de Oberführer o más, Kellerman llevaba espuelas en las botas altas. Tal vez por temor a enredarse en ellas, mantenía los pies bien separados y caminaba a grandes zancadas.

Cuando terminó de leer el informe, Kellerman cerró la carpeta con un gesto brusco.

—Dígame, Woods. ¿Fue objeto de malos tratos?

Las palabras susurradas por Harry brotaron muy despacio y Kellerman debió inclinarse para entenderlas:

—Duchas frías, nada de sueño.

Douglas se estremeció al pensar en Harry, próximo a jubilarse y con el estado físico deficiente que surge de trabajar demasiado, beber demasiado y no hacer ejercicio, sufriendo duchas de agua helada y mantenido sistemáticamente despierto. Pocos hombres eran capaces de soportar semejante tortura.

—Baños fríos y poco sueño —dijo Kellerman, cruzándose de brazos con excesiva energía y haciendo un gesto de aprobación—. Es la rutina habitual en el ejército alemán... no cabe quejarse demasiado de eso, sargento —Kellerman se palmeó el abdomen—. Unas cuantas semanas en un campamento de reclutas nos harían bien a todos, ¿no? —Al volverse a mirar a Douglas con una sonrisa, comprobó que éste estaba sentado con las piernas cruzadas, estudiándose un zapato.

Aparentemente Kellerman no podía quedarse quieto. Se dirigió a grandes pasos hacia Strauss y agitó el legajo delante de él.

—La verdad es que no comprendo por qué este oficial de policía debió permanecer detenido bajo su custodia, Strauss —Strauss se levantó de un salto e hizo entrechocar sus talones.

—Herr Gruppenführer... —repuso. En otras circunstancias podría haber resultado cómico ver la profunda reverencia de Strauss y su uso de términos tan obsecuentes, pero en aquel momento nadie rió—. El detenido pasó a mi custodia sólo esta mañana. El oficial de guardia que...

—No tenemos tiempo de hacer una indagación oficial —dijo Kellerman—. Eso tendrá lugar más tarde. Los hechos son que este oficial de la policía no debió haber sido arrestado en su domicilio por el equipo de arrestos del ejército. Esto no lo exime de haber intentado escapar en forma estúpida, pero debemos tenerlo en cuenta. En segundo lugar... —Kellerman estaba apretándose los dedos como si fuese incapaz de contar sin estrujárselos... si cabe juzgarle por intento de fuga desde un centro de detención del ejército, corresponde al ejército juzgarlo.

Strauss no repuso.

—¿Bien, Strauss? —preguntó Kellerman, muy erguido y tironeándose el borde de la chaquetilla.

—El Departamento Legal de las SS dijo que el sargento detective Woods está comprendido dentro de la protección legal que se proporciona a los miembros de las SS —dijo Strauss—. El Departamento Legal del Ejército se mostró conforme. En vista de ello, el oficial de guardia asumió su custodia.

—Malditos burócratas —gritó Kellerman, furioso—. Serían capaces de colgarnos a todos para mantener sus papeles en orden. ¿No se da cuenta, Strauss, de que el ejército se ha burlado de ustedes? Ustedes les ayudaron a disimular el arresto ilegal de uno de nuestros mejores detectives... ¿Cómo no lo ve?

Strauss hizo otra cómica reverencia, como la de una muñeca mecánica.

—Sí, Herr Gruppenführer.

—Vuelva a llevar a este prisionero a la Feldgendarmerie. Mejor aún, acompáñelo, Strauss, por si acaso le negasen una orden de «libertad inmediata, sujeta a investigaciones posteriores».

—¿Y si la Feldgendarmerie lo mantiene detenido, Gruppenführer?

—Usted permanece con él, Strauss —Kellerman se palpó los bolsillos, como para asegurarse de que estaban abotonados.

Kellerman tocó a Strauss en un hombro y éste volvió a sentarse. Seguidamente se volvió a Douglas.

—Antes de cambiar estocadas con nuestros amigos del ejército —dijo—, tratemos de estar bien seguros de si lo hacemos. —Cruzó entonces el cuarto y luego de meter un cigarrillo en la boca a Harry, se lo encendió. Harry comenzó a fumar, sin levantar los ojos siquiera, para ver quién se lo había dado—. Sucede que por el momento, los de la Abwehr son nuestros amos —añadió Kellerman, sonriendo ante lo absurdo de la situación—. El sargento Woods actuó en forma indiscreta, obstinada y precipitada. Tuvo tratos con criminales, pero ello no significa que él mismo sea un criminal... ¿Está tomando nota de lo que digo, Strauss?

—Sí, Gruppenführer.

—Y necesitaremos una declaración de que el detenido no hizo más que lo necesario, en el curso de su investigación de ciertas organizaciones criminales terroristas.

—¿Debemos revelar al ejército los detalles de una investigación incompleta? —preguntó Douglas, al ver hasta dónde podría llevar semejante curso de acción.

—Por favor, por favor —contestó Kellerman, irritado—. La muchacha murió. Obtengamos algunos datos sobre ella. Con esto no revelaremos nada que sea necesario ocultar y seguramente usted sabe algo acerca de ella... fue su empleada durante seis meses.

—Sí, señor —dijo Douglas. Sonaba, casi, como si el general Kellerman estuviese sugiriendo maneras de proteger a los amigos de Harry en la Resistencia, pero costaba mucho creerlo. Kellerman se acercó para colocarse detrás de Douglas. Era una costumbre desconcertante y nunca sabía uno si volverse para mirarle de frente o no. Esta vez Douglas no se movió.

—Estoy tratando de ayudar al sargento Woods —señaló Kellerman—. Douglas olía el coñac consumido por Kellerman después del almuerzo.

—Si, general —dijo.

—¿Me oye, sargento Woods? Estoy tratando de ayudarle.

Harry hizo un gesto de asentimiento, sin levantar la mirada, y al mismo tiempo se llevó el cigarrillo a la boca.

—Sí su investigación comenzó como resultado directo de haber tenido a la muchacha empleada en este edificio, dígalo. No le pido que oculte nada. Tendrá que describir las funciones de Woods en su trabajo bajo el Standartenführer Huth —Kellerman se acercó a Harry Woods y le palmeó el hombro con el gesto protector de tío afectuoso.

—¿Quiere que consulte esto con el Standartenführer? —preguntó Douglas.

La respuesta de Kellerman fue apenas un susurro.

—Solicité del Standartenführer una declaración que pueda contribuir a lograr la libertad de Woods. Me temo que, hasta ahora, el doctor Huth no haya deseado mantener una consulta telefónica con nosotros para discutirlo —Kellerman dejó escapar un suspiro.

—¿Tomamos la declaración ahora? —preguntó Strauss, quien prefería formular tan sólo aquellas preguntas cuya respuesta conocía de antemano.

—En idioma alemán —recalcó Kellerman—. La mitad de la gente de este edificio no es capaz de leer una sola palabra en inglés y en Berlín cualquier cosa redactada en inglés es archivada y olvidada. El inspector Archer hará la traducción para su compañero, ¿eh, Archer?

—Por supuesto, señor —dijo Douglas, aunque tanto él como Kellerman sabían que al incluir el nombre y firma del detective inspector en cada hoja de la traducción, le resultaría absurdo más tarde afirmar que ignoraba lo que contuviese la declaración. Era casi tan eficaz como si Douglas mismo hubiese formulado la declaración. El golpe era maestro. Para liberar a Harry, no le quedaba otra alternativa que colocar a Huth en una situación vulnerable.

Entretanto, Kellerman podía seguir derramando sonrisas y mantenerse en el papel elegido, el de payaso bondadoso y paternal.

—¿Llevamos a Harry a una sala de entrevista? —preguntó Douglas.

—Use la oficina de mi secretario —dijo Kellerman—. Así tendré la oportunidad de colaborar con usted en el texto.

Durante la hora siguiente trabajaron de forma concentrada y Kellerman hizo una llamada telefónica a las oficinas de la Abwehr en Piccadilly. El trabajo burocrático era considerable, pero hacia las seis de la tarde, Harry Woods quedó en libertad. En ese último momento Kellerman decidió que no era necesaria la declaración de Harry Woods a esa altura del procedimiento y la guardó en su caja de seguridad.

«Magistral», pensó Douglas, mientras pasaba revista a la serie de hechos. Kellerman podía culpar ahora a la Abwehr por el arresto ilegal de Harry Woods, y también por su puesta en libertad ilegal, en el caso de que cometiese alguna falta. Y había logrado esto de tal manera —al devolver a Woods a la custodia del ejército— que podría asimismo afirmar que había colaborado con el ejército para disimular los errores cometidos. Además, había obtenido de Douglas y de Harry Woods una declaración firmada en presencia de testigos que podría, en caso de ser utilizada con habilidad, obstaculizar la investigación de Huth en cuanto a la conducta del general.

Pero si Kellerman había engañado con tanta habilidad a la Abwehr —a pesar de los amplios poderes que confería al ejército la ley marcial—, ¿cuál era entonces la situación de Mayhew y de su organización de salvadores del rey? ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que Kellerman descubriese que la Abwehr misma estaba en tratos con los hombres a quienes había llamado «terroristas criminales»? ¿O bien no era Fritz Kellerman nada más que el hombre servicial y amable que afirmaba ser? ¿O estaba la verdad, en fin, en algún otro sector no cubierto por ninguna de las posibilidades contempladas?

## Capítulo treinta y dos

—Hice ya bastante —dijo Harry Woods cuando iban hacia la casa de éste en coche.

—Demasiado.

—En serio —repitió—. Hice ya bastante. —Como Douglas no replicase, Harry prosiguió—: Como dicen los nazis, «Ohne mich», ¿no? Sin mí... Bien, es lo que siento. La Resistencia puede arreglarse sin mí por un tiempo.

Douglas hizo un gesto afirmativo. También había oído a los alemanes decir «ohne mich» cuando se apartaban de alguna exigencia ardua, peligrosa o costosa dentro de la política del Tercer Reich. Por el rabillo del ojo vio que Harry estaba palpándose el pómulo lastimado, pasando las puntas de los dedos por el rostro para ver la extensión de sus lesiones y preparándose para el reencuentro con su mujer.

—En febrero —dijo— me parecía que era lo que correspondía hacer.

—Febrero pasó hace un siglo.

—Y después nunca se me ocurrió alguna forma de decir a los chicos que no quería trabajar más con ellos.

Douglas volvió a asentir con la cabeza. Estaba acostumbrado a oír a la gente hacer racionalizaciones frente a la propia mala suerte, y también frente a la buena. Muy pocos días antes, Harry había tratado de reclutarle para integrar una célula de la Resistencia, pero no quiso recordárselo ahora.

—¿Fue Kellerman quien arregló que me pusiesen en libertad? —preguntó Harry.

—Dijo que lo haría. ¿Por qué lo pregunta?

Harry seguía acariciándose el rostro magullado.

—Puede que no sea tan mala persona —dijo—. Quiero decir que... bien, me pregunto si nosotros no seríamos iguales, o peores que ellos si... si hubiésemos ganado la guerra y estuviésemos ocupando Alemania.

Cuando llegaron a la casita de Harry, vieron un hilo de luz entre las cortinas del cuarto del subsuelo. Harry bajó del coche y miró alrededor, como si viese su calle por primera vez. Seguidamente se volvió y se inclinó para mirar a Douglas, quien seguía sentado al volante.

—Me gustaría que las cosas fuesen como antes, Doug —no parecía reparar en la lluvia que estaba empapándole. Douglas había visto ya a hombres liberados de la prisión soportar felices el tiempo más inclemente. Era como la celebración de la libertad.

—Tenemos a los alemanes aquí, Harry —le recordó Douglas. Sentía cierta irritación frente a su amigo, pero trató de no revelar esto en su tono de voz.

—No, no —dijo Harry—. Me refiero a ti y a mí. Quise decir que me gustaría que las cosas fuesen como antes entre tú y yo.

—Volverán a serlo, Harry —le prometió Douglas—. Ahora, entre y vea a su mujer. Estuvo muy preocupada por usted.

Al alejarse Douglas por la calle oscura y mojada, no pudo dejar de mirar por el espejo retrovisor. Harry Woods estaba parado bajo un farol y contemplaba alejarse el automóvil. Al doblar la esquina, Douglas volvió a mirar. Esta vez Harry había comenzado a caminar, pero en lugar de acercarse a su propia puerta, bajó a la calle y tomó otra dirección. Tal vez iba a una cabina telefónica. La verdad, pensó Douglas, era que no tenía que actuar como niñera de Harry, sino sólo como amigo y compañero de trabajo. Trató de no pensar ya en él.

Hizo un rodeo para eludir las calles clausuradas que constituían ahora una «zona de fuego» alrededor de la prisión de Pentonville y siguió una serie de callejuelas laterales para evitar también las terminales ferroviarias de King's Cross y St. Paneras. En puntos vitales como éstos había ahora destacamentos de infantería y vehículos blindados, así como los Fliegende Feld und Standgerichte, o tribunales volantes, completos con pelotones de fusilamiento. Hasta el momento, no se había informado sobre casos de ejecución sumaria, pero la presencia de dichos tribunales bastaba para infundir temor a los más inocentes ciudadanos.

Reconoció la unidad que le obligó a detenerse en Tottenham Court Road como uno de estos tribunales. Había un vehículo Opel modelo «Admiral» para el comandante de patrulla, seis motocicletas y dos camiones para transporte de tropas Daimler-Benz G-, cubiertos con lona. La lluvia incesante brillaba bajo los haces de luz amarilla de los faros. En algún punto del extremo más alejado de la estación ferroviaria se oyó el gemido de una sirena

de la Feldgendarmerie. El Feldwebel que pidió a Douglas sus documentos de identidad tenía ese tono cortés y suave tan frecuente en los hombres a quienes no cabe desobedecer. Leyó el pase con interés, comparó la cara de Douglas con la de la foto, escribió el número de patente del vehículo en la planilla rígida que tenía en la mano, hizo entrecuchar los talones, hizo la venia y autorizó a Douglas a pasar.

Era lo mismo en todo el país. El ejército alemán demostraba a la población civil que los «uniformes grises» controlaban totalmente la situación. A pesar de ello, si se reparaba en la forma en que las patrullas del ejército parecían sentir un placer perverso en controlar a los vehículos y personal de las SS, se habría dicho, casi, que la demostración de fuerza estaba dirigida a ésta.

## Capítulo treinta y tres

El sábado por la mañana fueron al zoológico. Douglas dijo a su hijito que Barbara era una amiga a quien había conocido en el curso de su trabajo. No tenía por qué haberse preocupado por la forma en que se desarrollaría el encuentro. El niño aceptó a esta amiga de su padre como lo hace generalmente cualquier chico, con intenso interés los primeros diez minutos, y luego con amable indiferencia. Barbara, en cambio, sabía que Duggie era un examen que debía aprobar antes de poder dar a su padre todo su cariño y dedicación. Concentró, pues, todas sus energías en conquistar al niño.

Anduvieron en elefante y en camello. Fueron al acuario y a la casa de los rinocerontes. Por fin Barbara se dejó convencer por Duggie de que visitasen la casa de los reptiles. Cuando salieron de ella, Duggie la llevaba muy fuerte de la mano para reanimarla y le repetía que no temiese a las serpientes, pues no le harían nada.

El zoológico estaba casi desierto. No muchos londinenses disponían de dinero para pagar la entrada y ver la colección de animales incompleta y los edificios dañados por las bombas. Además, la ley marcial proporcionaba otras actividades al ejército de ocupación. Douglas y Barbara miraban a Duggie, que estaba en la diminuta calesita. No había otros niños allí y Duggie conseguía hacerla girar corriendo al par de ella y saltando sobre la plataforma para dar apenas una vuelta o dos.

—Le traemos al zoológico y no se interesa por los animales, sino por los columpios y los juegos.

—Le encanta estar contigo —le dijo Barbara—. No le importa dónde.

—Huth odia a su padre —observó Douglas—. Es una especie de obsesión. —Juntos caminaron delante de los bancos de madera, algunos recientemente pintados de amarillo y con la leyenda «Sólo para judíos». Siempre había fondos y mano de obra para dar expresión al odio.

—¿Por qué?

Arriba, pasó volando un avión ligero y las alas se inclinaron mucho al bajar el aparato, como para verificar que no hubiese reuniones ilegales en Regent's Park. Desde la imposición de la ley marcial el cielo estaba surcado de estos aviones de alas altas, los Storks, y no sólo controlaban sin cesar los espacios abiertos y los tejados, sino que además realizaban transportes entre las pistas rápidamente improvisadas sobre avenidas rectas como el Malí, Edgware Road y Western Avenue, Oíd Kent Road y Clapham Common.

—Huth requiere más admiración de la que está dispuesto a darle su padre —repuso Douglas.

Había comenzado a llover. Debieron refugiarse los dos bajo el alero de un quiosco, cuyas ventanillas estaban llenas de falsos paquetes de chokolatines y cigarros, polvorientos y con marcas de moscas. En la persiana cerrada por un candado rezaba: «No hay cigarrillos, chokolatines ni cambio para el teléfono público». El cartel estaba roto y mostraba los efectos de meses de lluvia. Hacía mucho que no era necesario ya decirle a nadie que no había cigarrillos ni chokolatines.

—Estás enojado por algo.

—No.

—¿Preocupado?

—No —dijo Douglas, pero estaba preocupado. Se sentía como alguien a quien obligan a cavarse la propia sepultura—. Tú me dijiste que Mayhew te pidió que fueses a Shepherd Market y tratases de obtener la película. Sin embargo, Mayhew no tenía la menor idea de que existiese esa película hasta que yo se lo dije.

Barbara no dijo nada. La lluvia había disminuido un poco y Duggie seguía jugando en la calesita; Douglas prosiguió:

—Yo creo que tú estabas trabajando por cuenta de tu propio gobierno. Creo, además, que el menor de los Spode también estaba trabajando para él.

—No soy espía, Douglas —afirmó ella—. Un hombre de mi Embajada me pidió que fuese al departamento de Shepherd Market. Me dijo que la película estaba allí para que la recogieran. Es todo lo que sé. Te pido que me creas, Douglas —añadió, aterrándole el brazo con fuerza. Douglas asintió antes de decir:

—Que Spode haya matado a su hermano mayor no tiene sentido. Las peleas entre familiares no tienen por causa documentos secretos, sino esposas infieles o quién hereda qué...

—Entonces, ¿quién mató a Spode?

—Realmente no puedo creer que el hermano menor lo mató y se quedó tan tranquilo allí, clasificando varios centenares de páginas de cálculos matemáticos y sacándoles fotografías, con su hermano tendido a sus pies.

—¿No lo mató él?

—Caí en la trampa de suponer que los dos hermanos tenían que haber estado allí juntos, simplemente por el hecho de que eran hermanos. Tan pronto como uno olvida que son hermanos, es más fácil percibir la verdad. En el bolsillo del muerto había un pasaje de tren. No hay trenes de Vevon que lleguen a Londres durante las primeras horas de la mañana. Spode no llegó a la estación, sino que estuvo en el departamento antes, para entregar los cálculos que su hermano debía fotografiar.

—Pero el menor de los Spode admitió haber matado a su hermano.

—Spode dijo algo sobre el hecho de que su hermano no tenía protección. Supuse entonces que se refería a que su hermano carecía del consuelo y la protección que proporciona la fe católica.

—¿Y...?

—Se refería a protección térmica y biológica. Se refería a la protección dada a los hombres que trabajan en este experimento nuclear. Spode quiso decir que era el responsable de la muerte por radiación de su hermano. Quiso decir que cometió algún error durante su trabajo en Bingle Sands.

Durante largo rato Barbara permaneció en silencio. Luego dijo:

—Sí, el menor de los Spode fotografió los documentos para poder enviarlos a Washington. Se puso en contacto con mi Embajada y ofreció la película. Es todo lo que sé, mi amor.

Douglas la tomó de la cintura. Quería decirle que confiaba en ella, pero no hallaba palabras que no fueran torpes, y pedantes.

—Pero ¿por qué habría querido alguien matar al mayor de los Spode? —preguntó Barbara.

—Alguien le permitió entrar en el piso, Barbara. Ese lugar era utilizado como punto de reunión por grupos de la Resistencia. No puedo evitar creer que lo hicieron con conocimiento de Mayhew.

—No respondiste a mi pregunta, mi amor. ¿Cuál es el móvil de Mayhew? ¿Por qué habría de querer matar al mejor físico especializado en física nuclear de Gran Bretaña, cuando existían tantas probabilidades de poder capturar el trabajo que había estado realizando? ¿Crees que Mayhew pueda estar trabajando para los alemanes?

—Realmente, no lo sé —repuso Douglas—. Sospecho que Mayhew ha estado viendo a Huth, sin que ninguno de los dos haya dicho una palabra de

esto a nadie. Pero no veo a Mayhew en el papel de traidor. Colaborador, tal vez, pero traidor, no.

—Pero ¿por qué pasó ese capitán de la Abwehr la cápsula de veneno a Spode?

—El capitán supuso que yo iba a llevarme a Spode y que le haría interrogar por la Sicherheitsdienst. La SD habría descubierto hasta los más ínfimos detalles de los progresos alcanzados por el ejército en su programa de investigación nuclear, enterándose además de algunos secretos bastante comprometedores sobre la forma en que la Abwehr colaboró con Mayhew y con gente de la Resistencia.

—Pobre Spode.

—Me gustaba —dijo Douglas.

Dejó de llover y el avión pasó volando muy bajo. Volvieron a caminar en dirección a la casa de los leones, con Douggie tomado de la mano de los dos.

## Capítulo treinta y cuatro

El nombre de Linden Manor deriva de la avenida de árboles de lima que dan un sello inolvidable al acceso a la mansión. La casa es un conjunto extendido de construcciones de ladrillo de la época de los Tudor, restaurado durante el siglo XIX por un millonario con delirio de grandezas que añadió la capilla gótica y el toque de locura, una grotesca torre inspirada en las leyendas del rey Arturo. Con todo, el aspecto estético de la mansión de Sydney Garin y Peter Shetland, atestada de antigüedades, era un factor de menor importancia para todos, salvo quienes tuviesen el privilegio de llegar a la propiedad de más de cien hectáreas frente a la cual los turistas vulgares mantenían una distancia respetuosa.

El enorme comedor se percibía aquella noche mediante la luz parpadeante de tres enormes arañas de cristal policromado del siglo XVIII. Las llamas de las velas bailaban reflejadas en la vajilla de plata maciza y permitía distinguir algunos de los cuadros de marinas de escuela holandesa situados más allá de la luz.

—No tenemos en exhibición todo esto cuando vienen a visitarnos los nazis —dijo Sydney Garin. Tenía una dicción extranjera y una voz nasal. Las palabras respondían a un elogio de Barbara a propósito del arreglo de la mesa. Con una risa, añadió—: Las cosas que ellos pueden permitirse comprar harían un pobre papel junto a éstas.

Mayhew esbozó una sonrisa un tanto forzada. Las anécdotas de Sydney sobre sus estafas a su clientela no divertían mucho, aun cuando se tratase de *nouveaux riches*. Aun *nouveaux riches* nazis. Además, no le interesaba mucho el tema de las antigüedades de Sydney, en el cual se combinan el arte y los negocios, ambos «tabú» en toda mesa respetable de club elegante o casino de oficiales. Pinchó de mala gana su *Perdreau à la Normande*. ¡Cazar perdices era una cosa, pero comerlas era muy distinto! En cuanto a su preparación según recetas francesas, utilizando calvados, por ejemplo, a juicio de Mayhew

era una costumbre repugnante. En vista de todo ello, extendió la comida sobre su plato como para dar la impresión de haber comido algo.

En un extremo de la mesa estaba sentada la señora Garin, una mujercita opaca que tenía aspecto de sentirse incómoda en su reluciente vestido de brocado. Junto a ella estaba su hijo, David. David se mostraba atento con su madre y apenas parecían reparar en la conversación que tenía lugar en el sector opuesto de la mesa.

Douglas observaba a Mayhew. El hombre era un misterio y Douglas cambiaba sin cesar de parecer acerca de él. La actitud aplomada, la energía y los chistes daban la impresión de que era un hombre joven, lo mismo que el rostro apuesto, el cuerpo musculoso y el pelo oscuro y ondulado. Al mirarle de cerca, no obstante, se percibían las arrugas y los dientes algo amarillentos y la tensión que le hacía fruncir demasiado el ceño y jugar con el cuchillo y el tenedor.

Un sirviente llenó la copa de Douglas con Château Léoville. Barbara rió ante algo que dijo Sydney Garin. Al mirar a su anfitrión, Douglas no pudo menos que recordar la forma descortés en que trató a Garin en más de una ocasión. Miró luego al hijo de Garin. David era un muchacho bien parecido, con pelo rizado y los mismos grandes ojos pardos de su padre. El caso era, sin embargo, que David había concurrido a un famoso internado secundario de Inglaterra y allí había aprendido a mantener una expresión impasible y los ojos entornados.

—El día que invadieron mi país, Barbara —dijo Garin, tocándole un brazo— yo me dije: «Garin, tienes que ayudar a expulsarlos».

Mayhew frunció el ceño. Estaba tratando de recordar qué ejército había invadido Armenia y en qué fecha. Acababa de decidir que Garin se refería a los bolcheviques, cuando éste dijo:

—Nosotros, los ingleses, siempre pensamos así. —Mientras hablaba hizo un amplio gesto con el tenedor—. No hemos tenido invasores desde Guillermo el Conquistador. —Dirigiéndose a Mayhew con aire confidencial, aclaró—: Y eso fue en 1066, George.

—¿Sí? —preguntó Mayhew, muy rígido—. Nunca fui muy bueno en historia.

—No le gusta la perdiz, ¿eh? —le dijo Garin, inclinándose a estudiar el plato—. Ah, no importa. La semana pasada recibí a un coronel nazi que dijo que mi mejor caviar de Beluga estaba demasiado salado. ¡Estúpido! Perdona la franqueza, Barbara. —Garin levantó un dedo y dijo a un sirviente

uniformado—: Tráigale un plato de rosbif frío al coronel Mayhew. — Seguidamente, dijo a éste—: Eso está más dentro de su estilo, George.

Mayhew tenía la sensación de que era objeto de una burla, o peor aún, de que estaba haciendo un mal papel.

—¡No, no, no, no! —exclamó, levantando una mano en un gesto de cortés negativa.

—Y traiga también un poco de mostaza inglesa —añadió Garin al camarero, a la vez que palmeaba a Mayhew en el brazo—. Conozco bien las cosas que les gustan a ustedes los exalumnos de internados famosos: arroz con leche, carne fría y mucha salsa espesa. ¿Tengo razón o no, George? ¿Tengo razón? —Volviéndose hacia Barbara, dijo—: Qué gente más rara somos los ingleses. A mi hijo David le gusta ese mismo tipo de comida — David se ruborizó—. Y este chico, Peter, también. Es obra de los internados famosos que sirven a nuestros chicos esa comida horrorosa. Si yo se lo permitiera, Peter comería budín hecho con grasa todos los días de su vida.

—¿Te refieres a tu socio, a Peter Shetland? —le preguntó Barbara.

—A lord Champion —corrigió Mayhew, dirigiéndose más a Sydney Garin que a Barbara. A espaldas de ellos, uno de los camareros se puso un par de guantes antes de mover irnos troncos en la chimenea y colocarlos sobre las llamas.

—Yo no me fijo mucho en los títulos —dijo Garin—. Cuando vivía en París, la mitad de los que trabajaban en la cocina eran duques, príncipes y qué sé yo.

—¿Auténticos? —preguntó Barbara.

—Ahora sí que me haces una pregunta difícil —contestó Garin, mirando alrededor de la mesa para asegurarse de que todas las copas estaban bien llenas. Vio que Douglas había terminado casi la entrada de perdiz—. Douglas disfrutó de su perdiz, ¿no, Douglas?

—Está exquisita.

—Más perdiz allí —ordenó Garin—. Comedla cuando está recién preparada, Douglas. No vale nada cuando se enfría —Garin bebió un poco de agua. Apenas había probado su vino—. ¡Auténticos, dijiste! ¿Te refieres a que si los amigos llaman a alguien por el título de «duque», es un duque auténtico, pero si se llama a sí mismo duque, no lo es? —Garin miraba a Barbara, pero no pudo resistir la tentación de mirar rápidamente a Mayhew para ver si picaba el anzuelo.

—¿A qué hora llega este señor? —preguntó Mayhew, consultando su reloj de oro.

—Me gustaría que me dejara acompañarle —le dijo Barbara.

—Y a mí me gustaría poder permitírselo —dijo a su vez Mayhew, apartándose un mechón de la frente y dirigiéndole su sonrisa más atrayente—. El problema es que si la llevo como observadora, aunque sea la periodista más importante en Gran Bretaña, los otros pensarán que es un riesgo para la seguridad.

—¿Y quién va a creer que eres una importantísima periodista norteamericana? —preguntó Garin—. No verán más que a esta criatura radiante de hermosura y dirán en seguida que es otro miembro del harén de Garin. —Al pensar en ello lanzó una alegre carcajada. Su mujer levantó la vista y sonrió apenas. Garin le guiñó un ojo.

Mayhew dejó de sonreír y se dirigió a Garin.

—¿A qué hora dijo que vendría?

El camarero depositó un plato con carne fría sobre la mesa, pero Mayhew apenas lo miró. Desde la chimenea se oyó una serie de crujidos, se vio un breve resplandor de llamas y se dispersó por el ambiente el olor a resina al encenderse el tronco.

Garin extendió una mano y la apoyó en el brazo de Mayhew para tranquilizarle.

—No se preocupe, George. Mi gente encenderá el fuego tan pronto como oigan los motores. Y estoy seguro de que el piloto volará en círculo un par de veces para estar seguro de no dejar caer a su pasajero donde no corresponde. Tiene tiempo de sobra para comer su carne, fumar un cigarro y beber un coñac, y hasta diría, poner los pies en alto unos cinco minutos. —Mayhew tomó su copa y bebió unos sorbos, como si quisiera abstenerse de hablar—. Si se relajase un poco, George, no tendría necesidad de llevar esas píldoras contra la acidez en la cajita de plata dentro del bolsillo de su chaleco.

—Este hombre viene desde muy lejos —dijo Mayhew—. Quiero estar allí para asegurarme de que las fogatas forman el diseño correcto y arden bien. No podemos permitirnos cometer errores.

—Mi querido George —insistió Garin con un tono bondadoso y a la vez desprovisto de todo deje de superioridad—. He pasado la mitad de la vida siendo cazado o perseguido. Le doy un buen consejo, amigo, cuando le repito que debe disminuir su ritmo de vida, vivir sólo un día a la vez y aprender a disfrutar de los pequeños placeres... —Garin hizo un gesto vago en el aire—, mujeres bonitas, buenos vinos, buena comida. No podemos vencer a los alemanes la semana que viene, George, sino que será una lucha larga, cuesta arriba. Ahorre fuerzas y piense en planes de largo término.

—¿A qué hora se oculta la luna? —preguntó George.

Garin suspiró.

—Bien, George, bien, termine el vino y vayamos a buscar los abrigo.

Había esa noche otros aviones en el cielo: tres junkers de transporte viajaban con intervalos de cinco minutos, dirigiéndose al oeste en dirección a Holanda y Alemania. Garin ofreció su frasco de plata de bolsillo a Mayhew y a Douglas, pero ambos se negaron a beber. Garin volvió a guardarlo, sin beber él mismo.

—Tienen razón —dijo—. Seguramente estaremos aquí bastante tiempo.

—Sus hombres, allá y en el otro extremo de ese campo de cinco hectáreas, ¿saben que no deben encender sus fogatas antes que nosotros?

—Por favor, George, cálmese. Si sigue paseándose así, me contagiará su nerviosismo.

A poco oyeron el motor del avión. El hijo de Garin hizo arder los trapos impregnados de gasolina y la madera debajo comenzó a lanzar altas llamas amarillas.

Los hombres del lugar del aterrizaje sabían poco o nada de todo lo referente a aviones. Habían cumplido hasta en su menor detalle los mensajes radiados sobre la preparación de la improvisada pista. La primera fogata indicaba el lugar donde el avión debía tocar tierra y las otras dos fogatas, contra el viento, estaban alineadas de forma que ofreciesen puntos de referencia exactos. El avión volaba ya muy bajo sobre el campo iluminado por la luna. El piloto redujo los aceleradores de tal manera que el ruido de los motores disminuyó, mientras confirmaba su posición mediante el control visual. El pasajero vio el lago de curiosos contornos relucir bajo la intensa luz de la luna mientras el piloto observaba la fea torre que en el siglo anterior había sido el punto de emplazamiento de un telescopio astronómico.

Después de describir un círculo, el piloto intentó aterrizar, disminuyendo la velocidad hasta que la gran máquina planeando se deslizó hasta quedar en línea con las tres fogatas al frente. Había casi tocado tierra, cuando las luces se extinguieron. El piloto abrió bruscamente los aceleradores y los motores rugieron al arañar el avión la noche helada y volver a elevarse con esfuerzo. Maldijo en voz baja, como corolario al instante de temor. En forma brusca inclinó un ala hasta que su extremo rozó casi la parte superior de la copa de los árboles y viró el pesado biplano, hasta volver a quedar casi en la misma línea que la pista.

—¿Qué pasa? —preguntó Mayhew.

—No podrá aterrizar en esa pista —dijo Douglas.

—¡Los árboles! —dijo Sydney Garin—. ¿Son demasiado altos?

—No había nada en el mensaje radiado sobre la altura de los árboles alrededor del campo —dijo Mayhew—. ¡Maldito piloto! ¡*Tiene* que lograrlo! —Douglas miró a Mayhew. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y el rostro pálido y tenso.

—Seguramente estará preocupado por la dificultad de la maniobra —observó Douglas—. Probablemente adivina que la tierra está muy mojada, después de tantas lluvias. —El avión volaba sobre ellos, muy bajo.

—Espero que no describa muchos más círculos —dijo Mayhew—. Empezará a llamar la atención si le ven volar sin cesar alrededor de Linder Manor toda la noche.

Sydney Garin no dijo nada. Cuando el avión volvió a acercarse esta vez, no redujo los motores. El piloto comprobaba una vez más lo que había observado antes, mientras recorría toda la longitud de la pista y miraba bien la altura de los árboles. La nariz del avión se levantó y por un instante los hombres en tierra oyeron la fuerza plena del motor al arrastrar las palas de la hélice todo el peso del aparato, conduciéndolo hacia arriba en grandes espirales, como si fuera una gran mariposa nocturna, incapaz de resistir la luz de la luna.

El biplano era ahora sólo un punto contra las nubes que formaban el fondo, cuando el paracaídas se abrió. La luz de la luna se reflejó en las ondulaciones de la seda. Por un instante hubo dos lunas en el cielo, pero una de ellas fue agrandándose cada vez más, hasta que los empleados de la finca de Garin, después de apagar con baldes de agua las fogatas, avisaron a gritos que el paracaídas bajaría en el extremo opuesto del lago artificial.

—No, más lejos —señaló Garin con voz serena—. Tocaré tierra en la parte baja del prado. Espero que no hagan demasiado ruido.

—¿Los alemanes?

—No. Tengo una yegua allá que acaba de tener cría. David —dijo a su hijo—. No permitas que nadie moleste a Buttercup.

—Muy bien, papá.

—¡Ustedes dos, no! —gritó entonces a Mayhew y a Douglas cuando éstos se disponían a seguirle—. Los muchachos de la aldea saben callar respecto a lo que pueda caer de un avión... pero que un elegante vestido de etiqueta caiga dentro de una zanja podría imponer un esfuerzo excesivo a sus votos de silencio.

—Será mejor que uno de nosotros esté allí —insistió Mayhew.

—A mis chicos pueden ocurrírseles mil razones para infringir el toque de queda, pero jamás podrán explicar la presencia de hombres como ustedes entre ellos. —Garin dejó escapar otra de sus brascas carcajadas. No era muy melódica, pero Mayhew y Douglas no pudieron menos que reír a su vez.

Según Garin, llevaría a sus «chicos» solamente media hora volver a Linden Manor con el paracaidista. Sin embargo, el viento había llevado a éste más lejos de lo previsto por la gente que había distribuido las fogatas. El hombre se torció un tobillo al caer en un sector de malezas ásperas junto a las márgenes barrosas del río. Desplegó, además, exageradas precauciones al ignorar las llamadas del grupo que le buscaba y sólo fue posible localizarle gracias a la conducta de un perrito ordinario, propiedad de uno de los muchachos de las caballerizas.

—Su madre siempre iba detrás de los galgos de caza —dijo el muchacho lleno de orgullo cuando volvió con el paracaidista.

Habían transcurrido casi dos horas cuando llegó al salón donde Mayhew, Garin y Douglas esperaban llenos de impaciencia, después de haber recibido la noticia del aterrizaje del hombre. Era el mismo salón donde se habían reunido antes de la cena. Los cortinajes de seda estaban corridos ahora, como lo habían estado antes, y el fuego no había disminuido mucho. A pesar de ello, la atmósfera había cambiado, como suele ocurrir con todos los ambientes al avanzar la noche. Todos los ruidos se percibían con mayor intensidad y claridad. En el silencio oyeron un búho, árboles que se agitaban bajo el viento. El ruido rítmico del reloj con su escultura dorada de un esqueleto, los movimientos del carbón al caer sobre la rejilla, y por fin los pasos de un criado al avanzar por el pasillo. El salón estaba saturado del aroma de los habanos de Mayhew.

—Su visitante, señor —dijo el mayordomo al anunciar la llegada del paracaidista. Era norteamericano, no joven ya, pero al mismo tiempo, como muchos de entre sus compatriotas, con los movimientos y los gestos de un joven. Parecía inquieto, pero no tenía la inquietud nerviosa observada por Douglas en Mayhew esa noche. Era más bien ese tipo de impaciencia que muestran los atletas poco antes de comenzar un encuentro deportivo. Tenía un rostro apuesto, con mandíbula cuadrada, curtido, con ojos algo entrecerrados. Era el rostro de un hombre que había pasado buena parte de su vida en alguna llanura bañada de sol, o bien el desierto. ¿O acaso en playas de moda, o junto a piscinas de natación? Tenía el pelo rubio y cortado muy corto. Douglas había oído hablar de este estilo nuevo e insólito de cortarse el pelo, pero era la

primera vez que lo veía. En Gran Bretaña se veía sólo entre algunos prisioneros recientemente liberados y entre algunos miembros del ejército de ocupación alemán.

Como si tuviese conciencia de la impresión producida por su corte de pelo, el norteamericano se pasó una mano por el cráneo. La mano de un hombre puede revelar todos sus secretos y estas manos eran suaves, blancas, sin callosidades y levemente arrugadas, con uñas bien cuidadas y venas visibles. Eran las manos de un hombre rico, con hábitos sedentarios y sin destreza manual, un hombre más próximo a la cuarentena que a la treintena de años y con vanidad suficiente para hacerse atender con regularidad por una manicura.

Junto a la chimenea, el enorme perro lobo irlandés de Garin se movió para contemplar al recién llegado, bostezó y volvió a dormirse, mientras Garin entregaba un vaso limpio al invitado e inclinaba sobre él la botella de whisky. El norteamericano hizo un gesto y Garin le sirvió una buena ración. Apareció un criado con un transmisor de radio portátil. Formaba parte de la carga traída por el paracaidista y su estuche de lona tenía por objeto hacerlo pasar por un acordeón. Sin embargo, ¿qué probabilidades habría tenido este hombre de pasar por un músico ambulante?

—Creímos que el viento le llevaría a las tinieblas del centro de Essex — afirmó Mayhew.

El norteamericano bebió su whisky.

—Oí los tambores de la selva —dijo—. ¡Mmmm! Es la primera vez que bebo en tres semanas.

—Los barcos de guerra norteamericanos son partidarios de la ley seca — comentó Mayhew—. Me advirtieron sobre eso.

—Era un barco británico, un mercante de quince mil toneladas —recalcó el norteamericano—. Será mejor que recuerde esto. Pintamos las insignias del avión para ocultarlas y su gente dio al piloto un grado de oficial en la Armada Británica, por si acaso.

—Esperamos que no necesite invocar este rango —dijo Mayhew.

Al levantar el vaso, el norteamericano para brindar por esto hizo un gesto de dolor y se frotó la espalda.

—Despegamos por catapulta desde el barco, utilizando una vieja catapulta de uno de sus cruceros. Por un instante temí que me hubiese arrancado la cabeza.

—Su conductor estaba un poco nervioso —dijo Mayhew.

—¿Vio esos transportes junkers?

—Los alemanes traen otra división de infantería aerotransportada —dijo Mayhew—. Iban vacíos, y volvían en busca de más.

—No había bastante espacio para meterse en esa pista —observó el norteamericano— y la verdad es que no queríamos dejar un avión estrellado sobre el cual tuviesen que dar explicaciones ustedes por la mañana.

—Muy considerado de su parte —dijo Garin—. ¿Tiene hambre?

—Comimos un gran bistec antes de volar. Es suficiente con el whisky, gracias. —El hombre se miró el zapato. El impacto del paracaídas contra la tierra le había separado totalmente la suela del cuero. Frotó el zapato contra la alfombra para apreciar el espacio abierto.

—¿Habló con su gente en Washington? ¿Cuáles son las disposiciones?

—Hablé —dijo el norteamericano—. ¡Y cuánto hablé!

—¿Y?

—Y dicen que no.

Mayhew le miró, atónito.

—¿Que no? —repitió.

—Llegué a hablar con el mismo presidente... durante media hora. Mantuvo esperando al secretario de Trabajo mientras conversábamos. —Al disiparse la excitación de la llegada, el hombre tenía aspecto de extenuado. Después de atravesar el salón, se dejó caer en un sofá y estiró el cuello para aliviar la tensión de los músculos—. Hablé, además, con amigos personales en el Departamento de Estado, así como por la subcomisión establecida en el Senado para negociar con la gente de ustedes.

—¿Y la armada y el ejército? —preguntó Mayhew.

—Hablé con la armada y el ejército.

—¡No puede ser que los judíos norteamericanos no comprendan que hay que detener a Hitler! —exclamó Garin.

—No hay muchos judíos en el despacho del jefe de Estado Mayor —dijo el norteamericano lacónicamente—: Su rey sería una carga para los Estados Unidos. ¿Imagina usted que Roosevelt desea figurar en los textos escolares como el hombre que invitó al rey de Inglaterra a volver a los Estados Unidos? ¡No! ¿Y qué diablos harían con él? ¿Pretenden que le demos habitaciones en la Casa Blanca, como me dijo un almirante, o bien tendríamos que construirle un palacio propio?

—Estoy seguro de que el presidente no dijo nada de eso —dijo Mayhew.

—Conviene que deje de pensar ya que Roosevelt es un anglófilo fanático. Es un político y en el lugar de donde yo vengo esto significa ser un buen zorro.

—Claro, es algo complicado desde el punto de vista político —continuó Mayhew.

—Perdone, pero debo corregirle. Desde el punto de vista político, equivale al suicidio. Todos los políticos están prometiendo no mezclar a nuestros chicos en una guerra extranjera. ¿Cree usted que nadie va a invitar a su rey allá, cuando es el nudo de toda la disputa europea?

—Guerra —aclaró Mayhew, en una fría objeción al uso del término «disputa»—. Nosotros lo llamamos «guerra».

—Llámenlo lo que quieran, pero para la mayoría de la gente en Estados Unidos, es algo que pertenece al pasado. Y los alemanes son quienes lo pusieron en pasado.

—Pedimos demasiado de ustedes —afirmó Mayhew—. Tal vez sir Robert Benson debería haber viajado a Washington.

El norteamericano se apoyó en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Era difícil determinar si estaba cansado, desilusionado, o bien contando hasta diez antes de explotar de furia.

—Hace varias semanas que discutimos ya todo esto —dijo en voz baja—. Ustedes eran quienes tenían tanto entusiasmo por enviarme. Dijeron que un norteamericano bien informado, amigo de Gran Bretaña, tendría las mayores posibilidades de éxito. —Antes de proseguir, cubrió con una mano su vaso para rechazar el whisky que le ofrecía Garin—. No crean que economice esfuerzos. Y no crean que Estados Unidos está ciego en cuanto a lo que sucede en el mundo. El Congreso ha dado al ejército seis mil millones de dólares en los últimos seis meses, para que tengamos una fuerza de combate mejor y compremos mejores aviones para la Fuerza Aérea. Sucede que tenemos nuestro propio Hitler, sólo que con cara amarilla y ojos oblicuos. Su firma es Tojo.

Mayhew apoyó una mano en la repisa de la chimenea y se quedó mirando con fijeza las llamas.

—Será necesario avisar al rey —dijo con tristeza—. Iré a Canadá, eso es todo.

Al descubrir un trozo de barro pegado a su pantalón, el norteamericano lo despegó y lo arrojó al fuego.

—Tengo la impresión de que no consigo hacerme entender. ¿Es por culpa de mi acento, o algo por el estilo?

—¿Cómo dijo? —preguntó Mayhew con viveza. Se volvió para mirar de frente al norteamericano.

—Quise decir que el rey no será bien recibido en América del Norte. Y con ello me refiero tanto a las tierras nuestras como a las del norte del paralelo cuarenta y nueve.

—Washington no osará prohibir a los canadienses que concedan asilo a su soberano.

—Washington no prohíbe nada. Canadá no lo recibirá. Estuve en Ottawa, conversando con ellos. Tienen los mismos problemas políticos que nosotros. Tener un rey emperador como residente reducirá enormemente la autoridad de su primer ministro.

—El rey se abstendrá de participar en la política del Canadá —dijo Mayhew.

—Los canadienses sintieron la pesada mano paternal de Londres durante muchos años, coronel. Por fin cuentan con cierto grado de independencia. Ahora ustedes pretenden que el rey fije residencia allí. Ningún político desea arriesgarse a lo que puede hacerle la oposición si es parte de semejante paso hacia atrás.

—Cuentan con todo el oro de Gran Bretaña, estimado en seiscientos treinta y siete millones de libras esterlinas tradicionales, oro. Y cuando el HMS *Revenge* llevó ese primer envío, fueron allá, además, más de mil millones de libras en valores.

—No tiene importancia —dijo el norteamericano—. Los valores están depositados en el edificio de la compañía de seguros Sun Life en Ottawa. El oro está en Montreal. Nadie piensa despojar al rey de su dinero.

—No es dinero del rey —señaló Mayhew, con un destello de indignación.

El norteamericano hizo un gesto de disculpa con la mano, pero Mayhew se había vuelto para sacudir la ceniza de su cigarro sobre el fuego y parecía estar sumamente interesado en el reloj.

En una postura inconfundiblemente norteamericana, el hombre estaba arrellanado en el sofá, con un pie apoyado en la rodilla de la otra pierna, acariciando su zapato roto como si fuese un animalito que necesitase ser reconfortado.

—Tiene los zapatos destrozados —le dijo Douglas. Sabía, no obstante, que el norteamericano no llamaría la atención en un país donde la mitad de los abrigo se confeccionaban con mantas del ejército y las mujeres se hacían vestidos con las cortinas.

—No tiene importancia —replicó el norteamericano, y dejando de acariciarse el zapato, abrió la mano para examinarse los cortes sufridos cuando el paracaídas le arrastró por encima de un cerco. Tenía las palmas

manchadas por generosas aplicaciones de tintura de yodo—. Volveré en barco la semana próxima.

—¿Está esperándolo un barco? —le preguntó Douglas.

—Escuadrón de Destroyers 2, el USS *Moffet* y sus amigos. Es parte de los ejercicios de otoño de nuestra flota en el Atlántico.

—¿Tan cerca de las costas británicas?

—Libertad de los mares, señor. No entramos dentro del límite de las tres millas.

Douglas miró a los otros hombres. Mayhew seguía contemplando el fuego y Garin abría una caja nueva de cigarros con ayuda de un pequeño cortaplumas con mango de marfil.

—¿Alguna vez oyó usted hablar de explosiones atómicas? —preguntó Douglas al norteamericano. No obtuvo respuesta. Prosiguió, entonces—. La Armada de los Estados Unidos ha enviado un escuadrón de destructores a una distancia que resulta una provocación para Gran Bretaña, por aguas que continúan bajo la clasificación de zona bélica. Además, permanecen en las inmediaciones, mientras usted pasa una semana paseando en Londres. ¿Por qué motivo?

Mayhew se irguió y tiró de sus puños. El norteamericano seguía mudo.

—Está a punto de hacer un trato con usted, coronel Mayhew —le dijo Douglas, sin dejar de mirar al norteamericano—. Y para asegurarse de que tenga las mayores ventajas posibles para los Estados Unidos, comienza diciendo «no».

—Pero ¿por qué? —preguntó Mayhew, mirando a ambos sucesivamente.

—Quieren que se destruyan esos cálculos de Spode, coronel.

El norteamericano miró a Douglas con ojos muy abiertos, pero sin que su rostro registrase la menor emoción. Douglas advirtió, no obstante, la forma en que sus dedos tiraban de la suela del zapato rota hasta romperla más aún.

—Un mecanismo atómico en la bodega de un barco. Es el único tipo de arma que podría lograr la conquista de los Estados Unidos por parte de una potencia europea. —Douglas se detuvo muy junto al norteamericano y se dirigió directamente a él, como si no hubiese nadie más allí—. Si Hitler obtiene esta arma, la utilizará contra ustedes, puede estar seguro de ello.

—Lo sé —admitió el norteamericano. Sacando luego una enorme colt automática del bolsillo, preguntó—: ¿Puedo dejar esto en alguna parte? Me ha hecho ya un agujero en el bolsillo —Sydney Garin la tomó y la estudió a la luz, antes de guardarla en el primer cajón de una cómoda antigua.

El norteamericano estaba cansado, con una expresión que Douglas había visto otras veces en otros rostros. Llegaban a un punto en que no les importaba ya mucho ajustarse a la propia historia de los hechos.

—¿Quiere decir —preguntó Douglas— que nadie le habló en Washington del profesor Frick? ¿O del trabajo de investigación en física nuclear que se ha realizado en el Laboratorio Clarendon de Oxford, en el Ciclotrón de Liverpool, en Chadwick, o bien en el equipo de Rutherford del Laboratorio Cavendish? ¿Ni tampoco del trabajo realizado por los alemanes desde que se hicieron cargo de las investigaciones de Bringle Sands?

—Nadie en Washington hablaba de física nuclear —dijo el norteamericano, y al pensar en ello desplegó una ancha sonrisa.

La negativa era demasiado lacónica para convencer a Douglas.

—Entonces, ¿no es usted más que un emisario cualquiera? —preguntó—. ¿Por qué enviar barcos de guerra cuando podrían haber despachado una carta que dijese «no»? —Haciendo una pausa, Douglas bebió unos sorbos de su vaso, sin sentir casi el gusto al whisky—. Supongamos que yo le dijese que a otros gobiernos les interesan también los cálculos que tenemos.

—¿Los rusos?

—Los alemanes pueden ofrecer más.

—¿Qué?

—La revisión de los términos del tratado de paz, —dijo Douglas. Era una improvisación desesperada—. Podremos tener un pequeño ejército, una armada costera y un verdadero gobierno civil que reemplace a los obsecuentes que componen este gobierno colaboracionista. Podríamos dirigir nuestros ministerios de Asuntos Extranjeros y de Defensa. La zona ocupada sería solamente una franja costera y controlaríamos todas las importaciones esenciales, tendríamos una flota mercante, y lograríamos que se ajuste el valor de la libra esterlina en relación con el Reichsmark. Las reparaciones serían reducidas a un mínimo.

—¿Todo eso por unas pocas páginas de cálculos? —preguntó el norteamericano.

—Por muchos años de trabajo duro, millares de horas pasadas sobre máquinas de calcular, por la colaboración voluntaria de nuestros mejores físicos. ¿Sabe usted que los alemanes han comenzado a hacer funcionar su propia pila? Obtendrán plutonio cuando se enfríe. Desde ese punto, hay sólo un par de pasos hasta obtener un mecanismo de explosión atómica.

—Una comisión del Congreso estuvo analizando esta idea —admitió el norteamericano, renunciando a seguir fingiendo—. Hablaron con Einstein.

Pero los cálculos de costos llegan a los millares de millones de dólares y no hay certeza de que llegue a ser posible jamás obtener la explosión.

—No subestime la importancia de un resultado negativo. Unos millares de millones de dólares sería un precio bajo por el descubrimiento de que los nazis no podrán destruir la ciudad de Nueva York de la noche a la mañana.

Poco a poco el rostro del norteamericano se iluminó con una ancha sonrisa.

—Usted es el inspector de policía —señaló—. De pronto me di cuenta de quién era. Es ese famoso sabueso de Scotland Yard de quien oí hablar tanto.

—No interesa quién soy —dijo Douglas, sorprendido y un poco irritado—. ¿Tiene poderes para negociar sobre el asunto del rey?

—Me gusta su estilo, ¿sabe? Me gusta su estilo. Barb me dijo que me caería bien y la verdad es que me cae bien —agregó sonriendo—. Es la primera vez que capta algo bien desde el día que me casé con ella, o desde el día antes, quizá.

—¡Usted es Danny Barga!

—El teniente de navío Daniel Albert Barga en persona.

—De modo que le metieron en la Armada de los Estados Unidos —dijo Mayhew, estudiando la ceniza de su cigarro.

—A insistencia del Departamento de Estado.

Mayhew hizo un gesto, como si comprendiese. Incorporar a un hombre a las fuerzas armadas no se diferenciaba mucho de incorporar obreros en huelga. Era una forma de asegurarse de que hicieran ni más ni menos que lo que se les ordenaba.

En aquel momento llegó de prisa al salón uno de los criados y susurró un largo mensaje a oídos de Sydney Garin, quien hizo un gesto afirmativo y luego se puso muy serio. Cuando el hombre se retiró, Garin dijo:

—Me temo que los alemanes encontraron trozos del paracaídas de nuestro amigo.

Danny se levantó.

—Tuvieron que cortarlo —señaló. Estaba enredado en un árbol y no podían llegar a algunas de las cuerdas.

—Alguien debió verle cuando bajaba. Hay un pelotón de infantería que en este momento marcha en formación, revisando mis prados.

—¿Vendrán aquí? —preguntó Mayhew.

—Sin duda —respondió Garin, muy tranquilo—. Los soldados son metódicos, y en especial, los alemanes. Revisarán cada una de las casas de las inmediaciones, incluida ésta. —Garin intentó sonreír, pero no le resultó fácil.

George Mayhew apagó su cigarro con rapidez, como si no quisiera que los alemanes lo sorprendiesen fumándolo.

—Será mejor que nuestras versiones concuerden.

Danny Barga se levantó y dijo:

—Figuro en esa maldita Sonderfahndungsliste que tienen.

—¿No tiene documentos de identidad con otro nombre? —le preguntó Garin.

—Están esperándome en Londres. Las falsificaciones de Washington siempre resultan un poco desactualizadas.

—¿Puede esconderle, Garin? —le preguntó Mayhew.

Antes de que Garin tuviese oportunidad de responder, se oyó una conmoción en el pasillo, que aumentó de volumen hasta que se abrió la puerta del salón. Apareció un criado, con la cabeza baja en la actitud de un toro pronto a atacar. Recuperó con trabajo el equilibrio, antes de caer, por poco, sobre la chimenea y luego se volvió para hacer frente al hombre que le había empujado con tanta violencia dentro del cuarto.

—Me llamo Oskar Huth. Soy el Standartenführer, doctor Oskar Huth —dijo, mirando a los otros—. Ah, inspector Archer, supuse que le encontraría aquí... y al coronel Mayhew y al señor Sidney Garin. Todos rostros que reconozco por figurar en mis archivos confidenciales.

Nadie dijo nada. El criado se frotó la muñeca, en el punto que le había asido Huth para doblarle el brazo contra la espalda. Huth atravesó el cuarto por detrás de todos, pero nadie se volvió a mirarle. Lo oyeron decir entonces:

—Encontraron un paracaídas en las inmediaciones, señor Garin. ¿Estaba enterado?

Garin no repuso. Huth ladraba como un sargento en el patio de instrucción.

—¿Está enterado de ese paracaídas? —repitió.

—Me lo dijeron mis criados —dijo en voz baja.

—¿Y no hizo nada?

Garin se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer?

—Y usted, coronel Mayhew —dijo Huth—. ¿También usted contuvo la curiosidad? ¿Cómo puedo dejar de admirar semejante flema británica? —Un SS-Scharführer asomó la cabeza por la puerta—. Todo en orden aquí, Scharf —añadió Huth—. Asegúrese de que los criados permanezcan fuera de los edificios exteriores y luego congregue a todo el mundo en la sala de servicio. —El sargento hizo entrechocar los talones y se alejó por el pasillo.

—¿Y usted? —preguntó Huth acercándose a Danny Barga—. ¿Quién es usted?

—Soy un ciudadano norteamericano —repuso Barga.

—Siéntese, ciudadano —dijo Huth, apretando de pronto con fuerza los hombros de Barga. El gesto tomó desprevenido al norteamericano, que con poco equilibrio sobre el tobillo dañado, cayó torpemente sobre el mullido asiento.

Huth se acercó a la chimenea y luego se volvió para mirar a todos.

—Desconfío de todos —dijo—. Tienen actitud de gente culpable.

—Usted llega aquí inesperadamente —comenzó a decir Mayhew.

—¡Cállese! —exclamó Huth. Mayhew cayó—. Están todos arrestados —dijo, y dirigiéndose a Mayhew, añadió—: Y no discuta mis órdenes.

Huth se volvió a observar el movimiento del péndulo del reloj. Todos estaban totalmente inmóviles y ahora que el viento había amainado, no se oía nada, salvo el tictac del reloj.

Douglas dio un paso hacia la cómoda, abrió de prisa el cajón superior y sacó la automática colt 45 que había traído el norteamericano. Apuntó entonces con ella a Huth.

—No, Standartenführer —dijo.

Huth se volvió hacia él y sonrió, como si Douglas hubiese cometido un error inexcusable.

—No sea tonto, inspector Archer. Tengo un pelotón de infantería de las SS conmigo.

—Deme el silenciador, Garin —dijo Douglas. Tomándolo, lo colocó en la pistola.

—Baje esa pistola y le prometo olvidar esto —le propuso Huth.

—Si llega a moverse, le mataré —repuso Douglas.

—No se atreverá —afirmó Huth, pero no se movió.

—Quítele la pistola, coronel —dijo Douglas—, y manténgase bien apartado de él mientras lo haga.

—¿Está seguro de lo que hace, amigo? —le preguntó Mayhew.

—Nunca estuve más seguro de nada —dijo Douglas. En su interior, no obstante, sentía latir su corazón con fuerza suficiente como para tres hombres. Tenía, además, un nudo de ansiedad en el estómago. Antes de que pensase nada más, Mayhew estaba ya abriendo la pistolera y retirando de ella el arma de Huth.

—Qué pena me da verle firmarse la propia sentencia —le dijo éste.

—¿Cuántos vehículos? —preguntó Douglas al criado, sin apartar los ojos de Huth.

—Cinco camiones y una motocicleta con sidecar —contestó el criado.

Douglas hizo un gesto mudo. Era el número que había imaginado.

—Hable abajo, por el teléfono interno —ordenó a Huth—. Diga a su Scharführer que cargue a sus hombres en los camiones y se disponga a partir.

—¿Y yo? —preguntó Huth.

—Haga lo que le digo —repuso Douglas, acercándole el teléfono.

—No —dijo Mayhew. Douglas se quedó inmóvil, con la pistola en una mano y el teléfono en la otra—. Probablemente el Standartenführer y yo podamos llegar a un acuerdo —agregó—. ¿Puedo hablar a solas con usted, Standartenführer?

Los dos hombres permanecieron encerrados durante cerca de media hora. Cuando reaparecieron, Huth dijo, mirando a todos:

—Muy bien. Muy bien. El coronel Mayhew me ha explicado la presencia de ustedes aquí esta noche. Por el momento, no iniciaré acción alguna. —Levantando su pistola de la mesa, se la guardó en la pistolera—. Pero les advierto... —dijo, volviéndose para mirar fijamente a Mayhew— les advierto que cuento con una devolución de favores. —Dicho esto se dirigió hacia la puerta, sacudió varias veces el picaporte y antes de abrirla, se volvió para mirar a todos otra vez—. El coronel Mayhew me ha persuadido de que no hay nadie relacionado en modo alguno con el paracaídas. Con todo, quizá puedan ustedes hacer circular la información de que la Luftwaffe cuenta con equipo detector de radio que sigue día y noche los movimientos de aviones en cualquier clase de tiempo.

Cuando se hubieron alejado los camiones y la motocicleta de Huth por la larga avenida bordeada de árboles de lima, Mayhew dijo:

—Olvidará el episodio de la pistola, Archer. Me lo prometió y yo le creo.

—¿Y qué le prometió *usted*?

La respuesta de Mayhew fue evasiva.

—El sol, la luna, todo. Le prometí lo que quisiera, a cambio de un poco de tiempo. Ahora debemos sacar al rey de la custodia de los alemanes —Mayhew miró a Danny Barga—. Y mostraremos a nuestros amigos norteamericanos que un presidente que cuenta con la bomba atómica puede ser reelegido aun cuando tenga al rey residiendo dentro de su territorio.

## Capítulo treinta y cinco

El Metropolitan Music Hall, en Edgware Road, estaba caldeado, colmado de ruido y saturado de humo, repleto de gente que había llegado en masa para ver a Flanagan y Allen y oír cantar a Vera Lynn.

Hacia el verano de 1941 la letra de sus canciones era el tema de la represión experimentada por los habitantes de Gran Bretaña ocupada. *Deseos son los sueños que soñamos despiertos*, cantaba, o bien *Nos veremos, no sé dónde, no sé cuándo*, promesas atesoradas por los millares de hombres y mujeres que tenían un ser querido en algún lejano campo de concentración alemán.

Al finalizar la primera mitad del programa, la cantante había vuelto al escenario vistiendo un sencillo vestido blanco que no habría estado fuera del alcance de cualquier empleada; en medio de un rugido de aplausos, que obligaron a la orquesta a volver a tocar los primeros compases de *Deseando* dos o tres veces, antes de que fuera posible oírla por encima del intenso ruido. Y cuando Flanagan y Allen se unieron a ella con el resto de la compañía para cantar «Mañana las aves azules volarán sobre los blancos acantilados de Dover, espera y verás. Habrá amor y habrá risa, y paz para siempre, mañana cuando el mundo sea libre», el auditorio permaneció inmóvil, transfigurado.

Al terminar esta primera mitad, todos los miembros de la compañía arrojaron serpentinas a la platea, se pusieron sombreros cómicos y reventaron los globos que bajaban de una gran canasta de alambre suspendida del techo.

Cuando terminó la segunda mitad del programa reinaba entre la concurrencia una inusitada euforia. Ni aun la actuación del «Profesor Zingo»<sup>[3]</sup> disminuyó el contento general, no obstante haber pocas cosas capaces de exigir tanta atención concentrada como los esfuerzos ansiosos de un mago que no ha llegado a dominar del todo sus números.

Las noches de gala no gozaban de gran popularidad entre el personal de limpieza, pues quedaba en el teatro un caos de papel y basura que era

necesario rescatar para nuevos usos. Una red de serpentinas de colores se enredaba en las cariátides de pechos opulentos y sobre la platea flotaban unos pocos globos sobrevivientes. El bar era el único punto que no sufría los efectos de estas noches de gala. Era un salón largo y angosto en el fondo de las plateas. Los ventanales permitían ver el escenario a los parroquianos sedientos, pero el ruido de la música llegaba bastante atenuado, salvo cuando alguien abría la puerta. Aquí en el bar, se encontraba uno en el mejor de los mundos, ya que podía contemplar las piernas de las coristas sin dejar de oír su propia voz al hablar.

—Supongamos que no aparezca —dijo Harry Woods. Después de apurar su vaso de cerveza aguada, hizo señas al barman de que le sirviera más.

—Aparecerá —aseguró Douglas, rechazando con un gesto otro vaso de cerveza. Dos medios litros de ese líquido eran lo más que podía tolerar cualquier vejiga y Douglas había aprendido a no mezclar su trabajo policial con la bebida fuerte.

—¿Vienen muchos nazis aquí, Percy? —preguntó Harry al barman.

El hombre siguió enjugando el mostrador, sacando la cerveza derramada y enjugando el trapo en un balde lleno de agua que tenía en el suelo detrás del mostrador.

—No —dijo. Abrió el trapo retorcido, lo sacudió y lo extendió sobre el barril de cerveza para dejarlo secar—. Los alemanes tienen sus propios espectáculos, con grandes estrellas de Alemania. No les cuesta más que seis peniques. Aquí hay que pagar esa suma para entrar al «gallinero». De todos modos, no comprenden las canciones ni el diálogo.

Harry encendió un cigarrillo y ofreció su paquete al barman, quien aceptó un cigarrillo, agradecido.

—¿Buscan a algún alemán? —preguntó.

Douglas volvió la cabeza para contemplar el número que se desarrollaba en el escenario —el profesor Zingo hacía brotar infinidad de pañuelos de colores en un tubo aparentemente vacío—, pero en realidad tenía interés en ver cuánto revelaría Harry sobre el encuentro.

—Tenemos cita con uno, un oficial de la oficina postal del ejército. Conversaremos sobre esos robos postales.

—Ah, sí —dijo el barman.

—Es un asunto importante —recalcó Harry, como deseoso de despertar su interés.

—Claro, claro —dijo el barman y comenzó a enjuagar los vasos sucios amontonados en la pileta. Harry había actuado, sin duda, con gran astucia

para conseguir distraer la atención del barman en cuanto a la cita.

El profesor Zingo estaba abriendo y cerrando las secciones articuladas de una gran caja de laca negra, con el acompañamiento de un «pizzicato» por parte de los seis violines de la orquesta. El mago miró al auditorio, a su bonita ayudante y luego golpeó la hoja de metal de un serrucho circular. La música de Tchaikovsky inundó la sala al abrirse la puerta y aparecer por ella el capitán Hans Hesse. Por suerte no llevaba puesto el gran abrigo con cuello de astracán, pues en un lugar como éste, le habría rodeado una multitud para pedirle autógrafos.

—¿Qué vas a beber, Hans? —le preguntó Harry, como si se conocieran desde hacía años.

—Cerveza —dijo Hans, quitándose el sombrero negro de fieltro y de alas anchas y colocándolo con gran cuidado sobre un estante. Era ilegal invitar a beber a un miembro del ejército de ocupación y además ilegal que el barman se la sirviera. A pesar de ello, le trajeron la cerveza inmediatamente. Hesse bebió un sorbo, se estremeció y dejó el vaso sobre el mostrador—. Mañana por la mañana —anunció—. ¿Estarán preparados?

La muchacha estaba ya dentro de la caja. El profesor Zingo volvió a abrir las tapas para mostrar la parte del torso que habrían de seccionarle.

—¿Te refieres a «Bluejacket»? —preguntó Harry a Hesse. Era en el código la palabra correspondiente a Jorge VI, el rey marino, náutico, sin clase social. Quedaría muy bien en los libros de la historia.

—«Bluejacket», exactamente. ¿Estarán preparados? —Hesse siguió la mirada de Douglas hacia el mago iluminado por un haz de luz. El serrucho circular giraba vertiginosamente y sus afilados dientes relucían bajo la luz rosada de las candilejas. La muchacha hizo una mueca de fingido terror. Como el capitán hallase trivial el número, apartó la mirada.

—Estaremos listos —respondió Douglas, los ojos siempre fijos en el escenario.

—La muchacha dobla las piernas sobre el pecho —observó el capitán, y bebió otro sorbo de cerveza inglesa tibia, aguada—. El serrucho circular no se acerca, siquiera, a su cuerpo.

—Lo recogeremos en la Torre —dijo Douglas. Mayhew le había dado todos los pormenores de la operación.

—Estará allí uno de mis hombres, un individuo menudo, con anteojos, con uniforme de veterinario. Hagan todo lo que les indique. Háganlo de inmediato y sin formular preguntas. ¿Comprenden?

—Sí —contestó Douglas. En las sombras, al costado del foso de la orquesta, se abrieron lentamente las puertas de emergencia. Entraron dos soldados en la sala. Bajo la luz rosada del escenario. Douglas vio el brillo de los cuellos metálicos usados por la policía militar alemana cuando estaban de servicio. Los dos policías avanzaron lentamente por el pasillo en declive, estudiando de forma sistemática los rostros en cada fila de la platea.

—Tu gente —dijo Harry. Aclarándose la garganta, bebió unos tragos de cerveza.

—Feldgendarmerie —señaló el capitán Hesse—. Seguramente se trata de un simple control de rutina.

A pesar de los vidrios, llegó hasta ellos el batir de los tambores. El serrucho giró cada vez más cerca de la muchacha dentro de la caja de laca, con una velocidad escalofriante. Los dos soldados no miraron hacia el escenario, sino que siguieron buscando, mirando de izquierda a derecha y luego de derecha a izquierda, como espectadores de un encuentro de tenis filmado con velocidad lenta.

—¡Jesús! —exclamó Harry Woods, al ver a la muchacha echar la cabeza hacia atrás como si sufriese un espasmo de intenso dolor.

—Está fingiendo —les explicó el alemán—. Es parte del número. —Extendió una mano hacia su sombrero y se lo puso, inclinando el ala sobre el costado más próximo a los dos policías militares.

—Estaremos en una ambulancia —dijo Harry Woods—. Su gente especificó que debía ser una ambulancia.

—¿Número de registro del vehículo? —preguntó Hesse.

—No los tendremos —repuso Harry Woods—. Tendrán que quitarle las chapas. No vale mucho la pena ponerle falsas. Nadie va a detener una ambulancia porque no tiene chapas. Y si algo marcha mal, la falta de número de identificación podría significar unos minutos extra.

—Tiene razón —dijo Hesse. Sonrió, entonces, y la inesperada iluminación del escenario hizo que la luz se reflejase en su rostro y lo hiciera brillar—. ¿Ven? —añadió—. La chica está perfectamente.

—«Bluejacket» no llevará esposas ni nada, ¿no? —preguntó Harry.

Hesse sonrió otra vez.

—Los alemanes no somos bárbaros, señor Woods. ¿Por qué habría de llevar esposas? —Se oyó un acorde de la orquesta y una salva de aplausos cuando el profesor Zingo tomó de la mano a la bonita ayudante y la ayudó a salir de la caja negra, que otra vez estaba unida en una pieza.

—No tendremos a nadie con nosotros capaz de solucionar problemas de cerrajería —dijo Harry.

El capitán Hesse se apoyó contra el bar de caoba tallada y aplaudió. Estaba mirando fijamente hacia el escenario y el humo de su cigarrillo le hacía entrecerrar los ojos.

Se abrió la puerta del bar y los dos «perros encadenados» miraron hacia el interior. Los cuellos de metal que les daban su apodo relucían bajo la luz cruda. Hesse, Douglas y Harry Woods mantenían los ojos fijos en el escenario, como si no hubiesen reparado en la presencia de la policía militar en la puerta.

—¿Hay soldados aquí esta noche? —preguntó uno de ellos al barman, con una entonación monótona que indicaba que había aprendido la frase de memoria.

—No —dijo el barman. Tomó entonces una botella de whisky y la colocó sobre el mostrador junto con dos vasos. Los policías militares miraron con atención a los hombres en el extremo más alejado del bar, cambiaron miradas y luego se acercaron al bar y se sirvieron un trago. Douglas los miró de soslayo y pudo comprobar ahora que no eran miembros de la Feldgendarmarie regular, sino soldados comunes destinados a cumplir servicios policiales y que por ello llevaban el cuello de la Kommandantur.

El barman se apartó de los soldados y se detuvo delante de los tres hombres al final del mostrador.

—¿Ven eso? —dijo cuando el mago y la muchacha salieron a saludar otra vez—. Lo mismo sucedió el lunes por la noche, en la primera función. Está renqueando. Miren la sangre que tiene en el pie. Si no apoya bien las rodillas sobre el cuello, el serrucho la atrapa.

También la veían ahora los otros. Tenía la zapatilla de baile rota en la punta y se veía un poco de sangre allí.

—Hecho que demuestra —afirmó el barman— que uno puede ensayar y ensayar, pero siempre hay la probabilidad de que algo no salga bien.

Los tres hombres bebieron lentamente, pero ninguno le respondió.

## Capítulo treinta y seis

La Torre de Londres. Douglas percibía el gusto de la niebla. El hollín que contenía se le metía en las fosas nasales y se le secaba en los labios. Aún a las diez de la mañana, la visibilidad estaba reducida a unos pocos metros. Aquí, junto a London River, la velocidad de la ambulancia era la de un caracol. En Tower Hill, los soldados del primer puesto de control habían marcado su posición con antorchas. Seis llamas abrían un túnel amarillo a través de las nubes verdosas que se arremolinaban. Detrás de ellos, la Torre no era más que una silueta gris pintada contra la niebla blanda.

Sólo cuando el viento agitaba el río podían ver las hileras de luces amarillas que señalaban el aparejo del crucero liviano *Emden*, anclado en la orilla más alejada del puente.

—Qué buen día eligieron —comentó Harry Woods—. Seguramente oyeron el pronóstico del tiempo anoche, antes de que Hesse viniese a vernos. —Cuando se aproximaban al segundo perímetro de centinelas, bajó la ventanilla.

Un oficial salió con rapidez de la casilla de guardia y apoyó un pie en el guardabarros. Con un pañuelo apretado contra la nariz, estornudó y luego dijo:

—Maldito país. No sirve para la vida humana.

En las presillas, sobre los hombros, sus estrellas de teniente llevaban además las serpientes del cuerpo de veterinarios.

—Siga derecho —indicó—. Pase el puente levadizo y pase delante de las torres. Hablaré con cualquiera que nos detenga.

El hombre se aferró al espejo retrovisor lateral mientras Douglas maniobraba con la ambulancia entre los angostos espacios del «Outer Ward», rodeando la muralla de la torre de Wakefield, dejando atrás la llamada Sangrienta y hasta el «Inner Ward» donde, como un vasto escollo de piedra de Caen, la Torre Blanca se veía decapitada por la niebla. Siguió la hilera de

faroles callejeros cuyas llamas de gas se destacaban con su resplandor. Un par de cuervos, alarmados por la ambulancia, marcharon como ebrios por su camino y se alejaron aleteando ruidosamente. La ambulancia rodeó luego el macizo «Keep» y se detuvo delante de la Capilla.

—Esperen —dijo el pequeño oficial alemán, y bajando del guardabarros, desapareció en la semioscuridad, tosiendo y estornudando al avanzar hacia el patio de la Torre, donde por poco tropezó con el cartel que decía «No pisar el césped».

Aquella niebla espesa como una sopa de guisantes, al decir de los londinenses, había provocado un silencio que no era natural. La actividad aérea, casi incesante desde los comienzos de la ley marcial, había cesado de pronto, pues los aviones de vigilancia estaban en tierra a causa de la niebla. El rezongar de un camión pesado que atravesaba el puente en primera se alejó poco a poco y reinó otra vez un silencio absoluto.

—Da miedo, ¿no? —dijo Harry.

Douglas miró el anuncio en caracteres pintados. Decía, en alemán: «King's House. Aquí pasó la noche Ana Bolena la noche antes de su ejecución y también fue interrogado Guy Fawkes antes de confesar y ser luego juzgado en Westminster Hall». Douglas hizo un gesto, pero no repuso<sup>[4]</sup> al comentario de Harry.

Desde la Torre Blanca se oyó de pronto ruido de pasos. Alguien con un marcado acento de Silesia dijo que hacía frío y otro se echó a reír como si apreciara el chiste.

—Aquí vienen —dijo Harry.

La ambulancia blanca era casi invisible en la niebla y los hombres estuvieron a punto de chocar con ella. Eran cinco. Abrían la marcha dos tenientes que calzaban botas; detrás de ellos, flanqueado por dos acólitos sonrientes, venía un Gauleiter suplente de la Deutsche Arbeitsfront, el movimiento sindical nazi.

El sastre había tratado de disimularle el abdomen prominente y las gordas caderas bajo un abrigo magnífico, con solapas de color e insignias doradas, pero no había logrado nada contra la manera de caminar poco militar, las joviales maldiciones y la risa grosera.

—¡Qué diablos! ¡Una ambulancia! ¿Debo sentarme junto al conductor o bien tenderme en la camilla? —El Gauleiter suplente rió en voz muy alta, tosió y escupió—. ¡Esta maldita niebla se mete en la garganta!

Los dos funcionarios de la DAF dejaron de reír ante el chiste lo suficiente para hacerse eco de la queja sobre la niebla.

—Su automóvil está aquí, señor —dijo con frialdad el Leutnant de caballería.

—Usted conoce bien la historia, teniente —señaló el Gauleiter, volviéndose hacia el segundo de los oficiales del ejército que conducían al grupo—. Todas esas historias sobre sir Walter Raleigh y lady Jane Grey... Le juro que usted sabe darles vida. —Golpeando al oficial en el pecho, añadió—: Y sir Tomás Moro siempre fue uno de mis héroes...

—Sí, señor —dijo el oficial.

Douglas y Harry Woods vieron partir a los hombres de la DAF en el tipo de Rolls Royce utilizado solamente para los visitantes de importancia. Sin advertir que le oían, uno de los oficiales del ejército murmuró entre dientes:

—Funcionarios del Ministerio de Agricultura, comisionado de Servicios de Salud, subdirectora de la Liga Femenina, jefe de Estado Mayor de la Liga Deportiva del Reich... y ahora estos cerdos de la DAF. Se suponía que esto era una prisión de máxima seguridad para el rey de Inglaterra, no un circo.

El segundo de los oficiales habló en voz más baja y resultó difícil oír lo que decía.

—Paciencia, Klaus, hay un método en todo esto, créeme.

—¿Método...? ¿Qué motivo puede haber en todo esto?

—Tengo una botella de schnapps en mi cuarto, Klaus. ¿Qué opinas de romper el hábito de toda una vida y beber antes de almorzar?

—¿Qué quiso decir ese cerdo nazi... que sir Tomás Moro siempre fue uno de sus héroes? Tomás Moro era un sabio, un humanista que desafió la tiranía.

—Cálmate, Klaus. Nuestras órdenes son que debemos estar de regreso en nuestros puestos a la diez y media y nos quedan muy pocos minutos.

—¿Por qué de regreso en nuestros puestos?

—No nos corresponde cuestionar órdenes. Como dijo Tennyson, «Hacer o morir». Y al Valle de la Muerte cabalgaron los seiscientos —citó el oficial, no con mucha exactitud ni con muy buen acento.

—Qué bien conoces la historia inglesa —dijo su amigo, imitando el pesado acento de Silesia del Gauleiter suplente—. Maldición, usted sabe darles vida, se lo juro.

Eran las diez y cuarenta cuando el teniente veterinario volvió junto a Douglas y Harry Woods, empujando un sillón de ruedas de madera. En él iba sentada una figura inmóvil y silenciosa, algo encorvada, con la vista fija en las manos enguantadas y entrelazadas sobre las rodillas. Vestía una bata ordinaria con cuadros escoceses, bajo la cual se veía un jersey marrón con cuello redondo, pantalones de franela gris y zapatos gastados. En la cabeza

tenía puesto uno de los cascos tejidos en lana de color oliva, tan populares entre los soldados británicos durante el primer invierno, al comenzar la guerra.

Harry Woods abrió las dos puertas de atrás de la ambulancia. Douglas esperaba, listo para ayudar al rey a trepar el escalón plegable.

—Tendrán que ayudarle —advirtió el oficial veterinario.

Cuando el rey miró a los dos hombres, apenas movió la cabeza. Fue una ojeada brevísima y permaneció callado.

—Le ayudaremos, señor —dijo Douglas.

Harry Woods se inclinó y levantó al rey con el mismo cuidado con que una madre podría haber levantado en sus brazos a un niño. Se metió luego con él en la ambulancia y lo tendió en la camilla que había allí.

—Asegúrelo —le dijo el teniente veterinario—. Está totalmente extenuado. Uno de ellos debe viajar atrás con él.

—Me quedaré yo —afirmó Harry.

—¿Se siente bien, señor? —preguntó Douglas con aprensión. No sabía si debería dirigirse a él como «Su Majestad».

El rey hizo apenas un gesto afirmativo y movió los labios, como si quisiese hablar. Douglas esperó, pero como el rey no hablase, finalmente, hizo un gesto a Harry y cerró las puertas de atrás.

—Los llevaré hasta el perímetro exterior —anunció el teniente—. A partir de ese punto pasa a ser responsabilidad de ustedes.

—Muy bien —dijo Douglas.

El teniente se sonó ruidosamente la nariz.

—¿Está drogado? —preguntó Douglas.

—Está enfermo —repuso el teniente—. ¡Muy enfermo! —añadió antes de volver a sonarse. Cuando la ambulancia entró en South Thames Street, bajó del estribo y se despidió de ellos con un gruñido.

Estaban en Lombard Street y se dirigían a Cheapside cuando tuvieron la primera dificultad. La ventanilla de comunicación, detrás de la cabeza de Douglas, se abrió bruscamente y oyó decir a Harry:

—¿Quiere que conduzca yo, Doug?

—Es la llave de contacto —respondió Douglas—. Pierdo fuerza cuando presiono el acelerador.

La ambulancia avanzaba con lentitud y pasó delante del Banco de Inglaterra, cuyos centinelas armados eran apenas visibles en medio de la sombría niebla. No funcionaban las luces de tránsito y lo dirigía un agente, una silueta oscura que se veía sólo merced a la antorcha que ardía a su lado.

El agente les indicó que prosiguieran y llegaron hasta la catedral de San Pablo antes de que el motor volviese a detenerse. Volvió a arrancar, no obstante, al cabo de un par de intentos.

—¿Sabes algo de motores, Harry?

—Puede que veamos un garaje —contestó Harry.

Frente al cuadrángulo de San Pablo había cuatro automóviles y un camión abandonados en medio de la niebla. Se acercó a la ambulancia un policía uniformado.

—No puede dejarla aquí, señor —dijo. Tenía ese modo de hablar brusco del que suelen sufrir a menudo los agentes muy jóvenes—. Esto es un Schnellstrasse. No se permite estacionar ni detenerse en ninguna circunstancia. —El agente miró la chapa de registro, resopló y miró fijamente a Douglas.

—Pasa algo con el arranque —dijo Douglas—. ¿Puede indicarme algún garaje que lo arregle? —A sus espaldas oyó toser al rey.

—No conseguirán que le hagan esa reparación hoy —señaló el agente—. ¿No se da cuenta de que esta niebla ha paralizado todo? —Miró luego la ambulancia y con una mano enguantada limpió el vapor condensado en el parabrisas—. Consiga que su gente le envíe un mecánico.

—¿Puedo dejarla aquí mientras llamo por teléfono?

—No se haga el tonto conmigo, ¿eh? —dijo el policía. En este punto había decidido que los conductores de ambulancia no merecían trato preferencial—. Se lo dije una vez, y si tengo que repetírselo, le detendré. ¿Comprende? ¡Vamos, en marcha! —Douglas tragó saliva de rabia. Con un gesto mudo, reanudó la marcha.

—Qué muchachito desagradable, ¿no? —comentó Harry en voz baja cuando se alejaron.

—Nunca me gustaron los agentes de policía —afirmó Douglas—. ¿Cómo está...?

Antes de que Douglas pensase en la forma de aludir al rey, Harry dijo:

—Sigue igual. No ha dicho una palabra. Tal vez se haya dormido.

—¿Podría meterlo en un taxi?

—Los taxistas se quedan en casa con este tiempo —dijo Harry—. Les llevaría todo un día recoger un solo pasajero.

Douglas hizo un gesto con la cabeza. Harry tenía razón, sin duda. No había visto un solo taxi.

—Llamaré por teléfono a Barbara —dijo.

Encontraron una cabina telefónica en Fleet Street. Barbara había salido. Contestó a la llamada el limpiacristales y ofreció dar el recado, pero Douglas dijo que llamaría más tarde.

Telefonó entonces a la oficina del Comisionado General de Administración y Justicia, lo que en una época había sido el Ministerio del Interior. Sir Robert Benson estaba en una reunión, pero su secretario mostró no sólo buena disposición, sino aun ansiedad por ayudar, una vez que Douglas se hubo identificado.

Sir Robert no volvería hasta después del almuerzo, según indicaba su agenda.

Douglas le dijo que era algo muy urgente y después de titubear, el hombre reveló que sir Robert estaba almorzando en el Reform Club.

—Iremos allá —dijo Douglas a Harry cuando volvió a la ambulancia—. Creo que puedo llevar esto hasta Pall Mall.

—La niebla es más espesa ahora —observó Harry—. Podría durar días.

—¿Está seguro de que no tiene el nombre de la gente de Barnet?

—Seguro.

Se metió dentro de la ambulancia para mirar al rey. Estaba sentado en la camilla con una manta gris sobre los hombros y una expresión impasible.

—¿Se siente bien, majestad? —le preguntó Douglas.

El rey le miró, pero no repuso.

—Seguramente fue la bomba que dio en el palacio poco antes del final —susurró Harry—. Hubo rumores entonces de que el rey estaba gravemente herido. ¿Recuerda?

—¿Piensa usted que ha estado como ahora todo el tiempo?

—He visto muchos casos parecidos —dijo Harry—. Es la conmoción, los efectos de la explosión, que destruyen sin dejar una marca en el cadáver. O bien son capaces de abotargar la mente y dejar el cerebro reblandecido. — Douglas se volvió, preocupado porque el rey pudiese haber oído.

—¿Cree que se recuperará?

—Dios sabe, Douglas. Pero ¿imagina el efecto que podría causar en Washington en su estado actual?

—No he podido pensar en otra cosa.

—En serio, ¿puede llevar esta maldita ambulancia hasta Pall Mall?

—Lo intentaré —contestó Douglas; y como para darle ánimos, el motor funcionó con la primera tentativa y avanzó penosamente por el Strand. Durante varios minutos marchó sin tropiezos, pero antes de que los dos hombres llegasen a expresar la esperanza de alcanzar el punto de destino

previsto, Barnet, la ambulancia volvió a detenerse. Estaban frente al teatro Adelphi cuando por fin ocurrió esto. No respondía a la llave de arranque. En la caja de herramientas, sobre el guardabarros, había sólo un trapo grasiento y una manivela para poner en marcha el motor por delante. Harry la tomó e intentó repetidamente utilizarla, pero sin resultado. Sin aliento y con el rostro congestionado, volvió a arrojar la manivela dentro de la caja de herramientas. Mientras se limpiaba las manos en el trapo, lanzó una maldición.

—¿Qué haremos? —preguntó, con una mano en el pecho y respirando afanosamente.

—Hay un sillón de ruedas plegable atrás —dijo Douglas—. Yo preferiría que lo llevemos con nosotros.

—¡Jesús!

—Nadie lo reconocerá en la calle. Londres está lleno de enfermos e inválidos.

No había alternativa y Harry no tenía aliento para discutir. Con dificultad colocaron al rey en el sillón de ruedas. Algunos miraron a los tres hombres con cierto interés, pero tan pronto como vieron la puerta del escenario del teatro próximo, no pensaron más en ello.

Lo llevaron en medio de la niebla, cortando por Trafalgar Square en dirección al enorme edificio del Reform Club.

—Espere aquí con él —dijo Douglas a Harry. La niebla se introducía en los pulmones del rey y le provocaba una tos intensísima.

Había estado antes en este Club. Preguntó al portero por sir Robert y casi inmediatamente lo vio, de pie en el centro del extraño patio techado que es característico del antiguo edificio.

El portero se acercó a sir Robert y anunció al visitante. Sir Robert se apartó de su compañero.

—Archer. Qué gusto. —Su voz era suave y baja, una combinación de gruñido y susurro. Era típico de él formular un saludo que era imposible calificar como de bienvenida o de rechazo, de sorpresa o de cortés aceptación de una llegada puntual, de amistad íntima o de relación casual.

—Lamento molestarle, sir Robert.

—De ningún modo. Creo que conoce a Webster. Es el nuevo subsecretario.

—Felicitaciones —le dijo Douglas. Webster era un hombre de aspecto frágil y mirada llena de fatiga, con una sonrisa débil. Costaba atribuirle el tipo de determinación que era necesario desplegar para salvar semejantes

obstáculos. Para un funcionario del Servicio Civil, ser subsecretario es equivalente a debutar como primer actor.

—¿Estuvo usted en New College, Archer? —le preguntó sir Robert.

—En Christ Church —dijo Douglas.

—Webster estuvo en New.

—Ambos sonrieron, pues había una creencia muy generalizada de que los mejores miembros del Servicio Civil provenían de New College en Oxford.

—¿Quiere beber jerez? —le invitó Webster.

Douglas ardía de impaciencia —de preocupación por Harry, esperando afuera con el rey—, pero como Webster estaba festejando su nombramiento, no había forma de rechazar la invitación a beber. Un camarero esperaba órdenes.

—Tres copas de jerez seco —dijo Webster.

—Esto es muy urgente, sir Robert.

—Siempre hay tiempo para una copa de jerez —dijo sir Robert; y volviéndose hacia Webster, añadió—: Archer ha colaborado conmigo en cuestiones relacionadas con la policía, de vez en cuando. —Recordó Douglas que en una única ocasión se le había solicitado que preparase material para un debate parlamentario, pero el hecho bastaba para explicar su presencia allí.

Con gran cortesía, Webster les dio la oportunidad de conversar a solas.

—En tal caso —dijo—, permítanme que hable unas palabras con el secretario del club, mientras ustedes conversan. Me ahorrará tiempo después de almorzar.

Sir Robert sonrió, en apariencia indiferente a la impaciencia de Douglas. Llegaron las copas de jerez y se cambiaron felicitaciones. Cuando Webster se alejó, sir Robert llevó a Douglas a uno de los bancos tapizados en cuero junto a una pared.

Douglas miró con cautela a su alrededor para asegurarse de que nadie le oyese.

—Se trata del rey, sir Robert —susurró.

Sir Robert no dijo nada, sino que sorbió su jerez con una calma que no contribuyó a tranquilizar a Douglas, sino por el contrario, le dio la sensación de que él mismo estaba actuando mal, interfiriendo en algo.

—Lo sacamos de la Torre, según se dispuso —susurró disculpándose—. Pero tenemos dificultades con el motor. Necesitamos otro vehículo.

—¿Y ahora? —preguntó sir Robert, muy tranquilo.

—Está aquí.

—¿En el Club? —La voz ronca se elevó una fracción sobre el susurro habitual.

—Afuera, en la calle.

Sir Robert frunció las cejas espesas y bebió su jerez. Douglas no pudo menos que advertir que la bebida tembló en la mano de sir Robert. Apartó los ojos y vio a un grupo de hombres cerca de la entrada. El efecto de la luz al filtrarse por el techo de vidrio, muy alto sobre sus cabezas, hacía que los hombres pareciesen carentes de sombras, como en un sueño.

—Está en un sillón de ruedas —añadió Douglas—. Uno de mis hombres está con él.

—¿Está muy mal? —Sir Robert miró a su alrededor.

—Está virtualmente en estado de coma, sir Robert.

Permanecieron sentados e inmóviles. Desde algún punto, muy arriba y por encima de la niebla, llegó el ruido de un avión. El ruido se perdió antes de que sir Robert dijese nada.

—Esto explica muchas cosas. Los alemanes se han tomado mucho trabajo en mantener a Su Majestad incomunicado. —Con un gesto nervioso, el viejo metió una mano en el bolsillo de su chaqueta negra y sacó una pipa. Comenzó entonces a jugar con ella, metiendo el dedo dentro y golpeando la pipa sobre el dorso de su mano.

—No sé cómo podremos llevarlo hasta la casa, en Barnet. Tuvimos que abandonar el vehículo —dijo Douglas.

Sir Robert le miró y movió la cabeza varias veces. Mentalmente estaba calculando ya cada giro posible en la nueva situación.

—Necesitará asistencia médica —dijo y sopló la pipa, la cual hizo un ruido inesperado, casi musical.

—Creo que debe verle un médico lo más pronto posible.

—Gambito hábil —comentó sir Robert—. Nos dieron lo que queríamos, pero a la vez nos han asestado un buen golpe. —De pronto se puso a buscar en ambos bolsillos y encontró en otro su tabaquera, que sacó, para palpar el contenido. Douglas percibió el fuerte olor del tabaco. Con la diestra precisión proveniente tan sólo de un acto inconsciente, sir Robert llenó su pipa, cortó las hebras de tabaco sueltas con la uña del pulgar, la encendió e inhaló. Por último echó una bocanada de humo.

—Gente astuta, estos alemanes, ¿eh, Archer?

—Se diría que sí, sir Robert. —Hacía frío en el Club y Douglas se estremeció.

—¿Y qué hacemos ahora con él, eh? —Sir Robert se quitó la pipa de la boca para contemplar el tabaco encendido, como si lo viera por primera vez. Douglas esperó, bebiendo pequeños sorbos de jerez. Estaba asustado, sumamente asustado, pero no había manera de hacer que el viejo se apresurase.

—Unas semanas después de la llegada de los alemanes conseguí por fin servidumbre eficaz —dijo sir Robert, pensativo—. Un matrimonio, no muy joven, de gente que no bebe en absoluto. La mujer sabe cocinar platos sencillos de la cocina inglesa y el marido había sido mayordomo de un par liberal poco conocido. Tengo mucha suerte, le diré, de contar con servidores que saben trabajar bien, dados los salarios que puedo pagarles. —Sir Robert se llevó la pipa a la boca y la chupó con aire pensativo, mientras miraba a Douglas con ojos penetrantes.

Por encima del hombro de sir Robert, Douglas vio llegar al Club al general Georg von Ruff, quien entregó al portero su abrigo forrado en seda y se detuvo a limpiarse los anteojos con armazón de oro, empañados por el aire cálido. Le seguía un soldado alemán uniformado que miró alrededor antes de volver a acercarse al portero. Douglas miró hacia otro lado. Qué maldita coincidencia era que de una veintena de hombres en Londres capaces de reconocer al rey, uno de ellos hubiese llegado al Reform Club en ese momento. Pero ¿era una coincidencia? Sin duda era aquí donde von Ruff y sir Robert Benson habían arreglado los detalles de la salida del rey de la Torre. Douglas miró los fríos ojos azules de sir Robert —no parecía haber notado la llegada del general— y se preguntó si acaso el estado físico del rey era en realidad una sorpresa para él, como afirmaba.

—No estoy seguro de comprender bien —señaló—. Lo que comentó sobre sus servidores, sir Robert. No estoy seguro de comprender. —El general von Ruff pasó junto a sir Robert sin verle y se dirigió al piso alto. Desde luego, tenía que ser así. Palabras discretas en una sala privada.

—¿No? —dijo sir Robert, como si le costara creerlo; y volvió a estudiar con interés a Douglas—. Son delatores, sin duda. Que informan a los alemanes sobre todo lo que digo, escribo o hago. Sin embargo, lo discutí detenidamente con mi mujer, y decidimos que había compensaciones... —Abrió los labios para quitarse una brizna de tabaco de los dientes—. A decir verdad, Archer, cedo a algunas tentaciones de vez en cuando y me muestro indiscreto para dar al pobre diablo algo que contar a sus amos... y la mujer me plancha las camisas mejor que en cualquier lavandería.

—Quiere usted decir que no puede recibir al rey en su casa —aclaró Douglas.

Sir Robert se quitó la pipa de la boca y recurrió a un lápiz para empujar el tabaco.

—Sería arriesgado —afirmó, como si la idea se le ocurriese por primera vez—. ¿Y el coronel Mayhew?

—Está esperando en Barnet, sir Robert. No tengo manera de comunicarme con él. Bernard Staines está no sé dónde, en América del Sur.

—¿Y su majestad está fuera, en la calle, en un sillón de ruedas, dijo usted?

—Sí, sir Robert.

Sir Robert se frotó una aleta de la nariz con la pipa.

—Esto tiene un elemento de farsa, Archer, ¿no diría usted?

—No, señor, no lo diría.

Pesaroso, sir Robert hizo un gesto afirmativo.

—Mmmmm... Su posición es bien difícil. Lo veo muy bien.

Ahora comprendía Douglas cómo había escalado sir Robert tan elevadas posiciones en el Servicio Civil. No daba órdenes ni instrucciones, sino que simplemente colocaba a uno en la situación de tener que hacer lo que él deseaba. Sir Robert Benson deseaba que Douglas se perdiera en la niebla empujando el sillón de ruedas con el rey y que resolviese el problema sin implicarle a él ni a ninguno de sus amigos o relaciones próximas. Además, estaba enteramente dispuesto a permanecer allí sentado, bebiendo jerez y murmurando áridos *non sequiturs* hasta que Douglas se levantara y se fuese. Para Douglas, la fría indiferencia del hombre ante la situación era mucho más aterradora que las maquinaciones de Huth o de Kellerman.

—¿Me permitiría usar el teléfono? —preguntó.

—¿Sabe dónde están?

—Quisiera, además, que me dé unas monedas.

—Desde luego. —Sir Robert sacó cuatro peniques y se los entregó—. Por supuesto llévelo a mi casa, si considera que vale la pena correr el riesgo —dijo.

Douglas hizo un gesto afirmativo. Sentía los peniques fríos en la mano. Sir Robert siempre saldría bien parado de toda situación. Nadie podría decir nunca que no había ofrecido todo, aun a riesgo de una segura delación a las autoridades.

—No olvidaré hacer saber al rey su oferta, sir Robert —dijo Archer.

Como si le adivinase el pensamiento, sir Robert sonrió.

—Sabe dónde están los teléfonos —repitió. Douglas se levantó y se dirigió a las cabinas.

—Barbara, habla Douglas.

—Mi amor. —La voz de Barbara era apenas un susurro.

—Tengo que ir a verte.

—¿No puede ser mañana, mi amor?

—Quiero verte ahora.

—Ahora no, mi amor. Estoy por salir.

—¿Me oyes, Barbara? Apenas me llega tu voz.

—Me espera un coche y la niebla es terrible. ¿Puedes volver a llamarme mañana?

Douglas agitó el auricular con la esperanza de oír mejor.

—Barbara. Necesito verte *ahora*.

—No seas mandón, querido. Quédate donde estás hasta que pase la niebla.

—Barbara, yo...

—Es mi trabajo —dijo ella. De pronto su voz se oyó más fuerte—. Tengo qué atender mi trabajo, como todo el mundo. ¡Y ahora deja de portarte como un cargoso! —Llegó el ruido ahogado del aparato al cortarse la comunicación.

Douglas se quedó inmóvil un instante, con el teléfono en la mano. No había estado preparado para este rechazo y tuvo un sentimiento de desolación.

—¿Marcha todo bien? —preguntó sir Robert cuando Douglas pasó delante de él para dirigirse a la salida.

—Sí, sir Robert —dijo Douglas. Hizo un gesto de saludo a Webster y, cuando llegó al vestíbulo, tomó su abrigo de manos del portero. Parecía saber que no se quedaría a almorzar con sir Robert. En sus largos años de servicio había aprendido a reconocer a aquellos cuyos abrigos había que preparar, pues se retiraban temprano—. Supongo que no hay probabilidades de conseguir un taxi, ¿no? —le preguntó Douglas.

—No he visto uno solo en todo el día, señor, y esto es una especie de récord para que suceda frente a la puerta de este club.

Permanecieron juntos un momento en los escalones de acceso.

—Mire a esos dos —dijo el portero, señalando hacia donde estaba Harry Woods junto a la silla de ruedas—. Pobres diablos. Pensar que debí pelear dos guerras para terminar viendo a veteranos británicos pidiendo limosna en Pall Mall.

—¿Es lo que están haciendo?

—Mire usted mismo —repuso el portero—. Claro es que son discretos, pero ya vi a un agente de policía que los reprendía y les decía que circulen.

—¿Por qué tardó tanto? —le preguntó Harry—. Tuve que soportar a un agente que me dio toda una conferencia sobre alteración del orden público y a un chico atrevido que empezó a gritar «peniques para este pobre».

—Lo siento, Harry. Pero nadie nos quiere.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Tengo una llave del departamento de Barbara Barga. No queda muy lejos y ella va a salir. Por lo menos será un lugar donde sentarse y ver qué podemos pensar.

—¿Se siente usted bien? —preguntó Harry al rey, inclinándose sobre la silla y hablándole al oído. No hubo respuesta.

—George —dijo entonces—, te llevaremos a un lugar donde puedas calentarte las manos. —Al erguirse, Harry vio la mirada atónita de Douglas—. ¿Bien, cómo quiere que le llame? —agregó con aire defensivo—. Hasta el «señor» suena bastante raro cuando uno está inclinado sobre un hombre mal vestido en un sillón de ruedas.

—Lo empujaré un poco —señaló Douglas, tomando las manijas del sillón. Harry vio que el rey levantaba débilmente un brazo y se inclinó a escuchar lo que decía, la oreja junto a su boca. Douglas se detuvo y esperó, mientras el rey murmuraba algo inaudible y Harry hacía un gesto y le tomaba del brazo en un gesto tranquilizador. Era obvio que los dos hombres habían establecido un tipo de relación que él no compartía. Era un inválido social y a veces sentía desesperación por esa dificultad que sufría para aproximarse a nadie, fuese hombre o mujer.

—Creo que quiere decimos que denunciarán la ambulancia vacía a la policía.

—Sé que lo harán —dijo Douglas.

—¿Qué hará Kellerman? —preguntó Harry. Comenzaron a caminar en dirección a la casa de Barbara. Atravesaron Green Park, que estaba casi desierto. Allí, bajo los árboles, la niebla era tan espesa que no podían ver a más de diez metros.

—Pondrá un número dieciocho a todas las divisiones.

—¿Hacernos comparecer a todos para interrogarnos? Sería una medida un poco exagerada.

—Dirá que estaba preocupado por nuestra seguridad personal.

—¿Por qué habría de preocuparse hasta estar seguro de que no estamos, simplemente, enfermos?

—Kellerman adivinará que está sucediendo algo importante. Hasta podría llegar a adivinar que el rey ha escapado de la prisión. Tiene su guardia de honor Leibstandarten en la Torre y aun cuando el ejército los haya tenido a todos acuartelados está mañana mientras nosotros recogíamos nuestro envío, no tardarán en descubrir que algo ocurrió. La gente de la Abwehr forma parte de la conspiración, pero si tiene que salvar el pellejo, nos arrojarán a Mayhew y a nosotros a los perros, Harry.

De manera que la situación se reducía a esto, según creía Douglas. Dos policías y un rey inválido en un territorio que había dejado de pertenecerles. Perdieron el camino en medio del parque y doblaron hacia la izquierda hasta que avistaron los faroles de gas de Constitution Hill. Más lejos estaban las ruinas de Buckingham Palace. Douglas miró hacia abajo para ver si el rey daba muestras de reconocer nada, pero éste permanecía impassible. Era una figura patética, con los hombros encorvados y la cabeza inclinada hacia delante sobre las manos flacas y apretadas. Douglas recordó la última vez que le había visto, durante una visita real a Scotland Yard, poco después de haber comenzado la guerra. Recordó la visita del rey al departamento de dactiloscopia, donde se dejó tomar impresiones digitales y dejó la tarjeta allí como recuerdo. Era un hombre distinguido, con una sonrisa espontánea y una actitud llana que había resultado simpática a todos. Era difícil conciliar aquella escena con la situación en que se veían ahora. Douglas juró, no obstante, morir antes que entregar a su rey, cualquiera que fuese la lógica detrás de esa decisión.

—Habrá un puesto de control en el Arch —dijo Harry.

Dentro de Wellington Arch, en Hyde Park Comer, había una estancia para la policía metropolitana. En tiempos recientes, las patrullas del ejército la habían utilizado como puesto de control. Si Kellerman había hecho circular el aviso dieciocho, sus hombres de las SS estarían, quizá, examinando documentos de identidad.

—Daremos un rodeo —decidió Douglas—. Tomaremos una de las calles de los fondos y cortaremos hacia Curzon Street. Después cruzaremos Park Lane para entrar en Hyde Park.

—No le pasará nada —dijo Harry al oído al rey—. Douglas sabe lo que hace.

Mientras Douglas metía la llave en la cerradura de la casa de Barbara, oyeron sonar el teléfono. Douglas entró en la sala y contestó.

—¿La señorita Barga?

—No está en casa —dijo Douglas.

—¿Quién habla?

Douglas reconoció la voz.

—¿Es usted, coronel Mayhew?

—¡Archer! He estado tratando de encontrarle. *Esperaba* que se comunicase con la señorita Barga.

—La ambulancia...

—Entiendo. Estaré allá en cinco minutos. ¿Están todavía juntos y sanos y salvos?

—Los tres estamos aquí.

—Haré sonar tres toques cortos en la campanilla.

—Era Mayhew —dijo Douglas a Harry después de cortar la comunicación.

—Gracias a Dios —exclamó Harry. Estaba encendiendo el fuego de gas. Douglas ayudó al rey a acercarse a él y luego fue a la cocina a preparar té. No podía ocultar el placer que sentía al tocar las cosas de Barbara y al estar allí, en casa de ellos. Al ver esto Harry se mostró también contento.

—No hay nada mejor como una taza de té —dijo, y fue a preguntarle al rey—: ¿Le sirvo azúcar, majestad? —Ahora que no había peligro de que le oyesen, correspondía adoptar una manera más formal de dirigirse a él.

Mayhew había llamado desde su casa en Upper Brook Street, adonde había regresado desde Barnet en metro, cuyos servicios no parecían estar muy afectados por la niebla. No le llevó mucho tiempo llegar a las casas junto a Sloane Street. Apenas llegó, los tres hombres se retiraron a la cocina a discutir la situación, lejos de los oídos del rey.

Mayhew no hizo comentarios sobre la conversación entre Douglas y sir Robert Benson. Inclinado hacia delante, se frotaba las manos cerca de la llama de la cocina. Esperó hasta que Douglas terminó su historia, y entonces dijo:

—Seguramente encontraron la ambulancia minutos después de haberla abandonado ustedes. El agente de servicio la denunció y la comisaría se comunicó con Scotland Yard. De inmediato el general Kellerman comunicó a su vez la noticia por télex. El comunicado hablaba de una ambulancia robada, pero sin mencionar motivos, lugar ni hora. Significaba, en cambio, que la Feldgendarmerie contaba con la comunicación por escrito. A su vez la GFP y por fin la Abwehr tendrían que protegerse las espaldas.

—Es lo que quería Kellerman —comentó Douglas.

—Sí, tiene que haber adivinado lo que sucedió en realidad. Fue una brillante deducción.

—O bien tuvo un informante estratégicamente ubicado —dijo Douglas. Harry sirvió el té.

—Es verdad, no cabe eliminar esa posibilidad —admitió Mayhew—. ¿Es éste mi té? Gracia, Harry. ¿Su majestad sigue dormitando?

—Está en ese estado desde que lo fuimos a buscar —dijo Harry—. Creo que deberíamos llamar a un médico para que lo examine.

Mayhew hizo un gesto afirmativo, bebió su té y decidió relegar al rey a segundo plano.

—La verdad es —dijo— que forzaron la mano al ejército. No les quedó otra alternativa que responder a los mensajes en télex de Scotland Yard.

—¿Qué sucedió?

—Grossfahndung —respondió Mayhew—. Completo. El rey escapó esta mañana, hallaron el vehículo abandonado en el centro de Londres. Confidencial para las Divisiones, por el momento. Aunque no podrán mantener esto en secreto durante mucho tiempo.

—¿Nombres?

—Hasta ahora, no se mencionan.

—Grossfahndung —dijo Harry—. ¿Qué quiere decir?

—La categoría más completa de búsqueda —contestó Douglas—. Alerta a todas las dependencias de las fuerzas armadas, policía, unidades de seguridad, puertos, aeropuertos, policía ferroviaria, SS, campos de adiestramiento, DAF, RAD, Juventud Hitleriana, tío Tom y demás.

—Grossfahndung —repitió Harry.

—Kriegsfahndung por una hora —dijo Mayhew—. Cambió de categoría a la una y media.

—Yo estaba en el Reform Club con sir Robert.

—Bien, algo sucedió que les hizo cambiar de idea —Mayhew apuró su té caliente y se levantó—. Creo que hay que sacar a todos de aquí, incluidos nosotros. Finalmente controlarán todos los domicilios de extranjeros y éste también. Tengo el coche fuera.

—¿Cree usted que podríamos llevarnos una de las mantas de la señorita Barga? —preguntó Harry a Douglas—. Para el rey.

—El cuarto de huéspedes está arriba —dijo Douglas—. Saque una.

—El factor imprevisible es Kellerman —afirmó Mayhew—. En este momento imagina que usted y Harry le son absolutamente leales. Usted, porque la Resistencia intentó matarle; Harry, porque se muere de miedo de que vuelvan a arrestarlo. Cuánto tiempo durará esta confianza que siente hacia ustedes, es algo que nadie puede saber. Tarde o temprano advertirá la

ausencia de ambos y sospecharán que no están trabajando para Huth, sino más lejos, colaborando con nosotros.

Douglas hizo un gesto afirmativo. Desde arriba se oía a Harry forcejear con una puerta. Douglas estuvo a punto de decirle que a veces las puertas se trababan, pero recordó que no debía mostrar tanta familiaridad con las puertas de los dormitorios. Se oyó a Harry mover algo pesado y Douglas se preguntó si estaría retirando más mantas de un baúl, dentro del armario. Entonces bajó Harry. Eran pocos escalones y Harry bajó con tanta rapidez por ellos que por poco cayó de bruces en la sala.

—¿Qué pasa, Harry?

—La señorita Barga —repuso Harry.

—Despacio, sargento —le dijo Mayhew, sosteniéndolo de un brazo.

Douglas le miró un instante antes de comprender qué quería decir. Empujó a Harry para llegar a las escaleras, pero Harry fue más rápido.

—No vaya, Doug... Escúcheme un segundo —dijo, y le tomó en una especie de abrazo de oso, de manera que no le fue posible a Douglas zafarse de un hombre tan grande—. No vaya... maldición... allá arriba... —le decía Harry, jadeante por el esfuerzo de retenerlo.

—Muy bien —dijo Douglas. Estaba casi ahogado.

Harry le soltó.

—Está arriba, Douglas. Está muerta. Lo siento.

Douglas sintió mareos.

—Siéntese, Archer —le indicó Mayhew.

Douglas permaneció de pie. Creyó por un instante que se desmayaría, pero pudo extender un brazo y agarrarse a la puerta.

—¿Está seguro? —preguntó.

—Sí, seguro, Doug.

—¿Cómo?

—La golpearon. Es mejor que no suba. Parece que hubiese sorprendido a un ladrón y que éste la hubiese castigado más de lo que deseaba.

—¡Ladrón! —Douglas sintió la propia voz como si viniese de lejos. Vio los rostros de los dos hombres tensos, con la piel tirante sobre los pómulos, los ojos muy abiertos, mirándole—. ¿La golpearon mucho? ¡Pobre Barbara!

—Será mejor que nos vayamos ahora mismo —dijo Mayhew—. Prepara al rey, Harry.

—Y nosotros sentados aquí tomando té... —murmuró Douglas—. Mientras ella estaba...

—Por Dios, cálmese, Archer. Comprendo que es terrible para usted, pero no hay tiempo para sentir nada ahora.

Douglas se sonó la nariz, se sirvió lo que quedaba de té tibio y bebió la taza llena con bastante azúcar. Recordó cuántas veces había servido té caliente y bien azucarado a los familiares acongojados en toda su vida como policía.

—Tiene razón —convino.

—Así me gusta —le dijo Mayhew.

—Mi hijo —señaló Douglas—. Estoy preocupado por él.

—Déjelo de mi cuenta —le tranquilizó Mayhew—. Pase lo que pase, cuidaremos de su hijo. Puedo prometérselo.

—Listos —dijo Harry desde el otro cuarto.

—Vamos un poco retrasados —observó Mayhew—; pero todos, en toda la cadena, estarán esperándoles. Son gente especialmente seleccionada. No habrá errores.

—¿Cuándo tendrán los alemanes que dar publicidad al hecho? —preguntó Harry.

—¿La huida del rey? —dijo Mayhew; y se quedó mirando la puerta mientras reflexionaba—. No antes de esta medianoche... no más tarde de mañana a mediodía. No puedo creer que lo posterguen más, pues si lo hacen los rumores comenzarán a circular por todo el país.

—¿Cómo explicarán sus amigos de la Abwehr por qué no figuró en los noticieros de la BBC tan pronto como se enteraron de ello?

—Dirán que tenían la esperanza de volver a capturarlo —respondió Mayhew sonriendo—. Capturarlo antes de que la noticia de su huida llenase las primeras planas de los diarios de los países neutrales. Pero ahora que Kellerman hizo saltar la liebre, Berlín comenzará a gritar, pidiendo un chivo expiatorio.

—¿Y el ejército proporcionará a Kellerman como chivo expiatorio? —preguntó Douglas.

—Es lo que apuestan en Whitehall, pero Kellerman tiene fama de llegar a la meta sano y salvo siempre, contra todos los riesgos.

—¿Hasta dónde tenemos que llevar al rey? —preguntó Harry.

—Todo el trayecto, me temo. Tenemos seis horas de retraso. Mi gente no tiene pases para después del toque de queda y sus papeles para trasladarse no tendrán validez después de medianoche. Ustedes pasarán con sus pases de la policía.

—Hasta que Kellerman incluya nuestros nombres en los télex —observó Harry.

—Vaya, eso no suena como dicho por el Harry que conocí siempre —dijo Mayhew—. Si Scotland Yard incluye los nombres de ustedes en el Informe de Situación, me enteraré de inmediato.

—A menos que lo envíen directamente a la BBC para el boletín del noticiero —señaló Harry.

—Tiene razón —dijo Mayhew con tono despreocupado—. Bien, quitemos las huellas digitales de estas tazas y partamos. Tengo estacionado el auto muy cerca de aquí. ¿Dejó huellas arriba, Harry?

—Iré a ver.

—Hará muchísimo frío en el lugar adonde vamos, Archer —le prometió Mayhew—. Su impermeable no es bastante abrigado. Tengo un capote marino de paño en el coche. —Consultó su reloj y dijo—: ¿Listo, Harry?

—¿No puede avisar a la gente, en el otro extremo, que llevamos horas de retraso? —preguntó Douglas.

Mayhew le dirigió una leve sonrisa.

—Tiene que conocer a unos cuantos norteamericanos más, Archer. Han venido desde muy lejos y eligieron una noche que traerá la marea baja al anochecer, con pronóstico de mar calmo o luna llena. Para mañana se habrán ido... con el rey o sin él.

## Capítulo treinta y siete

—Bingle Sands. —El acento era inconfundible: Boston, Massachusetts. El capitán de Infantería de Marina de los Estados Unidos golpeó un punto en el mapa y al hacerlo la protección transparente brilló bajo la luz de lámparas amarillas—. Sus botes tocarán la playa al anochecer. La situación de la marea será tal que permitirá ver bien cualquier obstáculo bajo el agua. Ustedes, la infantería de marina, deberán atravesar unos trescientos metros de cangrejales... —El oficial prosiguió de prisa, comunicando las instrucciones, para que sus interlocutores no tuviesen mucho tiempo de pensar en el peligro—. Pero da a los ingenieros tiempo para despejarles un sendero y significa además que, al subir la marea, los botes podrán acercarse bien para recogerlos.

Miró a los hombres, sentados en forma muy apretada en las sillas de metal plegables que tan poco concordaban con los paneles blancos y dorados del salón que la Línea Francesa había elegido para sus barcos de pasajeros. Se volvió luego y tocó el mapa de la costa de Devon, pero los hombres sólo tenían ojos para observar el rostro de su capitán y para tratar de ver en él algún indicio previo, o presagio, de éxito o desastre. La desembocadura del río France, Exeter, Yorkshire, Timbuctú, eran lo mismo para ellos. Se trataba tan sólo de nombres olvidados en sus viejos textos escolares. La mayoría de estos infantes de marina eran muchachos del sector rural central de los Estados Unidos, sin la menor ambición de ver Europa. Los abogados habían insistido en que se les diera de baja y se les volviera a reclutar (como canadienses) en el servicio británico. Para apoyar el engaño, llevaban pequeñas insignias británicas en la manga de sus chaquetillas, pero una sabia decisión de los altos mandos del Cuerpo de Infantería de Marina les había permitido conservar sus rifles automáticos Browning.

Un inglés, el mayor Albert Dodgson, salió del cuarto de reuniones haciendo un saludo al centinela armado apostado junto a la puerta. Ya había

oído todo aquello. En realidad, había colaborado en la parte en que se describía el sector rural cerca de Bringle Sands, tan próximo a la casa de sus padres.

El mayor Dodgson había estado destacado en la Primera División de Infantería de Marina, en su base de Quantico, Virginia, desde el día en que se la alertó acerca del ataque anfibio contra la isla francesa de la Martinica (inmediatamente después de haberse declarado dicha colonia francesa leal al gobierno pronazi de Vichy). Cuando el presidente Roosevelt autorizó la incursión armada a Bringle Sands, estos infantes de marina —con su entrenamiento en los asaltos anfibios y embarcaciones especialmente diseñadas para este fin— eran los únicos hombres que podrían tener éxito en tal empresa.

Dodgson avanzó por el pasillo escasamente iluminado. Por tercera vez había fallado uno de los turbogeneradores. Con sólo 2000 kilovatios, el barco estaba reducido a emplear iluminación de emergencia y a servir una sola comida caliente por día. Afortunadamente la calefacción provenía de calderas auxiliares y no había sido afectada. Hacía doce días largos, fríos e invernales que estaban en alta mar. Aun cuando se botó este transatlántico en 1931, le había llevado siete días atravesar el Atlántico. Ahora el espacio entre dos cubiertas en el sector de proa albergaba dos grandes lanchas de desembarco. Otras dos habían sido colocadas en lo que en una época había sido una gran bodega de popa, con veinte mil pies cúbicos de espacio refrigerado. Además, cada una de las lanchas de desembarco llevaba en su interior un extraño vehículo híbrido, con un frente como el de un camión pesado y una parte posterior como un tanque. Y dentro de estos vehículos híbridos había un aparato diseñado y construido en los talleres mecánicos de los infantes de marina de Quantico. Allí, un mes atrás, una demostración había probado que la «doncella de hierro» era capaz de rasgarle el lomo al fichero alemán más sólido en menos de diez minutos. Sin dañar los papeles que pudiese contener.

El mayor Dodgson no era infante de marina. Había ganado su condecoración por servicios distinguidos con el regimiento de Royal West Kent en Francia, en 1940. Siempre había detestado el mar y este viaje no había contribuido en grado alguno a disminuir sus prejuicios. Hallaba imposible acostumbrarse al movimiento incesante, al ambiente reducido que le provocaba vagos sentimientos de claustrofobia, o a los fuertes quejidos y gruñidos metálicos que despedían las entrañas del barco. Pero lo que más odiaba era la vibración. Uno de los estabilizadores había sufrido ligeros daños durante el primer día en alta mar y desde entonces el barco se había sacudido

todo el tiempo. Ahora, al dirigirse a la cubierta A y lo que en una época había sido cubierta de paseo de los pasajeros de primera clase, la gran escalera de mármol blanco se estremeció bajo sus pies.

Le costó varios minutos distinguir, a través de la intensa lluvia, las siluetas oscuras de los otros barcos. Avanzaban como pesadas ballenas, con sólo las luces de posición para orientarse en el cielo nublado que aplastaba las columnas de humo de las chimeneas. Encontró al resto de los oficiales norteamericanos exactamente donde los había dejado, contemplando el mar por las ventanillas empapadas. Había olor a cigarros.

—¿Van a terminar ya las instrucciones? —preguntó el capitán Waley, que se embarcaría en la primera lancha. Como la mayoría de ellos, era un oficial de carrera. Lo habían asignado al Cuerpo desde la Reserva y con frecuencia se quejaba de que para esta fecha habría sido mayor si a su grupo no le hubiesen adjudicado el turno de ascenso según un orden alfabético. La tarea de Waley consistía en incorporarse a un grupo de hombres de la Resistencia Británica, quienes les conducirían por una ruta preparada de antemano al Establecimiento de Investigación. Tres de los vehículos anfibios estarían bajo su mando. Tenía órdenes de capturar el Establecimiento y resistir allí hasta que un hombre llamado Ruysdale le ordenase retirarse, o bien hasta que toda su propia fuerza fuese eliminada. Nadie que conociese a Waley tenía dudas de que la orden sería interpretada de forma completamente literal. Era un hecho significativo que todos los miembros del grupo de Waley habían llenado y firmado las hojas impresas llamadas Últimas Disposiciones y Testamento distribuidas entre ellos.

—¿Le sobra un cigarro, Jakie? —preguntó Dodgson a Hoge, un oficial con fama de no estar jamás sin los bolsillos llenos de ellos.

—Por supuesto —dijo Hoge.

Dodgson se llevaba muy bien con los norteamericanos. Su experiencia de combate con los alemanes le había ganado el respeto de todos. Su modestia y también ciertos calamitosos encuentros con la alta sociedad de Virginia le habían ganado la amistad general.

—Me parece —continuó Hoge con el tono calmo del nativo de Alabama que Dodgson siempre trataba de imitar cuando bebía de más— que estos nazis tienen que estar locos del todo para haber instalado ese laboratorio secreto tan cerca de la costa.

Hoge y Dodgson participarían juntos en el ataque que tendría por objeto distraer la atención de los alemanes lejos del Establecimiento de Investigación mientras el grueso de las fuerzas lo atacaba desde otro sector.

—A menos que esos canallas lo hayan trasladado a un punto más seguro —dijo Waley, dando expresión a un temor que abrigaban muchos en Washington.

Habló entonces el último del grupo. Era mucho mayor que los otros, un hombre menudo y de aspecto torpe, con un fuerte acento alemán.

—Un reactor atómico del tipo que deben haber construido requiere agua, muchísima agua.

—¿No sirve un río? —preguntó Dodgson.

—El agua recirculada tendría material radiactivo —contestó el alemán—. Sería peligroso vaciarla en un río. —Los otros hicieron un gesto afirmativo. Era el único que comprendía el verdadero objeto de esta agresión no provocada. Sus documentos lo describían como el teniente Ruysdale, ciudadano canadiense de origen holandés, pero nadie sabía su verdadero nombre. Los otros le llamaban casi siempre «profesor». Lo único que les habían dicho sobre él era que, después de capturar Waley el Establecimiento de Investigación, Ruysdale le daría instrucciones acerca de los archivos que debían recibir el «abrazo de la doncella de hierro» y qué documentos, qué material y qué gente debía ser metida en los vehículos anfibios y llevados a los barcos, con o sin su consentimiento.

—Profesor —dijo Waley sin volverse de la ventanilla mojada de lluvia de la cubierta de paseo—. Dicen que Hitler podría destruir a los Estados Unidos con este puño de hierro que vamos a quitarle del interior de su guante. ¿Es verdad, profesor?

Los otros no le miraron, pero Ruysdale sabía que era la pregunta cuya respuesta necesitaban todos los hombres en el barco.

—Es verdad, amigos —respondió. Pero aun para él, que había trabajado junto al gran Otto Hahn en el Instituto Kaiser Wilhelm de Química hasta poco antes de la Navidad de 1938, cuando comprobó que había fraccionado el núcleo del átomo de uranio en dos partes, aun para él el posible poder destructivo de una explosión atómica era algo que apenas cabía concebir. El hombre a quien ellos llamaban Ruysdale sentía ganas de decirles que ésta era una misión en la cual valía la pena sacrificar la vida, pero había aprendido ya que los norteamericanos no aprecian tales discursos. En lugar de hablar, pues, aceptó uno de los cigarrillos de Hoge y preguntó—: ¿A qué hora ponen la película de Betty Grable?

—A las dos y media —dijo Waley. Les mantendría entretenidos hasta la hora en que debían prepararse para el desembarco, a menos que se encontrasen primero con las fuerzas navales alemanas.

Ahora todos los hombres miraban por las ventanillas y contemplaban el otro transporte. También había sido en una época una unidad de la Línea Mercante Francesa, con capacidad para seiscientos cuarenta y tres pasajeros de primera y segunda clase entre El Havre y Nueva York y en condiciones de gran lujo. No tenía, en cambio, las pesadas grúas necesarias para soportar el peso de las cuatro grandes lanchas de desembarco. Llevaba solamente las embarcaciones de asalto más pequeñas, cuyo tamaño permitía suspenderlas de los guinches comunes de los botes salvavidas para noventa tripulantes. Sin embargo, el mal tiempo había dañado la mayoría de estas embarcaciones durante el cruce del Atlántico. El nuevo plan requería el uso de sólo dos de ellas. Una vez que Waley y su grupo principal hubiesen desembarcado, las cuatro lanchas de desembarco tendrían que volver al segundo transporte a recoger la segunda ola de invasión, que se desplazaría en medio de los contingentes de la playa para lanzar el ataque de distracción.

Ruysdale tenía la mentalidad del hombre de ciencia más que del soldado y le costaba mucho trabajo reconciliarse con el hecho de que en las lanchas de desembarco habría la mitad de lugares necesarios para el número de hombres que integraban la fuerza de asalto.

## Capítulo treinta y ocho

Es posible divisar Bringle Sands y la desembocadura del río Frane desde el borde mismo de los abruptos acantilados. El viento del océano ha aplastado la maleza, dejando enanos a los árboles y desgastando la superficie del acantilado, de modo que el angosto sendero que baja hasta el mar está marcado por señales de peligro.

Un kilómetro hacia el interior se encuentra la línea ferroviaria. Atraviesa tierras rurales algo onduladas desde Bringle y Bringle Sands hasta Frane Halt, antes de unirse con la línea principal y proseguir hacia el este, hacia Exeter y por fin Londres.

Sin embargo, los hombres que se encontraban en la cabina de señales del ferrocarril no veían nada, fuera de los reflejos de las relucientes palancas e instrumentos y el parpadeo de la lumbre de carbón. El rey estaba tendido en una cama plegable, Harry Woods demostraba su capacidad de dormir de pie y Danny Barga estaba sentado en un rincón, con las manos cruzadas sobre las rodillas y la cabeza caída hacia adelante.

—¿Té? —preguntó el ferroviario en voz baja a Mayhew y Douglas. Había colocado ya una tetera muy abollada sobre las brasas. Douglas le agradeció con un gesto y se apartó para dejar al hombre poner más carbón en el fuego —. Cae de los vagones —dijo el hombre, señalando con un gesto el balde de carbón. Era un hombre pequeño y de pecho estrecho, con el rostro pálido y pelo castaño y lacio. Era sorprendente ver con qué facilidad movía las enormes palancas de señales casi tan altas como él mismo. Como muchos otros veteranos de la Primera Guerra mundial, tenía cintas de condecoraciones cosidas a su chaqueta negra de ferroviario. Ostentaba la Medalla de la Guerra popularmente llamada «Mutt and Jeff» en recuerdo de los populares personajes de historieta, y también la Medalla de la Victoria. Llevarlas era un gesto de melancólico desafío.

—¿Qué hora puede ser? —preguntó Mayhew con aire somnoliento. Estaba demasiado extenuado para desabotonarse el abrigo y consultar su reloj de oro. Pero antes de que nadie respondiese se volvió para mirar el reloj del ferrocarril sobre las grandes ventanas.

—Tendría que tratar de dormir un poco, coronel —dijo el ferroviario. Por un instante Douglas pensó que el hombre había reconocido a Mayhew, pero luego decidió que era la forma en que muchos veteranos acostumbraban a dirigirse a cualquier desconocido que hablase bien.

Interrumpió la respuesta de Mayhew el ruido inesperado de la campanilla de señales: dos, pausa, dos. El ferroviario se estiró y repitió la señal en el teclado, debajo del bloque de instrumentos. Dirigió una sonrisa a Mayhew.

—No se alarme, señor —dijo—. Es una locomotora ligera que se acerca por la vía. Es seguramente el viejo Bob Swanick, que conducía el tren que hice detener para bajarlos a ustedes. —El hombre colocó la palanca en posición de vías despejadas, para que esto apareciera en la caja de señales sobre los rieles.

La tetera, sobre el fuego, comenzó a silbar muy bajo. El ferroviario calentó una vieja tetera marrón y abrió la puerta para arrojar el agua al viento glacial que rugía fuera.

—Hace muchísimo frío esta noche —observó.

—Nunca he tenido tanto frío —señaló Mayhew, apretándose el cuello de su impermeable militar alrededor del cuello.

—Debería haber estado junto a mí en 1915, entonces —dijo el ferroviario—. Plugstreet, esa segunda Navidad de la guerra. ¡Eso sí que era tiempo polar!

La campanilla sonó dos veces. El ferroviario repuso con dos toques y dispuso la palanca en «tren en la línea».

—Pasó por la casilla de Charlie —afirmó—. Si tiene a alguien de su gente a bordo, se detendrá aquí, junto a la casilla.

Mayhew se levantó y apretó la cara contra la ventana, pero no vio otra cosa que las luces de las señales ferroviarias.

—Fusileros Reales Escoceses —dijo el ferroviario.

—¿Qué dijo? —preguntó Mayhew sin volverse.

—Sexto Batallón de los Fusileros Reales. Teníamos a Winnie Churchill, entonces, como comandante.

Mayhew gruñó. Tenía las manos alrededor de la cara para ver mejor la locomotora. De pronto se oyó el ruido que hacía por encima de los aullidos del viento. Pasó, dejando una estela de chispas y de humo acre. Mayhew se

mordió los labios y volvió a mirar el reloj. El ferroviario marcó dos toques de campanilla mientras iba a ponerle agua a la tetera.

—¿Y con qué grupo estaba usted? —preguntó el ferroviario.

Mayhew se volvió a mirar cómo revolvía el té dentro de la tetera. El ferroviario le devolvió la mirada sin bajar los ojos.

—Estuvo en la guerra, ¿no? —preguntó.

—Sí, sí —dijo Mayhew hablando con gran lentitud—. Estuve en el Regimiento 99 de Württemberg y mi amigo, aquí, estaba en el séquito personal del Kaiser Wilhelm.

Molesto por el duro sarcasmo de Mayhew, Douglas dijo:

—Es muy amable al compartir con nosotros su ración de té.

—Me gustan los chistes —comentó el ferroviario, como si quisiera responder a la disculpa implícita de Douglas.

Se dedicó a la tetera y luego se volvió otra vez hacia Mayhew.

—Deberíamos haberles matado a todos ustedes, los malditos del Württemberg, en 1918 —afirmó—. No estaríamos en el lío en que estamos hoy.

Los dos hombres se miraron sin pestañear, hasta que por fin Mayhew rió.

—Tiene razón, hombre —dijo, y apoyó una mano en el hombro del ferroviario.

—Té de sargento mayor —observó éste—. Con mucha leche condensada y tanta azúcar que la cuchara queda vertical en la taza.

—¿Quiere darme el mío solo y sin azúcar? —pidió Douglas.

—Por supuesto, compañero —contestó el ferroviario con la tranquila cordialidad con que los ingleses suelen dirigirse a los extranjeros y a los locos—. Si a usted le gusta. —Al mirar con más atención el pesado capote que Mayhew había prestado a Douglas, decidió que seguramente Mayhew había servido en la Real Armada. El calor del fuego hacía brotar un olor curioso de la tela. Tal vez el ferroviario lo olió también, pues era un perfume picante, intenso. Douglas se preguntó dónde habría estado aquel capote para haberse impregnado de ese olor.

La preparación del té con sus pequeños ritos llevó cinco minutos, marcados tan sólo por las campanillas y las señales de un tren de carga que pasó por la vía.

—Hay cincuenta llamadas diferentes —dijo con orgullo el ferroviario. Entregó luego a Mayhew su mejor jarro de porcelana, decorado con motivo del jubileo de los veinticinco años del reinado de Jorge V en junio de 1935, y

también la cuchara con el motivo de los peregrinos—. Y ahora que los nazis están con nosotros, llegan más bien a setenta.

—¿Veinte más? —preguntó Mayhew cortésmente.

—Es así como llevamos la cuenta de qué trenes son y dónde están: patrullas militares que avanzan por la vía, trenes con municiones para cargar las baterías costeras...

—O trenes con carbón... —terminó Mayhew con tono intencionado. Eran amigos ahora, aquellos dos viejos soldados. Era un mundo alejado de Douglas.

—Los hacen detenerse en cada sección —dijo el ferroviario con una sonrisa—, mientras los muchachos llenan uno o dos baldes. —Entregó a Douglas un té muy cargado en un jarro de metal con el esmalte saltado—. Tendría que ver las bolsas que lleva Charlie a su pueblo. Claro es que Charlie es nuevo, apenas un ferroviario supernumerario con categoría de guarda.

Mayhew agitó la cabeza con aire de conocedor, al enterarse de la categoría de Charlie.

—¿Está bien su té, jefe? —preguntó el ferroviario a Douglas.

—Muy bueno —repuso éste. De pronto se oyó el crujido de los peldaños de madera y una ráfaga helada les golpeó al abrirse la puerta. El fuego de carbón se levantó con un rugido. Mayhew y Douglas se sobresaltaron de forma visible. El ferroviario se echó a reír.

—No se preocupen. Es sólo Sid. Sabe que a esta hora preparo el té. —Dijo al recién venido—: Se huele el té, ¿no, Sid?

Sid era un hombre de espaldas anchas con pelo de un negro poco natural y un bigote cuidadosamente recortado. Tenía una gorra con visera de las usadas por los ferroviarios y un abrigo reglamentario con prolijos remiendos en codos y en las mangas. El hombre miró la cama plegable donde dormitaba el rey, luego al erguido Harry, cuya respiración acompasada, no obstante, indicaba que dormía, y por fin la silueta inclinada de Danny Barga.

—Qué concurrido está esto esta noche —observó; y después de dejar su gorra sobre una repisa, con un cuidado cortés, seguramente en homenaje a los elegantes desconocidos, tomó su taza de té. Hizo un gesto de saludo a Douglas y a Mayhew y se calentó las manos rodeando con ellas la taza.

Dirigiéndose luego a Mayhew dijo:

—En este asunto del fútbol, señor, ¿qué le agrada más?, ¿los Vagabundos de Wolverhampton?

Mayhew lo miró un instante en silencio. El ferroviario observaba a ambos.

—¿Se refiere al partido de Woolworth contra los de Wolverhampton? Woolworth, toda la vida, hombre. ¿Qué tonto votaría por los Lobos cuando los Woolies se llevarán seguramente el triunfo?

Sid rió. Era un desafío común. Pocos alemanes podían pronunciar el nombre del equipo de Wolverhampton sin que una de las dobles «ves» sonase como una «ve». El trabalenguas con que repuso Mayhew disipó la cautela de Sid, aunque se habría asustado, de enterarse que numerosos alemanes dentro de las categorías más altas del ejército de ocupación en Londres podrían haber pasado la prueba sin dificultades. Sid se sentó en un cajón y se quitó las botas de goma.

—¿Y bien? —preguntó Mayhew, impaciente.

—Andan botes yendo y viniendo de la playa, cerca de la desembocadura del río. Botes especiales... Lanchas de desembarco, por la descripción. Nadie puede acercarse sin que le disparen. —El recién venido miró a ambos hombres por turno para dar más dramatismo al informe. Harry Woods y Danny Barga habían despertado y escuchaban—. Uno de los ferroviarios dijo que oyó fuego de ametralladoras... mucho fuego... en el campamento militar alemán de Bringle Sands.

Mayhew cambió miradas con Douglas y sintió alivio al saber que los incursos habían alcanzado el objetivo buscado.

—Mucho fuego —repitió Sid—. Mi amigo trató de venir por la carretera principal, pero los alemanes le obligaron a retroceder. Hay una bomba sin estallar en algún punto.

—No, son los nuestros —dijo Mayhew—, es un hombre con uniforme de policía y dos más con uniforme del ejército. Es una manera de clausurar la carretera. El fuego es probablemente de rifles automáticos. Para los civiles sonarían como de ametralladoras.

—No podrán impedir ustedes la llegada de refuerzos alemanes con un agente y dos hombres disfrazados de alemanes —señaló Sid, como si le irritase haber sido engañado por los impostores.

—Desde luego que no —dijo Mayhew—. Hay otros planes para hacer frente a los refuerzos. Pero el punto de control será suficiente para detenerlos mientras entran los equipos con explosivos.

—Ha muerto gente en Bringle, mujeres, niños y viejos, además de alemanes —afirmó Sid, frotándose los pies helados.

—No divulgue ese género de versión —le pidió Mayhew—. Usted sabe tan bien como yo que el toque de queda obliga a todos estar bajo techo. ¿Es ésta otra historia de su amigo ferroviario?

—Él fue a ver en su bicicleta.

—Conviene asegurarse de que no hable —dijo Mayhew—, pues si no calla, comenzaré a sospechar que hace el juego a los alemanes. Ahora bien, ¿qué hay de Frane Halt?

—Los soldados norteamericanos están allí —contestó Sid—. Sólo media docena de ellos. Tienen un camión blindado... un objeto bastante extraño, una especie de tanque con ruedas delante. Seguramente lo bajaron del barco. Algunos de los soldados marchan por la vía ferroviaria. Vienen hacia aquí. Es lo que yo vine a decirles.

—Harry —dijo Mayhew—, usted queda a cargo aquí. Nadie de estos hombres puede irse. Archer y yo saldremos al encuentro de los norteamericanos. —Danny Barga miró furioso a Mayhew, pero no dijo nada. El tobillo seguía molestándole.

—Caminaron ambos unos pocos minutos a lo largo de la vía y luego vieron a los soldados.

—¡Alto! —gritó Mayhew.

—¡Ositos! —exclamó uno de ellos.

—Picnic —repuso Mayhew.

—Soy el mayor Dodgson —dijo el más alto de los tres soldados. De la dirección de Bringle Sands unos resplandores iluminaban el horizonte. Apenas se produjo el tercero de ellos, cuando tres explosiones resonaron en los campos sumidos en la oscuridad.

—El coronel Mayhew —se presentó Mayhew.

—Estamos casi listos para ustedes ahora, coronel. ¿Dónde está el rey?

—Está en la casilla de señales, a unos cientos de metros de aquí.

—Bien, vamos allá —dijo Dodgson.

Mayhew apoyó una mano en el brazo de Dodgson.

—Hay algo que debo decirle, mayor. El rey no puede caminar.

—¿No puede qué? —preguntó Dodgson.

—El rey está enfermo, mayor. Tendrá que conseguir un vehículo.

—No, el plan es bajarlo por este sector del río. Es un sendero escarpado. No sería posible bajar con ningún vehículo. —Se oyeron más explosiones y se vieron más resplandores en el cielo.

—Entonces, que dos de sus hombres más fuertes lo lleven.

El coronel Mayhew hizo además de emprender la marcha hacia la casilla.

—Sí, será la única manera —dijo Dodgson.

De pronto se oyó el ruido de disparos a lo lejos y un par de cohetes iluminaron el cielo sobre Bringle Sands.

—Tendrán que ser ustedes —dijo el mayor Dodgson a los dos soldados que le acompañaban—. La retirada del grupo principal debe haber comenzado antes de lo planeado. Será muy peligroso transitar por aquí dentro de unos quince o veinte minutos. Hay que darse prisa.

Douglas no había presenciado nunca una acción antes y estaba mal preparado para la confusión y el desorden. Durante el primer intercambio de fuego, ambos lados trataron de economizar proyectiles, pero ahora, al retirarse los incursos en sus botes, disparaban salvas más cerradas y la noche negra se surcaba de explosiones, a medida que entraban en acción los grupos de explosivos, destruyendo el equipo vital de los laboratorios.

Los dos soldados que llevaban al rey se detuvieron y por poco cayeron cuando una salva de fuego iluminado pasó sobre sus cabezas. Permanecieron quietos sólo el tiempo suficiente para recobrar el aliento, volvieron a cargar al rey y comenzaron a buscar las cintas que señalaban el abrupto sendero por el acantilado.

Douglas se encontró de inmediato junto a ellos. Oyó gritar al hombre en el borde del acantilado.

—De prisa, muchachos. Los botes esperan. Por aquí, por aquí.

Douglas buscó a Harry, que llevaba la linterna protegida cuidadosamente con papel rojo y le seguía a pocos pasos de distancia.

—Douglas —dijo—. No corra tanto, no puedo seguirle.

—Fuma demasiado, Harry —observó Douglas, a pesar de que también él estaba sin aliento y agradecido a la oportunidad de detenerse un instante.

Los cohetes explotaban sin interrupción, chillando y escupiendo al cielo, para quedar luego suspendidos un instante en el negro vacío. Dos veces los alemanes apostados en la margen opuesta del río intentaron iluminar el campo por medio de reflectores portátiles, pero las dos veces les destruyeron los focos y mataron a los soldados que los manipulaban, con fuego de rifles automáticos. Volvió a encenderse la luz y Douglas se preguntó cómo había hombres tan valientes o tan audaces.

—De prisa, muchachos —dijo la misma voz en la oscuridad.

Ahora el foco se dirigió a ese punto, una luz cegadora que blanqueaba la hierba y formaba delicados halos en los árboles y arbustos retorcidos. Desde algún punto dispararon, pero no era fácil manejar los pesados rifles automáticos mientras se trataba de mantener el equilibrio en el sendero cubierto de barro, cuya superficie estaba en algunos trechos alisada por la lluvia y el viento. Douglas oyó un grito y una exclamación cuando un

infortunado perdió apoyo y resbaló por la pendiente rocosa, siendo golpeado por el propio equipo y lastimado por el corraje.

—Me torcí un pie —dijo Harry. Los reflectores se alejaron, volviendo a sumirles en la oscuridad al desplazarse para iluminar el sendero del acantilado.

Fue en ese instante cuando Douglas cayó en la cuenta de que la voz que decía «De prisa, muchachos» era la de un alemán. Era la voz del Standartenführer Huth. Antes de que pudiese lanzar un grito de advertencia, comenzó el fuego. El ruido le hizo daño en los oídos y sintió vibrar el suelo bajo los pies al hundirse las balas en la tierra, quebrando la maleza y aullando a través del aire saturado de humedad.

Los gritos de los soldados se oyeron a pesar del ruido de las armas, pero éste se intensificó hasta que los disparos se sucedieron con tanta rapidez que parecían más bien una prolongada explosión.

—Vuelva aquí, Douglas. —Era la voz de Harry.

Vio la luz al barrer las figuras del rey y de los dos hombres que lo transportaban. Los tres desaparecieron bajo una nube de terrones de tierra, al seguir las ametralladoras el haz de luz. Douglas corrió hacia delante, pero le derribó una zancadilla que lo hizo desplomarse sin aliento. Cuando se repuso, todo había terminado. Había cadáveres a todo su alrededor. Los alemanes habían calculado el tiempo a la perfección. No más de seis de los hombres del grupo de incursión habían llegado al mar sanos y salvos. El sendero estaba surcado de cuerpos destrozados: las dos docenas o más hombres que habían sido sus compañeros. Entre los muertos estaban el mayor Dodgson, Danny Barga y el rey Jorge VI, emperador de la India.

## Capítulo treinta y nueve

Cuando amaneció, una de las lanchas de desembarco estaba aún frente a la playa, la rampa inclinada retorcida alrededor del vehículo blindado que había explotado en el momento mismo de su embarque. Los cadáveres flotaban lentamente en el mar aceitoso y otros formaban figuras grotescas sobre la arena. En todas partes se veían los despojos de la guerra: cascos de acero, chalecos salvavidas, cables, un rifle y centenares de cartuchos de bronce que relucían bajo la luz del amanecer.

En el Establecimiento de Investigación de Bringle Sands, los tres edificios de laboratorios eran cáscaras ennegrecidas todavía bajo la acción de las mangueras manipuladas por bomberos del ejército. El departamento médico estaba repleto de heridos y el único cirujano trabajaba sin interrupción, mientras las ambulancias realizaban un recorrido de ida y vuelta entre el lugar y el hospital alemán de Exeter.

La población civil de las inmediaciones había sufrido ya un castigo sumario. A las ocho y media de la mañana siguiente, se había ejecutado ya a veintisiete hombres por colaborar con el enemigo o no poder explicar sus movimientos en las veinticuatro horas anteriores. Otras ciento sesenta y dos personas fueron trasladadas a un campamento cerca de Newton Abbot, la primera etapa de un viaje que terminaría en los campos de trabajos forzados de Alemania.

La fuerza de incursión sufrió un treinta por ciento de bajas y la mitad fueron casos fatales. Sin embargo, la infantería de marina cumplió bien su cometido. Guiada por el equipo de hombres de la Resistencia, que durante semanas había estudiado el Establecimiento de Investigación de Bringle Sands, tomó el control de todo el lugar al cabo de sólo veinticinco minutos de lucha. Bajo la dirección de Ruysdale demolieron los edificios más importantes, como también el equipo básico, y se llevaron una pesada carga de documentos en sus vehículos blindados.

En aquel momento un equipo alemán estaba controlando las ruinas para detectar posible radiactividad, mientras otros grupos retiraban a los muertos para darles sepultura. Waiey había muerto durante el ataque con morteros que tuvo lugar hacia el final. No había prisioneros para interrogar, pues hasta los heridos más graves habían sido trasladados a los barcos. El mayor Dodgson había muerto en la emboscada cuidadosamente tendida por Huth, pero su amigo Hoge salió enteramente ileso y se embarcó en la última de las lanchas de desembarco fumando su cigarro de hoja. El hombre a quien llamaban Ruysdale se encontró a sí mismo con una curiosa impasibilidad frente a la lucha, y sin el menor rastro de miedo. Llevó a cabo su misión con serenidad y hasta se tomó algún tiempo para inspeccionar los laboratorios. También él tripuló la última de las lanchas, acompañado por el profesor Frick, de edad muy avanzada ya. Los dos hombres se habían conocido antes, en el Instituto de Física Teórica de Copenhague.

Douglas Archer pasó aquellas primeras horas de la mañana en una celda reducida e incómoda bajo un cuartel de la Feldgendarmarie, en Bringle Sands. Hacía mucho frío y estaba agradecido por el pesado capote que le había dado Mayhew. Eran las ocho de la mañana, al día siguiente, cuando le despertó el ruido de los pesados cerrojos al correrse. El general Kellerman entró en su celda. Vestía uniforme de las SS, completo, con capote militar cruzado y espada. Se metió en la diminuta celda como una gorda ave de presa, saludando a Douglas con un cordial «Buenos días», frotándose el mentón sonrosado y recién afeitado, trayendo consigo un fuerte olor a agua de colonia.

—Claro —dijo Kellerman—, cuando me enteré de que estaba bajo custodia, casi... perdóneme... casi lancé una carcajada. «Tontos», me dije. «Arrestaron a uno de mis mejores hombres».

—Pero no me pusieron en libertad —dijo Douglas.

—No —dijo Kellerman, sin desconcertarse por la falta de apreciación mostrada por Douglas ante su comentario—. Me necesitan para que les proporcione una identificación positiva.

—¿Puedo comer algo?

Kellerman se asomó por la puerta de la celda.

—Café y desayuno para este oficial —dijo al joven guardia de las SS que estaba de pie en posición de firmes en el corredor.

El centinela trajo una bandeja con tanta rapidez que Douglas sospechó que Kellerman había dispuesto toda la comedia de antemano. El caso era que nunca se podía estar seguro con Kellerman.

—Su amigo, el sargento Woods, no está detenido —dijo Kellerman.

—Me mandó un mensaje.

—Probablemente deba agradecer al sargento Woods el haberle salvado la vida —agregó Kellerman. Se inclinó entonces para oler el café, e hizo una mueca.

—Me derribó cuando comenzaron los disparos —dijo Douglas. Kellerman le miró largo tiempo, como si quisiera vislumbrar algo en la expresión de Douglas, pero en seguida se limitó a hacer un gesto y decir:

—Ni más ni menos.

—Y el Standartenführer Huth está detenido —dijo Douglas.

—Parece estar enterado de bastantes cosas, Archer.

—No —replicó Douglas—. Sólo de lo que me dijo Harry Woods cuando trató de obtener mi libertad esta mañana.

—Lo lamento por sus padres —dijo de pronto Kellerman—. El profesor Huth, el padre del Standartenführer, es un sabio muy respetado.

—Pero ¿por qué? —Douglas empezó a beber su café.

—Ah, usted no advirtió lo que sucedía, estimado inspector. Es un funcionario competente y leal y jamás cabría culparle de nada. Mucho menos, en una fuerza de policía bajo mi mando.

Kellerman sonrió.

Cuando estuvo bien seguro de que las implicaciones del comentario no dejaban de ser advertidas por Douglas, continuó:

—Aparentemente el Standartenführer había emprendido una aviesa campaña contra el ejército alemán. Creo, en realidad, que le irritaban los poderes adquiridos por el ejército con la imposición de la ley marcial —Kellerman dijo esto como si fuese muy difícil para él comprender tal reacción.

—¿Sí? —dijo Douglas. Su propia interpretación era que el ejército y Kellerman eran quienes se habían confabulado contra Huth—. ¿Qué forma tomó esa aviesa campaña, señor?

—Ayudó abiertamente a su amigo el coronel Mayhew, en una conspiración que culminó en la huida del rey de la Torre de Londres, y asimismo en la incursión hecha por los terroristas, con las trágicas consecuencias que usted presencié. Comprendo al coronel Mayhew y siento simpatía por sus intenciones, ya que las motivaron sentimientos de patriotismo y de lealtad hacia su rey. —Con un gesto nervioso, Kellerman se alisó la chaquetilla—. Muy digno de elogio —agregó—. En cambio, me

resultó sumamente difícil encontrar palabras para justificar la participación del Standartenführer Huth en este lamentable complot.

—¿Está usted seguro de que estaba implicado?

—Cuando sucede algo como esto... algo que podría acarrear el deshonor a toda la Wehrmacht, es necesario adoptar medidas especiales. En vista de ello, se ofreció al coronel Mayhew un indulto completo a cambio de su cooperación total con el tribunal. —El general Kellerman se pasó los dedos por la bandolera de cuero lustrada como un espejo, palpó el pomo de su espada y comprobó así que todo estaba en su lugar—. La trágica muerte de su soberano fue lo que decidió al coronel Mayhew, sin duda.

—Sin duda —dijo Douglas. Los dos hombres cambiaron una sonrisa, la de Douglas, fatigada y melancólica, la de Kellerman, serena y llena de aplomo. De modo que Mayhew había comprado su libertad ayudando al ejército y a Kellerman a deshacerse de Huth. ¿O bien era esto una apariencia buscada intencionadamente por Kellerman?

—¿Someterán a juicio al Standartenführer? —preguntó.

—Terminó todo ya —contestó el general Kellerman. Con un suspiro, acarició su espada y ésta se sacudió dentro de la vaina—. Un tribunal de campaña llegó menos de media hora después de haber disparado los últimos tiros. El coronel Mayhew declaró inmediatamente. El Standartenführer fue condenado a muerte. Lo ejecutarán en la mañana de hoy.

Douglas se sintió enfermo. Agregó agua caliente a los restos de su café y bebió.

—Usted no tiene por qué preocuparse —le dijo Kellerman—. Usted fue juzgado *absente reo* y no necesito decirle que fue absuelto. Es mejor dejar las cosas así. Rara vez se exige a nadie afrontar dos veces un mismo cargo. —Douglas reparó en que no había dicho que tal eventualidad fuese imposible.

—Gracias, señor —dijo.

—El Standartenführer ha pedido una oportunidad para hablar con usted, Archer. A pesar de mis sentimientos frente a su conducta, no puedo menos que sentir lástima del pobre hombre. ¿Irá a verle, sin duda?

—Si usted me autoriza —replicó Douglas.

—Dadas las circunstancias, creo que no hay mal en ello —dijo Kellerman.

—Me imagino que usted querrá escuchar todo lo que digamos.

—No existe lo que pueda llamarse una comida gratuita, Archer. Sin duda usted está familiarizado con este proverbio. —Kellerman le dirigió una sonrisa, pero esta vez no se tomó el trabajo de que fuese cálida ni cordial.

## Capítulo cuarenta

Habían ubicado al Standartenführer Huth en un departamento del pabellón reservado a los visitantes de importancia al Establecimiento de Investigación. Sus últimas horas transcurrían en medio del bienestar. Había una botella de coñac en el aparador y una bandeja de desayuno sin tocar, con vajilla de plata, buena porcelana alemana y azúcar blanca.

—¿De modo que Kellerman le permitió venir?

—Sí, Standartenführer.

Por la ventana Douglas alcanzaba a ver los restos quemados de los laboratorios. Había suficiente viento para hacer volar hasta la ventana los trozos de papel chamuscados antes de que volviesen a caer en el pasto pisoteado o se enredasen en el alambre de púas.

—El ejército decidió poner fin al programa de investigación nuclear — dijo Huth—. ¿Estaba enterado?

—Es lo que usted quería.

—Pero no de esta manera. Nadie en Berlín lo apoya y el Reichsführer no permitirá que las SS continúen la empresa. Los norteamericanos harán la bomba... y ganarán la guerra que se inicie, en el momento en que ellos estén listos. Nosotros, los alemanes, somos un pueblo con poca visión de largo alcance, Archer. El ejército alemán comienza a creer ya que la incursión de anoche fue una bendición, en el fondo.

—¿Por qué pueden suponer eso?

Huth señaló la ventana y los edificios demolidos.

—Esa incursión permitirá al ejército mantener la ley marcial por lo menos durante un año. Dios sabe cuántos millones de Reichsmarks se darán al ejército para preparar sus defensas contra una futura incursión. Ah, la Abwehr estará encantada, y lo que es más, tendrán al general Kellerman en su poder.

Huth se acercó al aparador y abrió una botella de coñac.

—Y Kellerman también estará encantado —prosiguió—. Se quedará con su cargo, se habrá deshecho de mí y estará completamente seguro contra posibles acusaciones relacionadas con sus actividades financieras. —Huth sonrió. Adivinaba que estaban grabando lo que decía. Pero se tratase de un disco, o bien del nuevo tipo de cinta de alambre, le sería imposible ahora a Kellerman utilizar esto como evidencia sin incurrir en riesgos él mismo, o bien alterarlo de manera que no resultase obvio de inmediato—. Me usará como chivo expiatorio —dijo Huth—. Todos los crímenes no resueltos, los fracasos y las malversaciones me serán atribuidos. Hasta intentó probar que yo tuve algo, que ver con la explosión de Highgate. ¿Bebe?

—Sí, gracias, señor.

—No hacen falta fórmulas ya. —Huth le pasó una buena cantidad de coñac—. Todos jugábamos apuestas elevadas. Kellerman ganó y también ganó Mayhew. No me oírás a *mí* quejarme, por lo menos.

—¿Mayhew?

—Me prometió el oro y el moro. Es su estilo, el halago, las promesas, ¿no? —Huth se sentó en un sillón y bebió con ansia.

—Sí, es su estilo.

—Me habló del ataque, me ayudó a planear la emboscada.

—¡No puedo creerlo!

—Sí, créalo. Me ayudó a interceptar el ataque de distracción. Y yo caí. Pero mientras estábamos luchando, su fuerza principal atravesó el campo abierto con sus vehículos blindados y destruyó el Establecimiento.

—Esas fuerzas fueron virtualmente aniquiladas —dijo Douglas, consternado ante la enormidad del hecho.

—Mayhew estaba empeñado en hacer entrar a los norteamericanos en la lucha. Hizo asesinar al doctor Spode y destruir todos sus papeles porque el doctor Spode quería llevarlos a la Embajada de Estados Unidos. Usted le entregó la película y él la destruyó. No quería que los norteamericanos obtuvieran el material de investigación salvo luchando contra nosotros, porque esto les impulsaría a participar en una verdadera guerra. Sólo en la cuestión del rey se equivocó —dijo Huth, encogiéndose de hombros—. Pero, todos cometemos errores de vez en cuando. —Su sonrisa era una especie de amarga burla de sí mismo.

—El rey murió.

—Mayhew debió tener más confianza en su propio plan. Al principio, pensaba enviar al rey a reunirse con el grueso de las fuerzas. Tenían los

vehículos blindados para transportar los documentos. El rey podría haber sido transportado en uno de ellos.

—Sin duda —dijo Douglas, aunque estaba llegando poco a poco a la terrible conclusión de que Mayhew había enviado deliberadamente al rey por el sendero del acantilado, seguro de que los hombres de Huth aguardaban allí en una emboscada. Era Mayhew, jugando a ser Dios. Era Mayhew, redactando los libros de historia del futuro. Era Mayhew, asegurándose de que el rey pereciese en la batalla, al lado de sus aliados norteamericanos. Aquello era muchísimo mejor que tener un rey patético e inválido en Washington, objeto de la crueldad de los caricaturistas, mimado por las anfitrionas famosas y recordando sin cesar a todos una Gran Bretaña inválida y patética, ocupada por los alemanes victoriosos. Sí, ahora comenzaba a comprender Douglas cómo funcionaba la mente de un político. Sin duda la reina y las princesas estaban ya en camino hacia Washington.

—Usted tuvo suerte, Archer.

—¿Por escapar con vida?

—No —dijo Huth, agitando la cabeza—. Nunca hubo duda alguna de que escaparía con vida. Eso se decidió hace mucho tiempo.

—¿Se decidió? ¿Cuándo? ¿Quién lo decidió?

—Cuando Harry Woods aceptó ser el informante de Kellerman y comunicarle todos los movimientos que hiciese usted, todas las reuniones que tuviesen lugar, cada palabra a la que él tuviese acceso.

—¿Harry Woods? ¿Mi amigo Harry?

—Woods llamó por teléfono a Kellerman y le habló de la ambulancia tan pronto como usted se metió en el Reform Club. Kellerman se ocupó de la Abwehr y fingió saber en qué actividades estaba usted. Por eso pudo llegar con sus hombres allá, en el momento en que el contingente de ataque se retiraba. Observe usted que no llegaron durante la lucha. Kellerman no quería que el ataque fuese repelido, sino que fuese un éxito. Después de esto intervino de inmediato con su tribunal sumario y con su pelotón de ejecución... Allá, tomando el desayuno en el casino, tuvieron una mañana muy activa. El pelotón debe tener los hombros doloridos en este momento.

—¿Cuándo? ¿Cuándo hizo esto Harry?

Huth suspiró.

—Cuando estaba detenido. Llegaron a un arreglo. Usted es policía y sabe bien lo que puede hacerle a un hombre unas pocas horas de arresto.

—Harry Woods es un león.

—¿No imagina usted que Kellerman haya tenido el poco tacto de recurrir a la violencia?

—En ese caso, ¿qué?

—Usted —dijo Huth.

—¿Yo?

—Qué tonto es, Archer. ¿No se da cuenta de que Harry Woods ve en usted el hijo que nunca tuvo? ¿No sabe qué orgulloso está de todo lo que usted hace? ¿No sabe que aun cuando Harry logra un éxito, dice a todo el mundo que usted fue el cerebro detrás?

—No, no me di cuenta —dijo Douglas en voz baja.

—Kellerman estaba preparando todo para enviar a su hijo Duggie a un internado para varones en Bohemia, una unidad de Juventudes Hitlerianas. No necesito decirle que Kellerman lo hacía sonar como un extraordinario acto de generosidad, pero Harry reconoció la amenaza que implicaba en realidad — Huth resopló y luego se sonó la nariz—. Sabía que era la forma más segura de hacerle sufrir a usted...

—Todavía no estoy muy seguro de comprender.

—Harry colaboró con Kellerman para que usted y el chico se salvaran. Vamos, Archer, es una argucia bastante común. ¿Nunca dio protección a un informante en cambio de *un* dato realmente valioso? Bien, Harry lo dio y Kellerman cumplió su palabra. Esta mañana juzgaron a usted y a Harry y los dos fueron declarados inocentes en menos de cinco minutos. Dé gracias.

—¿Harry hizo eso por mí?

—No tiene mucho por qué vivir —explicó Huth, brutal—. Casita miserable, mujer que es una arpía. Tal vez si hubiesen tenido hijos, las cosas habrían sido diferentes.

—Pero Harry quiere a su mujer.

Huth lo negó con la cabeza.

—Eso fue hace mucho —dijo—. Prefería a su secretaria, esa Sylvia no sé qué, ¿cómo se llamaba? La que mataron cuando trató de salvarle. Pero esto era estrictamente problema de la Resistencia.

—Usted sabe todo.

—Por eso me ejecutan —dijo Huth con voz opaca—. Veo el interior de la gente, Archer. Un policía debe ser capaz de ver el interior de la gente.

—No quiero ser esa clase de policía.

—Tendrá que ser el policía que decida Kellerman —señaló Huth—. Por ahora, de todos modos. —Después de beber unos sorbos de coñac, preguntó—: ¿Qué hora es? Me quitaron el reloj.

—Cerca de las diez.

—No falta mucho ya —Huth encendió un cigarrillo—. ¿Su hijo quiere ser policía?

—De la policía en motocicleta, sí.

Huth sonrió.

—Tiene suerte, Archer. Manténgalo alejado de toda esta suciedad.

Douglas no repuso. Por la ventana veía el reluciente Rolls-Royce de Kellerman. El conductor estaba lustrando el parabrisas con mucho mucho cuidado.

—Lamento lo de la mujer... la Barga. Lamento la forma en que sucedió.

—Sí —dijo Douglas. No tenía ganas de hablar de ello.

—Tan pronto como Kellerman supo que usted había abandonado la ambulancia, envió a un par de matones de la Gestapo a casa de la señorita Barga.

—¿A casa de Barbara? Yo llamé por teléfono y un hombre me dijo que era el limpiador de ventanas.

—No son muy listos. Usted lo sabe.

—Yo le creí —admitió Douglas—. Volví a llamar. Estaba ella. Se mostró brusca conmigo, casi grosera.

—Trató de alejarle, ¿eh? Qué gran temeridad... Seguramente le quería mucho. Es probable que haga perder los estribos a los hombres, que ella le advirtiera algo de esa manera. La golpearon más de lo que pensaban hacerlo. No era parte de ningún plan. La muerte de una periodista norteamericana exigirá bastantes averiguaciones.

—Apenas la oía —dijo Douglas—. Seguramente susurraba para que no la oyesen.

—¿Por qué le quiere a usted toda esta gente, Archer? ¿Será, simplemente, porque usted muestra poca o a veces ninguna respuesta al afecto de ellos? —Huth movió la cabeza y renunció a explicar el misterio—. La gente de la Gestapo no oyó sonar el teléfono. La mujer estaba arriba, poniéndose el abrigo. Seguramente oyó el ruidito del teléfono antes de que sonase.

—Y yo creí que ella no quería verme.

—Ninguno de nosotros nos mostramos muy inteligentes frente a los seres queridos —dijo Huth—. ¿Podría entregarle un mensaje a mi padre?

—Tengo licencia en el futuro y autorización para viajar a Alemania —contestó Douglas—. Pero yo imaginaba que usted le odiaba.

—Háblele a mi padre sobre la incursión, dentro de lo que le permita la censura. Dígale que hubo disparos y que me sorprendió el fuego cruzado.

Dígale que morí con valor. Dígale todas esas cosas absurdas que a los padres les gusta oír sobre sus hijos y que los hijos quieren oír sobre sus padres.

Golpearon con suavidad la puerta y un joven oficial de las SS dijo que el Standartenführer debía prepararse para dentro de cinco minutos. Se retiró con un saludo militar.

—Bien, debo lustrarme los zapatos —dijo Huth— y peinarme bien y disponerme a jugar mi papel en esta ópera teutona. El informe oficial dirá que he muerto en acción.

—Llevaré el mensaje —le prometió Douglas.

—Sorprendido entre dos fuegos —dijo Huth—. Sería muy apropiado decirle eso —añadió con una sonrisa sardónica.

Douglas recogió el capote de Mayhew de la silla donde lo había dejado, se lo puso y se cerró los botones de madera. Afuera haría frío y estaría bien agradecido de llevar aquel abrigo con su curioso perfume. En aquel instante lo reconoció: era el intenso aroma del rapé. Nunca bastaría como prueba, desde luego. El cigarro a medio fumar, un Romeo y Julieta, y el rapé derramado en la cajita, en el bolsillo del chaleco de Spode. Sabía sin duda, ahora, que Mayhew había llevado al doctor Spode de regreso a Shepherd Market y que allí lo asesinó antes de pasar la mitad de la noche quemando todos los apuntes matemáticos. Tenía que impedir que los norteamericanos se apoderasen de esos cálculos fundamentales y, lo que era más importante aún, impedir que conversaran con el doctor Spode. Mayhew estaba empeñado en lograr que los norteamericanos luchasen.

—Sorprendido en el fuego cruzado —repitió Huth—. A todos nos sorprendieron en el fuego cruzado.

—Adiós, Standartenführer —le dijo Douglas, abotonándose el cuello del capote. Por la ventana vio deslizarse el Rolls Royce del general Kellerman en dirección al portón principal. Flameaban los estandartes.



LEONARD CYRIL DEIGHTON (Marylebone, Londres, Reino Unido, 18 de febrero de 1929), escritor, artista gráfico, periodista, historiador militar y ocasional productor de cine británico, especializado en la novela de espías.

Tuvo un éxito considerable con su primera novela, *Ipcress: peligro de muerte*, que se prolongó con las otras tres que tenían al mismo espía anónimo como protagonista. Asimismo, escribió tres trilogías de espías con Bernard Samson, agente de inteligencia británico, como protagonista. También incursionó en el teatro, publicó libros de cocina y aviones y escribió relatos históricos sobre eventos de la Segunda Guerra Mundial.

## **Notas**

[1] Ambas palabras (*girls, pearls*) son de pronunciación parecida. (*N. del E.*)  
<<

[2] *Kosher*: entre los judíos, impuro, prohibido. (*N. del E.*) <<

[3] En la edición en papel el personaje pasa a llamarse Zingo o Zing sin razón aparente y de manera aleatoria. He decidido unificar el nombre como Zingo por una razón, no muy clara y personal, de sonoridad.*(N. del editor digital)*  
<<

[4] A lo largo del libro, el lector español notará diversos giros y modismos extraños. Tengan en cuenta que la edición fue editada por Brugera en Buenos Aires, por lo que tengo que suponer que se tratan de americanismos, legítimos siempre, y no de una defectuosa traducción. (*N. del editor digital*) <<